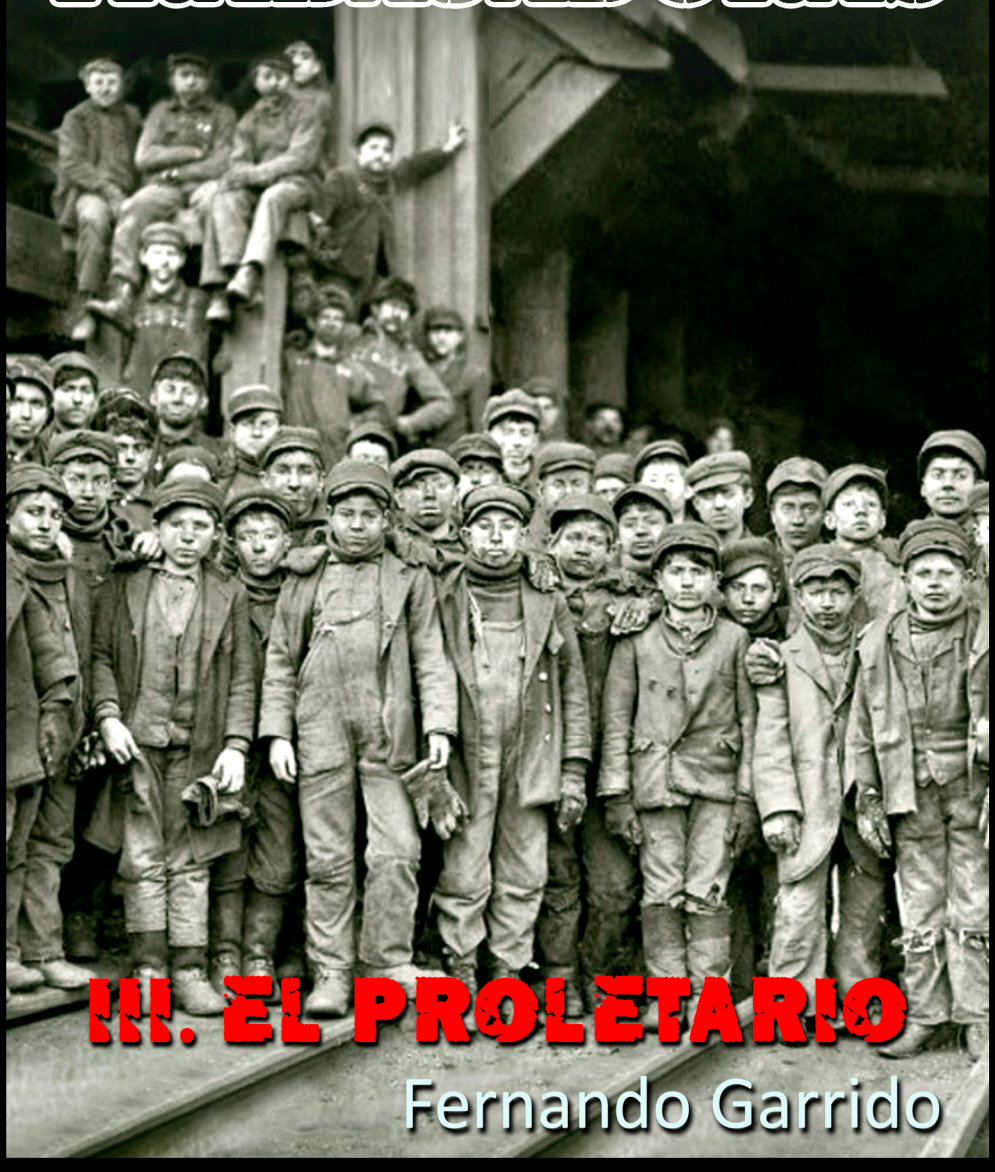
HISTORIA DE LAS CLASES TRABAJADORAS



III. EL PROLETARIO

Fernando Garrido

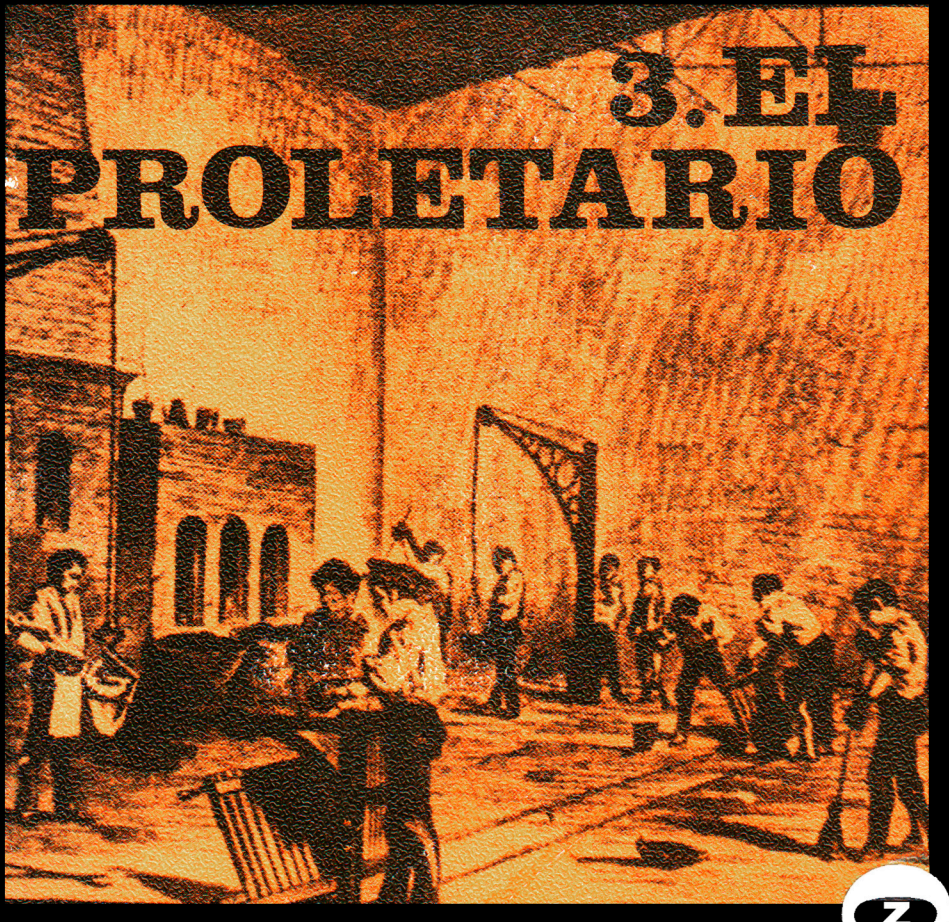
En 1871, Gutiérrez Solís, director de *Ilustración Republicana y Federal*, enjuicia así “La Historia de las clases trabajadoras” de Fernando Garrido, que acababa de aparecer: “No es posible desconocer la importancia de este nuevo libro que viene a llenar un gran vacío en la historia de la humanidad, reseñando la vida del obrero y las diferentes transformaciones por las que ha pasado el que, ayer olvidado y oprimido, es hoy un ser tan digno como inteligente. Ningún escritor como Garrido podía salir airoso de tan importante empresa”.

Este III tomo, *EL PROLETARIO*, es la radiografía de la miseria obrera desencadenada por el sistema de producción capitalista en su primera etapa. El autor con un lenguaje emocionado nos aporta un impresionante número de datos precisos y de informaciones de la máxima objetividad. La dureza del trabajo inhumano, que cobra un relieve estremecedor al referirlo al de las mujeres y niños trabajadores, y las enfermedades y degradaciones morales de todo género que inciden sobre el trabajador, nos presentan un cuadro extremadamente pesimista, sombrío y desgarrador. El proletario para Garrido es, al menos, tan desgraciado como el siervo.

FERNANDO GARRIDO

HISTORIA DE LAS CLASES TRABAJADORAS

3. EL PROLETARIO



Z

Fernando Garrido

HISTORIA DE LAS CLASES TRABAJADORAS

III. El proletario

Título original:

Historia de las clases trabajadoras, de sus progresos y transformaciones económicas, sociales y políticas, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días, con las biografías de los grandes hombres, de sus héroes y mártires más famosos.

Escrita y dedicada a todos los amantes del progreso.

Biblioteca «Promoción del Pueblo»

Edita ZERO, S. A., Distribuidor exclusivo: ZYX, S. A.

Segunda edición: Madrid, Mayo 1973.

Portada original de José Lorenzo Sánchez.

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http:www.solidaridadobrera.orgateneo_nachobiblioteca.html

CONTENIDO

Prólogo
I. Consecuencias de la Revolución francesa: el liberalismo económico
II. Transición de la servidumbre al proletariado
III. Los pobres en Irlanda, Bélgica y Gran Bretaña
IV. Estado de los obreros en las ciudades de Inglaterra y Escocia
V. Situación de la clase obrera en Europa
VI. Situación de la clase trabajadora en Dinamarca y Rusia
VII. La historia de Francia después de la Revolución
VIII. Situación de la tierra en Francia: los pequeños propietarios
IX. El feudalismo agrícola, y el industrial. Proletarios del terruño
X. Miseria de los trabajadores. La beneficencia. Crisis económicas
XI. Tiempo que trabajan los obreros en diversos países europeos
XII. Los terribles efectos del trabajo en mineros e hilanderos
XIII. Causa de las enfermedades de los obreros
XIV. Mortalidad de los trabajadores en Inglaterra y Francia
XV. La miseria en los trabajadores: la embriaguez
XVI. Hijos ilegítimos y abandonados
XVII. La prostitución: niños y niñas precozmente degradados
XVIII. Aprendizaje de los niños. Infanticidios
XIX. Criminalidad en algunos países europeos
XX. Prisiones y barbarie con los encarcelados. Los correccionales
XXI. Producción de la riqueza. La plusvalía. Los salarios
XXII. Los jornales en Inglaterra, Holanda, Suecia, Noruega y Bélgica
XXIII. Sistema de trabajo y aprendizaje de los niños trabajadores
XXIV. Los niños trabajadores en distintos países y su cuadro de salud

XXV. Situación de mujeres y niños en las minas
XXVI. La falta de trabajo. El derecho al trabajo.
XXVII. La beneficencia en Inglaterra: hospitales, hospicios y asilos
XXVIII. La caridad legal: la miseria aumenta con los socorros legales
XXIX. La reina de Inglaterra y el socorro. Las Workhouses
XXX. Caridad legal en algunos países europeos
XXXI. Socorros a domicilio. Subasta de niños y ancianos
XXXII. Socorros en Francia. Las casas de trabajo en Bélgica e Inglaterra
XXXIII. Talleres de caridad en Francia. El socialismo del segundo Imperio
XXXIV. El pauperismo. Medidas crueles contra los mendigos
XXXV. Montes de Piedad. La miseria de la clase obrera
XXXVI. Causas de la falta de instrucción de los trabajadores
XXXVII. Influencia de la instrucción en la miseria de los trabajadores
XXXVIII. Instrucción primaria. Escuelas de adultos. Bibliotecas
XXXIX. Vagabundos, pobres y parásitos en España
XL. Hospitales en España. Riquezas del clero en 1776
XLI. El primer Monte de Piedad de España. Las Cajas de Ahorro
XLII. Repartos de tierras a los trabajadores. El valor del salario en 1861
XLIII. Hospitales, inclusas y hospicios en España
XLIV. Información parlamentaria sobre los trabajadores en España
XLV. Aumento del trabajo en España, tanto industrial como agrícola
XLVI. Construcción. Industria minera, naviera. Medios de comunicación
XLVII. La riqueza en los principales países del mundo
XLVIII. La riqueza en los Estados Unidos
XLIX. Cuadros estadísticos de las principales naciones del mundo
L. El Correo. Máquinas de vapor. Luchas del capital y del trabajo
LI. Los sangrientos sucesos de Lyon en 1834
LII. Lyon. Estragos y crueldades cometidas por las tropas.
LIII. Revolución de 1848. El socialismo penetra en la esfera política

PRÓLOGO

La tercera parte de la Historia de las clases trabajadoras, de Fernando Garrido, relativa al “Proletariado”, es la radiografía de la miseria obrera desencadenada por el sistema de producción capitalista en su primera etapa acumulativa. Con un lenguaje siempre emocionado, que contrasta con la frialdad de nuestras maneras actuales –tal vez hecha más de una rendición íntima ante los hechos que de rigor científico–, Garrido nos aporta un impresionante número de datos precisos y de informaciones de la máxima objetividad.

El retrato es en extremo sombrío y desgarrador. En el momento en que una parte de la sociedad se lanza hacia un crecimiento y un despliegue humano antes imposible de prever, otra parte, la más numerosa, sufre un proceso de degradación con respecto incluso a las pobres condiciones anteriores. Razas enteras de antiguos campesinos vigorosos –Garrido nos muestra las de Escocia, por ejemplo– se convierten en famélicos y depauperados proletarios.

La maquinaria de producción y de acumulación capitalista devora también a niños pequeños y mujeres en jornadas interminables de trabajo.

I

¿Cómo se ha producido este gran cambio? ¿Cómo, en el momento en que el hombre da un paso decisivo en el dominio de la naturaleza, no son todos los hombres los beneficiados y, por el contrario, lo que crece y se multiplica es el dominio del hombre por el hombre?

Hay un medio siglo estelar en que se inicia el cambio de la humanidad y nos lleva –tal vez como el conjuro del aprendiz de brujo, que puso en marcha un servidor para ahorrarse el acarreo de agua y después no supo controlarlo y le anegó– a ahogarnos en el progreso, perdida nuestra facultad de dominar la máquina de producción que hemos puesto en marcha. El desajuste entre el desarrollo material y el desarrollo moral de la sociedad nos ha llevado a una humanidad cuya mitad inferior pasa hambre y cuya cúspide se siente hastiada y frustrada en su abundancia.

El hecho, en principio tan mínimo como la pequeña espoleta de un gran proyectil, sucedió tan simplemente, tan inadvertidamente como la aparición del niño que después va a ser Napoleón: en 1733 la creciente demanda de tejidos en Inglaterra recibe la aportación de un sencillo invento que permite a un solo operario hacer el trabajo que antes hacían cuatro o seis hombres: es la lanzadera mecánica de Juan Kay.

Se inicia de esta forma una carrera entre dos competidores que, a la vez, van a ser colaboradores inseparables. Con cada avance de uno se obliga a avanzar al otro, como dos piernas de

un sólo cuerpo: el tejer y el hilar. El invento de Kay desnivela la producción de telas por el lado del tejer y fuerza el avance del hilar. Las tradicionales hilanderas a mano no podían colmar la demanda de los nuevos telares. Asi, en 1765, Hargreave inventa la spirming–jenny, la máquina de hilar, que desplaza la rueca milenaria –de un hilo por operario– y consigue elaborar seis u ocho hilos a la vez por trabajador, y después muchos más.

Un año después se dará un avance más trascendental aún: la energía humana es sustituida por la hidráulica: el hombre da un paso decisivo en la dominación de la naturaleza. En este 1766, Arkwright pone en marcha la máquina hidráulica de hilar, con la que se hace el trabajo de diez a doce obreros.

El avance no es solamente cuantitativo: también se da un salto cualitativo: el hilo de algodón es ya lo suficientemente resistente como para que, en 1774, pueda permitirse por la ley en Inglaterra un tejido enteramente de esta fibra –lo mismo la trama que la urdimbre–, levantándose la prohibición que pesaba sobre el algodón, desde 1720 en forma total y desde 1736 solamente para la urdimbre. Un producto mucho más barato que la lana o el lino permitiría producciones mucho más amplias y económicas.

El resultado fue el abaratamiento inmediato de los tejidos, cubriéndose de esta manera una demanda creciente. Y más aún se iba a conseguir con el invento de mayor trascendencia: cuando en 1785 Cartwright construye el telar mecánico a vapor, aplicando un viejo y repetido invento que antes no había pasado de curiosidad científica. La nueva máquina hace

ya, por sí sola, nada menos que el trabajo de cuarenta hombres.

La máquina significa producción en masa, posibilidad de atención de las necesidades humanas, disminución del esfuerzo personal, abaratamiento de la vida. (Una libra de hilaza del 40 costaba en 1779 en Inglaterra 192 peniques. Medio siglo después, en 1830, sólo 14 peniques y medio.)

La extensión de la producción industrial mecanizada a otros múltiples sectores, su perfeccionamiento técnico continuo mediante el motor de explosión, la energía eléctrica y la nuclear, y el progreso de los sistemas de fabricación mediante la cadena y la automatización, parece que van a colocar al hombre en un Paraíso.

II

Cualquiera que descendiera de otro mundo en esta circunstancia, deduciría que el hombre, al dominar las fuerzas naturales, está alcanzando su liberación.

Sin embargo, no fue así. La máquina apareció cuando el hombre aún no estaba preparado para ella. La sociedad imperfecta y rapaz en que se produjo el progreso técnico no vio la máquina como una forma de disminuir el esfuerzo de los trabajadores, sino como un modo de aumentar las ganancias de los propietarios. De la misma forma en que las máquinas fueron realizando cada vez el trabajo de más trabajadores, los propietarios de las máquinas fueron acumulando cada vez la

codicia de más codiciosos. La embriaguez del enriquecimiento les hacía insensibles a los sufrimientos de los proletarios.

Puede dejarse libre al pensamiento y soñar lo que hubiera pasado si en aquel momento “cósmico” de la humanidad la irrupción de la máquina se hubiera producido en una sociedad fraternal y solidaria. Sin duda, los avances técnicos, desprovistos del formidable motor del interés privado y egoísta, hubieran sido más lentos. Pero, sin duda también, hubieran sido más concordes con las necesidades humanas, más sometidos al hombre, contra el que no se hubieran rebelado.

III

El sistema social en que se inició el progreso técnico industrial –de propiedad privada de los instrumentos de producción, de la “ganancia” como motor supremo– exige necesariamente: acumulación creciente de capitales, adquisición creciente de materias primas, ventas crecientes de los productos elaborados.

La necesidad de acumular capitales llevó en una primera etapa, o momento inicial, a la explotación implacable de los proletarios, al sacrificio de varias generaciones de trabajadores. Las defraudaciones en el jornal fueron creando las montañas de capital privado. Sin duda, toda etapa inicial de “despegue” industrial exige un sacrificio popular. No cabe engañarse en esto. Pero lo que añadió el sistema capitalista a este inevitable sacrificio fue la injusticia en el reparto de cargas y beneficios.

Frente al esperanzado sacrificio colectivo de un pueblo solidario que lucha por su futuro, se incrementó la insolidaridad, polarizándose al máximo riqueza y miseria, y se negó la esperanza.

Las adquisiciones crecientes de materias primas, bajo el imperio de la industria, llevaron a una progresiva desnivelación entre los diversos sectores de la sociedad –campos y fábricas– y crearon más tarde la explotación imperialista internacional con la defraudación creciente en los precios de sus productos a los países atrasados en provecho de los países industrializados. Con la explotación masiva del proletariado exterior, los propietarios pueden incluso llamar a la mesa al proletariado interior, hacerle partícipe de algunas ventajas materiales, a condición de que se integre en el sistema y no exija participar también en la toma de las decisiones trascendentales. Sin duda, una demanda creciente de productos primarios en una humanidad solidaria hubiera imposibilitado el desajuste campo–industria y la polarización internacional de la riqueza y la miseria.

Las ventas crecientes de productos elaborados, que van desplazando hacia el comprador la explotación de que era objeto el productor para la acumulación capitalista, han puesto a la maquinaria de fabricación por delante de las necesidades humanas. No se trata de que cada familia tenga televisor, nevera y coche: se trata de que tenga los últimos modelos de televisor, nevera y coche, tirando los modelos viejos de hace dos o tres años. La maquinaria de producción capitalista, movida por el motor “ganancia”, inventa nuevas necesidades cada día. Desecha lo útil todavía para sustituirlo por lo mismo

con un nuevo detalle. Lanza al vertedero de los desperdicios riquezas fabulosas. Se ve obligada a producir para la guerra o para la carrera espacial para alimentar su hambre creciente. Esa maquinaria es absolutamente imparable en una sociedad capitalista, frente a lo que sería en una sociedad solidaria en que la producción fuera espoleada o frenada por la libre disposición de los hombres según sus necesidades y no según sus ambiciones de ganancia.

IV

Al final de esta era histórica que comenzó con el sencillo invento de Kay, la técnica ha cumplido su compromiso de poner en manos del hombre a la naturaleza. Pero el sistema económico–social centrado en el motor "codicia" nos ha llevado a una reducción al absurdo: la técnica liberadora del hombre y dominadora de la naturaleza se rebela contra el hombre, le esclaviza y le amenaza con una explosión –instantánea nuclear o lenta de contaminación atmosférica– de todas las escondidas fuerzas naturales, liberadas y no dominadas.

Ese sistema de miseria inicial –interior e internacional– no es en sí un sistema de miseria material permanente. Incluso podría pensarse que, como un día las necesidades de la ampliación de mercados obligaron a convertir en consumidores a los productores –acallando de paso sus impulsos revolucionarios–, también un día esas mismas necesidades podrían llevar a convertir en consumidoras a las masas

amenazantes del Tercer Mundo. Pero ese sistema si es en sí, necesariamente, un sistema de miseria moral, de degradación humana, de esclavización del hombre a las necesidades de la producción. (¡Se piensa hasta qué punto está contra la condición humana un sistema que fuerza la invención constante de nuevos juguetes, no para que los niños sean más felices, sino para que sean más gastadores!)

Por eso no es exigible su destrucción y la instauración de una sociedad solidaria –socialista, en su sentido más puro– porque condene al hombre irremediablemente a la miseria.

Contra eso basta con la presión reformista, desde dentro del sistema. Es exigible su destrucción y la instauración de una sociedad solidaria porque ha creado una maquinaria de esclavización moral humana que no puede pararse ni controlarse ya: irá irremediablemente a la destrucción total de la dignidad del hombre.

Una sociedad solidaria es exigible como la única posibilidad de evitar la catástrofe, de someter la maquinaria de producción al hombre, antes de que se despeñe en el abismo. Eso es hoy verdaderamente el socialismo: más que la esperanza de un reparto igualitario de bienes materiales, la esperanza de que el hombre recupere las riendas de una maquinaria que se le ha ido de las manos. Eso es hoy el socialismo... o, mejor dicho, debiera ser. (Pues no lo es auténticamente el que se deja llevar por el culto de las eficacias materiales, por la competencia con los niveles de producción del capitalismo.) “Para mejores coches y neveras, tenemos a Estados Unidos y la República Federal Alemana: nosotros queremos el hombre nuevo”, decía

Guevara. Pero ha de ser el hombre nuevo de San Pablo, para no acabar pronto siendo otra vez el hombre viejo del egoísmo.

Si no construimos ese socialismo para el hombre, a la medida del hombre, volveremos –si no hemos vuelto ya– a la primera etapa de la historia de las clases trabajadoras, a la esclavitud. Mantenida ahora, no a golpes de hambre y de látigo, sino de abundancias y de televisión.

José Luis Rubio.

Madrid, 1 de diciembre de 1970.

I. CONSECUENCIAS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA: EL LIBERALISMO ECONÓMICO

Nos encontramos ya, después de la gran convulsión política que destruyó el carcomido orden social formado durante la Edad Media, en los tiempos modernos, con nuevas relaciones entre el capital y el trabajo, y oposiciones y antagonismos, y luchas nuevas entre las clases que han resultado privilegiadas y las que quedan sumidas aún en la servidumbre civilizada que se llama proletariado.

El siervo de la ley desaparece y queda el siervo de la miseria.

Las denominaciones cambian, cambia también la representación de la iniquidad, pero el problema existe sin resolver, agitando los entendimientos y provocando revoluciones.

El movimiento nivelador cuyos principales rasgos acabamos de bosquejar debe apreciarse como síntoma de las tendencias y aspiraciones de la Revolución francesa. Babeuf y sus amigos sucumbían por querer realizar el principio de la igualdad, del que fueron heroicos representantes.

Dejando aparte la imperfección del sistema de Babeuf y su incompatibilidad con el principio de la libertad individual, preciso es convenir en que respondía a las necesidades económicas de la Revolución francesa, la cual, no pudiendo organizar un sistema económico que realizara la igualdad social, retrocedió, como lo presentía muy bien Babeuf, hasta la monarquía con todos sus privilegios, monopolios y repugnantes desigualdades.

No pudiendo convertirse en un hecho social el principio de la igualdad, el de la libertad fue vencido a su turno. El poder y la propiedad pasaron de unas a otras manos, la esclavitud y la servidumbre cambiaron de nombre, modificóse la forma de las instituciones; pero en el fondo nada cambió; las grandes masas trabajadoras continuaron sometidas a la explotación de una insolente minoría, los goces y la posición social siguieron estando en razón inversa de los servicios prestados a la sociedad, y el problema planteado en las esferas de la inteligencia por las ciencias económico–políticas, abandonando el campo de los hechos a la reacción, reprodujo en nuevas fórmulas principios y teorías que han ido poco a poco conquistando las conciencias y abriéndose paso en la opinión pública.

* * *

La clase media entendía por libertad la libre concurrencia, sin preocuparse de las terribles consecuencias que no podían menos de resultar para todos los que carecían de capital con que resistir. Las consecuencias de la lucha en el campo industrial no podían menos de ser desastrosas para unos si

eran ventajosas para otros, y desde el momento en que se reconocía la legitimidad de la lucha y de sus resultados se anulaban por completo los principios de igualdad y fraternidad que la Revolución había proclamado, no pudiendo menos de endurecerse los corazones, que veían en la miseria de los vencidos un hecho fatal.

Deteniéndose la Revolución francesa ante esta fórmula y atascándose, por decirlo así, en tales resultados, se negaba a sí misma y abría el camino a la reacción. –¿De qué sirve, en efecto, este progreso tan decantado por vosotros –decían los aristócratas y la teocracia romana–, si al fin reconocéis inevitable que haya siempre pobres y ricos, que los pocos solamente naden en la abundancia, mientras la mayoría vegeta en la miseria? Bajo tal punto de vista del bienestar social, vuestra decantada Revolución se reduce, pues, a que la propiedad pase de unas a otras manos; pero no a que sus ventajas se extiendan a todos los ciudadanos; y reducida a estos límites, pierde el carácter humanitario con que la queríais revestir, reduciéndose a un despojo; a quítate tú para ponerme yo; a que el explotador se llame industrial, banquero o comerciante, en lugar de noble o prelado; y en verdad que no valía la pena de hacer tanto ruido para tan poca cosa.

A estas observaciones de las clases privilegiadas vencidas, es decir, de la aristocracia y del clero, las clases medias vencedoras respondían haciendo causa común con sus antiguos adversarios contra las masas trabajadoras, y como aquéllas, cubriéndose de títulos y honores.

* * *

Si son justas las consideraciones que preceden, deben servirnos para deslindar con claridad el objeto que logró alcanzar la Revolución francesa y que apenas pudo plantear, falta de ciencia y de preparación, para darle satisfacción completa. Aquella grande evolución de la civilización moderna proclamó el principio de la libertad y el de la igualdad, y agotó sus fuerzas en vanos esfuerzos para armonizarlos. Aquella Revolución fue la lucha a mano armada entre la libertad, tal como la comprendían las clases medias, y la igualdad, tal como los amigos del pueblo la sentían.

Aferrándose al principio de la libertad, las clases medias obedecían a un instinto egoísta; para ellas la libertad era un medio de preponderar y de enriquecerse, mientras que los partidarios del principio de la igualdad, obraban impulsados por el sublime sentimiento de realizar el más glorioso de los ideales humanos.

La libertad, tal como la entendían los que sólo querían ver este término del problema, era el privilegio; la igualdad, al contrario, era el bien común. Esta diferencia bastaba a establecer entre los dos partidos una línea de separación o, por mejor decir, un abismo insondable. Los primeros representaban el pasado, la casta, la exclusión; los segundos, el porvenir, la participación de todos en todo lo existente. Así considerados los que formaron la falange consagrada al triunfo de la igualdad y que combatieron hasta morir el mezquino sentimiento de la clase media, fueron los profetas cuyas fecundas inspiraciones y sacrificios debían fructificar más tarde.

Los partidarios de la igualdad dijeron la última palabra, y su

sangre fue también la última que corrió en los caldalsos de la Revolución.

Desde la muerte de Babeuf, la reacción política marchó a pasos agigantados a la reconstrucción de la vieja sociedad, y las clases trabajadoras supieron ya a qué atenerse.

* * *

La constitución de la libertad pareció el objeto fundamental de las clases medias vencedoras, y de la concepción de la libertad por estas clases resultó para los trabajadores un nuevo orden de cosas, un modo de ser diferente de la servidumbre legal que había subsistido hasta 1789. La palabra libertad reemplazó para ellos a la palabra servidumbre; pero aunque las formas cambiaron, esta servidumbre subsistió de hecho. El proletario reemplazó al siervo; el empresario capitalista, al señor feudal. El proletario pudo alimentar la esperanza de llegar a ser propietario; la ley ya no se oponía a su elevación social. Así como todo soldado francés llevaba en su morral el bastón de mariscal de Francia o, lo que es lo mismo, la esperanza de llegarlo a ser si su fortuna y sus méritos lo hacían digno de ello, así el trabajador llevaba en las herramientas de su trabajo la posibilidad de la fortuna, y la clase media se esforzaba en dar a esta ilusoria esperanza apariencias de argumento. El más simple buen sentido debía bastar para comprender que había en estas ilusiones una burla sangrienta; que contándose los aspirantes al bastón de mariscal como los aspirantes a la propiedad por millones, cuando la organización económica y la militar reducían a un número insignificante, con relación a la masa, los empleos de generales como los títulos

de propiedad, el más simple buen sentido debía bastar para comprender que así como la existencia de un general supone la de un numeroso ejército de soldados, sin los cuales el título aquel no sería más que una palabra vana, así la existencia de una minoría de propietarios independientes supone fatalmente la de una gran mayoría de proletarios miserables, porque la propiedad de aquéllos no tiene más valor e importancia que la que les da la pobreza, la falta de propiedad de éstos.

Desde entonces la palabra libertad fue el mágico símbolo de la civilización moderna; los economistas, los políticos, los filósofos, fundaron en la libertad sus sistemas, y cuando los resultados prácticos no respondían a las esperanzas despertadas en los corazones por las doctrinas, los liberales dijeron que la libertad curaría las llagas que abría.

De francesa la Revolución se convirtió en universal, porque las ideas e intereses que proclamó y defendió no eran franceses, sino generales. Aquella Revolución destruyó el sistema feudal, emancipando a los trabajadores de la servidumbre, y no pasaron muchos años sin que esta emancipación la alcanzaran también los trabajadores de casi todas las naciones de Europa; pero el aborto del movimiento nivelador que debía crear una organización del trabajo justo en reemplazo de la injusta destruida, el predominio exclusivo del principio de libertad, dejó a los trabajadores aislados, desarmados, a la merced de los propietarios e industriales, para quienes la libertad era una fuerza efectiva, porque dueños de los instrumentos del trabajo, de la riqueza y de la instrucción, y por lo tanto más dispuestos a asociarse para explotar sus capitales, tenían en sus manos la suerte de los

trabajadores. La Revolución francesa hizo desaparecer de las sociedades modernas los restos del feudalismo señorial y la servidumbre con ellos, y el proletariado brotó en su seno simultáneamente a la preponderancia de las clases medias.

Este cambio radical en la condición de las clases trabajadoras ha venido ejerciendo y ejerce todavía una influencia decisiva en la organización política de las naciones, dificultando y hasta imposibilitando el establecimiento y la consolidación de las instituciones democráticas, que tropiezan por doquiera para convertirse en una realidad social y política con el antagonismo que inevitablemente resulta de la división económica de la población en las dos clases de proletarios y propietarios.

Al destruirse el antiguo orden feudal resultó un orden económico exclusivamente favorable a las clases medias, que en poco tiempo acapararon las riquezas que habían pertenecido a las antiguas castas teocrática y nobiliaria, imponiendo con ellas su predominio a las clases trabajadoras desheredadas, que si no fueron ya siervas por la ley, lo fueron por la miseria; que si no tuvieron un amo legal político llamado señor, tuvieron un amo económico, un dueño empresario o industrial: siendo lo peor que si no lo tuvieron, debieron buscarlo, puesto que no dependía de ellas el trabajar para vivir, sino del que con el trabajo les daba el pan de cada día.

Agréguese a esto que los nuevos señores no tenían para con los trabajadores las obligaciones que los antiguos, que debían defenderlos, protegerlos y hasta alimentarlos, no sólo cuando trabajaban para ellos, sino hasta cuando no podían trabajar.

La libertad individual conquistada con la Revolución por los trabajadores con la abolición de la servidumbre fue indudablemente un gran progreso, pero más moral que efectivo y muy distante aún de haber dado todos sus frutos.

La libertad del trabajador y la del trabajo, la destrucción de las cortapisas y trabas que se oponían a que todos los hombres pudieran ejercer los oficios, profesiones e industrias que tuvieran por conveniente, fue un adelanto inmenso en las vías de la libertad y de la justicia social; pero la Revolución francesa y las que a imitación suya se realizaron después en las otras naciones europeas, llevadas a cabo más por las clases medias que por las masas populares y trabajadoras, faltaron indudablemente a los principios de justicia, despojando a las clases privilegiadas, que podíamos llamar usurpadoras de la propiedad, clero y nobleza, reyes y castas gobernantes, en beneficio casi exclusivo de las clases medias y con perjuicio manifiesto de las trabajadoras.

Al pasar la propiedad de las manos muertas a las vivas por medio de leyes revolucionarias, no se tuvo en cuenta en ninguna parte que esta propiedad, que constituía la mayor parte de la riqueza de las naciones, pertenecía de derecho a los que la habían creado trabajando generación tras generación durante siglos, y que al emancipar al siervo debía dársele como indemnización de la injusticia convertida en ley, que le había obligado a trabajar sin remuneración en provecho del señor feudal, la tierra regada con su sudor, salvo pagar al Estado un canon que sirviera para que indemnizara a los trabajadores de la industria facilitándoles los instrumentos del trabajo, ya que para todos no podía haber tierra que repartir.

Los economistas se apresuraron a justificar los despojos de la clase media produciendo teorías que aplicaran a su gusto los hechos consumados y, pasando de un extremo a otro, convirtieron a la propiedad, que había tenido hasta entonces un carácter colectivo, en individual, sin tener en cuenta que no podía menos de participar de uno y otro carácter.

Admitida esta noción de la propiedad y abrazando la propiedad todos los elementos de la producción, sin los que el hombre no puede existir, resultó forzosamente la esclavitud de los trabajadores, que se llamaban, sin embargo, libres, porque, careciendo de propiedad o, lo que es lo mismo, de instrumentos del trabajo, no tenían más remedio que someterse a las duras condiciones que les imponían los que les facilitaban ocupación.

A estos tratos verdaderamente leoninos, en los que, por una parte, entraba el propietario que podía pasarse sin los servicios del trabajador y, por otra, entraba éste, que moría de hambre al día siguiente si no aceptaba las condiciones del amo, se les ha llamado y llama todavía contratos libres y sirven de base al derecho, de fundamento a la economía social y de título a la propiedad y a la renta.

Explicando la producción bajo este punto de vista, los economistas han dicho:

> “Aunque cada producto sea la obra de muchos productores, es, sin embargo, resultado de una concepción: la del empresario que concibió la idea y reunió los servicios de los agentes necesarios para realizarla. Este

empresario paga los servicios de estos agentes en proporción de la necesidad que de ellos tiene. Dueño del producto que él ha concebido y hecho ejecutar, pagando a cada artífice su concurso en proporción a la necesidad que de él ha tenido el empresario, es innegable que cada uno ha tenido una parte proporcionada a su concurso y que el propietario del objeto creado es dueño absoluto de él."

De esta manera, según los economistas de las clases medias, aunque la producción sea la obra de muchos productores, sólo el propietario es quien puede hacer trabajar según sus necesidades y conveniencias; el trabajador no representa más que un papel pasivo ni recibe más remuneración que la que le quiere dar el que lo emplea. Sin que baste decir que muchas veces éste tiene que pagar más que lo que quisiera, porque esta circunstancia es excepcional; la regla es que el trabajador sufre las consecuencias de su miseria, que lo entregan al amo desarmado, obligándole a aceptar las condiciones que quiera imponerle. Esta prerrogativa de la dirección y distribución del trabajo y de su remuneración que se atribuye la propiedad es decisiva. La sociedad no puede existir sin el trabajo; pero éste no puede hacerse por la gran masa de trabajadores que componen la mayoría de la sociedad, sino por interés y a gusto de los propietarios, que forman una pequeña minoría. A éstos corresponde el permitir a los obreros trabajar y el atender a sus medios de subsistencia.

Según el sistema económico reinante, la masa total del producto anual de trabajo de un país debe dividirse: 1.°, en renta de la tierra; 2.°, en salario del trabajo; 3.°, en beneficio del capital. De esta división resultan tres clases sociales: la que

vive de sus rentas, la que vegeta con su salario y la que vive de los beneficios de su capital.

Ahora bien, veamos cómo todo esto se produce; si es en virtud de la justicia distributiva o si, al contrario, por la fuerza de una escandalosa injusticia que resulta de la falsa concepción del derecho de su propiedad.

La renta es el arrendamiento que paga el arrendador al propietario de una tierra en cambio del derecho a cierta parte de los productos de ella. Para exigir esta renta, el propietario no se apoya en otro derecho más que en el que tiene a disponer de cierta porción de la Naturaleza.

A este propósito dice Adam Smith:

> "La renta, considerada como precio del uso de la tierra, es un indicio de monopolio y no está proporcionada a las mejoras que el propietario puede haber hecho en la tierra ni a lo que bastaría para no perder, sino que se eleva a todo lo que el arrendador puede pagar con relación al fruto que espera sacar de ella."

Refiriéndose al mismo punto, dice este economista en otra parte:

> "La renta puede considerarse como el producto de la fecundidad de la Naturaleza, cuyo uso presta el propietario al arrendador."

Estas palabras, escapadas al economista de la clase media, bastarían para condenar la renta, porque en principio nadie

puede tener derecho para prestar el uso de una parte cualquiera de la fecundidad de la Naturaleza. Agréguese ahora que tal como la renta está constituida, tiende a convertir al trabajador de los campos en un esclavo cuyos esfuerzos y fatigas no siempre bastan a alimentarlos, mientras inevitablemente alimenta una aristocracia territorial.

La renta de la tierra es un manantial de males, lo mismo para el desgraciado cultivador que para la sociedad en general, porque aumenta el precio de todos los objetos independientemente de su valor intrínseco, representando en los gastos de la producción no un elemento indispensable, sino una carga onerosa, hija de un monopolio. La regla hace que aumente la renta en la proporción que aumenta la cantidad de objetos producidos y su valor, de lo que resulta que el aumento de trabajo y de producción no suele ser beneficioso para el cultivador, porque a medida que el trabajo le produce más, el propietario aumenta la renta.

Teóricamente, según los economistas, la renta no se paga nunca más que de tierras que producen fruto neto; pero en realidad la teoría suele estar en contradicción con los hechos. Los contratos de arriendo estipulan generalmente que el arrendador pagará no una parte del producto, sino una cantidad fija por el uso de la tierra, cantidad que debe pagar gane o pierda; pero los economistas fundan su teoría en que si no hay probabilidades de ganar, no hará contrato el arrendador, y en que si pierde, no podrá pagar; mas ¿cuántos son los casos en que los cálculos del que toma en arriendo una tierra salen fallidos y tiene que pagar la renta al propietario, que coge de esta manera el fruto sin sembrar, recibiendo como

beneficio neto el capital del arrendador? Ni aun cuando la renta de la tierra se paga con sus productos, recibiendo el propietario una parte alícuota de ellos, está en relación con el beneficio neto, porque la cosecha puede haber sido pequeña y no cubrir los gastos, lo que no impedirá que el propietario se lleve una parte del producto bruto, que para él representa beneficio neto y pérdida para el cultivador.

La renta territorial es un abismo que absorbe el sudor de los productores, y esta injusticia debería bastar por si sola para condenar la actual manera de ser de la propiedad.

¡Qué diferencia tan grande existe entre el propietario cultivador y el cultivador que trabaja en la tierra ajena! El primero dispone de la renta, del interés, del beneficio y del salario, y, sin embargo, sus trabajos son penosos, su existencia sobria y su bienestar inseguro. ¿Qué no sucederá al que tiene que cultivar las tierras de otro y sacar de su trabajo no sólo con qué vivir él y mantener su familia, sino para sostener la familia de otro?

Hemos querido hacer las antecedentes ligeras indicaciones sobre algunos de los elementos económicos que dirigen la producción de la riqueza en nuestros días, después de la transformación radical llevada a cabo por la filosofía del siglo XVIII y por la Revolución francesa, con el objeto de que nuestros lectores puedan ir apreciando debidamente la situación de las clases trabajadoras en la relación que haremos sobre su estado en los capítulos siguientes.

En su lugar oportuno, y cuando la fisonomía de las

sociedades modernas esté dibujada completamente, explanaremos con mayor extensión el estado de las ideas elaboradas por los economistas y socialistas, a fin de que pueda percibirse el porvenir de la Humanidad cuando se resuelva la tumultuosa crisis que están pasando las sociedades.

II. TRANSICIÓN DE LA SERVIDUMBRE AL PROLETARIADO

A consecuencia de la revolución, aparentemente niveladora, del siglo XVIII se rompió la relación económica desprendida del feudalismo, bien quebrantada ya por las vicisitudes políticas que había tenido la sociedad europea desde el advenimiento de los tiempos modernos.

Abolida la servidumbre, así como los gremios y corporaciones profesionales de artes y oficios, el hombre del pueblo se elevó por la ley a la categoría de ciudadano y adquirió la apariencia de instrumento libre de la producción.

Bien pronto el retroceso político quitó a los pobres los derechos de ciudadanía, limitando su ejercicio a las clases acomodadas; pero bajo el punto de vista económico, las relaciones subsistieron de la manera como las había establecido la Revolución, porque en realidad no era de gran importancia el adelanto ni la nueva situación de las clases trabajadoras podía traer complicaciones a la clase media preponderante.

En lo antiguo habían estado sepultados los trabajadores en la esclavitud, sin personalidad, sin derechos, sin familia y

considerados meramente como cosas. Tan vaga, indefinida y tenue era su significación que no tenían actividad siquiera para señalarse en los objetos sometidos a la propiedad.

Después la esclavitud se convirtió en servidumbre, y ya ésta dejaba ver en el siervo los contornos indecisos de una personalidad y le concedía fuerza para mantenerse adherido a la máquina o al terruño.

Luego, emancipándose legalmente a la sombra de los municipios, pero formando parte de la organización semifeudal existente en el período de transición, fue robusteciendo su personalidad y aumentándola hasta el punto de constituirla distinta y determinada, pero en la forma de corporación, gremio o cofradía: nada era el individuo; la congregación era la única personalidad visible y activa: el siervo pasaba a ser subordinado de la colectividad: dejaba de ser el instrumento del señor para convertirse en la herramienta del gremio.

Reconocidos los derechos del hombre, se desató el lazo que ligaba a los trabajadores con las autoridades de su oficio; y como el impulso revolucionario se dirigía al establecimiento de la libertad, se detuvo desde el momento en que ésta fue consignada en la ley, creyendo que estaba conseguido el objeto.

De esta manera, desprendido el obrero de la corporación de que formaba parte, ostentaba distintamente sus atributos; pero quedaba solo y entregado a sus propias fuerzas en medio de un organismo social que le oprimía, porque era lo cierto que los instrumentos de la producción continuaban acaparados con

la organización egoísta de la propiedad, hasta el extremo sublimada, y que al señor feudal sustituía el empresario, con frecuencia más ambicioso, inhumano y trastornador.

El trabajador siervo desaparecía y se formaba el proletario, cuya existencia vamos a examinar en esta parte de nuestra obra.

* * *

Con razón puede decirse que la historia del proletariado es la historia de la miseria y de los dolores de las modernas sociedades; pero aun así la transformación ha sido beneficiosa y progresiva, en tanto que, descubriendo con la separación de los individuos las necesidades, derechos y atributos del hombre en sociedad, comprueba que no es bastante el metafísico reconocimiento de la idea de libertad, sino que hace falta convertirla en un hecho. Así el problema social se ha planteado claramente, y la claridad es buen elemento para la solución.

Con el objeto de que se puedan percibir distintamente todos los detalles del cuadro que vamos a dibujar de la situación de las clases trabajadoras en virtud de las nuevas relaciones económicas que se han establecido después de la Revolución francesa, conviene indicar ligeramente los elementos que intervienen en la producción de la riqueza y la forma que ha adquirido al presente el trabajo a consecuencia de la libertad mal entendida y estrecha que se ha constituido.

* * *

La propiedad ha acaparado la tierra y los productos todos,

reteniendo en pocas manos los instrumentos de la producción. La ley ha enaltecido el derecho de propiedad declarando que consiste no solamente en el aprovechamiento, sino en el abuso de la cosa.

Las fuerzas naturales, único dominio que se ha respetado a los trabajadores, se emplean por el procedimiento de los jornales diarios, constituyendo una especie de servidumbre intermitente.

Existe un mediador entre los que producen y los que consumen, que se llama empresario, cuyo interés está en contra del de los productores y consumidores. De esto dimana un antagonismo inexorable y perpetuo entre unos y otros, que sostiene viva una guerra aniquiladora.

La misma contradicción de intereses existe entre los empresarios mismos, con el resultado de producir la concurrencia, generalmente en perjuicio de los trabajadores.

El interés del empresario limita la producción al consumo con el peligro de graves necesidades en las crisis, tan incalculables como continuas por falta de reservas y con evidente desorden de las utilidades del obrero, que hace que su suerte sea más desgraciada.

El empresario tiene interés en adulterar los productos y encarecerlos, así como en rebajar la recompensa del trabajo. En su consecuencia hace confeccionar sustancias perniciosas y construir habitaciones malsanas con el objeto de aumentar su lucro.

* * *

Entre tanto el obrero gana un salario mezquino y vive trabajosamente de lo peor que existe, por falta de recursos.

Como ningún interés tiene en la empresa de producción, trabaja mal y de mala gana, procurando por su parte perjudicar al empresario en cuanto puede.

Esta situación de continua guerra empobrece a la sociedad y la tiene en un estado de agitación continua y de trastorno inevitable.

La miseria de los obreros origina la inmoralidad, que por contagio se traslada a todas las clases; la inmoralidad produce esos crímenes horrendos que ensangrientan a la sociedad, sin embargo del rigor de las leyes y de la crueldad de los tribunales.

El mismo interés de los empresarios rodea las especulaciones de un misterio impenetrable. A consecuencia de este misterio las necesidades públicas aparecen inesperadamente; y cuando no se pueden remediar, la miseria y los desórdenes son espantosos y prolongados.

Nadie tiene interés en la fortuna de los demás ni en la felicidad de sus semejantes.

En una palabra, el empresario ha sustituido al señor feudal, y la existencia de este intermediario es el motivo de que las relaciones económicas sean antagonistas, la producción menguada y la miseria casi general.

Semejante constitución social para producir la riqueza no puede menos que desprender hondas perturbaciones y menguar la producción hasta el extremo de que una gran parte de los individuos, y justamente los trabajadores, carece de lo más indispensable para la subsistencia.

Así es que con la desaparición de la servidumbre se ha puesto a la vista la deplorable situación del género humano, escondida antes entre las tinieblas del despotismo señorial, y la miseria ha subido a la superficie a manifestar su faz demacrada y estremecedora.

Como el objeto de esta parte de nuestra obra consiste en descubrir el estado de las clases productoras después de la Revolución francesa, nos habremos de fijar particularmente en la miseria que sufren, y para que las observaciones y datos estadísticos sean bien apreciados llamaremos la atención de nuestros lectores sobre las distintas manifestaciones de la necesidad.

* * *

En general los pobres trabajan y nunca obtienen de su trabajo una recompensa que alcance a cubrir sus más precisas atenciones; pero una parte de ellos recoge siquiera para vivir miserablemente en el fondo de su hogar, escondiendo sus penas y escaseces; otra parte tiene que salir de vez en cuando a demandar y recibir los auxilios sociales, que son variados según los países, y otra se dedica constantemente a la mendicidad como profesión y no como auxilio transitorio. Mas como la miseria y las amarguras de los primeros se mantienen

ocultas, no queda más medio de apreciarlas que deducirlas del número, estado y condición de los indigentes y mendigos; de manera que aproximadamente se puede venir en conocimiento de la situación de la clase trabajadora de un país determinado por el número de los indigentes y de los mendigos que de ella se desprenden a patentizar la miseria social.

Para dar una idea del estado de los obreros bajo este punto de vista haremos una rápida excursión por distintos países de la Europa, empezando por la Italia.

Italia

Según los estudios y datos estadísticos de Mr. Villeneuve–Bargundemont, este país presenta un necesitado y socorrido por cada 25 habitantes, pues calculándose en el tiempo en que hizo sus observaciones en unos 20 millones la población de Italia, aparecían entre ellos 800.000 indigentes, de los cuales 150.000 eran mendigos, lo que da un mendigo por cada 126 habitantes.

El conde de Tournon hace los mismos cálculos; pero Mr. Schau asegura que entre indigentes y mendigos componen el 13 por 100 de la población total de Italia.

En los antiguos Estados sardos, que tenían una población de cuatro millones de habitantes, se socorrían en las casas públicas cerca de 70.000 personas y casi 300.000 a domicilio; de manera que recibía auxilios sociales cerca de un 10 por 100 de la población.

Los socorros presupuestados ascendieron en 1839 a 5.050.176 francos, repartidos 3.558.293 entre las casas de beneficencia y 1.484.873 en los socorros a domicilio, lo que da 55 francos anuales para cada albergado y 5,70 para los que eran auxiliados en su domicilio.

En Venecia, según documentos oficiales, con una población de 140.000 habitantes, fueron socorridos por término medio desde 1822 a 1832 a domicilio 50.000 indigentes.

En 1823 el número de éstos estaba con los habitantes en esta proporción en las siguientes provincias venecianas:

Venecia.	1	indigente	por	cada	5	habitantes.
Trevisa.	”	”	”	”	43	”
Friul.	”	”	”	”	49	”
Padua.	”	”	”	”	58	”
Verona.	”	”	”	”	70	”
Vicenza.	”	”	”	”	71	”
Polesina.	”	”	”	”	145	”
Belluna.	”	”	”	”	201	”

En estas proporciones no están comprendidos los mendigos que pululan por todas partes, a pesar de las crueles represiones con que se les persigue.

En las demás provincias de Italia resulta la proporción aproximadamente la misma que hemos indicado.

III. LOS POBRES EN IRLANDA, BÉLGICA Y GRAN BRETAÑA

Irlanda

La miseria, que es la soberana del mundo moderno, parece haberse domiciliado especialmente en Irlanda, donde en rigor existe un pueblo de pobres.

Se observa en este país un fenómeno singular. La agricultura produce actualmente doble que hace cincuenta años, y el agricultor vive con más miseria. Por todas partes se ven señales de mejoramiento y de riqueza, y al mismo tiempo la condición de los pobres empeora cada día, como si la felicidad de algunos pocos se consiguiera con la miseria de todos los demás.

La miseria desnuda, la miseria vagamunda, cubre el país, enseñando sus llagas y poblando el aire con sus gemidos, como si fuera una producción del suelo.

Pero por muy pobres que sean estos mendigos, hay otros seres más pobres todavía: los que no piden limosna, los trabajadores, los jornaleros agrícolas.

Estos no comen más que patatas, y por cierto de la peor especie, basta y esponjosa, que se llama lumper.

Felices son los que las comen tres veces al día, porque otros las comen dos solamente, muchos no más que una y no pocos, más desgraciados, pasan un día entero y aun dos sin tomar ningún alimento.

* * *

La miseria de la población de Irlanda no es accidental, sino permanente y periódica.

Todos los años y en las mismas épocas aproximadamente se anuncian el principio, el progreso, la declinación y los estragos del hambre.

La relación oficial hecha en el año de 1835 hace constar un número horroroso de personas muertas por falta de alimento.

La misma relación oficial expresa que de los 7.900.000 habitantes que había en Irlanda, 3.000.000 eran indigentes.

El primado Boulter escribía en 1827:

> "Desde mi llegada la hambre no ha cesado entre los pobres, y éstos mueren a centenares."

A mayor abundamiento, los periódicos publicaron que en el intervalo de un mes, desde el día 3 de enero al 3 de febrero de 1838, perecieron de frío por no tener con qué abrigarse 134 personas, 51 hombres, 42 mujeres y 41 niños.

Todo esto sucede a pesar de que el Estado invierte en el socorro de los pobres sumas fabulosas, como para haber asistido en 1832 a un millón y medio de personas enfermas de necesidad.

Sin embargo, convencido el Gobierno de que no puede disponer de recursos bastantes para remediar la general miseria, ha dificultado la demanda de socorros por medio de la ley de 31 de julio de 1838, en virtud de la cual no se otorga asistencia domiciliaria, sino albergue y alimentos en ciertos depósitos de beneficencia, pero a condición de ingresar en ellos y separarse por consecuencia de su familia.

Bélgica

Este país, el más poblado, industrioso, rico, agrícola y al mismo tiempo el más libre de Europa, es también el más pobre y miserable. Puede formarse una idea de su industria por la producción de sus fábricas, que dan más de 800.000 piezas de géneros de hilo y más de 2.000.000 de piezas de algodón.

Es tan grande la fertilidad del suelo de Bélgica que produce doble cantidad de granos de lo que necesita para su consumo. Este se valúa en 6.000.000 de hectólitros al año, y la cantidad de trigo vendido representa un valor anual de 2.000.000 de francos.

Con todo, en este país tan saturado de libertad, regido por leyes tan benignas, que tiene un clima tan dulce y un suelo tan fértil, el pueblo muere de hambre.

Las estadísticas oficiales demuestran que el número de necesitados socorridos en varios años ha sido el siguiente:

En 1828.—563.565	socorridos,	ó 1	por	cada	6,93	habitantes.
1839.—587.095	”	”	”	”	7.00	”
1846.—699.857	”	”	”	”	6,20	”

La población de Bélgica se gradúa en unos cuatro millones de habitantes.

Pero la proporción de la miseria resulta más desconsoladora cuando se observa en las distintas provincias, puesto que hay algunas donde existe en la relación de un socorrido por cada 3,80 habitantes, como demuestra el siguiente cuadro:

1828			
Luxemburgo.	1	por	130
Amberes.	”	”	14,67
Flandes oriental.	”	”	8,69
Limburgo.	”	”	7,75
Namur.	”	”	7,70
Flandes occidental.	”	”	6,68
Lieja.	”	”	6,17
Hainaut.	”	”	4,48
Brabante.	”	”	4,42

1839			
Luxemburgo.	1	por	61
Limburgo.	”	”	14
Amberes.	”	”	10
Namur.	”	”	9
Lieja.	”	”	9
Flandes oriental.	”	”	7
Brabante.	”	”	7
Hainaut.	”	”	5
Flandes occidental.	”	”	5

1846			
Luxemburgo.	1	por	69,22
Amberes.	”	”	16,54
Namur.	”	”	8,96
Lieja.	”	”	7,89
Limburgo.	”	”	7,62
Hainaut.	”	”	6,05
Flandes oriental.	”	”	5,86
Brabante.	”	”	4,85
Flandes occidental.	”	”	3,80

Esta tabla suministra dos observaciones: una, que en ningún

país es mayor la cifra proporcional de los indigentes socorridos, y otra, que en las provincias como el Brabante, Hainaut y las dos Flandes, donde la industria ha adquirido un desarrollo mayor, el número de necesitados aumenta proporcionalmente, mientras que en el Luxemburgo, provincia la más pobre del país, es menor el número de Indigentes. De manera que cuando en todas partes la miseria crece a medida que la prosperidad del país disminuye, en Bélgica aumenta con la prosperidad del suelo y de la industria.

Obsérvese asimismo otro fenómeno. En todas partes la clase agrícola cuenta menor número de necesitados que la industrial, sin embargo de que trabaja menos tiempo y tiene un salario más reducido; pero en Bélgica sucede lo contrario. En la Flandes oriental, de los 221.230 indigentes socorridos en 1857, 171.681 eran campesinos.

En las dos Flandes, que tienen una población total de 1.400.000 habitantes, 100.000 viven en la desnudez más completa y en una necesidad continua.

Millares y millares comen pan rara vez, ni siquiera de centeno, y muchos niños, para no morir de necesidad, se arrojan sobre los tubérculos y raíces que desentierran en los campos.

“No se alimenta una población de 400.000 obreros con abstracciones metafísicas –decía un orador en la tribuna belga– a falta de trabajo, menester es proporcionarles pan.”

No solamente de día, sino también de noche, recorren los campos hordas de mendigos pidiendo socorro.

“Se han presentados dos veces a mi puerta durante la noche –decía un labrador de Turnhont a la comisión investigadora de 1840, y les he dado de seguida lo que tenía a mano, por la ventana, porque no hacen mal alguno si se les satisface prontamente.”

Un habitante de Avelgem, hizo una manifestación en los mismos términos.

Esta mendicidad nocturna es tan considerable que la milicia rural está en movimiento permanentemente para contenerla.

Aunque con menos intensidad que en las dos Flandes, la miseria causa grandes estragos en las demás provincias de Bélgica, y la circunstancia que hemos hecho notar de ser mayor en las provincias más ricas demuestra que es ineficaz el deseo rutinario de los economistas de aumentar la producción sin cuidarse de las condiciones con que se distribuye la riqueza. Al mismo tiempo el hecho de ser más desgraciado económicamente el pueblo más libre de Europa confirma, la opinión, que más de una vez hemos emitido en el curso de nuestra obra, de que la libertad moderna es raquítica y ha sido ideada por la clase media en su provecho y no en beneficio de las trabajadoras, las cuales han permanecido y permanecen oprimidas y enclavadas en el feudo del capital y bajo la tiranía del empresario.

Inglaterra

Inglaterra, país considerablemente poblado y rico, con

grandes escuadras, enorme industria y no escasa agricultura, ofrece al lado de una opulencia espléndida los vicios más repugnantes y la más espantosa miseria, sin que con todos los tesoros de su Industria haya sabido asegurar el pan a sus trabajadores, cuya séptima parte, cuando menos, carece de él cada día.

La miseria presenta en Inglaterra formas tales, desciende a tanta profundidad y toma una extensión tan ilimitada que ha recibido el nombre especial de pauperismo, que la caracteriza y define. Se llama pauper en Inglaterra al individuo que se inscribe en la lista de su parroquia para tener derecho a los socorros que se reparten.

El barón Morogues calcula que el número de necesitados de la Gran Bretaña asciende a una cuarta parte de la población. En 1831 el número de auxiliados por la beneficencia oficial llegó a cerca de millón y medio, sin comprender a los de Escocia ni Irlanda.

No se sabe con exactitud el número de socorridos en la ciudad de Londres; pero algunos estadistas lo calculan en una octava parte de la población, sin comprender los innumerables mendigos que inundan las calles de la metrópoli.

No todos los pobres mendigos encuentran albergue en los establecimientos de beneficencia que en Londres existen. Algunos se anidan de noche en ciertos tugurios llamados Lodging houses, donde descansan por un penique (tres cuartos).

Ledru Rollin, en su libro sobre la decadencia de Inglaterra, describe estos burdeles del modo siguiente:

“Aquí pocos muebles o ningunos; las camas no existen; los huéspedes, varones y hembras, se acuestan en montón sobre tarimas, formando una masa de pobreza, lodo, vicios y crímenes en consorcio con todo lo que es materialmente nauseabundo y moralmente odioso: caos de enfermedades, intemperancia, libidinismo, suciedad y depravación como en ninguna otra parte se encuentra.”

Sin embargo, hay muchos tan pobres que carecen del penique que les cuesta tan inmundo alojamiento, viéndose recoger en cuadrillas; y como si fueran parias arrojados de su pueblo, van a anidarse durante la noche en las cavidades de los puentes, en los peristilos de los palacios, bajo la arcada de Blakwal–Railway, y allí sobre la húmeda tierra y entre los árboles de Hyde–Park mueren de hambre y de frío, a pocos pasos del palacio que habita la reina de la Gran Bretaña.

* * *

El mismo Ledru Rollin, en su obra antes citada, dice acerca de estos desgraciados:

“Existe en Londres un parque de bestias humanas bajo los arcos de Blakwal–Railway. En él se ven familias enteras confundidas en montón a la intemperie: niños mecidos por la embriaguez y el crimen al lado de las más viles prostitutas y los bandidos más infames.”

En cuanto a los pobres que tienen hogar, no puede decirse que sea mejor su condición ni su vivienda.

En Londres, maravilla de las ciudades por la elegancia de los edificios y la salubridad de las calles, viven, sin embargo, los pobres en cloacas hediondas, en lugares infectos, en callejuelas angostas, en casuchas levantadas al azar sobre terrenos cubiertos de inmundicias, sin calles trazadas, sin alumbrado, sin pavimento, y donde las aguas estancadas vician el aire con la putrefacción de las materias vegetales que en ellas se corrompen.

En el distrito de White–Chapel, dependiente de la Cité, es donde principalmente se albergan los pobres, y en sus estrechas y tortuosas calles más de 900 familias están amontonadas cada cual en una sola pieza, y sin tener más de 600 otro ajuar que un solo lecho.

* * *

Tal es el estado de los trabajadores en el foco más rico, deslumbrador y lujoso de la sociedad.

En el imperio de la industria, en el país modelo de buenas prácticas políticas, en el suelo donde reside hace siglos la mal llamada libertad individual, en el pueblo que todo lo representa por el trabajo, que sin el trabajo nada tendría, ni fuerza material, ni prestigio entre las naciones; en este país, decimos, el trabajador muere de hambre y sufre tantas vejaciones como el siervo de la Edad Media y el esclavo de la antigüedad.

IV. ESTADO DE LOS OBREROS EN LAS PRINCIPALES CIUDADES DE INGLATERRA Y ESCOCIA

Lo que sucede en Londres pasa en las otras grandes poblaciones de Inglaterra.

Liverpool tiene en el Dale–Street su foco de miseria, como en Church–Street su foco de vicios. En esta ciudad tan hermosa el mayor número de los obreros vive en cuevas o en piezas cerradas, donde les falta el aire antes de faltarles el pan.

El doctor Duncan ha contado 3.000 de estas cavernas habitadas por 35 ó 40.000 personas.

De 2.392 visitadas por el consejo de la villa, se hallaron 1.705 completamente cerradas, como si intencionadamente se quisiera impedir la circulación del aire, y de otras 6.571 estaban 2.988 empapadas en la humedad y abiertas cinco o seis pies bajo el nivel de la calle.

Las habitaciones de la clase obrera de Manchester son tan miserables e insalubres como las de Liverpool. En los barrios donde existen no están las calles empedradas y son tan estrechas y oscuras que cuando algún desgraciado tiene que ir

al hospital, se ve obligado a recorrer a pie una gran distancia, porque no puede entrar en aquéllas el carruaje que ha de conducirlo.

Las habitaciones más detestables son las que están situadas detrás de las casas que dan a las calles, cuya entrada es un callejón sin nombre que recibe las inmundicias infectas del vecindario, y cuyas puertas se abren generalmente sobre caños descubiertos que reciben las materias fecales de las casas que están delante.

Rodeadas estas viviendas de paredes altísimas, no puede penetrar en ellas el aire puro y son como tumbas donde se sepultan vivos los trabajadores.

* * *

La ciudad entera de Leeds es una inmensa cloaca donde hay más cerdos que perros. Pero más repugnante aún que las emanaciones pútridas que se desprenden de las casas es la corrupción moral que se encierra dentro de ellas.

A este propósito véanse algunos párrafos del informe dado en 1841 sobre el estado sanitario de las clases trabajadoras:

“En Liverpool he hallado una madre durmiendo con sus hijas sobre la paja en el rincón de una vivienda y tres marineros acostados en otro rincón. He visto en una sola pieza 40 personas durmiendo juntas, casadas y solteras, varones y hembras, y niños y adultos de ambos sexos.

“Podría referir una multitud de casos en Manchester de esta

promiscuidad de los dos sexos en una misma habitación; pero no citaré más que el de un marido acostado en un mismo lecho con su mujer y su cuñada.

“Sucede esto tan frecuentemente que podría citar más de cien casos de dormir personas de diferente sexo en una misma pieza.

“En Peudleton entré en una vivienda de obreros en el instante mismo en que un joven, sin otro vestido que la camisa sucia, pedía a su madre otra para mudársela. Dióle la madre la camisa limpia, y después de haberla calentado se la puso, quitándose la otra en presencia de una joven que estaba sentada junto al fuego.

“En otra habitación un muchacho de dieciocho años se mantuvo junto al fuego, casi desnudo, todo el tiempo que duró mi visita.

“Estas dos casas estaban habitadas por obreros de buena reputación.

“En Ampthill, un marido, su mujer y la familia, compuesta de once personas, habitaban en dos piezas, en una de las cuales dormían ei padre, la madre y cinco hijos, entre los que había un varón de trece años y una hembra de quince, todos en una misma cama, y en la otra, el resto de la familia, también en un solo lecho y confundidos los varones con las hembras.

“En la parroquia de Mottisfout he conocido catorce individuos de una familia hacinados en una sola pieza. Un hermano y una hermana, el uno de dieciocho años y de veinte

la otra, dormían en un mismo lecho al lado de su padre y su madre. Algunas veces el padre estaba ausente durante la noche; otras, la madre, y algunas, los dos.

“Hace tres o cuatro años que un padre y una hija fueron llevados ante el Tribunal de Leeds. Otra hija dormía con su padre al mismo tiempo que su madre...”

* * *

Tenemos que cortar el informe, destrozada el alma por el dolor que agita reseña tan desgarradora, en la que campea la miseria más triste, dando quizá motivo a la más odiosa y repugnante depravación.

¿Por qué motivo en una nación eminentemente agrícola e industrial como Inglaterra no puede el trabajo sacar a la clase productora de esta vida bestial e indigna?

Esto sucede porque en Inglaterra, lo mismo que en los demás países civilizados de Europa, está el trabajo organizado de manera que, por mucho que produzca, no llega el producto a alimentar al trabajador; porque el trabajo es una guerra insensata, una guerra a muerte entre el empresario y el obrero, y en esta guerra el último sucumbe porque es más débil, y al sucumbir se venga, es verdad, a veces, por las coaliciones, las bullangas y el incendio..., pero de estas mismas venganzas se le originan después males y desventuras todavía mayores.

Sucede esto, por fin, porque la libertad es ilusoria para los trabajadores y solamente efectiva para la clase media que los explota.

La familia entera de los trabajadores es víctima del antagonismo en el trabajo, y con gran frecuencia los hijos y esposos se ven obligados a hacerse la concurrencia en el taller y a disminuir el precio de los salarios para conservar algunos la colocación por medio de una lucha inhumana de resignación y de hambre.

La investigación hecha en la Gran Bretaña acerca del estado de los tejedores a brazo de Spitalnelns ha descubierto tantas miserias, que parecerían increíble si no estuvieran comprobadas por documentos irrecusables.

Desde su país natal vinieron estos infelices a hacer una manifestación delante de la Cámara de los Comunes reclamando justicia y pan.

Este ejército de pobres descubría la inmensa extensión de la miseria en sus inanimadas fisonomías, en su decrepitud prematura, en su general demacración, en su color amarillento y plomizo, síntomas mil veces más elocuentes que los más elocuentes discursos. Pero, por desgracia, toda la elocuencia de su infortunio fue inútil, y estos desgraciados permanecieron hambrientos junto a las máquinas, verdaderos instrumentos de su suplicio.

* * *

Las penalidades que sufren los trabajadores de las minas excede a toda ponderación. En muchas de carbón mineral, no teniendo las capas más que de 14 a 30 pulgadas de espesor, se ven obligados los mineros a trabajar tendidos y a hacer de esta manera arrastres difíciles y fatigosos.

Aunque los desórdenes morales se manifiestan más intensamente en la clase obrera de las grandes poblaciones, los materiales del pauperismo aparecen con más actividad en la clase pobre de los campos, porque la miseria no se limita en Inglaterra a ciertas localidades, sino que cubre con sus llagas toda la extensión del país y, al contrario de lo que sucede en el continente, hace víctimas más numerosas en los campos que en las ciudades.

La agricultura ha hecho en Inglaterra progresos mayores que en ninguna otra parte del mundo; pero ¿qué importa el cultivo sabio y que arranca a la tierra todos sus frutos, las cosechas abundantes, los ganados modelos, si el pueblo, que tantas riquezas produce, si el asalariado de la gleba muere de hambre en medio de la abundancia?

En efecto, en las campiñas inglesas no hay más que labradores que cultivan como empresarios en gran escala, y jornaleros que nada poseen ni tienen un rincón de tierra que cultivar por su cuenta. Un memorial presentado a la Comisión de Pobres por 31 padres de familia de la parroquia de Bledlow, condado de Buckingham, contiene esta súplica:

> "Cuando el mayor número de nosotros se presentó a los magistrados a las dos del día 4 de diciembre de 1734, no habíamos comido cosa alguna desde la víspera. Nada pedimos más que se nos dé en arrendamiento, aunque sea a gran precio, un pedazo de tierra donde sembrar patatas, y nadie nos lo procura."

En otro tiempo cada campesino tenía, por lo general, su vaca,

su cerdo y un cercado rodeando su casa; pero al presente un solo labrador ocupa los terrenos que antes labraban 30, de modo que para hacer que exista uno más rico se han formado 29 miserables.

Por otro lado, las cinco sextas partes del suelo inglés pertenecen a menos de 30.000 propietarios, los cuales no tienen inconveniente en sacrificar a los pobres con tal de aumentar sus rentas o ahorrarse alguna cantidad en los impuestos.

Así es que cuando la casa rural que habita un trabajador se deteriora, en lugar de componerla la destruye el propietario a fin de dejar expedito el suelo y ahorrarse el impuesto para los pobres. Este sistema es tan frecuente, que hasta ha tomado el nombre particular de despejar un dominio.

Despéjase también de otra manera.

Según la ley del Settlement, es menester vivir tres años en una parroquia para tener derecho a los socorros que dan a los pobres. Ahora bien: poco tiempo antes de que este término se cumpla se despide a los arrendadores, se derriban sus casas y, vacío el terreno, se le destina al pasturaje. La cría de ganado reemplaza al cultivo de los cereales, y el animal expropia al hombre para que el propietario economice un impuesto.

Por fortuna, la población agrícola no compone más que una tercera parte de la total de Inglaterra.

ESCOCIA

El pauperismo en Escocia tiene los mismos caracteres exteriores que en Inglaterra de miseria, degradación e inmoralidad. El trabajo existe con la misma organización antagonista, sin embargo de las tentativas aisladas de Orven en términos que cada vez se empeora el estado moral y físico de las clases trabajadoras.

No hay palabras suficientes a explicar el estado de algunos distritos de las ciudades escocesas, como, por ejemplo, la parte baja de Glasgow llamada Wynds, refugio por excelencia de vagabundos y gente perdida.

Su población flotante varia de 15 a 30.000 personas.

Mr. Symon dice sobre la parte de la ciudad de que hablamos:

“He hecho un reconocimiento detenido en los barrios pobres de las principales ciudades de Inglaterra y del continente; pero no he encontrado ninguno que se le parezca en lo inmoral y corrompido.”

En Glasgow, no ya la gente pobre, sino todos los obreros, acostumbran a andar descalzos tanto en verano como en invierno: de 100.000 personas que circulan por las calles, más de 50.000 están sin calzado, y se ven jóvenes hermosas caminar descalzas, llevando en la mano los zapatos al pasar por sitios donde pueden ensuciarse o romperse. Esta es una costumbre desprendida de la miseria.

En otro tiempo fue la Escocia renombrada por la robustez y belleza de sus habitantes; pero al presente es un ejemplo conmovedor del estado a que descienden las razas bajo el imperio horrible de la miseria.

Para decir en pocas palabras cuál es el estado de las clases trabajadoras en Escocia, basta asegurar que están reducidas a la misma condición que en Irlanda en cuanto a habitación, vestido, alimentos y moralidad.

V. SITUACIÓN DE LA CLASE OBRERA EN HOLANDA, SUIZA, ALEMANIA, AUSTRIA, PRUSIA, SUECIA Y NORUEGA

HOLANDA

En este país tanto la riqueza como la miseria presentan el particular carácter de esconderse en el seno de las familias, de modo que por ninguna parte se encuentra el lujo deslumbrador de la opulencia ni las llagas horripilantes de la miseria. Sin embargo, ¡cuántas riquezas y cuántas necesidades se esconden en esta pequeña y poblada nación!

Las relaciones oficiales manifiestan que 500.000 personas, poco más o menos, reciben socorros públicos, lo que da, respecto a una población de menos de 3.000.000 de almas, la proporción de un indigente por cada 5,26 habitantes, proporción que se eleva en ciertas provincias y ciudades del reino a 1 por 4 y hasta a 1 por 3.

El general Van–den–Bosch, en unos apuntes que ha publicado, dice que hay en Holanda cerca de un millón de individuos que no pagan contribución alguna y pertenecen a la clase necesitada. Calcula que los ingresos de estas personas no

llegan a 59,50 frs. por cabeza y que tiene que suministrarles más de 10 frs. la caridad pública o privada.

Otra tercera parte de la población no disfruta más que el ingreso medio de 112,15 frs., que es poco más que el gasto anual de un mendigo en la colonia de los forzados de Ommerschaus.

* * *

Los dos tercios del suelo están destinados a praderas y no necesitan. Así el concurso de los brazos; por este motivo, desde que la gran industria ha decrecido, es mala la situación de las clases trabajadoras, las cuales, no teniendo lo suficiente para vivir, se ven obligadas a inscribirse en el registro de los pobres y a perder su dignidad y energía.

"En general –como dice Van–den–Bosch–, el pobre queda pobre y constituye una raza formada para la pobreza."

Así se refuerzan y perpetúan estas clases, que forman un pueblo separado en nuestras sociedades modernas.

SUIZA

Mr. Villeneuve valúa en 171.000 el número de indigentes y en 11.400 el de mendigos que hay en Suiza sobre una población de 1.914.000 habitantes, lo que da un indigente por cada 10 personas y un mendigo por cada 150.

Mr. Estefano Franscini no calcula más que 130.000 indigentes que reciben socorros oficiales.

En el cantón de Berna, que es el más importante, la proporción es de 1 a 10 y de 1 a 4 en la capital. En este cantón halló en 1833 una comisión inglesa 40.000 indigentes entre 370.000 habitantes. En el cantón de Vaud se calculan 21.000 pobres de 180.000 habitantes. En Ginebra la miseria socorrida de oficio arroja 3.000 necesitados de 58.000 habitantes. En el cantón de Lucerna una cuarta parte de la población recibe socorros.

La Suiza cuenta 1.442.666 propietarios y agricultores y 571.334 industriales, según los cálculos de Mr. Villeneuve, y su población está dividida en clases con ciertos derechos diferentes, lo que ocasiona actos escandalosos de opresión en este país tan ponderado por su libertad.

Por otra parte el pauperismo progresa en Suiza rápidamente con todas sus tristes consecuencias, lo que prueba que allí, como en todas partes, se atiende más a las fortunas que a las personas. Por esto, todos los años un gran número de familias se ven obligadas a expatriarse en busca de medios de subsistencia.

ALEMANIA

Si puede apreciarse la importancia de un mal por el número de escritos publicados para remediarlo, se viene en conocimiento de que en ningún país ha tomado el pauperismo

proporciones mayores que en Alemania. Cuando menos, es indudable que aquí, como en los otros Estados de Europa, la miseria se desenvuelve en progreso.

Los datos oficiales, incompletos en su mayor número, no suministran noticias suficientes; los particulares son más defectuosos todavía y reducidos, guardando equivocada proporción con la miseria que se desprende del signo poco engañoso de la criminalidad.

Dícese que en Austria, de los 32.000.000 que tiene de población católica, hay uno y medio de indigentes.

En Prusia, de los 13.000.000 de habitantes que existen en 28 distritos, son indigentes 500.000. La población industrial es de poco más de dos millones y de cerca de once la agrícola. Estos son datos de Mr. Villeneuve.

En Wurtemberg los indigentes socorridos están en relación con los habitantes en la proporción de 1 a 22; de 1 a 21, en el gran ducado de Baden, y de 1 a 13, en Hamburgo. En el primer Estado había en 1830, sobre una población de 1.400.000 habitantes, 64.996 pobres socorridos; pero en algunos comunes componían la cuarta parte, la tercera y hasta la mitad de la población. En Baden, que tenía 1.200.000 habitantes, se calculaban 10.000 familias en necesidad y 50.000 indigentes. En Hamburgo, de cada 100.000 habitantes, había que socorrer a 25.000.

* * *

El conde Rumfort ha dicho en una Memoria:

“No solamente los mendigos infestan las calles de la ciudad y los parajes públicos, sino que entran en las casas y no tienen inconveniente en robar lo que se les pone al alcance de la mano; las iglesias mismas están llenas de ellos.

“Para subsistir recurren a artificios diabólicos y a los delitos más irritantes, y para hacer más lucrativo su oficio hasta roban pequeñuelos, y después de dejarlos ciegos o estropeados de la manera más bárbara, los ponen a vista del público para excitar la compasión. Algunos de estos desnaturalizados envían desnudos y hambrientos a sus propios hijos a fin de que apremien más a los transeúntes, y cuando vuelven a sus casas sin aportar la cantidad que les han fijado, los maltratan bárbaramente.

“El mal no consiste en esto solamente. Los mendigos persiguen a los transeúntes tan tenazmente, que no queda otro recurso que darles alguna cosa para que se retiren, y en otro caso profieren quejas ofensivas. Su número se aumenta consecutivamente hasta convertir la mendicidad en un oficio, que, por ser corriente, no es denigrante y comienza a tomar puesto en la organización social.

“Tienen repartida por cuarteles la ciudad los mendigos y se suceden en sitios determinados por herencia de algún pariente o amigo. El derecho se adquiere también por alianza.”

El barón de Voght escribía en 1833 a Mr. Canning:

“El número de indigentes no cesa de aumentar; en las clases inferiores reina una desmoralización increíble.”

La situación de las clases trabajadoras en Alemania las obliga a emigrar por muchos millares cada año para buscar entre grandes angustias medios de subsistir en tierra extranjera. Esto más que nada demuestra la situación desesperada de los obreros en Alemania, donde carecen de todo, hasta de la esperanza de mejorar su estado.

Así, el problema de la miseria está sin resolver en este país, tan orgulloso de su falsa sabiduría.

¿Para qué sirve conocer los secretos de la naturaleza, si no se aplican al mejoramiento del ser?

Existen en Alemania profundos sabios, tan profundos, que no es raro verlos sumergidos en las profundas tinieblas de sus nebulosos e ininteligibles y extravagantes pensamientos.

Pero su sabiduría es estéril en el orden social y político.

El pueblo, en su mayor parte, sabe leer y escribir. Pero ¿de qué le aprovecha la lectura, si no saca de ella la noción de la libertad y de sus propios derechos? ¿De qué le sirve, si al cabo permanece insensible en su estado de mísera servidumbre?

SUECIA

En las provincias del sur de Suecia no existe más que la tercera parte del suelo propio para la agricultura. En las del Norte la miseria obliga a los habitantes a mezclar para su alimentación, con la harina de centeno, la corteza de ciertos

árboles, particularmente el pino, la cual someten a una preparación. La industria está poco adelantada y se reduce a la explotación de las maderas y las minas. Los habitantes del campo tejen ellos mismos las telas que necesitan para vestirse.

La pesca, además de ser un recurso para los habitantes, es una riqueza del Estado. Innumerables peces buscan un abrigo o vienen a depositar sus huevos en los multiplicados senos de sus trescientas leguas de rocas, las cuales están además coronadas de nubes de aves de toda especie, lo que da ocupación a dos clases de hombres: pescadores y cazadores.

La relación entre la población agrícola con la industrial es de 4 a 1, a saber: 3.092.800 propietarios y agricultores y 773.300 manufactureros, según Mr. Villeneuve. Habiéndose repartido entre los particulares los terrenos comunes, se han aumentado los productos considerablemente y con ellos la población, pues es sabido que al lado de un grano de trigo se cría y mantiene un hombre.

El príncipe Oscar escribía en 1840:

> "Los medios de poner una barrera fuerte a la miseria y a la inmoralidad crecientes son una buena administración municipal y el mejoramiento de las casas de beneficencia. Solamente de esta manera podrá el Estado extirpar el mal hasta las raíces."

El príncipe Oscar ha llegado a ser rey más tarde y se habrá convencido de que su procedimiento es del todo ineficaz, pues el remedio entraña reformas más profundas y directas.

NORUEGA

En 1845 la población de Noruega se elevaba al número de 1.327.069 habitantes, y aunque la estadística criminal venia ascendiendo, la cifra de los indigentes no aumentaba en la misma proporción y permanecía en la relación de 1 a 20.

En Noruega la centésima parte del terreno, que es la que está puesta en cultivo, no suministra lo suficiente para la alimentación de los habitantes, y éstos se reducen, por lo general, a comer pan de centeno y arenques salados. Pero la extraordinaria duración de sus inviernos y la melancólica vecindad de sus interminables selvas inclinan a los noruegos a la sobriedad y a la economía. Muchos de los trabajadores reciben de los que los ocupan la habitación y el alimento.

VI. SITUACIÓN DE LA CLASE TRABAJADORA EN DINAMARCA Y RUSIA

DINAMARCA

En Dinamarca está la población agrícola y la industrial en la proporción de 4 a 1. Antes de la conquista de los ducados por los alemanés había, según Villeneuve, 2.000.000 de propietarios y agricultores y 500.000 industriales.

El alimento del labrador consiste en pan hecho con diferentes granos, patatas, café, manteca, queso y leche. Los víveres están baratos, y una familia económica, aunque gane poco, puede vivir con un desahogo relativo.

En las ciudades todo individuo perteneciente a la clase trabajadora tiene la obligación de estar dedicado a un servicio cualquiera, a menos que tenga recursos para vivir, que deben apreciar los magistrados.

En el campo el individuo que no posee o explota alguna finca o no subsiste con el producto de algún oficio o profesión, es aplicado a un trabajo fijo en tanto que no se casa y se ocupa de un modo permanente como jornalero.

Si una persona de uno u otro sexo no halla colocación, está obligada, dos meses antes del término ordinario señalado para los cambios de servicio, a dar sus señas al bedel de la parroquia, el cual, al concluir los oficios el domingo siguiente, ofrece públicamente los servicios vacantes a quien quiere aceptarlos.

El que no se somete a estas reglas queda sin colocación y es castigado como vagabundo.

* * *

Aunque el número de indigentes en Dinamarca no excede con los habitantes de la proporción de 1 a 25, según Villeneuve, y según una comisión investigadora de ingleses, de 1 a 32, es sabido que la clase media se va desmoralizando gradualmente y va perdiendo su antigua sobriedad, que la preservaba de la miseria.

En muchos comunes hay casas de trabajo donde dan ocupación a los pobres, y a consecuencia de esta combinación de recursos la mendicidad, tan extendida otras veces en Dinamarca, ha desaparecido casi por completo, y la miseria es menos general y más soportable.

Sin embargo de estas ventajas, la intervención del Estado en las necesidades de la vida sostiene una especie de servidumbre contraria al progreso y a la libertad, que mengua las facultades humanas e imposibilita la solución del problema de la miseria por medios generales y permanentes.

RUSIA

Hasta aquí hemos dirigido nuestra consideración a los pueblos donde el Estado hace grandes sacrificios para remediar la miseria, pero siempre con el resultado, nótese bien la circunstancia, de ensanchar la herida que amenaza de muerte a las naciones modernas.

En verdad que cuando el mal se ha causado y la miseria se desarrolla y sale a la superficie, no es el momento de pararse a discutir sus causas y entre tanto dejar existentes sus desastrosos efectos, sino que lo primero que hay que hacer es detener sus progresos y remediar sus estragos.

Pero inmediatamente después hay que considerar si es suficiente el remedio del socorro o si, por el contrario, él, por su misma naturaleza, irrita la enfermedad, llamando las miserias secundarias y presentando el cebo para estimular la desidia y los engaños. Y, siendo así, viene a deducirse que, aparte del socorro, hay que pensar en corregir la causa del trastorno, y puesto que de la presente organización económica se deriva, deducir que ella es viciosa y que debe modificarse fundamentalmente. En otro caso, las miserias de las clases trabajadoras es un tonel sin fondo, como el de la fábula, que recibirá toda la riqueza social sin retener un átomo de ella en su seno.

* * *

Es una observación que confirma estas reflexiones el hecho

de que el pauperismo se aumenta gradual y constantemente en todos los países donde se aplica una gran parte de los fondos públicos a remediarlo, y permanece dependiendo sólo de circunstancias accidentales en aquellos otros donde el Gobierno, pecando de reprochable insensibilidad, no lo remedia por la vía del socorro.

Así es que, mientras en los demás Estados de Europa el número proporcional de indigentes varía entre 1 por 5 y 1 por 30, en Rusia se gradúa en 1 por 100 por Mr. Villeneuve, que cuenta en la Rusia europea 525.000 indigentes.

A este propósito dice Mr. Oerando, autor de un tratado sobre Beneficencia pública:

"Sorprende, en verdad, el pequeño número de indigentes propiamente dichos, según todos los documentos que la estadística ha coleccionado. La indigencia no se produce sino donde hay libertad personal.

"El siervo está mantenido por el amo, y solamente los trabajadores de las ciudades, los libertos, se ven en el caso de caer en la miseria. Fenómeno curioso por el cual una parte de la Europa nos ofrece el espectáculo de lo que sería toda entera en la Edad Media, sometida a la servidumbre de la gleba.

"Fenómeno verdaderamente instructivo por el contraste que forma con el estado de la Europa occidental y por la luz que esparce sobre las consecuencias de la libertad de trabajo."

Dejando a un lado la oscuridad de una parte de la idea de este autor, nos queda el hecho de que en Rusia, donde la

servidumbre existe y son menguados los socorros públicos, la mendicidad es menos considerable.

En efecto, la servidumbre de la gleba da al siervo una especie de patrono en el propietario: éste está empeñado, más por su interés que por la ley, en alimentar a los paisanos cuando carecen de recursos, porque los paisanos son sus máquinas, su fortuna. Los siervos se encuentran a cargo de los señores, propietarios de todas las tierras, y éstos tienen que atender a su diario alimento y a la satisfacción de sus necesidades más rigurosas.

Esto es verdad; pero también lo es que la miseria y escasez existen en, el estado de servidumbre con su entera importancia, aunque presentando dos diferencias con el pauperismo. Una, que los dolores, penalidades y escaseces quedan más ocultos en el misterio de la servidumbre, tanto porque el despotismo del amo los comprime para que no salgan a la superficie como porque el mismo siervo no tiene interés ni medios de exhibirlos, en la imposibilidad de remediarlos por un acto de su voluntad desconocida. Es otra diferencia la de que estando el trabajo y la alimentación hasta cierto punto ordenados por la ley señorial, se reparten con Igualdad mayor los dolores. El hecho es que los siervos no producen más que los hombres libres y que todos en un conjunto no deben recibir en alimentos más que los últimos reciben en salarios; pero, como hemos dicho, la escasez resulta más ordenada y no pueden existir esas enormes diferencias que la casualidad o las facultades diferentes producen y que dan por resultado que muchos se encuentren sumidos en la miseria más horrorosa. Suponiéndose que los siervos

recibieran para vivir 2, por ejemplo, y la misma cantidad los trabajadores libres, resultaría que si uno de éstos granjeaba 3 era porque otro quedaba reducido a 1, y si se apoderaba de 4, era precisamente limitando a dos de sus compañeros o dejando a uno sin participación absolutamente.

El mismo Mr. Villeneuve, que ha calculado en 1 por 100 de la población el número de indigentes en Rusia, calcula que hay en este país 62.800 mendigos, lo que representa el 1 por 10 de la población necesitada.

No sabemos cómo habrá recogido los datos; pero es lo cierto que, si bien en Rusia existen mendigos, vagabundos y siervos fugitivos, a los que se persigue de una manera inhumana, no puede verse el pauperismo propiamente dicho como no sea en las dos capitales: San Petersburgo y Moscú.

Así en Rusia como en Polonia existen dos clases: la de los nobles y la de los plebeyos o paisanos; la clase intermediaria de los ciudadanos libres (roturiers) no habita más que en las grandes poblaciones, y se compone en su mayor parte de extranjeros, que hacen casi exclusivamente el comercio del pan.

Los siervos no forman clase, pues que viven debajo de todas ellas. Mr. Villeneuve los calcula en 46.000.000.

No es para ellos, sino para las corporaciones de negociantes y artesanos, para las que se han establecido los tribunales especiales que conocen de los negocios de los menores, de las viudas y de los huérfanos pobres.

Las viudas, menores y huérfanos nobles tienen un tribunal de su clase, especialmente establecido para velar por sus intereses.

La población agrícola en Rusia es a la población industrial como 14 a 1. Hay, por consecuencia, 48.850.000 propietarios o labradores y 3.750.000 obreros o industriales, formando un total 52.500.000 habitantes.

La industria manufacturera existe en Rusia desde hace poco tiempo y se limita a las poblaciones de cierta importancia. En 1822 no había en todo el imperio más que 3.724 fábricas.

* * *

No aciertan los que creen que la civilización en Rusia retrograda o se estaciona. Sin duda alguna, comparado el pueblo ruso con los de la Europa occidental, resulta poco adelantado; pero se nota un considerable progreso en todas sus condiciones si se le compara con el pueblo que encontró Pedro el Grande.

A pesar de esta idea salvaje del conde Caucrine: “No es necesario mejorar la condición del pueblo, porque hay un antiguo proverbio ruso que dice que el perro gordo se vuelve holgazán”; a pesar de esta idea estúpida y feroz, es indudable que el pueblo ruso ha adelantado de algunos años a esta parte relativamente más que ningún otro de Europa.

Por todas partes aparecen sociedades de agricultura,

escuelas rurales y granjas modelos. El sistema de colonización introducido por Pedro el Grande ha producido 448 colonias agrícolas, habitadas por 263.269 personas.

En la Rusia meridional, a las orillas del mar Negro, produce la agricultura resultados felices. La producción de estos territorios supera al consumo.

Los labradores pueden vender sus cosechas con una gran rebaja, y la vid se cultiva actualmente con buen resultado.

Últimamente ha decretado el emperador la emancipación de los siervos, que se está llevando a cabo en estos días. No sabemos la manera práctica; pero es presumible que por el momento, adheridos los recién emancipados al suelo, no tengan medios ni resolución para desprenderse de él y que continuarán en el mismo estado de servidumbre por algún tiempo de hecho, ya que no sea de derecho.

Pero en breve la realidad legal de su emancipación surtirá sus efectos y se irá presentando a la vista su miserable estado bajo el aspecto de pauperismo. Entonces tomará el pueblo ruso la exterioridad de los pueblos modernos y comenzará la lucha de los proletarios contra las clases usurpadoras.

Entonces también quedará probado que, en lugar de ser insignificante la miseria en la actualidad en aquel país, hay tantos indigentes como siervos; es decir, se verá que el número de pobres necesitados en Rusia llega a 46.000.000 de habitantes.

VII. LA HISTORIA DE FRANCIA DESPUÉS DE LA REVOLUCIÓN

FRANCIA

El siglo XVI, inmemorable por la protesta religiosa, no fue menos fecundo que la Edad Media en miserias de todas clases.

Uno de los efectos del protestantismo fue poner a la vista los horrores del pauperismo con la supresión de los conventos que había fundado el catolicismo.

La Francia del siglo XVI, permaneciendo católica, guardó sus conventos y sus pobres; pero admitió también la miseria como caudal exclusivo de las clases trabajadoras. Lo mismo permaneció en los siglos siguientes.

Fortescue, que había recorrido la Francia en tiempos de la reforma, escribía:

> "Los paisanos beben agua, comen patatas, se hacen con varias semillas un pan negro y no saben lo que es la carne."

La agricultura estaba en la infancia y los artesanos no eran más felices que los labradores.

Loyseau, hablando de todos ellos, decía:

> “Los hemos oprimido tanto con los impuestos y con la tiranía de los gentiles hombres, que es admirable el verlos subsistir y que encuentren medios para mantenernos”.

Cuando se estudia la historia de estos tiempos deplorables, no se halla en ella más que el relato de provincias devastadas, habitaciones destruidas y hombres desgraciados errantes por las campiñas.

El siglo XVII, el siglo de Luis XIV, el gran siglo, como lo llaman, no solamente fue el siglo de la gloria y de la opulencia, sino además el de la escasez y el de la miseria.

“La gente menuda vive tan miserablemente –decía Vauban–, que no sala más que a medias su puchero o no lo sala absolutamente, a causa del alto precio de la sal.”

Vauban y Boisguilbert son autores contemporáneos que han descrito patéticamente, pero en verdad, el triste estado de la Francia en aquellos tiempos. “No queda a los franceses más que ojos para llorar”, decían. Podemos juzgar de la suerte de aquella generación por el efecto doloroso que produjo en el alma de Juan J. Rousseau el espectáculo de la Francia al llegar de un país tan pobre como la Saboya, donde el filósofo había vivido.

“Pobres paisanos, pobre reino, pobre rey”. Este epígrafe de un libro de Quesnay resume en tres palabras el estado de la Francia durante el reinado del crapuloso Luis XV. Durante el reinado de Luis XVI la situación de los jornaleros en Francia se empeoró con la mala administración del país, plagada de abusos.

* * *

Ya hemos visto el carácter que tomó la Revolución francesa en lo relativo a la cuestión y cómo, a pesar de las confusas aspiraciones de algunos revolucionarios, el progreso se detuvo desde el instante en que, derrocados los privilegios de los nobles y de la clerecía, la clase media subió a las alturas del poder, desde donde, tiránica y egoísta, combatió rudamente las justas aspiraciones de los proletarios.

El Comité de Beneficencia, evacuando un informe que se le había encargado sobre el derecho al trabajo, declaró irrealizable este derecho y contra los buenos principios, fundándose en que, para que el Estado pudiera procurar ocupación a cuantos la necesitasen, era menester que se atribuyera la propiedad y administración de las tierras y capitales, que son los instrumentos del trabajo.

Desde este punto de vista, el Comité tenía razón; pero es lo cierto que, reconociendo la existencia del desorden social, en vez de estudiarla en sus causas y aplicarle remedio, se contentó con una indicación indecisa, diciendo que lo que debía hacerse era multiplicar los recursos del trabajo por medio de grandes instituciones, de una legislación previsora y medidas generales bien calculadas.

El delirio militar del imperio hizo que empuñasen las armas las manos que debían haberse dedicado a la agricultura y a la industria y que los esfuerzos del Gobierno, insignificantes en la práctica, se rigieran en la teoría por estos pensamientos:

“La sociedad debe socorrer solamente a aquellos que por la

fuerza de las circunstancias se encuentran imposibilitados de atender a sus necesidades más apremiantes.

"Auxiliar en otros casos, equivale a crear la mendicidad, estimular la pereza y producir los vicios.

"En su consecuencia, el primer cuidado de la Administración debe ser comprobar el estado de miseria."

* * *

La restauración condensó su criterio sobre las necesidades de las clases trabajadoras en una circular de 12 de enero de 1829.

> "El derecho de los indigentes para pedir socorro en las poblaciones de su domicilio está subordinado a la posibilidad que tenga la Administración de repartirlos."

En 1814 y en el primer momento de la reacción, como se volvían los corazones de los realistas a todo lo antiguo que había desbaratado la revolución, se pensó nada menos que en resucitar los antiguos gremios y maestrías; pero la tentativa, como no podía menos de suceder, quedó limitada a una petición en extremo curiosa, que se dice fue redactada por Mr. Levacher Duplessis.

Después de la revolución de julio, y hallándose la clase media en la absoluta posesión del poder, repitió tentativas simuladas de mejorar la condición de los trabajadores, y a este fin encargó el Gobierno datos sobre la situación de éstos en los departamentos y sobre los adelantos que acerca del particular hubiera en otros países: la Academia ofreció varios premios a

los autores de las mejores Memorias que se escribieran sobre "Determinar en qué consiste la miseria, por qué señales se manifiesta y cuáles son sus causas."

En 1840 el ministro Remusat, en circular de 6 de agosto, decía que la administración pública debía ocuparse más en proporcionar ocupación a los trabajadores que en repartirles socorros cuando están necesitados. Manifestaba que la falta de trabajo y la insuficiencia de los jornales eran las causas más generales de miseria entre los individuos útiles y que la caridad es impotente para combatir las causas incesantes del pauperismo cuando la falta del trabajo o el precio del jornal provienen de circunstancias industriales que nadie puede dominar, o cuando la miseria depende de la poca habilidad del obrero, de su pereza o de su mala conducta. En todo caso, el remedio consiste, agregaba, en organizar talleres para suministrar el trabajo que no proporcione la industria privada.

* * *

"Este medio –continuaba el ministro– es eficaz, en efecto, pero está subordinado a la posibilidad de emprender trabajos de índole acomodada. Donde se puedan hacer obras de movimiento de tierras, la realización es sencilla, porque pueden tomar parte en ellas todos los individuos, cualquiera que sea su oficio, y porque no hace falta emplear capitales en la adquisición de las primeras materias.

"Pero este recurso no es practicable en todas las localidades y hace falta suplirlo en ellas con otros trabajos.

"Se ha hablado de establecer casas de refugio donde los

obreros puedan dedicarse a trabajos de su profesión respectiva, abastecidos por la Administración y hechos por su cuenta; pero la dificultad de vender los productos de estos talleres ha comprometido siempre su existencia. Las mismas circunstancias que han determinado el estancamiento de la industria privada o, en otros términos, la paralización de pedidos, se oponen a la enajenación de las existencias de los talleres de caridad, y si éstos, por la abundancia de productos, los arrojan al mercado a precios reducidos, resultará una concurrencia que agravará la crisis comercial y dejará sin trabajo a los obreros que se ocupan en las fábricas particulares.

"Se aconseja la fundación de colonias agrícolas para los indigentes útiles, y algunas tentativas se hacen actualmente en este sentido. Estos establecimientos han prosperado en diferentes países, y entre ellos, en Holanda; pero ninguno de los ensayos hechos hasta ahora en Francia ha adelantado como para poder presumir el éxito, y, por otra parte, no existen en todas las localidades terrenos a propósito para tales establecimientos.

"Dispuesto estoy a creer que cada uno de estos sistemas puede ser aplicado con utilidad; pero el éxito depende de circunstancias locales, y, por lo tanto, no permiten ser desenvueltos por un sistema general.

"El problema consiste en crear un trabajo abundante, fácil y poco costoso. La elección se subordina al estado de la agricultura y de la industria en los diferentes departamentos y a las costumbres de la población, etc. Creo, por consecuencia, que por ahora conviene reducirse a examinar la cuestión de

saber cuáles serán en cada departamento los trabajos a que podrán aplicarse con provecho los indigentes útiles en circunstancias determinadas.”

De forma que, en definitiva, la solución del problema social por medio del trabajo se reducía al examen de una idea de trabajo conventual, cuya experiencia anterior se decía desgraciada. Sin hacer nada, esto fue lo que ideó la monarquía de julio, genuina representante de la clase media, engañosa y desleal como ésta, queriendo entretener al pueblo con esperanzas y metafísicas concepciones.

* * *

Cayó la dinastía de julio de 1848 inesperadamente y más por sus desaciertos que por la fuerza efectiva de los elementos revolucionarios: la república se estableció en un momento en que nadie la esperaba y, por lo tanto, con condiciones que no correspondían al sentimiento de una revolución verdadera.

El empeño principal de los hombres que se encargaron de la dirección de los negocios públicos fue dirigir el movimiento con templanza, y, por lo tanto, adoptaron desde el primer instante el sistema de las contemporizaciones y aplazamientos.

La clase media, derrotada con el gobierno del rey ciudadano, temió que el poder se le escabullera de las manos, y para detenerlo hizo un cuarto de conversión hacia la república con el fin de evitar las innovaciones sociales.

El deseo de acumular fuerzas en torno del nuevo Gobierno hizo que algunos republicanos de buena fe se engañaran

respecto a las intenciones de la clase media y que se opusieran tenazmente a las reformas que el pueblo reclamaba.

Pero la idea había andado ya bastante camino para que otros fijaran el problema del gobierno con su natural carácter y sostuvieran que la libertad política dependía absolutamente de las condiciones económicas de la sociedad y que era poco más de nada adorarla platónicamente dentro de la ley sin procurarle realidad en la vida.

Las predicaciones de los socialistas aconsejaron al Gobierno provocar las tristísimas jornadas de junio, en que una vez más el pueblo fue sacrificado por la clase media con la ayuda del Ejército, instrumento servil de los gobernantes.

* * *

Sin embargo, no es posible hacer una revolución sin dar un paso adelante, por corto que sea, y cuando los hombres no lo dan espontáneamente, son empujados por la misma fuerza de las circunstancias. La república francesa de 1848 no pudo menos de tener algún carácter socialista, e hizo algunos ensayos que, por ser contra la voluntad del Gobierno y verificados en medio de la agitación propia de aquellas circunstancias y de la lucha de las pasiones más ardientes, no dieron resultado beneficioso.

Los talleres nacionales no sirvieron más que para consumir una parte de los caudales públicos.

Aparte de su insuficiencia como remedio social y de su organización mal combinada, tenían el inconveniente de

abrirse en un tiempo en que los trabajadores estaban sobreexcitados por las contiendas políticas y vivían en los clubs y en los cuarteles y pensaban en las barricadas más que en el trabajo y en el taller.

* * *

Muerta traidoramente la república por el apóstata que en estos días acaba de hundirse bajo el peso denigrante de una nueva traición vergonzosa, el movimiento reaccionario se dirigió a robustecer el predominio de la clase media, valiéndose de manejos inmorales que han envilecido a la Francia.

Pero no olvidó el nombre funesto del 2 de diciembre que en las masas existía la aspiración, convertida en necesidad urgente, de mejorar su estado, y para hacer de alguna manera popular su tiranía, se dedicó con empeño a la cuestión social, resolviéndola hasta cierto punto y transitoriamente, como quien piensa vivir poco tiempo, con planes empíricos semejantes a los socorros.

Al intento, sin tener para nada en cuenta a los pobres campesinos, promovió en las grandes poblaciones, y particularmente en París, obras públicas en gran escala, y estimuló las de los particulares para proporcionar a la clase trabajadora todo el trabajo posible.

De esta manera el cesarismo extravió una parte de la opinión y formó sobre su gobierno una atmósfera de engañosa prosperidad, pero de inmoralidad efectiva.

Paris fue reconstruido desde los cimientos. París representó

durante muchos años una ciudad en ruinas que brotaba palacios de los escombros. Anchos bulevares corrieron derechos por donde apenas anteriormente podía pasar un transeúnte oculto en retorcidas callejuelas, y todo se hacía para desvanecer a los proletarios con el narcótico de una abundancia engañosa y una felicidad fingida.

VIII. SITUACIÓN DE LA TIERRA EN FRANCIA: LOS PEQUEÑOS PROPIETARIOS

Por lo que se ha dicho anteriormente, se ve que en Francia se encuentra el problema social en el mismo estado en que estaba al sucumbir la revolución primera.

Aunque no existen datos estadísticos completos que expresen la situación de la clase trabajadora en lo que va de siglo, algunos hay sobre la producción y la miseria, que suministran indicaciones de su estado.

La superficie de las tierras cultivables en Francia es seis veces mayor que la de los prados; de cerca de 32.000.000 de hectáreas cultivadas, 4.192.000 son de prados naturales y 1.575.000 de prados artificiales. Es triple extensión de la que se necesita para el ganado que en la actualidad se consume si se utilizaran en regadío los innumerables arroyos y riachuelos que corren sin utilidad por las campiñas.

La Francia no produce en la actualidad lo suficiente para alimentar a sus habitantes. Por término medio necesita importar al año 800.000 hectolitros de trigo, y en los escasos, más de cuatro millones.

En el espacio de treinta y tres años se han importado 40.000.000 de hectolitros de trigo extranjero, lo que da un término medio al año, por valor próximamente de 31.000.000 de francos. (Moreau de Jonnes, Estadística oficial, 1848.)

El consumo de trigo que hace un obrero pobre es al año de 270 kilogramos, y el de un obrero bien acomodado, de 390. Este es un mínimo muy inferior al consumo de la clase rica, y, por lo tanto, resultará un total insuficiente aun si tomando, por ejemplo, la cifra de 330 kilogramos como término medio y multiplicándola por la población, se deduce que Francia necesita a lo menos este producto para satisfacer sus necesidades.

Él hombre en Francia consume por término medio 15 kilogramos de carne al año; si se tiene en cuenta la leche, los huevos y el pescado, esta proporción se elevará aproximadamente a 31 kilogramos, o 100 gramos, poco más o menos, cada día.

Ahora bien: el obrero inglés consume 200 gramos.

* * *

La cantidad de ganado que existe en Francia asciende, según los cálculos de Mr. Gasparin, a 52.000.000 de cabezas, equivalente a 14.000.000 de bueyes o vacas.

Los varios efectos que, aparte de las harinas, entran en la alimentación, equivalen a 62.810.000 hectolitros, y representan las 39 milésimas en la alimentación total.

A más de los 32.000.000 de hectáreas cultivadas en Francia, sin contar los bosques, hay 6.800.000 de barbechos, o sea una quinta parte.

Se calculan, por lo menos, en 8.000.000 de hectáreas las tierras incultas, o una séptima parte de la extensión total del territorio, y cerca de una cuarta parte de la superficie cultivada, sin comprender los bosques.

Hasta ahora la Francia, tributaria del extranjero por lo que necesita para cubrir su consumo, ha procurado inútilmente llegar a la nivelación de productos agrícolas. Y eso cuando se trata del consumo real y no del que debía haber si todos los trabajadores tuvieran el alimento suficiente.

Este déficit constante indica que la situación de los obreros es precaria, difícil y angustiosa.

En 1840 el número de padres de familia aplicados de lleno a la industria era de 1.416.000, según las patentes expedidas, y evaluando en cuatro personas cada familia, hallaremos que la población Industrial que trabaja por sí con independencia ascendía a 5.664.000 individuos.

Acerca del estado de los campesinos dice un autor:

> "La miseria de los campos supera a toda explicación, pero queda casi desapercibida."

Se contaba en Francia en 1826 5.050.000 propietarios jefes de familia. La clase entera de propietarios y agricultores asciende, según Mr. Beausset–Roquefort, a 26.090.294

personas, siendo en número de 3.235.064 los trabajadores del campo que no tienen propiedad y que, por consecuencia, son verdaderos proletarios.

El mismo Mr. Beausset calcula que la clase industrial entera se compone de 8.920.564 individuos, de los cuales 4.508.000 son maestros o tienen patente; pero correspondiendo las tres cuartas partes a la clase propietaria, quedan 1.126.000 de la puramente industrial, lo que reduce el número de los industriales sin patente a 4.412.564. De éstos viven de las grandes fábricas 2.900.000, que, unidos a 1.750.000 domésticos o gente de peine, forman el grupo de donde salen los proletarios del trabajo.

Mr. Villeneuve gradúa la relación de 1 a 20 entre los indigentes socorridos y la población total; pero Mr. Beausset los calcula de esta manera:

Indigentes socorridos en las oficinas de beneficencia, 806.970; albergados en los hospitales y hospicios, 710.465; presos, 48.154. Total, 1.565.589 en una población que ascendía en aquel tiempo (año 1846) a 34.944.947 habitantes.

Otros calculan en 700.000 las personas auxiliadas en las casas de beneficencia, y en 800.000 los que reciben socorros de las oficinas.

Esto sin contar las familias de estos desgraciados.

Se calcula en 1.700.000 el número de indigentes exceptuados por la ley de 21 de abril de 1832 del pago de la contribución personal.

* * *

Según estos datos, no parece excesivo el cálculo de Mr. Pierre Leroux, que fundándose, por otra parte, en la circular de 21 de febrero de 1840, dice que existían en Francia 4.000.000 de mendigos, o sea 1 por cada 9 habitantes.

La propiedad territorial se encuentra extraordinariamente dividida en Francia.

Según muchos economistas, patronos de la clase media que se titulan sabios, dondequiera que la propiedad aparece muy dividida no hay que temer el despotismo territorial.

Desde un punto de vista esta observación tiene fundamento; pero, penetrando en la realidad de las cosas, se encuentra que el mayor número de estos propietarios de territorio tiene que colocarse en la clase de proletarios verdaderos, como los industriales de las grandes poblaciones.

Hay que convenir en que desde la revolución del siglo XVIII han desaparecido de Francia aquellos grandes dominios en que cimentaban su poder los señores feudales, y en la actualidad se hallan divididos en 124.000.000 de parcelas, que dan 4.000.000 de pequeños contribuyentes.

La clase media, que no ha querido buscar otra cosa que la libertad ficticia, pregonada para atraer a los desesperanzados, valiéndose de esta falsa concepción, ha tenido que atribuir a la ocupación de un pedazo de tierra la virtud de proporcionar la emancipación. Extraviados, sin embargo, los obreros del campo, han reducido sus aspiraciones al hecho de poseer un

palmo de tierra, así como los trabajadores de la industria han limitado sus esfuerzos a establecerse con alguna independencia, signo de libertad aparente.

Pero ni los unos ni los otros han considerado antes de la experiencia, engañados por las doctrinas falsas de los economistas, que cuando el individuo se aísla, sin llevar consigo suficientes instrumentos de trabajo, mengua sus facultades hasta la medida de los instrumentos que posee, y produce menos en provecho propio y en el de la colectividad.

Así es que si un trabajador adquiere la propiedad de un campo que no es bastante extenso para dar ocupación a todas sus fuerzas, lo natural es que encierre sus facultades y las achique dentro de los límites de su propiedad, produciendo de este modo menos de lo que producir pudiera y quedando más miserable que lo estaría acaso permaneciendo sin ligaduras en medio del torbellino de la producción.

A esto se agrega que el mayor número de estos propietarios menesterosos tiene que recurrir a los prestamistas para remediar las crisis perpetuas de subsistencia, y estos nuevos amos los vejan, oprimen y explotan con inhumanidad mayor, si es posible, que los señores feudales.

Malthus decía:

> “Se está verificando en Francia actualmente una experiencia perjudicial. Los poseedores de estas pequeñas fincas se encontrarán necesariamente en un estado de necesidad peligrosa, y si sobrevienen años de escasez, perecerán seguramente en gran número.”

Y, en efecto, Mr. Schnitzler, en su Estadística de Francia, ha dicho:

> “No sabemos si es un bien multiplicar a lo infinito los propietarios sin condiciones para subsistir con independencia...
>
> “No examinaremos si la disminución de capitales, la pérdida de esfuerzos y de gastos, se oponen al cultivo en buenas condiciones, que para ser productivo necesita con frecuencia ganado en proporción y un total de medios que lo eleven en grande escala.
>
> “Indudable es, con todo, la garantía de moralidad que ofrecen estos pequeños propietarios cuando trabajan a jornal para aumentar sus recursos.”

* * *

Mr. Rambuteau, patrocinador de la clase media, ha dicho en la Cámara francesa “que el suelo de Francia está poseído por 5.000.000 de individuos, jefes de familia, que representan una población de 22 a 25 millones de habitantes. Que, por consecuencia, los proletarios existen en número insignificante y no en mayoría, como algunos publicistas han querido sostener.

Pero Pedro Leroux, examinando los cálculos de Mr. Rambuteau, ha hecho observar que de los 10.000.000 de cuota que éste presenta, 8.000.000 figuran en término medio por 5,95 francos, 2.000.000 por 61 francos y, por último, 100.000 por 6,56.

Y, continuando sus observaciones, ha demostrado que de los 8.000.000 de propietarios territoriales, 4.000.000 disfrutan una utilidad que no pasa de 82,58 francos; 1.000.000 que obtienen una utilidad diez veces mayor, pero que en compensación existen 50.000 que disfrutan más de 9.000.000 de renta.

Además, admitiendo la hipótesis de Mr. Rambuteau de contar cinco personas por familia, dice que los 5.000.000 de jefes de familia propietarios representan:

1º. Veinte millones de individuos que no disfrutan más que 16,50 francos por cabeza.

2º. Cinco millones que disfrutan 169 francos; y

3º. Doscientos cincuenta mil que disfrutan de 1.800 francos.

Y concluye su observación con estas palabras:

“Y yo digo: a menos de perder el sentido común, no es posible dar a los 20.000.000 de individuos dotados por cabeza con 16,50 francos de utilidad el mismo nombre que a los 250.000 dotados de una utilidad cien veces más considerable.

IX. EL FEUDALISMO AGRÍCOLA Y EL INDUSTRIAL. PROLETARIOS DEL TERRUÑO

Imitando a Rambuteau otros muchos estadistas, se han entretenido en presentar a todos los labradores, grandes y pequeños, como personas casi acaudaladas, para demostrar que el orden de cosas existente es maravilloso e inmejorable.

Mr. Sullin de Chateauvieux, que es uno de los respetados entre estos estadistas de la Edad de Oro, fija en 4.000.000 el número de propietarios que hay en Francia, repartiéndolos de esta manera:

		Propietarios	Hectáreas
Grandes propietarios	1.ª clase	42.409	8.481.800
	2.ª clase	51.622	4.516.925
Propietarios medianos	1.ª clase	86.069	4.819.864
	2.ª clase	258.000	7.388.033
Propietarios pequeños	1.ª clase	774.620	7.843.494
	2.ª clase	2.787.112	12.650.914
	Totales ...	3.999.839	45.701.010

De este cuadro se desprenden los resultados siguientes:

Que 94.031 grandes propietarios poseen en totalidad 12.998.725 hectáreas.

Que 344.069 propietarios medianos poseen 12.207.897, correspondiendo por término medio a cada uno 35,1/2.

Y que 3.561.732 pequeños propietarios poseen 20.449.400 hectáreas, dando a cada uno, término medio, algo menos de 5,3/4 hectáreas.

Sobre este cuadro dice Mr. Pedro Leroux:

“¡Tres millones y medio de pequeños propietarios, poseyendo cada uno cerca de seis hectáreas!

“Suponed que Mr. Rambuteau u otro cualquiera sube a la tribuna de la Cámara de Diputados para proclamar esta resolución. ¡Qué triunfo para el actual sistema!

“Señores –diría–, la propiedad se defiende por si misma, como dice continuamente, con razón que le sobra, Mr. Gulzot; crece como la hierba de los campos y en breve lo disipará todo, sin dejar un solo proletario.

“Tenemos (no lo creerán ustedes, ni tampoco yo lo creo, pero la estadística lo prueba), tenemos a esta hora tres millones y medio de pequeños propietarios, cada uno de los cuales posee cerca de seis hectáreas. No hay duda que al oír la Cámara estas palabras quedará convencida y enteradísima. ¿No lo quedó con las absurdas suposiciones de Mr. Rambuteau en 1833?

“Este mismo diputado agrónomo estima también de propia autoridad que la tierra a propósito para el cultivo de cereales produce en bruto hasta 1.100 francos y que las malas no dan menos de 150.

“Y como este honorable señor es rico, por su parte declara que todo va bien.

“¡Ah! Tres millones y medio de propietarios poseyendo por término medio cinco y tres cuartas partes de hectárea parece una cosa increíble!

“Pero lo que importa saber es el valor de este terreno.

“¡Las hectáreas de Mr. Sullin de Chateauvieux dan sobre 17 francos de producto!

“En efecto, este estadista ha comprendido en sus cálculos la superficie cultivada o cultivable de la Francia entera, y guiándose por las cuotas del impuesto territorial, ha dividido esta superficie entre los propietarios según su número y en razón a sus cuotas.

“Por lo tanto, tomo la estadística oficial, y hallo que la cuota media por hectárea contribuyente es 2,47 francos. La relación del impuesto con el producto es 6,94; así es que cada hectárea resulta con un producto de 17,14 francos, y el propietario de 5 1/4 hectáreas alcanza menos de 100 francos al año. Este resultado es el mismo que directamente nos habían dado las cuotas del impuesto territorial.

“Y, en efecto, ¿cómo había de ser así cuando Mr. de

Chateauvieux no ha hecho más que convertir las cuotas en hectáreas?

* * *

“Pero hay más: entre estos tres millones y medio de pequeños propietarios que poseen por término medio 5 3/4 hectáreas, encuentra Mr. Chateauvieux 1.243.000 que no poseían más que dos, propiedad, dice él, insuficiente para alimentar una familia de cuatro o cinco personas, porque en el estado actual de la Francia se necesita mucho más de lo que le toca en proporción para alimentar un individuo.

“En resumen, los 4.000.000 de propietarios agrícolas supuestos por Mr. Chateauvieux se dividen así:

94.031 grandes propietarios poseen juntos 12.998.725 hectáreas, que dan a cada uno, término medio, 138 hectáreas, representando 2.346 francos de producto.

344.069 propietarios medianos poseen 12.207.897 hectáreas, correspondiendo a cada uno 35 1/8, que representan 543,50 de utilidad.

3.315.732 propietarios pequeños poseen 18.008.408 hectáreas, tocando a cada uno 7 1/2, con 127,86 francos de producto.

1.243.000 propietarios más pequeños poseen 2.486.000, y tocan a cada uno 2, que representan 34 francos de producto.

Total: 3.999.832

“No he demostrado que Mr. Chateauvieux haya padecido alguna equivocación en los datos, que en todo caso sería sobre la propiedad pequeña, porque la grande está bastante visible; ha podido acaso calcularles en tierra el impuesto que pagan en otro sentido; pero lo que resulta seguro es haberles aplicado los bienes comunales

“Supone, además, del mismo valor todas las tierras. En verdad que el número de pequeños propietarios parece a primera vista excesivo, porque a cinco personas por familia dan una población de cerca de 17.000.000, y como la población total agrícola no pasa de 20.000.000, resultarla que de cada 20 trabajadores del campo serian 17 propietarios, lo cual es mucho.

“Pero, aun aceptando estos datos estadísticos, ¿qué demuestran?

“Que 100.000 personas poseen la tercera parte de la superficie cultivable de Francia.

“Que 350.000 poseen otra tercera parte.

“De suerte que los dos tercios del suelo de Francia está en manos de menos de 500.000 personas.

“En cuanto a la otra tercera parte, no está poseída (esta palabra no es adecuada), sino mal fatigosamente cultivada y por 2.000.000 de miserables.

“Contándose cinco personas por familia con 127,50 francos de Ingreso, resultarán 11 ó 12 millones de verdaderos

proletarios con 25,50 francos por cabeza, y 1.243.000, más pequeños todavía, que no tienen más que 34 francos, componiendo de seis a siete millones de miserables dotados con 6,50 de producto.

Pero, al cabo, ¡ellos poseen!, se dirá todavía.

“No poseen: son proletarios que viven del pequeño jornal. No tienen renta.

“¿Queréis saber a cuánto asciende su renta diaria? A un céntimo y medio por cabeza.”

* * *

En vista de tan elocuente y acertada demostración, ¿habrá quien sostenga todavía que el suelo de Francia está equitativamente distribuido?

Resulta evidentemente que casi toda la tierra está en manos de un número pequeño de poseedores, verdaderos señores feudales que retienen en la servidumbre a millones de vasallos.

A este propósito dice otro estadista:

“Si quiere saberse con exactitud hasta qué punto es pequeño el número de señores feudales de la propiedad que acaparan el suelo, menester es recurrir a la estadística.

“El lector nada perderá, así lo creemos, en saber este punto tan importante.

“Véase lo que la estadística comprueba respecto a los que son verdaderos propietarios territoriales...

“Estos se dividen en cuatro clases:

1ª 42.409 propietarios de primera clase, poseyendo 8.481.800 hectáreas; es decir, 200 hectáreas por propietario, que dan de renta, término medio, 2.800 francos.

2ª 51.622 propietarios de segunda clase, que poseen 4.516.925 hectáreas; es decir, 87 hectáreas por propietario, con un término medio de renta anual de 1.200,18 francos.

3ª 86.690 propietarios de tercera clase, poseyendo 4.819.864 hectáreas; es decir, 56 hectáreas, término medio cada uno, que les producen 784 francos de renta.

4ª 258.000 propietarios de cuarta clase, que poseen 7.388.033 hectáreas; es decir, 28 hectáreas y media por propietario en término medio, con la renta de 400 francos.

“El suelo de Francia, pues, ocupado, invadido por algunas pocas personas que tienen el privilegio de disponer del elemento primitivo de la producción y que son los verdaderos señores de la tierra, porque son los únicos que están en disposición de sacar de ella ventajas positivas. El resto, como se ha demostrado, se compone de labradores proletarios.

* * *

“Pero no está aquí todo. Entre estas mismas diferentes clases privilegiadas existen todavía desigualdades enormes, en

términos que puede decirse, en definitiva, que no hay más que 100.000 propietarios territoriales.

“En efecto, el cálculo hecho a este fin arroja el siguiente resultado aproximadamente:

“De 43 propietarios, hay 25 que poseen como 1, nueve que poseen como 2, cinco que poseen como 3 y cuatro que poseen como 8.

“Estos cinco que poseen como 3 y estos cuatro que poseen como 8 son los que verdaderamente se pueden llamar grandes propietarios, y su número llega sólo al de 100.000, poco más o menos, que hemos fijado.

“Sea como sea, y aun admitiendo el número de 200.000 propietarios en Francia, ¿qué representa este número comparado con el de 20.000.000 de población agrícola?

“¡Qué es esto, gran Dios! De 20.000.000 de labradores, solamente 200.000 disfrutan los beneficios de la tierra.

“¡Y sabed que estos 200.000 son los rentistas, los holgazanes!

“Diecinueve millones ochocientos mil labradores derraman en Murgen todo el año en la tierra el sudor de su frente y no tienen pan para comer. Ellos son y continúan siendo proletarios por más que trabajen, en tanto que los 200.000 holgazanes monopolizan la mayor parte del suelo. Estos poseen la tierra; los demás no poseen más que la miseria y los sufrimientos.

“Defensores de los propietarios, no inventéis en adelante

mentiras para solapar las llagas que corroen a la Humanidad; no repitáis que el número de propietarios se aumenta y que, por consiguiente, no hay motivo para quejarse del orden social presente.

“Nosotros sabemos lo que les pasa a esos llamados propietarios; sabemos, oídlo con atención, que desfallecen de sed y hambre todo el año; la tierra que desgarran y fecundizan no les produce más que dolores y sufrimientos, porque de esta tierra no poseen más que un punto imperceptible, encogido, como su destino.

“Reconoced que estos propietarios son proletarios agrícolas. La estadística habla más alto que podéis hablar vosotros para disimular la invasión creciente del feudalismo territorial, que marcha paralelamente con el feudalismo industrial.

X. MISERIA DE LOS TRABAJADORES. LA BENEFICENCIA. CRISIS ECONÓMICAS

El estado angustioso del mayor número de los propietarios de Francia es una indicación elocuente de la situación de las clases trabajadoras, pues cuando aquéllos, poseyendo al fin con la propiedad ciertos instrumentos de trabajo y pudiendo en último trance aplicar sus fuerzas a lo mismo que poseen, sin estar en absoluto subordinados al acomodo incierto; cuando, hallándose en esta posición de cierto modo ventajosa, todavía son verdaderos proletarios, pobres frecuentemente hasta la miseria, ¿cuál será la suerte del inmenso número de braceros que componen las nueve décimas partes de la Humanidad, que en peores condiciones se encuentran y viven a la ventura, oprimidos constantemente por el capital y las necesidades? ¿Cuál será su desdicha en medio de una sociedad que todo lo ha acaparado, que no les deja más que un rincón oscuro y pequeño donde encerrarse con sus familias y que los aprisiona con la servidumbre del jornal, y esto cuando son bastante felices que puedan vender un trabajo angustioso y esquilmante por el mezquino precio de un pedazo de pan insuficiente?

* * *

Pero, aunque esto sucede, la filantropía ha querido suministrar a la sociedad su partida de descargo en los

esfuerzos que hace para remediar la miseria. Desagrada a los acomodados el cuadro que tienen a la vista y desean variar sus colores; convengamos en que lo hacen de voluntad y no porque los males atroces que llenan la sociedad enturbien sus alegrías; pero, de todas maneras, no cumple, no, el bien hallado con socorrer la miseria, cuando aparece, por medio de la caridad, sino que es preciso que se ocupe en remediarla en su origen, cortando su reproducción por medio de transformaciones del método, aunque se dirijan a instituciones mal pensadas y existentes contra todos los principios naturales.

Al intentar socorrer la miseria consume la sociedad sumas enormes sin conseguir verdadero éxito y aun a veces produciendo lo perjudicial, pues que estimula los vicios y les da carácter permanente.

El presupuesto de beneficencia, ya considerable en el mayor número de países de Europa, se aumenta cada día, sin que por esto disminuya la necesidad; antes bien, ésta toma un incremento pavoroso.

Para dar una idea de este hecho pondremos a continuación un cuadro de las cantidades invertidas en Inglaterra desde el primer año de este siglo hasta el de 1849 en la beneficencia pública, especie de resumen anticipado que ayudará a formar juicio sobre los datos que a este respecto comunicaremos después en el curso de este trabajo.

* * *

El cuadro contiene las cantidades invertidas relativamente en Inglaterra propiamente dicha y en el país de Gales, sin contar

Escocia ni Irlanda, por cuyo motivo se consignará en una casilla la población de aquellos países que no es la de toda la parte europea de la Gran Bretaña:

SUMAS INVERTIDAS EN INGLATERRA Y EL PAIS DE GALES EN SOCORRER A LOS POBRES DESDE 1801 A 1849

Años	Cantidades en francos	Poblaciones de Inglaterra y del País de Gales
1801	101.290.527	8.872.980
1803	102.803.632	9.148.314
1811	167.800.407	10.163.676
1814	158.686.387	10.775.034
1815	136.609.107	10.999.437
1816	144.323.191	11.160.557
1817	174.224.419	11.349.750
1818	198.422.893	11.524.389
1819	189.496.107	11.700.965
1820	184.795.753	11.893.155
1821	175.442.667	11.978.875
1822	160.302.877	12.313.810
1823	145.536.271	12.508.956
1824	144.627.196	12.699.098
1825	145.889.992	12.881.906
1826	149.457.510	13.056.931
1827	162.379.828	13.242.019
1828	158.772.580	13.441.913
1829	159.640.056	13.620.701
1830	172.160.148	13.811.467
1831	171.399.966	13.897.187
1832	177.401.963	14.105.645
1833	171.196.042	14.317.229
1834	159.257.998	14.531.957
1835	139.320.997	14.703.002
1836	118.931.452	14.904.456
1837	101.967.920	15.105.909
1838	103.956.056	15.307.363
1839	111.471.359	15.508.816
1840	115.385.287	15.710.270
1841	120.023.020	15.911.757
1842	123.818.864	16.113.214
1843	131.294.360	16.314.671
1844	125.447.304	16.716.128
1845	127.050.912	16.917.585
1846	124.895.482	17.119.042
1847	133.582.420	17.320.499
1848	155.817.060	17.521.956
1849	146.040.597	17.723.413
Total	5.691.281.569	

Se ve que respecto a los catorce años primeros del siglo no se consignan datos porque no se han podido recoger, de manera que solamente en el periodo de treinta y nueve años resulta gastada la enorme suma de 5.691.281.569 francos para que al cabo la sociedad continúe por la senda misma del desorden, de la relajación y de la miseria.

A pesar de los auxilios insuficientes de los poderes públicos, los trabajadores han permanecido en la misma deplorable condición, viviendo en habitaciones enfermizas, trabajando más de lo que trabajar debían y careciendo de la alimentación necesaria para sostener sus fuerzas. No hablamos de los placeres honestos de que se ven privados por carecer de recursos para costearlos, con la consecuencia de inclinarse a los vicios, goces que la fatalidad sustituye a los inocentes y que a menos precio pone siempre a la mano de los que los buscan sin considerar su naturaleza.

* * *

Para apreciar debidamente las consecuencias de ciertos hechos económicos interesa examinarlos en toda su extensión; lo demás es querer hallar un consuelo en un detalle cualquiera para proseguir soportando con resignación o indiferencia el peso de las circunstancias.

Alguno sabe que la producción general ha aumentado de algunos años a esta fecha más que la población ha crecido, y de aquí deduce que el bienestar de la multitud es mayor, puesto que lo que se produce queda consumido y el consumo significa satisfacción de necesidades.

Sabe alguno también que la riqueza, retenida en otros tiempos en manos de los nobles y del clero, se ha desvinculado en muchos países y desamortizado para venir a la circulación general, y de ello deduce la misma anterior consecuencia.

Pero dejando aparte que en varias naciones el clero continúa siendo propietario de bienes inmensos, como, por ejemplo, en Inglaterra, donde la clerecía católica era poseedora de las siete décimas partes del suelo y tenía además las divinas sustancias de los diezmos, primicias, sufragios, etc., y hoy la clerecía protestante, pastoreando espiritualmente 6.500.000 almas, disfruta materialmente una renta anual de 240.000.000 de francos, o sea cerca de mil millones de reales; dejando también aparte que la propiedad desamortizada se ha amortizado de nuevo en el mayor número de naciones en la clase media, y tanto significa para los efectos económicos la amortización en la clase como la amortización en la familia o en la casta; dejando todo esto aparte, que es importantísimo, hay que considerar que si bien la producción, por ser más abundante, llega en cantidad mayor a las clases menos acomodadas, esta producción mayor se está consiguiendo por medio de grandes agitaciones económicas y grandes crisis; en suma, se está consiguiendo mediante un desorden que aumenta las irregularidades en la distribución de la riqueza; y si bien los obreros disfrutan algunas temporadas del año un jornal mediano, como todavía no excede de lo que necesitan para vivir durante esas temporadas mismas, se encuentran sin recursos inmediatamente que la ocupación les falta y sumergidos en la más espantosa miseria.

* * *

En resumen, si el desorden es mayor en las condiciones de trabajo, y los ingresos del obrero más irregulares, y los cambios más frecuentes no obstante la mayor producción, la miseria se aumenta y el rigor de los contrastes los hace más sensibles y más ocasionados a los efectos de la desesperación y de la inmoralidad.

Hechos que están claramente a la vista demuestran el empeoramiento de la condición de los obreros, sin embargo del aumento de la producción general. En Francia la producción del trigo era en 1791 de 49.000.000 de hectáreas aproximadamente, de los cuales, deducida la simiente, quedaba un hectólitro 65 centilitros para cada habitante. En 1840 la producción se elevaba a 70.000.000 de hectólitros, que dan, a pesar del aumento de población, una cantidad mayor, aunque poco, por cada habitante.

El cultivo de la patata se ha generalizado en Francia, y se consumen 120.000.000 de hectólitros al año.

El consumo del vino es también más considerable, e igualmente el del tabaco.

Las telas de vestir se fabrican asimismo en mayor cantidad.

Y sin embargo, la situación de los obreros es más precaria y mayor la miseria en todas las manifestaciones sociales y más principalmente en las calladas y misteriosas de la familia.

* * *

Pero no es solamente la escasez de recursos el inexorable

enemigo de los trabajadores, sino también la clientela numerosa de males que la acompañan como resultado natural, y muy principalmente la fatiga que el trabajo mismo les proporciona, tanto por su naturaleza, como por su duración excesiva.

Tanto y por tanto tiempo trabajan los obreros, que parecen sometidos a un sistema pensado de aniquilamiento.

En el capítulo que sigue consignaremos algunos datos recogidos sobre este interesante particular.

XI. TIEMPO DE TRABAJO EN DISTINTOS PAÍSES EUROPEOS. EL TRABAJO EN MINAS

El tiempo de trabajo que se exige a los obreros en cambio de su jornal varía según los oficios, países y estaciones; verdad que en todos los casos es tan dilatado como es posible resistirlo.

En Bélgica los trabajadores del campo emprenden las faenas a las seis de la mañana y continúan en ellas hasta igual hora de la tarde en verano, y en invierno desde las siete hasta las cinco. En la primera estación tienen dos horas y media para comer y reposar, y dos en la segunda.

En las fábricas de hilados trabajan 13 horas en verano y 12 en invierno.

En las minas de carbón, de 8 a 12 horas.

En las cordelerías trabajan los obreros 14 horas.

* * *

Hablemos de Inglaterra.

En las fábricas de hilados de Manchester trabajan unas 70 horas por semana.

En las fundiciones del país de Gales trabajan, por las condiciones particulares de la industria, 24 horas seguidas un día sí y otro no, sin exceptuar los domingos. En ciertas temporadas, y durante algunas operaciones, se prolonga el trabajo 38 horas, y a veces hasta 48, y entonces tienen el descanso; de manera que de tres días trabajan hasta dos consecutivos, hora por hora.

Los tejedores en Irlanda trabajan 60 horas cada semana y 70 los hilanderos.

En las minas de carbón de Inglaterra varía la duración del trabajo según los distritos.

En Shropshire, Leicestershire y en otros puntos dura 12 horas, desde las seis de la mañana a las seis de la noche.

En el Derbyshire, según algunos, dura el trabajo 16 horas diarias, y según otros, de 14 a 14 y media, menos en la Unión de Chesterfiel, donde dura 12 solamente.

En el distrito oriental del Yorkshire la duración de los trabajos es de 11 a 12 horas, y de 10 a 11 en los distritos de Bradford y Leeds.

En el Lancashire, por lo general, 12 horas, lo mismo que en el Cumberland y en el Sud del condado de Durham.

Según dicen algunos propietarios, la duración de los trabajos

en el este de Escocia pasa rara vez de nueve horas; pero según los trabajadores y varios testigos imparciales, llega a 15, 16, 17 y a más en ocasiones. En el Oeste la peonada varía de 11 a 13 horas, prolongándose en circunstancias determinadas a 16 y más.

En el norte del país de Gales dura el trabajo 12 horas por término medio; en el sur, 8 ó 10, según los propietarios, y 13, 14, etcétera, según los trabajadores.

Por último, en Dean, Somersetshire e Irlanda la peonada es de 10 horas, algunas veces de 12, y por excepción de más tiempo.

* * *

En el mayor número de distritos carboníferos de la Gran Bretaña el trabajo de noche entra en el sistema corriente de la explotación de las minas con arreglo a las conveniencias y a la demanda del producto. En algunos distritos, sin embargo, no hay más trabajos nocturnos que los indispensables para la reparación de las obras y los preparativos que se necesitan a fin de que no se interrumpa la extracción en el siguiente día.

Generalmente cuando es preciso trabajar de noche se dividen los obreros en dos grupos que alternan en esta faena, relevándose cada 8 ó 15. Sin embargo, los comisarios citan muchos ejemplos en que los trabajos del día y de la noche se hacían por los mismos obreros; de manera que estaban éstos sepultados en las galerías las 24 horas seguidas.

En Inglaterra está prohibido que trabajen los niños de noche

en las fábricas de hilo, lana y algodón. Y aunque en Francia y Bélgica la prohibición no existe, es lo cierto que el trabajo nocturno es excepcional. Con todo, en las fábricas de paños tienen obligación, los obreros de trabajar seis días al mes desde las siete de la noche a las cinco de la mañana.

Aunque en todas las fábricas se concede tiempo para comer, en muchas es nominal la concesión, por cuanto los obreros continúan trabajando al mismo tiempo que muerden su escaso alimento, a menos que no lo impida la naturaleza de la ocupación.

***

De todos los distritos carboníferos de la Gran Bretaña, solamente en dos, Staffordshire y Dean, se interrumpe realmente el trabajo para la comida. En el primero de estos dos distritos hasta hay un lugar donde se reúnen los obreros para comer, verdad que debajo de tierra y sin salir de las galerías.

En las pocas minas que hay en Irlanda es efectivo el reposo, y en algunas los trabajadores salen de las galerías para tomar el alimento.

En el Derbyshire, Lancashire y otros distritos no se cumple sino por excepción el reposo que nominalmente se ofrece.

En el mayor número de distritos ni siquiera se tiene la hipocresía de la concesión nominal, sino que los trabajadores tienen que tomar con presteza un ligero bocado sin interrumpir las operaciones.

Con muy pocas excepciones en ninguna mina se concede tiempo para almorzar, si no es cuando el trabajo principia a las tres o las cuatro de la madrugada. Los obreros acostumbran a tomar un ligero desayuno antes de salir de su casa y a no comer ya hasta el medio día. Hay excepciones de esta regla, pero son muy raras.

En la época en que se hizo la información (1832) en Inglaterra, la duración media del trabajo en las fábricas de lana, hilo y seda era de 12 horas, y de 12 y media en Escocia. Algunos obreros, sin embargo, no trabajaban más que 10 u 11.

En algunas localidades no se interrumpía el trabajo ni siquiera para comer. A veces la peonada se prolongaba para compensar las detenciones voluntarias o precisas, mas esto se hacía con asentimiento de los trabajadores en caso de grandes pedidos.

Los comisarios pretenden, sin embargo, que la duración más larga del trabajo es una excepción.

En las otras industrias, como, por ejemplo, la fabricación de tapices, etc., los trabajadores echan peonadas muy largas para quedar vacantes dos o tres días de la semana.

Los fabricantes de medias y encajes, los tejedores a la mano, los cardadores de lana y otros varios trabajan de 12 a 14 horas al día y por un salario pequeño.

Una información más reciente que la de 1832 habla de la mucha duración de los trabajos en varias industrias.

* * *

En Italia, según un cuadro publicado por Mr. Petiti con expresión del número de obreros existentes en su país, supone que trabajan:

De 12 a 13 horas en las manufacturas de algodón.

13 de ordinario en las de lana, y 14 en las de seda.

En. Francia, según la contestación dada a la circular de 1837, la duración del trabajo efectivo era de 12 a 14 horas, sin contar el tiempo para comer.

Mr. Villeneuve dice que en Lille los obreros están durante 14 ó 15 horas en los talleres, donde el aire se renueva con gran dificultad.

Mr. Villerme ha observado, como en otro lugar hemos dicho, que en muchas industrias de Francia la duración del trabajo es de 15 a 15 y media horas, de las cuales 13 y media son de trabajo efectivo, al paso que la peonada del forzado está reducida a 10 horas, descontando el tiempo de la comida, y en las Antillas el esclavo trabaja únicamente desde que el sol sale hasta que se oculta y tiene tres horas para comer y descansar.

En Alemania la duración del trabajo es como en Francia, poco más o menos. En los cantones suizos de Zurich y Argovia es más breve, de 12 horas en Carcasona y de 8 a 10 en Lodeve,

“Trece horas de trabajo es mucho, dice Mr. Villerme, y con más razón cuando el tiempo es igual para los niños que para los

hombres. Por consecuencia éste es uno de los motivos principales de sus sufrimientos de los niños y de los adultos más pobres”.

* * *

Compitiendo la Bélgica con los demás países vecinos, ha obligado también a sus trabajadores a trabajar con exceso, como dejamos indicado.

Según el informe de la Academia de Medicina de Bruselas, en las fábricas de hilados de algodón e hilo las peonadas son de trece horas en verano y 12 en invierno.

En las minas, de 8 a 12 horas.

En las fábricas de paño de Verviers los obreros trabajan doce y media horas al día y 9 por la noche, sin contar los descansos, siempre brevísimos.

En las cordelerías, hasta 14 horas.

En las fábricas de juguetes la obra es incesante y se verifica por dos grupos que turnan sin interrupción.

Por regla general el trabajo en casi todas las fábricas es dentro del día, intermitente, destinándose en muchas de ellas media hora al desayuno, una a la comida y media a la merienda. Pero aunque ésta es la regla general, se deben tener presentes las excepciones numerosas que hemos mencionado de insensibilidad cruel que determina en ciertos talleres un trabajo incesante de 15, 20 y hasta 24 horas.

* * *

Para poner a la vista y en conjunto las horas de trabajo que exigen a los obreros en diferentes países, tomamos de la Revista Británica de 1837 un cuadro que contiene la duración de la peonada en aquella época en las principales naciones industriales:

PAISES	Horas de trabajo en la semana
Inglaterra	69
Estados Unidos	78
Francia	72 a 84
Prusia	72 " 90
Suiza	78 " 84
Austria	72 " 80
Tirol	78 " 80
Sajonia	72
Baden	84
Bonn	94

Pero si es dura en orden al trabajo la condición de los obreros, más dura, difícil y penosa lo es respecto a los medios de subsistencia que se pueden procurar con el fruto de sus fatigas.

Como no les alcanza el salario para comprar ni siquiera lo que absolutamente necesitan, tienen que resignarse muchas veces a pasar sin alimento prosiguiendo en sus duras faenas, y otras, a adquirir provisiones de ínfima calidad, adulteradas y corrompidas, que buscan por baratas y que la especulación les ofrece para menguarles la vida.

Mr. Chevalier ha dicho:

> “Sostengo que la mitad del pueblo francés toma un alimento contrario a la buena higiene. Véndense en los mercados de París cortezas del pan que sobra en las casas grandes, y con ellas y algunos pedazos de carne que los indigentes buscan en los basureros, algún troncho de col, unas hojas sucias de ensalada, etc., hacen su ordinaria comida.”

Mr. Leuret agrega:

> “He visto en Montfaucon dos montones de pescado podrido que los vigilantes habían hecho conducir a aquel sitio, y dos horas más tarde habían desaparecido. Esta vitualla se vende después en los barrios pobres.”

Por medio de cálculos se ha patentizado también lo insuficiente de la alimentación de la clase trabajadora. El hombre del pueblo, por término medio, come 15 kilogramos de carne al año; y aunque se agreguen los huevos, la leche, el pescado, que rara vez consume, se puede calcular que entre todo no se reúnen 37 kilogramos, o sea 100 gramos por día. El obrero robusto consume en Inglaterra 200, y aún no está bastante alimentado.

La fatigosa existencia de los obreros, además de proporcionarles dolencias crueles que más tarde vienen a desenlazar en una muerte de misterioso o desconocido origen, también los precipita al mismo fin directa y claramente haciéndoles morir de hambre.

El obispo Bouter decía en 1827 que en su diócesis morían los pobres de hambre por centenares.

En el invierno del mismo año al siguiente 1828 noticiaron los periódicos la muerte de 134 personas a consecuencia del frío.

El doctor Bouwring, comunicando al Parlamento el estado miserable de los obreros en Bolton, dice:

> “Muchos de estos obreros han sido hallados muertos de hambre, y así se ha hecho constar en los asientos de defunción.”

Blanqui y Villerme agregan:

> “Según la estadística judicial, publicada por el ministerio, mueren al año de frío y hambre cerca de 300 personas, sin contar entre ellas las que sucumben lentamente por enfermedades dimanadas de antigua abstinencia, de habitaciones malsanas, de falta de abrigo, y no contando tampoco la multitud de niños infelices que no se desarrollan por falta de alimento en sus primeros años ni pueden soportar la crisis del crecimiento”.

El suicidio es otro género de muerte anticipada que dimana las más veces de la miseria. La estadística oficial menciona un número que espanta.

* * *

A grandes rasgos se ha dibujado la situación de las clases trabajadoras, sin recargar las tintas, sin recurrir a exageraciones lamentables, antes bien, suprimiendo episodios tristes y presentando disminuido el horror de los hechos.

La sociedad durante siglos se ha manifestado conmovida en presencia de tantas desventuras, y para ellas ha buscado remedio sin hallarlo.

En la actualidad también se afana al parecer por disminuir los horrores de la miseria por medio de instituciones que mencionaremos en posteriores capítulos. Pero antes conviene completar el cuadro refiriendo las horribles consecuencias que respecto a salud y moralidad se desprenden de las necesidades que sufren las clases trabajadoras.

XII. LOS TERRIBLES EFECTOS DEL TRABAJO EN MINEROS E HILANDEROS

El malestar abrumador de las clases trabajadoras produce no solamente los sufrimientos que van, digámoslo así, adheridos a la fatiga y a las privaciones, sino también es causa de otros graves y destructores que sobreviniendo por derivación consumen la existencia con enfermedades dolorosas y vienen a desenlazar en una muerte triste rodeada de accidentes funestos y desoladores.

El obrero trabaja más que lo que sus fuerzas le permiten, y en un año gasta la vida que para tiempo mayor encierra su organismo. Por consecuencia, éste se abate y extenúa, y obligado a funcionar fuera de sus condiciones propias, se quebranta y descompone. El trabajador consume en cada hora un día de existencia, y por una especie de compensación inicua y horrorosa, recibe lo que suministra en fuerzas anticipadamente.

¡Y Cuántas amarguras y desesperaciones brotan en esos largos días de enfermedad! ¡Y cómo el hambre se aumenta y la desnudez se hace mayor!

Apiñada la familia en lugar mísero, respirando el repugnante y podrido aliento de la enfermedad, sin pan que comer, ni recursos para comprar las sustancias quizá salvadoras que el enfermo necesita para no morir, y que el monopolio ofrece a duplicado precio, viene a entregarse a la desesperación o al desaliento.

* * *

¡Ah!, en estas horas tristes es cuando llamean en el pensamiento esas ráfagas negras que suelen convertirse en crímenes de seguida: en estas horas amargas es cuando el corazón bebe, como si tuviera sed de males, las gotas de veneno que, caídas entre los dolores, se convierten luego en prostitución y más tarde en cinismo y desvergüenza.

Y esto sucede porque la humanidad vive en un desorden inconcebible, y a pesar de su civilización falsa sostiene la inhumana servidumbre que los trabajadores prestan al señor mercantil, industrial, agiotista que se llama empresario y que ha sabido hacer suyo el feudo del capital y explotarlo, consumiendo la riqueza pública y la vida de sus semejantes.

Prosigamos nuestra excursión por entre las miserias de las clases trabajadoras.

* * *

La regularidad de los trabajos y el constante ejercicio de una parte determinada del cuerpo hace que los trabajadores, los

industriales principalmente, adquieran un desarrollo disforme muy pronunciado en los músculos o en algunos de ellos, pero a expensas de otros elementos del organismo.

Se asegura que los mineros ingleses no tienen la estatura de los demás hombres de su nación, y se ven muchos en el Shropshire (Inglaterra) que son poco más altos que los niños, según manifiesta en un informe el doctor Mitchell.

El doctor Andrés Blake dice que ha observado un gran número de mineros del Desbyshire y que no tienen la estatura de sus compatriotas de otros oficios, lo cual atribuye a la naturaleza de los trabajos que se les imponen desde la infancia.

En el distrito oeste del Yorkshire se nota una diferencia más o menos considerable en la talla de los trabajadores de galerías subterráneas; aunque según observa el cirujano Mr. Eliss suelen ganar en anchura lo que altura pierden.

Estos mineros caminan por lo general como cojeando: muchos suelen tener arqueadas las piernas y algunos padecen en éstas deformaciones diferentes.

En el oeste del Yorkshire, cuando los trabajadores consiguen llegar a los 45 ó 50 años andan como si tuvieran lastimados los pies y se apoyan muchas veces sobre un bastón con gran dificultad, manifestando en sus fisonomías y en sus movimientos muy visibles las huellas de los excesivos esfuerzos musculares que han hecho en sus penosos trabajos. Donde las galerías de las minas son bajas se observan curvaturas de la espina dorsal frecuentemente.

* * *

En el distrito de Lancashire uno de los testigos, P. Bagley, obrero de 39 años de edad, declara “que casi todas las mujeres cargadoras de carbón quedaban inclinadas hacia delante. Conocía a casi todas las que habían estado trabajando con él en la misma mina y por excepción había alguna que estuviera tan derecha como las demás mujeres.”

W. Gualter, cirujano en Over–Darwen, declara así: “He ejercido mi profesión durante 24 años en los contornos. Los trabajadores que han estado en las minas desde jóvenes, no son cuando llegan a la edad madura tan robustos como los que tienen otro oficio y están con frecuencia encorvados y con las piernas arqueadas.”

Betti Duxberry, que tenía varios hijos ocupados en las minas se expresa de este modo: “Los trabajadores de las minas están encorvados y tienen las piernas más cortas que los que trabajan al aire libre. No hay más que verlos para conocer su profesión... He aquí este hijo mío que tiene las piernas atravesadas.”

El doctor Scot Alison, de Escocia, hablando de los mineros dice: “Hay muchos que caminan inclinados por tener encorvada la espina dorsal. Las enfermedades en esta parte del cuerpo son frecuentísimas... Hay pocos trabajadoras ancianos que no tengan una curvatura más o menos pronunciada a resultas de la posición habitual que han tenido trabajando.

“En cuanto a las mujeres, se ven muchas deformes y que experimentan grandes sufrimientos cuando están encintas...”

Atestiguan varios médicos que además de estas deformidades contraen los trabajadores de las minas de carbón de piedra muchos males en su oficio, como calvicie a resultas de irritación en la piel de la cabeza, heridas, descoyuntamientos, etc. J. C. Symons en el párrafo 96 de su informe dice: “El cabello ha desaparecido del cráneo, la piel está inflamada y presenta el aspecto de la tiña.”

Y S. S. Scriven en su informe agrega: “Obligados a correr por un suelo desigual sin medias ni zapatos recogen entre los dedos fragmentos de carbón que originan inflamaciones y a veces la cojera. Los talones de los pies y rodillas se encallecen y se levantan pústulas en varias partes del cuerpo que les causan los más vivos dolores.”

***

Enfermedades que de ordinario atacan a los trabajadores de minas.– Según el informe a que alguna vez nos hemos referido, el trabajo en las minas hecho sin las debidas precauciones higiénicas, da por resultado varias dolencias, dimanadas unas de los excesivos esfuerzos musculares, otras de las fatigas, y otras en parte de la insalubridad de los sitios donde trabajan los operarios.

La pérdida del apetito, los dolores de estómago, las náuseas, los vómitos, son síntomas muy frecuentes del malestar de los obreros en ciertos distritos. Los grandes esfuerzos llegan hasta producirles a veces la rotura de los músculos. Corrientes son las enfermedades del corazón, y el doctor Scot cita muchos casos de inflamación de este órgano.

Entre las enfermedades de pecho originadas por la humedad y la falta de ventilación, el asma es la más frecuente.

Dice el doctor Michell: “Un gran número de trabajadores está asmático a los 30 años y pocos dejan de tener alguna lesión en el órgano respiratorio.”

El doctor Scot amplía su declaración en estos términos: “Entre los 20 y 30 años muchos obreros sienten debilitadas sus piernas, se ponen delgados, experimentan mayor dificultad en la respiración y se cansan.

“Este período es fecundo en enfermedades agudas, tales como fiebre, inflamación de los pulmones y pleuresía, que deben atribuirse al exceso de trabajo, a la acción del frío y de la humedad, a la escasez de abrigo, a la intemperancia y a la impureza del aire que respiran.

“Durante los primeros años todo se reduce de ordinario a una bronquitis crónica sin alteración en el tejido de los pulmones. El enfermo experimenta mayor o menor dificultad en la respiración según los cambios del tiempo y la pesadez de la atmósfera; tose frecuentemente y la expectoración consiste de ordinario en un fluido mucoso de un blanco amarillento, con espuma, conteniendo algunas veces partículas negras de carbón.

“Sin embargo, aparte de esta indisposición, el enfermo no encuentra su salud formalmente alterada, come con apetito y conserva la fuerza muscular sin gran disminución.

“Pero su enfermedad es muchas veces incurable, y si no

muere de otro accidente, se le va consumiendo por grados la vida sucesivamente, y por decirlo así, de una manera insensible.

“La respiración se va haciendo cada vez más difícil, la expectoración aumenta, los pies se inflaman, la orina se segrega poco a poco, el estado del pecho se empeora y el enfermo en una situación de ancianidad precoz sucumbe en la flor de su vida, casi sin notarlo y sin que su muerte sorprenda a su familia ni a sus amigos.”

* * *

Otra enfermedad padecen los mineros de carbón de piedra con el nombre de Crachement noir, que dimana de la respiración del polvo del carbón y es sumamente peligrosa.

M. M. W. Hastell Bails, el doctor Makellar y Mr. G. Twed–dell, describen otras varias enfermedades gravísimas que atacan a estos míseros trabajadores a consecuencia de la fatiga y de las condiciones higiénicas detestables en que se encuentran los talleres por el afán de economizar que tienen los empresarios.

Pero no se crea que las enfermedades se ensañan exclusivamente en los trabajadores de minas de Inglaterra, pues poco más o menos causan los mismos estragos en los mineros de otros países y en los operarios de las demás industrias, de las cuales citaremos algunas.

* * *

Hilados de algodón.– La primera operación que con él se

hace para abrirlo, limpiarlo y barearlo es fácil y no exige una temperatura elevada; pero se mueve mucho polvo y respirado éste en abundancia ocasiona grandes dolencias.

Mr. Villerme, tantas veces citado, dice:

> “Es tan conocida esta insalubridad, que en muchas fábricas de hilados, de Alemania particularmente, donde se barea mecánicamente con pocos brazos, los obreros se renuevan como si montasen una guardia. Que sean partículas de algodón reducido a polvo o el polvo extraño que éste trae consigo lo que ocasione el mal, es indiferente al objeto, puesto que el mal es indudable. Se quejan los obreros de sequedad en la boca y en la garganta, y al poco tiempo se les indica una tos que va aumentándose gradualmente.
>
> “Esta tos es el síntoma primero de una enfermedad lenta pero formidable de pecho, que se hace incurable si el enfermo no abandona el trabajo.
>
> “La enfermedad en su desenvolvimiento tiene apariencia de la tisis pulmonar, por cuya razón los médicos la han dado el nombre significativo de tisis algodonera o pulmonía algodonera.
>
> “Las víctimas concluyen de ordinario por morir en el hospital.”

En los talleres de cardado la temperatura está generalmente de 15 a 16 grados centígrados y el polvo es menos abundante; sin embargo, los niños que se ocupan en esta faena están

endebles, padecen de la cabeza y del estómago y no dejan de tener catarros agudos y toses pertinaces.

En muchos de los departamentos que tienen los talleres se necesita una temperatura tan elevada que Mr. Villerme la ha apreciado en 50 grados, y Mr. Ure algunas veces en 60, y esta temperatura ocasiona graves indisposiciones, aparte de las que se originan por los cambios repentinos a la entrada y a la salida.

Manufacturas de lana.– Mr. Villerme hace observar que la manipulación de la lana no origina tantas dolencias como la del algodón, bien por la naturaleza de la primera materia, por la buena disposición de los talleres o por ambas cosas.

Hilados de lino.– En algunas de las manipulaciones de esta industria se desprende bastante polvo, aun empleándose movimientos mecánicos, y su respiración ocasiona indigestiones, vómitos, inflamaciones crónicas de los bronquios y de los pulmones y consunción pulmonar.

* * *

Dimensiones y ventilación de los talleres.– Aparte de los efectos correspondientes en particular a cada industria, se encuentran en todas ciertos vicios comunes, tales como la falta de extensión y aire en los talleres, su mala disposición, etc. En esto entra como parte principal el interés de los capitalistas, que no hallan inconveniente en sofocar la respiración de los trabajadores con tal de economizar en la edificación algunos cientos de reales.

Debe tenerse en cuenta por lo que pueda servir a las investigaciones facultativas, que los hombres empleados en las fábricas de Dumfermhire (Escocia) están por lo general más pálidos que las mujeres.

En las fábricas de Glacow, a pesar del alto grado de temperatura que exigen ciertas manipulaciones, las obreras conservan esa lozanía de salud y robustez que distingue a la raza escocesa, mientras que los obreros por el contrario presentan una palidez cadavérica. Así lo asegura David Barry.

* * *

Para presentar un conjunto del estado de salud de los obreros de Inglaterra en diferentes industrias y comarcas, el doctor Michell, encargado por la comisión investigadora, hizo un resumen conteniendo el término medio anual de días que cada individuo ha dejado de asistir a la fábrica por enfermedad.

Los datos están recogidos en los talleres compuestos de más de 200 trabajadores, y han sido suministrados por éstos mismos a la memoria, por lo que deben admitirse como una aproximación solamente y se refieren a diferentes fábricas.

En esos datos no están comprendidas las dolencias ligeras, ni las que con más o menos penalidades han podido soportar los obreros sin abandonar el trabajo. Debe tenerse en cuenta la necesidad suma que les obliga a no dejar sus tareas mientras absolutamente pueden tenerse en pie, para duplicar cuando menos los días de enfermedad efectiva.

Tampoco se comprende el tiempo de la última dolencia que ha desenlazado en la muerte.

Los datos están recogidos en los cuadros que siguen.

Término medio de los días que han estado enfermos los trabajadores en las fábricas que se expresan:

MUJERES

EDAD	*Lancashire* — Fábrica de algodón	*Norte de Inglaterra* — Fábrica de lana	*Leeds* — Fábrica de lino	*Staffordshire* — Loza	*Inglaterra* — Fábrica de seda	*Oeste de Inglaterra* — Fábrica de lana	*Glascow* — Fábrica de algodón	*Escocia oriental* — Diversas fábricas
Menos de 11 años	8,02	8,90	1,33	"	4,35	5,20	2,63	2,76
11 a 16	4,25	6,40	3,26	6,86	11,17	4,48	6,18	9,72
16 a 21	5,56	6,98	5,62	6,51	12,07	4,57	6,38	12,68
21 a 26	6,85	13,70	5,31	9,86	14,06	6,41	8,16	11,90
26 a 31	8,62	13,54	4,36	13,12	12,85	9,11	7,38	9,13
31 a 36	9,29	22,52	3,44	14,29	23,48	9,26	6,05	6,92
36 a 41	6,16	15,21	4,16	9,90	18,61	9,46	4,16	4,77
41 a 46	14,67	8,42	14,87	27,25	22,18	9,55	11,94	9,98
46 a 51	20,34	19,16	4,00	10,05	7,00	13,47	11,72	8,63
51 a 56	15,75	12,00	"	3,93	3,61	86,00	16,50	0,50
56 a 61	15,75	126,00	3,50	50,06	52,00	14,51	15,00	12,54

Término medio de los días que han estado enfermos los trabajadores en las fábricas que se expresan:

HOMBRES

EDAD DE LOS OBREROS	Lancashire — Fábrica de algodón	Norte de Inglaterra — Fábrica de lana	Leeds — Fábrica de lino	Staffordshire — Fábrica de loza	Inglaterra — Fábrica de seda	Oeste de Inglaterra — Fábrica de lana	Glascow — Fábrica de algodón	E. de Escocia — Varias fábricas	Obreros de la compañía de Indias
Menos de 11 años	2,46	2,01	1,94	4,84	3,79	2,14	1,01	5,65	"
11 a 16	3,81	3,59	3,61	3,66	7,62	2,98	4,80	8,96	"
16 a 21	4,42	5,31	4,16	10,61	6,43	3,57	5,52	8,54	4,02
21 a 26	4,91	7,42	4,42	8,96	7,44	6,82	9,11	7,50	5,40
26 a 31	6,88	10,03	5,03	4,89	6,48	5,34	7,05	2,72	4,49
31 a 36	3,85	7,91	4,19	6,16	8,76	4,93	7,65	2,46	4,55
36 a 41	4,13	5,43	5,10	9,33	13,41	5,08	8,50	2,01	5,57
41 a 46	5,09	10,56	8,79	6,80	17,05	4,52	5,12	2,67	5,18
46 a 51	7,18	12,90	5,64	13,53	0,45	7,49	4,84	5,71	5,43
51 a 56	3,47	7,49	6,15	7,91	10,13	3,32	4,90	6,45	6,80
56 a 61	12,68	5,19	15,84	25,51	3,50	13,56	3,27	8,10	7,21

Si se comparan estas tablas, se deduce:

1° Que la salud de los hombres es mejor, por lo general, que la de las mujeres, lo que debe, sin duda, atribuirse a la debilidad natural de las últimas y a las frecuentes incomodidades de la preñez.

2° Que, en contra de la observación generalmente reconocida, los trabajadores de las fábricas de algodón están más sanos que los de las demás industrias; y

3° Por último, que los días de enfermedad de los niños representan en Lancashire el 1 por 100.

Además, resulta que las enfermedades son más frecuentes en las fábricas de Escocia que en las de Inglaterra, acaso por el gran número de mujeres que en ellas están empleadas.

En resumen: el trabajo de las grandes fábricas de todas clases no es más perjudicial que el de las pequeñas, donde la avaricia y el afán de economías está aguijoneado por la pequeñez de la fortuna.

XIII. CAUSAS DE LAS ENFERMEDADES DE LOS OBREROS

Aunque el trabajo en sí mismo no puede ser motivo de enfermedades, antes es remedio y buena salud, se adulteran sus efectos a causa de la mala disposición de los talleres y la insoportable duración de las peonadas.

El empleo de máquinas es, por una parte, conveniente, porque el obrero suprime muchos esfuerzos considerables; pero, en contraposición, hace más monótonas las faenas y embrutece más al trabajador.

La pequeñez de los jornales, limitando los medios de subsistencia, ocasiona gran número de las enfermedades que los obreros padecen.

La mala disposición de sus casas y la aglomeración de la familia originan también males sin cuento.

Este resultado dieron las investigaciones que hizo en Inglaterra la comisión nombrada para informar sobre el estado de las clases trabajadoras relativamente a la salud.

* * *

Para apreciar por completo la influencia de las circunstancias en que vive la clase obrera sería conveniente saber el número proporcional de enfermos de cada oficio, pero nos faltan datos fehacientes respecto a este particular.

Nombrada en Escocia una comisión en 1824 para averiguar la proporción de las enfermedades que padecen los obreros de edades distintas, reconoció los registros de 70 sociedades de socorros y sacó en claro que la duración media ha sido la siguiente:

A los 20 años, 4 días cada uno.

A los 30, entre 4 y 5.

A los 40, entre 5 y 6.

A los 45, 7.

A los 50, de 9 a 10.

A los 55 años, de 12 a 13 días cada uno.

A los 60, cerca de 16.

A los 65, de 30 a 31.

A los 70, de 73 a 74.

Se debe tener en cuenta que estos datos se refieren sólo a los días que los enfermos han recibido socorros de las

sociedades y que éstas no los suministran sino cuando la dolencia dura tres, cuatro o cinco días.

Sensible es que no existan noticias de las sociedades de socorros mutuos del continente. Sin embargo, los Anales de Higiene, 1834, contienen una reseña recogida en la sociedad de la Santísima Trinidad de París.

Comprende noticias sobre el periodo de 1815 a 1831, que dan el siguiente resultado:

Por cada individuo de las edades siguientes	Enfermos	Duración de las enfermedades por cada un individuo	Duración de las enfermedades en cada enfermo
21 a 30 años.	1 sobre 6,65	2,08	7,79
31 a 40	4,23	6,15	26,06
41 a 50	3,86	7,34	28,35
51 a 60	3,05	9,32	28,40
61 a 70	3,93	11,71	46,00
71 a 80	1,75	96,35	63,62
Sin distinción de edad	4,04	6,98	28,22

Tenemos, por último, a la vista un documento interesante de Mr. Chadwick que contiene un cuadro comparativo del número de días que anualmente están enfermos diferentes trabajadores y personas encarceladas.

El cuadro es el siguiente:

EDADES	PRESOS EN			Obreros de la Compañía de Indias	Fábrica de algodón de Lancashire	Miembros de las sociedades de socorros mutuos	Duración media de las enfermedades de obreros de la Gran Bretaña, según M. Finlaison
	Glasgow	Edimburgo	Salford				
Menos de 16 años.	"	"	"	"	"	"	"
16 a 21	3,05	4,01	3,10	4,02	4,42	2,05	5,18
21 a 26	1,83	2,04	1,64	5,40	4,91	3,08	6,75
26 a 31	2,65	2,33	2,72	4,49	6,88	4,06	6,78
31 a 36	2,83	3,10	2,63	4,45	3,85	5,06	6,33
36 a 41	9,00	5,10	0,85	5,57	4,13	6,02	7,86
41 a 46	0,49	2,75	0,51	5,18	5,09	8,08	9,02
46 a 51	"	"	"	5,43	7,18	9,11	11,76
51 a 56	"	"	"	6,80	3,47	14,81	16,77
56 a 61	"	"	"	7,21	12,68	17,81	23,57
61 a 66	"	"	"	10,24	"	20,00	33,22
66 a 71	"	"	"	9,93	"	36,00	61,22
71 a 76	"	"	"	10,60	"	38,61	101,44
76 a 81	"	"	"	12,60	"	70,09	164,72

Este cuadro produce el doloroso convencimiento de que la salud de los trabajadores es peor que la de los encarcelados, los cuales trabajan más moderadamente y viven en condiciones higiénicas relativamente mejores.

* * *

Finalmente: Mr. Thackrah, que ha consagrado la mayor parte de su existencia a averiguar la influencia que ejercen los respectivos oficios en la salud de la clase trabajadora, emite la opinión de que solamente una décima parte de los obreros disfruta perfecta salud y que su vida se acorta diez años, poco más o menos, en término medio, a consecuencia de su situación.

Consignaremos, en apoyo de esta afirmación, algunos de los hechos citados por Mr. Thackrah, que él mismo ha comprobado con perseverancia y asiduidad.

Postillones y cocheros.– Pocos en estos oficios llegan a la vejez, pues mueren, por lo general, antes de los cincuenta años. En Leeds hemos visto, sin embargo, tres que tenían una edad más avanzada. Los cocheros de casas ricas comen con exceso y más en proporción que los que trabajan.

Operarios de carruajes.– Los forjadores son aficionados a la embriaguez y están sujetos a enfermedades en los órganos digestivos que acortan su existencia.

Carpinteros.– Ganan, por lo general, buenos salarios, beben mucho y pasan dos o tres días de la semana en la taberna. En su consecuencia, están enfermos y mueren Jóvenes.

Impresores en caracteres.– Es raro encontrar un obrero de esta clase que tenga más de cincuenta años.

Cuchilleros y fabricantes de agujas, tijeras, etc.– Generalmente, mueren en edad poco avanzada.

Domésticos.– Obligados a una vida sedentaria, tienen mala salud.

Cerrajeros.– No viven muchos años. Sólo hemos hallado un anciano de este oficio en Leeds.

Mecánicos.– Están generalmente expuestos a una muerte prematura. En Leeds no hemos visto más que uno que había

pasado de los cincuenta años. En un taller donde había cien obreros distintos habían muerto cinco el año anterior, lo que da una proporción mayor doce veces que la de la tisis en general en Inglaterra.

Plomeros.– Sucumben casi todos antes de los cincuenta años.

Pintores.– Su exterior es enfermizo, y su muerte, prematura.

Obreros en papel pintado.– Muy pocos hay que lleguen a edad avanzada. Uno hemos visto de cincuenta y cinco años, pero que hacía cinco que estaba imposibilitado de trabajar.

Joyeros.– Comienzan generalmente a trabajar a los trece o catorce años y se inutilizan a los cuarenta y cinco o cincuenta. Un joyero anciano es notable por lo raro. He oído decir a un maestro: “Los trabajadores de este oficio dejan el trabajo de una manera, digámoslo así, desapercibida, y no sé verdaderamente lo que va a suceder.”

Refinadores de azúcar.– Se dice que, padecen a menudo hernias y reumatismos y que muchos mueren tísicos antes de tener cincuenta años.

Fundidores de hierro.– En las fábricas que hemos visitado no los hemos visto con más de cincuenta años. Si este oficio no gasta la vida, cuando menos consume las fuerzas hasta imposibilitar a los que pasan de la edad madura.

Boticarios.– Los individuos de esta profesión, a consecuencia de su vida sedentaria, están pálidos por lo general y padecen de la cabeza y del estómago. Llevan una existencia triste,

mueren antes de tiempo y dejan una descendencia condenada a los mismos males.

Almidoneros.– En el Lincolnshire y el Yorkshire parece buena la salud de estos trabajadores, y se ven muchos con sesenta años y más. Pero en Londres y sus cercanías no disfrutan buena salud y pocos pueden seguir trabajando después que llegan a la edad de cuarenta años. De las noticias que hemos recogido en Lambeth resulta que, después que por inutilidad han dejado la fábrica, no viven más que dos o tres años.

Trabajadores en las bodegas.– Las fatigas son tan grandes en este oficio, que muchos renuncian a él después de un corto ensayo y pocos llegan a edad avanzada.

Curtidores.– Hay pocos ancianos, no porque el oficio sea perjudicial a la salud, sino porque exige grandes fuerzas.

Molineros.– Aunque hemos hallado muchos enfermos a los cincuenta años, otros de más edad disfrutan de completa salud.

Cerveceros.– Este oficio impone grandes fatigas, y pocos obreros continúan en él cuando pasan de la edad madura.

Albañiles.– A consecuencia de la combinación de los agentes mefíticos, el polvo y la intemperancia, la vida de los albañiles es generalmente corta y pocos pasan de cuarenta y cinco años.

Mineros de carbón de piedra.– No viven de ordinario más de cincuenta años.

Mineros de plomo.– Aunque por lo general no trabajan más de seis horas al día, pocos pasan de cuarenta años de edad.

Pulimentadores de acero.– Los obreros ocupados en Sheffleld en el pulimento del acero sucumben casi todos de tisis pulmonar, y se ha calculado en el año de 1822 que, sobre 2.500 individuos empleados en esta operación, apenas 35 llegan a la edad de cincuenta años; el mayor número muere antes de los treinta y seis.

Talladores de limas.– Están sujetos a indigestiones y enfermedades en los bronquios, y el término de su vida es de ordinario entre cuarenta y cinco y cincuenta años. Sin embargo, esta falta de salud se debe atribuir en gran parte a su intemperancia.

* * *

Para concluir, la influencia que el oficio ejerce en la salud de los trabajadores depende también del carácter personal y del régimen que hay en el establecimiento. La acción de las causas que producen sus enfermedades no es menos funesta en los niños y en las mujeres que en los hombres.

Esta acción se agrava por las circunstancias desfavorables en que está la clase en general; la miseria, lo reducido de los salarios, la mala condición de los alimentos, malsanos e insuficientes; el estado de sus viviendas sucias y reducidas, causan tantas víctimas como la insalubridad de las profesiones. Este es un hecho evidente, y sus consecuencias no pueden alterarse mientras no se cambien por completo las relaciones económicas entre el capital y el trabajo.

XIV. MORTALIDAD DE LOS TRABAJADORES EN INGLATERRA Y FRANCIA

Las fatigas y miserias que sufren los obreros y las enfermedades que de ellas dimanan contribuyen a acabar su existencia. El explotado vive menos que el explotador; la máquina se rompe pronto entre las manos del que la pone en movimiento para su utilidad y descanso. En lugar de vivir el obrero bajo el influjo benéfico que debería ejercer el trabajo en la salud, se aniquila a consecuencia de las circunstancias adversas con que lo verifica, y viene a sucumbir antes del tiempo natural, víctima de las enfermedades que producen aunadas la fatiga y la miseria..

Se ha probado con datos estadísticos que los trabajadores viven menos que las clases acomodadas y menos aún que los demás, los que tienen ciertas profesiones.

* * *

Mr. Culloch calcula que la mortalidad en Inglaterra representa anualmente 1,59 de la población.

En Francia, según D. Gerando, varía en los diferentes departamentos en esta proporción:

Departamento de Cher, 1,26; Finisterre, 1,29; Nievre, Loire–et–Cher, Indre–et–Loire, Loiret, 1,30; Ardennes, 1,50; Calvados, 1,48; Orne, 1,58; l´Oise, 1,47.

M. Hawkins dice que la tercera parte de los enfermos que fallecían en el hospital de Manchester eran trabajadores.

“He obtenido –dice Mr. Loude– de Mr. Pastor, fabricante de agujas en Aix–le–Chapelle, la confirmación del hecho observado en los obreros que hacen las puntas de las agujas, y no viven más allá de los cuarenta o cincuenta años, pues sucumben a la tisis.” En Mensnes, Común del departamento de Loire–et–Cher (Francia), donde la explotación de las piedras de fusil entretenía al mayor número de los habitantes, la mortalidad se había aumentado incesantemente en proporción al crecimiento de esta industria.

Antes que ésta existiera, había en Mensnes una población de 415 habitantes, y los nacimientos y defunciones eran en esta proporción:

Nacimientos	1 por 24,08 habitantes.
Fallecimientos	1 por 33,24 ”

De manera que al cabo de dieciocho años una generación se reducía a la mitad y la vida media era de veinticuatro años y tres meses.

Se estableció la industria, y en ella trabajaban 850 habitantes. La proporción fue entonces la siguiente:

Nacimientos	1 por 22,78 habitantes.
Fallecimientos	1 por 23,60 ”

De modo que, aumentándose las defunciones, una generación se reducía a la mitad a los trece años, y la vida media era de diecinueve años y dos meses.

Mr. Chadwisk ha tomado de los registros de las parroquias de Londres el número de sastres fallecidos, pero sin poder conseguir la distinción de maestros y operarios ni la separación de cuantos trabajaban en aquellos talleres y cuantos lo hacen en los grandes. Además, es sabido que muchos operarios de las aldeas vienen a trabajar a la ciudad y cuando caen enfermos se van a morir a sus casas, de modo que no puede computarse en Londres su fallecimiento, resultando por este motivo los datos disminuidos considerablemente y representando sólo una aproximación.

De todas maneras, de 233 sastres anotados en los registros de defunción en 1839, más de 123 sucumbieron de enfermedades en los órganos respiratorios, entre los cuales 92 habían muerto de consunción.

* * *

Comparando los registros mortuorios de la metrópoli con los de los distritos del NO. y del SO., se observa que, en tanto que las defunciones ocasionadas por enfermedades en los órganos

de la respiración componían el 53 por 100 del número total de sastres fallecidos en la metrópoli, la proporción no pasa del 39 en los distritos distantes.

La falta de ventilación, el apiñamiento de operarios que hay en las salas de costura y el uso de las lámparas de gas, ejercen una influencia perjudicial en la salud de las modistas y costureras de las grandes poblaciones.

Las inscripciones de fallecimiento de estas trabajadoras en Londres durante el año 1839 dan el siguiente resultado:

EDADES	Número de defunciones	Edad media	Muertas a consecuencia de consunción	Edad media	Enfermas del pecho	Edad media
Menos de 20 años.	6	17	4	18	0	0
De 20 a 30	24	24	17	23	1	23
De 30 a 40	11	34	6	34	1	33
De 40 a 50	12	45	0	0	1	40
De 50 a 60	4	54	1	58	2	55
De 60 a 70	5	64	0	0	0	0
TOTAL	62	38	28	33	5	41

En su consecuencia, cerca de una tercera parte de las modistas y costureras fallecidas en Londres han sucumbido a las enfermedades de pecho.

De 62 fallecidas no habrán pasado 30 de la edad de veinticinco años. Y la edad media de 33 fallecidas de enfermedad del pecho era de veintiocho años.

Resulta además, por testimonio de médicos competentes, que tanto en la clase de modistas y costureras como en la de

los sastres la existencia se disminuye en más de un tercio de resultas de la falta de conveniente ventilación en las salas de trabajo.

* * *

Desearíamos precisar las observaciones acerca de los accidentes a que están expuestos los trabajadores de ciertos oficios, pero los datos anteriores son demasiado confusos y no suministran cabal conocimiento.

Sin embargo, presentaremos algunos.

Mr. Benoiston ha determinado la influencia de ciertas profesiones en el desarrollo de la tisis pulmonar con las observaciones que ha hecho en los hospitales de Hótel–Dieu, Caridad, Piedad y el Hospicio de París durante el período de 1817 a 1827.

Tomando las 42 profesiones cuyo ejercicio consideraba más o menos funesto a los pulmones, encontró que de ellas habían ingresado 43.020 enfermos trabajadores, a saber:

26.055 hombres.

16.965 mujeres.

Total 43.020

De este número fallecieron 1.554 enfermos del pecho, 745 hombres y 809 mujeres, o sea 2,85 y 4,77 por 100.

Según Mr. Benoiston, han pasado de estos términos medios los obreros que ejercían las profesiones siguientes:

HOMBRES FALLECIDOS POR CADA 100 INGRESADOS

Plumajeros	7,69	Pulimentadores	4,44
Joyeros	6,43	Zapateros	4,29
Cristaleros	6,14	Carboneros	3,73
Doradores	5,32	Cepilleros	3,53
Sombrereros	4,78	Fumistas	3,34
Escribientes	4,73	Gaseros	3,18
Pasamaneros	4,69	Cardadores	3,10
Sastres	4,67		

HEMBRAS FALLECIDAS DE CADA 100 INGRESADAS

Joyeras	13,33	Encajeras	6,20
Plumajeras	11,47	Zurcidoras	6,11
Bordadoras	8,60	Doradoras	5,51
Cepilleras	7,76	Zapateras	5,54
Guanteras	6,46	Costureras	5,48

* * *

No han llegado a los términos medios en los oficios que siguen:

HOMBRES FALLECIDOS POR CADA 100 INGRESADOS

Yeseros	2,53	Lavanderos	1,83
Cargadores del mercado	2,43	Carpinteros	1,49
Aguadores	2,41	Canteros	1,46
Hiladores	2,35	Marmolistas	1,25
Albañiles	2,22	Aserradores de piedra.	1,13
Pintores	2,17	Almidoneros	1,02
Tejedores	2,13	Forjadores y albéitares.	0,93
Panaderos	2,07	Cortadores de piedra	0,90
Algodoneros	1,88	Traperos	0,84
		Cerrajeros	0,74

MUJERES FALLECIDAS POR CADA 100 INGRESADAS

Pasamaneras	4,68	Cardadoras	2,43
Lavanderas	4,50	Tejedoras	1,84
Pulimentadoras	3,83	Traperas	1,68
Marcadoras	3,42	Hiladoras	1,61
Gaseras	3,16	Sombrereras	1,55
Algodoneras	2,72		

Dividiendo las profesiones que acabamos de enumerar, en grupos de oficios análogos, se obtiene estos resultados:

	HOMBRES			MUJERES		
	Ingresados	Fallecidos	Proporción por ciento	Ingresadas	Fallecidas	Proporción por ciento
1.º Profesiones que someten los músculos del pecho y del brazo a un movimiento continuo y conservan el cuerpo en posición encorvada	5.429	263	4,84	10.129	574	5,66
2.º Profesiones que someten el pulmón a la acción de una atmósfera cargada de moléculas animales	1.434	64	4,46	795	27	3,39
3.º Las que los exponen a la acción de aires nocivos	3.094	89	2,87	285	16	5,61
4.º Profesiones que someten los músculos del pecho y de las extremidades superiores a esfuerzos fatigosos y continuos	5.127	109	2,12	416	11	2,64
5.º Las que someten los pulmones a la acción del aire cargado de partículas vegetales	4.924	102	2,07	2.555	56	2,19
Las que los someten a la acción del aire impregnado de partículas minerales	5.829	134	1,95	"	"	"
Profesiones que exponen el cuerpo, y particularmente los miembros inferiores, a la acción de la humedad	218	4	1,83	2.775	125	4,50
TOTALES Y PROPORCIONES	26.055	745	2,87	16.955	809	4,77

De este cuadro se deducen distintas consecuencias:

Estando representado por la proporción de 0,74 por 100, el menor peligro de ser atacados por la tisis los individuos de ciertas profesiones (los cerrajeros), que al parecer debían padecerla frecuentemente, y llegando esta proporción a 2,29 por 100 en los oficios donde se respiran polvos vegetales, se deduce que éstos tienen tres veces más probabilidad de ser atacados.

La proporción de 3,34 y 5,32 por 100 en los que limpian las chimeneas y los doradores hace que estos oficios sean de los más peligrosos.

La humedad origina la muerte del 4,50 por 100 de las lavanderas.

La favorable proporción que resulta respecto a los picapedreros, albéitares, cargadores, aserradores, etc., contraría la creencia general y admitida de que el movimiento de los brazos es causa activa de la tisis.

Pero cuando a este movimiento constante se junta la posición encorvada del cuerpo, la tisis se desarrolla con gran intensidad y causa 133 víctimas por 4.000 en las mujeres y 50 en los hombres.

En resumen, entre las mujeres hace la tisis más víctimas por la influencia moral de las profesiones a que generalmente se aplican.

* * *

El doctor Lombard ha hecho también en Ginebra útiles investigaciones sobre la mortalidad de la clase obrera.

Ha examinado el registro mortuorio de 8.488 hombres mayores de dieciséis años, fallecidos desde 1796 a 1830, con la designación de sus profesiones.

Estos 8.488 adultos habían vivido por término medio cincuenta y cinco años. No haciendo méritos de los oficios en que no se reunían 40 finados, obtuvo el resultado siguiente de su vida media:

	VIDA MEDIA
Magistrados	69,1
Rentistas	65,8
Negociantes	62,0
Empleados en administración	61,9
Plateros	61,6
Tejedores	60,5
Jardineros	60,1
Fundidores	59,4
Ujieres	59,1
Negociantes distintos	59,0
Cortadores de leña	58,8
Peluqueros	57,5
Taberneros	56,3
Relojeros	55,3
Albañiles	55,2
Curtidores	55,2
Operarios de cajas de relojes	52,2
Idem de indianas	52,1
Arrieros	51,4
Escribientes	51,0
Panaderos	49,8

	VIDA MEDIA
Carpinteros	55,1
Manipulantes de resortes	54,8
Labradores	54,7
Grabadores	54,7
Cargadores y albéitares.	54,5
Eclesiásticos protestantes	63,8
Antiguos oficiales	63,6
Impresores	54,3
Zapateros	54,2
Sastres	54,2
Toneleros	54,2
Cirujanos	54,0
Carniceros	53,0
Peones de albañil	52,4
Mozos de cordel	52,3
Carpinteros ebanistas	49,7
Joyeros	49,6
Barqueros	49,2
Esmaltadores	48,7
Cerrajeros	47,2
Pintores	44,3

Lo primero que arroja este cuadro es que el término medio de la vida no es igual en todos los oficios, pues al mismo tiempo que en algunos alcanza a los setenta años, en otros no llega a los cuarenta y cinco, lo que prueba que según las condiciones con que se vive puede durar la existencia una tercera parte más o menos.

De este cuadro ha sacado otro Mr. Lombard, dividiendo los individuos en tres grupos: uno de personas acomodadas, otro de clases industriales y otro de obreros, y resulta que entre las primeras y los últimos hay una diferencia de siete años y medio en el término medio de la vida.

* * *

El doctor Meyer ha hecho en la ciudad de Dresde

investigaciones también incompletas, pero qué suministran los datos siguientes en el periodo de 1828 a 1837:

CUADRO DE LA EDAD A QUE HA FALLECIDO LA MAYOR PARTE DE LOS INDIVIDUOS PERTENECIENTES A LAS PROFESIONES QUE SE CITAN

PROFESIONES	EDADES	PROFESIONES	EDADES
Barberos y peluqueros.	80 a 85 70 a 75	Panaderos y pasteleros.	60 a 65 20 a 25
Altos empleados	75 a 80	Mineros	60 a 65
Guarnicioneros	75 a 80	Forjadores o cerrajeros.	60 a 65
Curtidores	75 a 80 65 a 70 55 a 60	Pescadores	60 a 65
		Institutores	60 a 65
		Desollinadores	60 a 65
Cocineros	75 a 80 60 a 65 45 a 50	Moledores de colores ...	55 a 60
		Carniceros	55 a 60
Domésticos	70 a 75	Guardabosques, jardineros y agricultores ...	55 a 60
Negociantes y libreros.	70 a 75	Jornaleros	55 a 60
Tejedores	70 a 75	Caldereros	55 a 60 40 a 45
Pasamaneros	70 a 75		
Calceteros, boneteros ...	70 a 75 60 a 65	Músicos	55 a 60
		Toneleros	45 a 55 35 a 40
Abogados	65 a 70		
Cinteros y doradores ...	70 a 75 20 a 25	Destiladores	50 a 55
		Sombrereros	50 a 55
Torneros	65 a 70 20 a 25	Cantantes y actores ...	50 a 55 20 a 25
Empleados subalternos.	65 a 70	Posaderos y taberneros.	45 a 50
Pañeros o tundidores de paño	65 a 70	Albañiles	45 a 50
		Molineros	45 a 50
Olleros	45 a 50	Químicos	20 a 25
Impresores y compositores	40 a 45 20 a 25	Cordeleros	20 a 25
		Encuadernadores	20 a 25
Cocheros	40 a 45	Plateros y joyeros	20 a 25
Militares retirados	40 a 45	Hojalateros	20 a 25
Jaboneros	40 a 45	Artistas	20 a 25
Eclesiásticos	35 a 40	Militares activos	20 a 25
Carpinteros	30 a 35	Sastres	20 a 25
Escritores	25 a 30	Zapateros	20 a 25
Médicos	20 a 25	Ebanistas y vidrieros ...	20 a 25

* * *

Existe otro documento sobre el objeto mismo, y es un estado por edades y profesiones de los fallecidos en la ciudad de Mulhouse (Francia) en el período de 1823 a 1834.

Del estado resultan los Individuos que han fallecido de cada 100 en varias profesiones al cumplir los años que se anotan en la primera columna.

Los niños se agrupan por los oficios de sus padres, que es también de ordinario el que ellos toman después.

Resulta, pues, que en Mulhouse la mortandad es dos veces mayor en la clase de hiladores que en las de los manufactureros, directores de taller, negociantes, etc.

* * *

En una relación hecha por M. Chadwick se aprecia la edad media en Inglaterra de las personas divididas en tres grupos, a saber; 1.°, rentistas y que ejercen artes liberales; 2.°, comerciantes, fabricantes, etc., y 3.°, trabajadores.

COMARCAS	1.ª clase	2.ª clase	3.ª clase
Rutladshire (dist. agrícola)	52	41	38
Unión de Kendal (agr. y manuf.) ...	45	39	34
Union du Wiltshire (agric.)	50	48	33
Truro	40	33	28
Unión de Kensinton, Londres	44	29	26
Union du Strands, Londres	43	33	24
Unión de Whitechapel, Londres ...	45	27	22
Derby	49	38	21
Leeds	44	27	19
Unión de Bolton	34	23	18
Manchester	38	20	17
District de Bethual-gren (Spital-fields), Londres	45	26	16
Liverpool	35	22	15

Años	Manufactureros, directores y negociantes	Domésticos, porteros y cocheros	Obreros de fábricas	Sastres	Panaderos	Pintores de indianas	Braceros	Albañiles	Carpinteros	Zapateros	Carpinteros de obra fina	Grabadores	Maestros de manufacturas	Cerrajeros	Tejedores	Hilanderos
1	24	38	14	33	28	31	25	30	31	36	27	30	34	43	46	48
2	31	”	23	36	37	38	34	45	39	45	40	47	49	53	56	56
5	36	45	31	47	45	47	44	52	57	54	54	53	55	64	66	67
10	38	48	38	50	50	50	49	57	65	57	60	56	59	68	68	72
15	42	50	44	51	52	52	57	58	69	60	”	58	61	71	70	77
20	44	”	56	54	54	55	62	60	”	61	”	”	62	76	73	83
30	52	57	65	61	58	62	68	65	80	68	70	67	70	82	81	90
40	59	71	70	70	64	65	73	74	83	72	75	76	78	90	87	95
50	68	80	77	75	75	72	79	81	38	80	82	82	84	95	92	97
60	77	88	83	82	82	79	86	89	95	89	89	89	90	98	95	100
70	87	96	91	93	89	90	94	96	97	94	93	97	95	100	98	”
80	94	10	100	99	97	97	99	97	100	100	96	98	99	”	99	”
90	100	”	”	100	100	100	100	100	”	”	100	100	100	”	100	”
100	”	”	”	”	”	”	”	”	”	”	”	”	”	”	”	”

En las proporciones amenazadoras que se han anotado sobreviene la muerte a los pobres trabajadores. Siendo los únicos agentes de la producción, van recibiendo de esta sociedad con lentitud la muerte en la misma medida con que la llenan de riqueza.

En cambio, otros consumen sus productos sin tomarse las más veces otro trabajo que organizar y sostener su tiranía.

Y todas las fuerzas sociales están organizadas para mantener este despotismo eternamente y para caer sobre quien intentare quebrantarlo, como si se tratara de reprimir a un malhechor en nombre de la eterna justicia.

XV. ALTERACIONES MORALES DE LA MISERIA: LA EMBRIAGUEZ

Si son perniciosos los desórdenes materiales que sufren las clases trabajadoras y que les causan infinitas enfermedades y, por último, una muerte triste y prematura, no lo son menos las alteraciones morales que pervierten su espíritu, corrompen sus costumbres y vienen a confluir en el torrente de sus miserias, engrosándolo con vicios y nuevos males.

No son responsables ciertamente los pobres de muchos crímenes que cometen; lo es, sí, la sociedad, que les niega los recursos para ser buenos, retirándoles los elementos de subsistencia y condenándolos a una vida de privaciones y fatigas en que son frecuentes las horas de vértigo y desesperación.

La embriaguez es el vicio a que más frecuentemente se entregan los desgraciados. El embrutecimiento inmediato que producen los licores espirituosos envuelve una insensibilidad pasajera, muy buscada en los trances de infortunio, y además comunica cierta resolución exagerada a propósito para las situaciones difíciles.

Así es que algunos principian a tomar con exceso las bebidas espirituosas como calmante moral y concluyen luego haciéndose borrachos por costumbre y afición

* * *

En la investigación hecha en Inglaterra en 1834 consta que el vicio de la embriaguez aumentaba incesantemente y se extendía a las mujeres y a los niños.

De 55.400 vendedores de líquidos espirituosos que había en Inglaterra en 1801, se había aumentado hasta 108.200 en 1816 y hasta 172.900 en 1833.

En 1820 se consumieron 7.526.696 galones de líquidos espirituosos, y en 1836, 12.341.283.

Un comisario investigador contó las personas que entraron a beber durante una semana en 14 tabernas, y fueron 142.452 hombres, 108.593 mujeres y 18.391 niños.

De 1831 a 1833 fueron arrestadas 93.869 personas en completo estado de embriaguez, de las cuales eran hembras 35.500.

Aparte de los 30.000 borrachos que la Policía recoge anualmente en las calles, hay más de 60.000 que pasan desapercibidos.

Habiendo tomado un comisario nota en Manchester de las personas que entraron un sábado en la tienda de un tabernero, contó 112 hombres y 163 mujeres en cuarenta minutos. Desde

las cinco de la tarde hasta la media noche pasaron de 2.000 los parroquianos que asistieron a la misma taberna otro sábado.

Mr. Chadwick estima de 45 a 50 millones de libras esterlinas el importe del precio de los licores fuertes, sin comprender el vino, cerveza y tabaco que consumen anualmente los trabajadores en Inglaterra: las bebidas espirituosas representan la mitad de este guarismo.

En Escocia, una población de 2.365.114 habitantes, consume 6.767.715 galones de líquidos espirituosos, bastante más, proporcionalmente, que en Inglaterra y aun en Irlanda. La embriaguez es el vicio dominante de los escoceses, y no perdona sexo, edad ni condición, hasta el punto que cuando los muy pobres no tienen dinero bastante para comprar licores se aletargan con láudano, que en proporción les cuesta menos.

En Glasgow se venden bebidas espirituosas en una casa de cada diez de la población.

En Edimburgo consta que hubo en 1833, 8.630 casos de embriaguez completa sobre 55.000 habitantes; pero, según Mr. Ducpetlaux, el consumo de líquidos espirituosos se ha aumentado en 240 por 100 durante los diecisiete años siguientes.

* * *

En Holanda, como en Inglaterra, se abusa extremadamente de las bebidas, particularmente de la ginebra.

En el mayor número de poblaciones se cuenta una taberna

por cada quince casas, y en los últimos años se ha asociado la venta de licores a la de artículos diferentes. Casi todos los barberos los venden en su misma tienda.

La relación oficial de 1847 consigna el abuso creciente de los licores y los males que la embriaguez origina.

* * *

Según Mr. Battdier, había en 1832 en el cantón de Berna (Suiza) 900 expendedores de vino y aguardiente para una población de 300.000 habitantes. En 1836 el consumo ascendió a siete millones de medidas de vino y 500 de aguardiente.

Para negar la pureza de costumbres que se supone haber en Alemania, la embriaguez ha tomado una extensión tal, que se calcula el número de borrachos en el 2 ó 3 por 100 de la población, y de cada 150 individuos que hay en las casas de trabajo, 100 son borrachos habituales.

Y, sin embargo, hace doscientos años qué en la Alemania del Norte apenas se conocía el nombre de las bebidas destiladas y era la destilación un secreto de los químicos. Pero al presente cuenta la Prusia 15.000 alambiques y 1.620 el Hannover.

En toda la Alemania del Norte los borrachos reconocidos subían a 407.940, según Mr. Boettcher, o sea el 1 por 50 de los habitantes. El consumo anual de licores montaba a 367.056.000 cuarteras, que componen sobre 400.000.000 de litros.

Antiguamente se consideraba en Alemania feo vicio la

embriaguez; pero en la actualidad es estado corriente, en que se ponen las mujeres y los niños lo mismo que los hombres.

En los festejos, en las reuniones de amistad, lo primero que se encuentra es el aguardiente presidiendo la mesa.

En tiempo de calor se bebe un vaso para refrescar, y en tiempo de frío, para entrar en calor.

El aguardiente facilita todos los negocios y se asocia a todas las transacciones.

“La botella –dice Boettcher– tiene en nuestro hogar el puesto de los lares y de los penates. Es la compañía inseparable del obrero, al principio por costumbre, luego por necesidad y a lo último por pasión.”

Parece como si el veneno que mata al padre anticipadamente se transmitiera en fatal herencia a los hijos para agostarlos en flor después de haberlos degradado.

* * *

Se había extendido tanto en Suecia el vicio de la embriaguez, que llegaron a contarse 17.000 alambiques, que producían 163.000.000 de litros de aguardiente para una población de 3.000.000 de habitantes, producto que se consumía todo y que era mucho mayor que el de todos los demás países.

Para corregir el exceso tuvo que intervenir la ley, prohibiendo la destilación y declarando vicio infame el de la embriaguez. Ordena, además, que se ponga a la puerta de la iglesia con

letras grandes el nombre de la persona que se halle embriagada.

El consumo del aguardiente aumenta en París más que el del vino en proporción, pues mientras éste ha salido desde 1836 a 1838 de 922.360 hectolitros a 950.910, el de aquél se ha aumentado desde 36.440 a 42.785.

En 1840 Mr. Fregier calculaba que había 17.000 borrachos en París enviciados hasta el embrutecimiento, pero el número ha debido aumentarse después considerablemente.

El uso inmoderado del vino y de los licores origina con frecuencia accidentes mortales, de los que menciona 242 la estadística oficial de 1840. A la misma causa deben atribuirse más de 400 suicidios.

En las fábricas de Lille muchos obreros faltan al trabajo tres o cuatro días a causa de la embriaguez y de sus consecuencias. Se dice que en Nantes existen tabernas donde los obreros beben a tanto por hora.

Los 12.000 trabajadores de Elbeuf consumen diariamente 1.000 botellas de aguardiente, que, a dos francos cada una, valen al año 730.000 francos, o sea la séptima parte de lo que ganan.

En Reims y Asnieres la taberna devora las economías del obrero, cuya afición a los licores se aumenta cada día, y en el departamento del Norte los padres y hasta las madres de familia empeñan o venden sus vestidos para satisfacer el deseo de embriagarse.

La embriaguez, que principia por una distracción o por una necesidad, se convierte pronto en vicio y en dolencia; pero con mucha razón Mr. Eugenio Pelletan niega que sea causa de la miseria; antes bien, afirma que es la miseria quien la produce.

XVI. HIJOS ILEGÍTIMOS Y ABANDONADOS

Corriendo parejas con el vicio de la embriaguez en ambos sexos, está la relajación de costumbres en las mujeres trabajadoras.

La necesidad las obliga frecuentemente a condescendencias que rechaza su virtud. Abandonadas muchas de ellas desde sus primeros años en el torbellino de la sociedad, que las esconde los medios de subsistencia, al mismo tiempo que las pone a la vista por todas partes escenas de escándalo y relajación, infortunadas niñas a quienes todos desean prostituir y nadie quiere amparar, van entrando lentamente en el lodazal del vicio, del cual no pueden salir jamás en adelante.

Otras veces la joven experimenta en el seno de sus familias los horrores del hambre; ve a su padre enfermo; a su madre, desolada; a sus hermanitos, desfallecidos de necesidad, todos tiritando en un rincón húmedo de la pocilga donde viven, y cuando su entendimiento desvaría y su corazón se rompe de pena, un infame se aproxima a proponerla la especulación de sus gracias como recurso abundante para remediar el infortunio que devora a la familia.

Entonces, ¡qué dolor!, la joven vacila, se estremece, su virtud amenazada resiste hasta donde la necesidad es soportable; pero sucumbe al cabo víctima de esta necesidad y no instrumento del vicio.

Algunas, las más afortunadas, quedan llorando en su albergue la desventura de su situación; pero otras más infelices se dejan seducir por el esplendor aparente de la prostitución, y vienen a parar a esos lupanares de donde salen devoradas por la enfermedad y por la miseria para morir en los hospitales solas, tristes y maldecidas.

¡Cuántas amarguras se esconden en el misterio de la vida de estas desgraciadas! ¡Quién tendrá resolución bastante para levantar el velo, muchas veces lujoso, que oculta el cieno y las lágrimas de su existencia!

* * *

Resultado de esta relajación de costumbres es el inmenso número, más grande cada día, de hijos ilegítimos:

El número de hijos naturales representó desde 1838 a 1840 en toda Bélgica el 1 por 14 de los nacimientos.

En las provincias pobladas de obreros llegaba a 1 por 8, y en Bruselas, a 1 por cada 3, naciendo 36 bastardos en cada ciento.

Especialmente en la clase de costureras, cortadoras, floristas, bordadoras, modistas y encajeras, había solamente un hijo legitimo de cada ciento que nacían. Así lo dice Ducpetleux.

Por primera vez se publicó en Inglaterra la cifra de los nacimientos ilegítimos en 1830, y resultaba ser de 20.039 por 362.020 legítimos, o sea 1 por cada 18.

Posteriormente al censo de 1830, un informe parlamentario relativo a la legislación sobre los hijos naturales contiene el dato de que en el país de Gales nacieron 83 de éstos por cada 1.000, mientras en Inglaterra nacían solamente 53; pero esta diferencia, aun suponiendo exactitud en el dato, se explica por la dificultad que tienen las mujeres de ocultar sus faltas en el país de Gales, siendo así que la densidad de las grandes poblaciones Inglesas permite esconder el fruto del libertinaje o de la desgracia; por cuyo motivo dice el comisario informante: "Probablemente no será exacta la cifra de 53 por 1.000 atribuida a Inglaterra; mas, si lo fuere, ¿qué se deduce en consecuencia? Que las mujeres perdidas de Inglaterra son estériles, lo cual es prueba de una corrupción más profunda."

En Manchester, durante los años de 1824 a 1826, la relación anual de los nacimientos ilegítimos con los legítimos estuvo en la proporción de 1 a 12.

Los hijos ilegítimos constituyen en Suiza uno de los elementos más poderosos del pauperismo, por cuya razón se han dictado en casi todos los cantones leyes para dificultar las relaciones amorosas que los producen, leyes inspiradas en el egoísmo social y con prevenciones inhumanas.

En un cantón imponen un castigo severo a los padres y a las madres de los hijos naturales; en otro maltratan a los mismos niños inocentes; aquí es la madre solamente la victima de su

severidad, y en todas partes está permitida la investigación de la paternidad.

Antigua es en Suiza esta severidad. La legislación de Friburgo en otro tiempo contra las madres era atroz y cruel, pues, según dice Naville, le habían enseñado en la puerta llamada de Etango una gran laguna donde las arrojaban cosidas dentro de un saco.

En otros puntos de la Suiza se llevaba por la fuerza hasta las fronteras a las mujeres encintas a fin de descargar al pueblo de los gastos que le proporcionaría la criatura que iba a venir al mundo.

El término medio de los nacimientos ilegítimos en Austria es de 1 por cada 7, según demuestra este cuadro:

AÑOS	Nacimientos legítimos	Idem ilegítimos	Proporción
1834	551.150	76.839	1 por 7
1837	569.252	79.799	1 por 7
1839	554.180	86.126	1 por 6,9

Respecto a Rusia, no hay noticias más que las referentes a los expósitos recogidos en las inclusas, en este país cuidadas y atendidas preferentemente. La de Moscú tenía 666 varones en 1831 y 743 hembras, de los cuales más de la mitad habían llegado a la edad de la adolescencia. Además, albergaba a 236 niños y 287 niñas, alimentados por 539 nodrizas. A mayor abundamiento: la casa tenía colocados en la ciudad 1.579 niños y 1.524 niñas, y en los contornos, 9.522 niños y 7.969 niñas, lo que forma un total de 22.557 personas.

En 1824 este número era de 12.075. El término medio anual de la entrada en un período de diez años ha sido de 5.255.

En San Petersburgo ha sido el término medio de 4.000.

Lo único que se sabe con cabal certeza respecto a Prusia es que el número de hijos ilegítimos aumenta constantemente.

* * *

Los expósitos han ido aumentando también en Francia de un modo gradual, según expresa la tabla siguiente:

AÑOS	Número	Gastos	OBSERVACIONES
1784	40.000	"	
1809	67.966	4.637.782	
1815	84.559	6.613.090	Sin comprender las estancias de los niños en los hospicios ni el uniforme.
1816	87.713	6.250.094	
1817	92.626	6.763.179	
1818	87.919	7.137.314	
1819	99.346	"	
1820	102.103	"	
1821	106.403	"	
1822	109.287	"	
1823	111.767	"	
1824	117.767	9.800.212	
1825	117.305	9.796.780	
1826	116.377	9.662.066	
1827	114.384	9.485.661	Comprendidos los gastos indicados.
1828	114.307	9.445.575	
1829	115.472	9.458.896	
1830	118.073	9.590.411	

Antes del año 1811 escaseaban los tornos para recibir a los expósitos; pero un decreto de este año los generalizó. En su consecuencia, habiendo, según el cálculo de Neker, 40.000 en 1754, resultó doblado el número en 1815, y siguió en aumento hasta que el gobierno de Julio se empeñó en hacer difíciles las

exposiciones. En vista de que sus medidas disminuyeron el número, las aplaudieron muchos, imaginando que con ellas se había despertado el sentimiento natural en el corazón de las madres; pero con más razón pudiera suponerse que dadas las mismas condiciones sociales, y no habiéndolas modificado las medidas del Gobierno en el origen de ilegal comercio y la generación, los obstáculos para el abandono de los niños en manos de la sociedad engendrarían crímenes horrendos en el misterioso fondo de las infortunadas familias.

En los primeros años del gobierno de Julio la exposición de niños había seguido esta proporción ascendente:

AÑOS	Número	Gastos	OBSERVACIONES
1830	118.073	9.590.411	No están contados más que los menores de doce años. Como en los departamentos nada se pagaba por los mayores, no se sabe cuántos serían.
1831	123.869	10.036.946	
1832	127.982	10.258.800	
1833	129.699	10.240.262	

Pero cuando en 1834 se suprimieron muchos tornos, descendió la exposición de niños a 95.624 en 1838 y aún más en 1845.

La única causa, se puede decir, eficiente del abandono de los niños es la miseria.

De los 4.000, poco más o menos, que se abandonan en París, sólo 400 proceden de matrimonio legal.

Asimismo, en los departamentos la miseria inspira el abandono. De un millón de nacidos, cuando menos 75.000 son ilegítimos, y de éstos se abandonan sobre 30.000.

En este sentido decía un informe presentado al rey en 5 de abril de 1837:

> “Si pudiera la madre alimentar a su hijo, si en el momento de darlo a luz no careciera de lo estrictamente necesario, con dificultad lo abandonaría. Si la mujer verdaderamente necesitada tuviera el recurso de recibir un socorro alimenticio que le permitiera criar a su hijo durante los primeros meses, lo conservaría y no lo apartaría de sí jamás. Rara vez, después de haberlo dado el pecho, consiente en abandonarlo; la mayor parte de las exposiciones se hacen en el instante mismo del nacimiento.”

Muchos humanistas se han esforzado en recomendar que se socorra a las pobres madres desvalidas como medio de que las exposiciones desaparezcan del todo. Dada la miseria en la sociedad y la suma pobreza en las infelices madres, no podemos contrariar de ninguna suerte el auxilio a una criatura desgraciada, que tiene por necesidad que sentir que su corazón se le arranca del pecho cuando se separa de su hijo para no verlo jamás y sabiendo que queda abandonado a una suerte infeliz, que probablemente le arrebatará en flor la vida; pero este humano sistema no hace más que dulcificar los extremos dolores de la herida, sin curarla. Preferible seria suprimir la desgarradora miseria de la humanidad, estableciendo un orden y unas relaciones que hicieran imposible la extrema necesidad, pues con ella desaparecerían los vicios y crímenes que son su natural consecuencia.

* * *

La suerte de estos niños infelices abandonados a la caridad social, no puede ser más cruel.

En el Hospicio de París la mortalidad llega a uno por cada tres, siendo así que de los que quedan junto a sus madres es de uno a seis.

Valdruche, visitador de expósitos en 1839, dice:

> "Los niños a quienes han conservado sus madres socorridas por la caridad pública, han vivido en proporción doble que los que se han criado en la Inclusa."

A pesar de que en 1834 disminuyó extraordinariamente el número de expósitos, no tardó en ir creciendo en los años sucesivos, de manera que bien pronto llegaron a su antiguo apogeo.

Acerca de la vida de los expósitos dice Marbeau:

> "Es expuesto un niño. Dos o tres días después se lo lleva la nodriza a treinta o cuarenta leguas de distancia, y es tratado de tal manera, que en el primer año sucumbe el 42, 50 y 60 por 100.
>
> "El que sobrevive es confiado a una familia miserable mediante la retribución de cuatro, cinco o seis francos al mes. Esta familia negocia con él, lo explota, aplicándolo a la mendicidad y al merodeo. A los doce años lo abandona la sociedad."

Y Watteville agrega:

“Obligado en la más tierna edad a ganar el pan que se le ofrece con mano avara, el pobre niño abandonado no puede ir a la escuela ni recibir instrucción alguna, y queda en lo relativo a la inteligencia al nivel de los animales.

“¿Qué diremos de las niñas? ¡A cuántos peligros no están expuestas en medio de su miseria y de su abandono! ¡Casi siempre su pudor es víctima funesta de la necesidad!”

Para completar los datos sobre la mala suerte de los niños en las inclusas en tiempos más próximos, insertaremos algunos párrafos de una Memoria del año 1850, que decía así:

“Está probado que la mortalidad de los expósitos es dos veces mayor que en los otros niños.”

Valdruche añade:

“Si la mortalidad es grande en los niños que permanecen en el hospicio, mayor es en los que se van a criar en el campo 112.625 niños ingresaron en la casa de París de 1816 a 1827, de los cuales murieron en ella 30.055 y en el campo 55.631.

La muerte arrebató más de las tres cuartas partes.”

Respecto al número de nacidos bastardos, las estadísticas oficiales de Francia suministran los siguientes datos en los periodos que se dirán con relación a los legítimos:

De 1831 a 1840, inclusive, el término medio del total de nacimientos fue de 962.596 anualmente, a saber: 891.338

legítimos y 71.258 ilegítimos. De cada mil nacidos eran, por consiguiente, 74 naturales, o uno por 13 1/3.

En París, de 1816 a 1835 inclusive, de 545.840, total de nacidos, fueron 194.758 de la segunda condición o, lo que es lo mismo, uno por cada 2,8.

En el departamento del Sena, excluyendo a París, la proporción fue de uno por 4,43.

En el departamento del Ródano, de uno por 7.

En el de la Gironda, de uno por 8. Lo mismo en el de Calvados y el del Sena inferior.

Uno por 10, en el de las Bocas del Ródano.

La proporción asciende en las ciudades. Es de uno por 3 en Burdeos, Lyon, Mans y Agen; uno por 3, en Grenoble, Periguex, Peroiine y Pau; uno por 1,9, en Rodex, y uno por 1,7, en Dax.

XVII. LA PROSTITUCIÓN: NIÑOS Y NIÑAS PRECOZMENTE DEGRADADOS

Pero la obligada inmoralidad de las pobres jóvenes a quienes la miseria obliga a relajarse no se detiene de ordinario en el infortunio de la maternidad, sino que pasa a constituir una serie de desventuras que no terminan sino con una muerte dolorosa y maldecida por el sarcasmo y el envilecimiento.

Muchas de ellas se ven obligadas a buscar soluciones a la serie no interrumpida de sus necesidades por medio del abuso de sus gracias, y entran en una vida de relajación, inmoralidad y desenfreno, que sobrepuja a toda ponderación. Estas infelices constituyen la clase numerosa de las mujeres perdidas, que tienen por oficio, para granjearse la subsistencia, el desorden, la imprudencia y el escándalo, tan inevitablemente impuestos por la fatalidad, que no se concibe una mujer pública sin estos accidentes. Y la clientela de los lupanares es tan malvada, que no acepta a la que retiene algún átomo de dignidad y pudor; antes bien, como gazmoña la rechaza.

¡Qué abismo tan insondable de infortunios forma la existencia de estas infelices! Vense precisadas a retocar sus

gracias naturales con el artificio. Alegres y decidoras han de manifestarse aunque estén muriendo de pena. Han de ser amables y complacientes con sus groseros y brutales favorecedores. Esclavas irredimibles son de la especulación esquilmadora de las principales. Y cuando después de una vida larga por el martirio y corta por los años se hacen viejas en lo más florido de su juventud, vienen a morir en los hospitales, renegando de su suerte y maldiciendo a la Providencia.

* * *

Pero apartemos ahora la consideración del cuadro de su miseria para consignar algunos datos sobre su número y condiciones.

En Inglaterra, como en el continente, son los lupanares centros de miseria como de prostitución, lo cual, además de ser visible, se deduce que es mayor el número de mujeres públicas en las ciudades donde la miseria progresa en paralelismo con la industria.

En Londres hierven por todas partes. Mr. Colguhoum, juez de paz, estimaba que a principios de este siglo había 50.000 en una población de 450.000 mujeres, lo que representa una por cada nueve.

Mr. Chadwich deduce su número a 7.000, aunque sin contar las de la Cité, con las cuales se reúne un total de 10.000. Pero los mismos documentos que aduce para corroborar sus cálculos demuestran la equivocación, pues arrojan que, según los registros de la Policía, había nada menos que 3.335 casas dedicadas a albergarlas.

El doctor Warlaw estima que sólo en el condado de Micdlesex había 16.000. Aunque algunos empleados de Policía han negado que exista en Londres el número de mujeres públicas que expresa Mr. Colguhoum, es lo cierto que los primeros no tienen, por carecer del derecho de visita, medios bastantes para fijar sus cálculos, mientras el segundo, como juez de paz, está revestido de jurisdicción sumarla en los casos de contravención a la moral pública.

Aparte de esta consideración, existen documentos oficiales auténticos que confirman los cálculos de Mr. Colguhoum, a saber: Informe de la Sociedad para la extinción de los vicios, que abraza el periodo de 1802 a 1838, Declaración del secretario de esta Sociedad, Mr. Prichard, ante una comisión del Parlamento en 1817. Informe de la Policía sobre los años 1837 y 1838. Ídem de la Sociedad formada para morigerar las costumbres y reprimir la prostitución. Informe del secretario de esta Sociedad, el de la comisión de Policía ante el Parlamento y el del ministro del Interior, relativos todos a los años 1837 y 1838.

* * *

Además de estos documentos, se sabe que el número de mujeres públicas en Londres pasa de 80.000, y el de sus casas, de 5.000.

“Existen en la capital –dice Mr. Talbot– nada menos que 80.000 mujeres públicas, muy jóvenes casi todas. Se calcula que mueren al año 9.000, y con todo, su número no disminuye; antes bien, se aumenta, pues el mercado se surte

abundantemente por las miserables que convierten en oficio este infame tráfico.”

Más de 40.000 personas están ligadas en Londres con el vicio de la prostitución, y en ciertos barrios de la Cité casi se tocan sus viviendas.

Muchas casas de juego son verdaderos lupanares.

Cuando llega la noche, millares de mujeres públicas inundan las calles más concurridas, como nubes de mariposas nocturnas. Su exterior es diferente del de las de París, pues imitan la manera de la aristocracia.

Por lo demás, están distribuidas en diferentes rangos, correlativos con los que tiene la sociedad inglesa, pero todas proceden de la clase trabajadora y carecen de instrucción.

Aparte de las que viven en los lupanares, hay infinitas que salen de noche de las mismas casas de sus padres y de los establecimientos donde trabajan de día, y a ellos vuelven después de haber mendigado y conseguido algunos chelines por el cambio de favores. Pero éstas generalmente no se entregan al primero que las solicita, sino que escogen el que las conviene mejor.

Esto no se entiende con las inferiores, que por ser más miserables viven en una degradación más profunda.

* * *

Algunos escritores aseguran que de cada tres jóvenes pobres

se abandona una a la prostitución antes de tener veinte años. Un gran número de estas infelices llegan a Londres de todos los puntos de la Gran Bretaña con la esperanza de encontrar trabajo, pero bien pronto la necesidad las obliga a caer en la licencia.

Siempre es la miseria la proveedora de los lupanares, a causa de lo reducido que son los salarios de las jóvenes obreras, al paso que aparecen deslumbradoras las ganancias de las mujeres públicas, pues hay algunas que reciben más de 30 libras por semana. En cambio, ¡cuántas no ganan siquiera para comer!

Según datos de la Policía relativos a las mujeres públicas que comparecieron ante los tribunales de enero de 1837 a enero de 1838, resulta que de 3.103 solamente 1.237 sabían leer y escribir, aunque mal.

Muchas mujeres viudas, y aun casadas, se entregan a la prostitución para por este medio sostener sus familias.

El vicio aparece con una precocidad escandalosa. La sociedad formada para detener los progresos de la prostitución dice: “En los tres hospitales más considerables de Londres durante el término de ocho años se han asistido 2.700 niños que padecían una enfermedad vergonzosa.”

Un comisario de la Cité, Mr. Lozan, dice: “En uno de nuestros hospitales he encontrado cinco niñas con una enfermedad vergonzosa: tenían una trece años, otra doce y las demás once, nueve y ocho.”

Liverpool y Manchester rivalizan con Londres en este particular. En la ciudad primera, entre 213.000 habitantes se cuentan 4.200 mujeres públicas. Muchas de ellas juntan el robo a la prostitución, pues viven con los ladrones. Consta que en una sola casa de estas mujeres robaron en un año 1.000 libras esterlinas con impunidad, pues por lo general las víctimas no se quejan.

Además de las casas infinitas de prostitución con diferentes nombres que existen en Liverpool, hay 20 salones de baile donde se reúnen las mujeres públicas y los ladrones.

En las otras grandes ciudades de Inglaterra existe la misma degradación.

Manchester contiene 695 casas, además de unas 800 mujeres que casi viven en las calles y las que salen de las fábricas, que se pueden llamar casi todas de prostitución: El número de mujeres trabajadoras que se entregan a la prostitución es tan grande que no se puede exagerar." (Informes de 1832 citados por León Faucher.)

Un parte de Policía dice: "Hay tabernas donde entran pareados los jóvenes de ambos sexos de catorce a quince años. En algunas no se admiten más que niños."

Otro parte expresa: "Se ven muchachos de doce a trece años que llevan en su compañía niñas de la misma edad. La confusión de ambos sexos en las fábricas y la aplicación de las mujeres a los trabajos duros engendra esta precoz y degradante depravación."

La prostitución presenta los mismos caracteres en Edimburgo. A cada paso se encuentran en esta ciudad niñas que piden al transeúnte limosna con una mano y hacen con la otra movimientos provocativos; y esto sucede públicamente, a título de una ocupación aprendida, tolerada, reconocida.

En Holanda se llaman músicos las casas de prostitución. Son unas salas fumaderos donde se bebe y se baila y donde muchos padres de familia explotan a sus hijas. Las mujeres públicas están encerradas en habitaciones, de donde no pueden salir sino pagando anticipadamente la cantidad convenida.

Esta costumbre hace que en Holanda no se vean vagando por las calles.

Se ignora el número de mujeres públicas en Holanda, pero se sabe que los hijos bastardos están con los legítimos en la proporción de 1 a 15.

Al contrario de lo que sucede en Holanda, la prostitución ha tomado un carácter público en Bélgica, donde hasta existe un registro de Policía, en el que están todas inscritas con su carácter inmoral. Este registro es una especie de sello de infamia que imprime el poder en estas infelices y que imposibilita su rehabilitación social.

En el registro oficial resultan inscritas en Bruselas 350 mujeres públicas y se calculan otras tantas que han logrado sustraerse a la inspección de la Policía local. Resulta, pues, una proporción de 1 mujer pública por cada 150 habitantes.

En las 19 provincias del reino estaban registradas 1.000

prostitutas en el año de 1850, según dice Ducpetieux en su obra sobre las jóvenes trabajadoras. Naturalmente será mayor que en la capital el número de las que eluden la inscripción por vergüenza o particular provecho.

Asimismo en Bélgica como en Holanda existen músicos, pero, además, las mujeres vagan por las calles acometiendo a los transeúntes con el mayor descaro y no están recogidas como en Holanda.

La relajación de las mujeres es en Suiza poco más o menos como en otros países.

Sin embargo de estar prohibida la prostitución en todos los cantones suizos bajo penas severísimas, y aun la simple unión ilegal, el desenfreno aparece en las calles de Berna con un escándalo de provocación que no se ve igual en ninguna parte. En esta ciudad los baños públicos son lugares de cita tan degradados como en otras las tabernas.

En Ginebra es la prostitución más discreta, más misteriosa, menos atrevida, pero constituye una especie de privilegio de los habitantes del país a favor de sus hijas. Toda mujer pública extranjera es arrojada de la República por los magistrados.

En el cantón de Vaud, de 376 delitos cometidos contra el orden público desde 1806 a 1832 fueron 134 contra el pudor, y entre ellos hubo 71 casos de prostitución.

Esta cifra de 134 se descompone del modo siguiente: Prostitución, 71; reincidentes de haber concebido hijos naturales, 13; relaciones ilegales, 7; ofensas a las buenas

costumbres, 7; ídem al pudor, 10; falsa acusación de paternidad, 2; delito contra la naturaleza, 1; incesto, 3; bigancia, 6; matrimonios ilícitos, 2; adulterios, 12; total, 134.

Debe advertirse que el número 7 puesto en las relaciones o contactos ilegales no representa de ningún modo el estado normal de las costumbres, sino solamente los casos graves. La pena por el contacto ilícito se aplica a las dos partes en casi todos los casos de declaración de hijos naturales, cuyo número llega cada año a 200.

* * *

El Código penal francés de 1810 no castiga la prostitución sino por el escándalo exterior que produce. Sin embargo, el art. 484 autoriza como medida de Policía la aplicación de los reglamentos anteriores.

También durante el Primer Imperio se estableció un impuesto sobre la prostitución de 3 francos por mes a cada mujer aislada, y 12 a cada dueña de casa.

Este impuesto se mantuvo durante la Restauración hasta el año 1829, en que fue abolido, siendo prefecto de Policía Debelleyme.

El número de mujeres públicas inscritas en la ciudad de París se ha elevado desde 1.850 que había en 1815 a 2.400 en 1827 y a 3.800 en 1836. El número de las no inscritas pasa de 4.000, sin contar las desconocidas. Así lo dicen Paren, Duchatelet y Fregier.

Pero cuando la prostitución ha adquirido en París un desarrollo inmenso ha sido en los últimos años.

Las mujeres públicas hormiguean por las casas y plazas al acecho de ocasiones que ellas mismas provocan siempre que les viene a mano.

Existen de todas categorías, como en Inglaterra, aunque sin sostener tanto el rigorismo de clase; pero, al contrario de lo que sucede en el país citado no procuran imitar los buenos ademanes de la gente escogida; antes bien, hacen empeño en que a la simple vista se conozcan su condición y costumbres.

Las infelices que corresponden a la última clase vagan por las calles, particularmente de noche, y se reúnen en bandadas en las callejas oscuras que afluyen a los sitios concurridos, incitando a los transeúntes de mil maneras provocativas y hasta apremiantes.

Otra clase existe más encopetada, y las que la componen viven aisladas, por lo general, en las habitaciones que alquilan en los hoteles amueblados. Se estacionan de noche en los cafés más concurridos, buscando aventuras, y allí deslumbran con sus postizos y arreboles.

Otra clase hay que sólo frecuenta los centros elevados y forman, digámoslo así, la aristocracia de la prostitución. Más temibles y peligrosas son estas mujeres que las demás, pues con el lujo deslumbrador que despliegan y sus gastos enormes ocasionan la ruina de los imbéciles que tienen la mala fortuna de requerir sus favores, que venden más que a peso de oro, pues suelen costar con frecuencia infamia y delitos.

* * *

Hasta aquí se ha hecho mención de las mujeres públicas libres, sueltas, que viven por sí y para sí. Otro número mayor existe en las casas bajo el imperio de las matronas y la inspección de la Policía.

Viven éstas constituidas en una especie de servidumbre que puede llamarse servidumbre del vicio, por la cual han cambiado, a consecuencia de engañosas seducciones, la servidumbre de la miseria en que yacían siendo trabajadoras. Y aun puede asegurarse que quedan siendo víctimas del doble infortunio de la miseria y de la depravación, aumentado con el de los malos tratamientos y las dolencias mortales que las llevan en poco tiempo al sepulcro.

Imitando la costumbre holandesa, viven enceldadas, si bien no en tan rigurosa clausura, y sus recogimientos son también de distintas categorías, pues las hay lujosas y espléndidas para deslumbrar a los acaudalados viciosos y más sencillas para no apocar a los humildes.

Estos últimos lupanares, especie de fumaderos–cafés, tienen un aspecto particular. Ventanas de cristales turbios, pero de vivos colores, como si fueran transparentes de llamada a cosa que no debía verse, tocan a la calle como aviso. Dentro estas infelices mujeres, decrépitas ya y mal retocadas por ser de las más pobres, se presentan en barullo al primer entrante, descompuestas caprichosamente y vistiendo encendidos colorines, aunque algunas, acaso como memoria de su origen, mal manejan una labor, que nunca se acaba y a lo que apelan

por necesidad o por un resto de su antigua virtud, no del todo extinguida.

Pero sería relato sin fin el que se hiciera para explicar los accidentes y variedades de las mujeres públicas de la capital de Francia, y tenemos que decir algo de las de los departamentos.

Según la cuenta del doctor Potton, la ciudad de Lyon alberga mujeres públicas, que en una población de 200.000 almas representan una mujer entregada al libertinaje por cada 50 individuos de ambos sexos; y como apenas una cuarta parte de las hembras puede por sus circunstancias intervenir en esta disolución resulta la proporción enorme de haber 1 de 10 viviendo en el desorden.

Villerme da noticias sobre la general depravación que existe en las jóvenes trabajadoras de las fábricas en todos los centros productores del país, que dejamos de consignar por difusas, limitándonos a reproducir algunas de sus palabras sobre la depravación de la ciudad de Reims, “donde existen quizá 100 niñas menores de quince años que no tienen, puede decirse, otro medio de subsistencia que la prostitución”.

* * *

Daremos fin al cuadro del libertinaje social de Francia en las palabras de un escritor español:

“En Suiza y en París es muy considerable el número de prostitutas que salen de las clases trabajadoras.

“¡Cuántas casas de libertinaje se alimentan de víctimas

sacadas de las poblaciones fabriles! Reims, Lille y Ruam pagan un horroroso contingente.

“¡Cuántas jóvenes obreras son enviadas a la moderna Babilonia por corrompidos agentes que se valen antes de perversos ardides para conseguir sus depravados intentos!

“Los amancebamientos son allí tan comunes que se les llama descaradamente matrimonios parisienses, y los primeros pasos en la vida de la prostitución se designan con la cínica frase de ir ganando el quinto cuarto de jornal.”

XVIII. SISTEMA DE TRABAJO Y APRENDIZAJE DE LOS NIÑOS

Hemos señalado a grandes rasgos el estado de depravación e inmoralidad a que conduce la miseria a las pobres hijas del trabajo.

Madres por su desgracia, muchas veces tienen que sacrificar todos los sentimientos de la Naturaleza y cometer con sus hijos el crimen enorme del abandono. Prostitutas por necesidad y engaño, caen en una vida de dolores y envilecimiento que las hunde más y más cada día en el abismo de la desesperación, si no toman por embrutecimiento el temple de la insensibilidad.

Pera éstas son las miserias que salen a la superficie o que pueden verse y apreciarse. ¡Cuántas otras más numerosas y tan crueles quedan ocultas en el fondo de su vida en los amargos trances que la forman y la hacen insoportable!

El crimen es compañero inseparable de la desgracia permanente y una consecuencia de la inmoralidad de las costumbres.

Trae la desgracia la desesperación, y con ella el alboroto de las pasiones, que, soliviantadas, toman siempre mal camino.

Y de esta manera seres que debían ser buenos, pero que son desgraciados, revueltos con las necesidades y la miseria, se inclinan al mal una vez, a él se llegan al primer impulso nuevo, repiten más adelante sus relaciones y, con la frecuencia de practicar acciones que la conciencia rechaza, llegan a encontrarlas sencillas, normales y justas o, cuando menos, impuestas por la Providencia en un orden que les es desconocido.

Así, las constituciones morales se deforman y bastardean y aparecen en la Humanidad esos tipos monstruosos que nada, al parecer, tienen de seres racionales; y lo que todavía es peor, clases enteras, y más de una, adquieren como por herencia la costumbre de ser criminales.

* * *

Por su situación miserable, la clase trabajadora, amortecida, despreciada y hambrienta, se ve arrastrada hacia los delitos, y si no fuera por la purificación del trabajo y su admirable virtud regeneradora, estaría ya completamente desmoralizada y sin remedio.

Emprendamos nuestra excursión al través de las costumbres de los trabajadores, fijando ahora nuestras observaciones en lo relativo a la criminalidad.

Se propaga ésta en Bélgica, particularmente entre los jóvenes. Afirma Ducpetieux que tanto en este país como en los dos Flandes el número de delincuentes menores de dieciséis

años se ha aumentado mucho desde el año 1836, pues ascendiendo en Bélgica entonces a 983, ha subido posteriormente a más de 1.300.

En prueba de que las causas que producen la criminalidad no han sido de ninguna suerte combatidas y de que no es el castigo una corrección, sino simplemente una venganza, debe notarse que en el período de 1836 a 1839, de cada 100 acusados que comparecieron en Bélgica ante los tribunales, 30 eran reincidentes, y de ellos 42 por 100 habían sufrido más de una condena.

El consorcio de todas las criminalidades dimanadas de la miseria ha hecho que la criminalidad haya seguido en la Gran Bretaña un camino ascendente.

Desde 1836 a 1842, el número de delitos aumentó en la horrible proporción de 59 por 100 y de 100 por 100 en los distritos manufactureros, según dice León Faucher.

Desde la última fecha hasta nuestros días la criminalidad ha aumentado, si bien no en tan escandalosa relación.

Paralelamente a la cifra siempre en aumento del pauperismo, se eleva en progreso la cifra creciente de la criminalidad.

El número total de acusados comparecidos ante los tribunales en Inglaterra y en el País de Gales ha sido el siguiente en los años que se anotarán:

Años	Totales	Termino medio anual
1814 a 1820	79.762	11.252
1821 a 1827	99.842	14.263
1828 a 1834	134.062	19.152
1834 a 1840	162.502	23.214
1841 a 1847	193.445	27.760
1848 solo	30.349	30.349

Así, en un espacio de treinta y cuatro años el número de crímenes se ha doblado con exceso en Inglaterra, siendo así que en igual período no ha aumentado la población más que en el 40 por 100.

* * *

El paralelismo entre el pauperismo y la criminalidad ascendente es más notable cuando se hace la observación sobre los corregidos por la jurisdicción sumaria de los jueces de paz.

Hasta 1834, el número de arrestados por la Policía siguió la misma proporción, siempre en aumento, que el pauperismo presentaba en el número de auxiliados por las calles y en su domicilio.

Fueron aquéllos en 1831, 72.824, y en 1832, 77.543.

En 1833 no pasaron de 69.959, habiendo disminuido los socorros en la misma proporción con el establecimiento de los asilos.

Dé esta manera fue decreciendo la criminalidad a 64.269 arrestados en 1834, a 63.674 en 1835 y a 63.584 en 1836.

Pero en 1837 empieza a abandonarse el sistema de proporcionar asilo a los necesitados; la miseria crece, el socorro desordenado aumenta y de seguida el número de los arrestados crece hasta 64.416, hasta 70.717 en 1839 y hasta 76.545 en 1842, relación de 1 arrestado por cada 25 habitantes.

En Newcastle, 1837, condenaron los magistrados correccionalmente el 4 por 100 de la población.

En Leeds, durante un período de seis años, de 1833 a 1838, hubo 1 arresto por cada 32 habitantes.

En Manchester, 13.345 individuos fueron arrestados por diferentes motivos, los cuales representaban el 1 por 21 de la población, siendo así que diez años antes la proporción fue de 1 por 78.

En Liverpool hubo en 1840 ¡1 arresto por cada 12 habitantes!

Las mujeres figuran por buena parte en el movimiento ascendente de la criminalidad. En efecto, han venido representando las proporciones que siguen:

En 1834 de cada cien acusados eran mujeres ...	18,8
En 1835	20,0
En 1836	21,6
En 1837	21,6
En 1838	21,1
En 1839	23,2
En 1840	25,7

Como se ve, el aumento es de 14 por 100.

* * *

En Londres es donde relativamente cometen las mujeres más delitos.

Entre las 65.604 personas que fueron arrestadas en 1842, sin contar la Cité, había 20.266 mujeres, o sea el 30 por 100.

Tratándose de crímenes, figuraron las mujeres por una tercera parte en los simples hurtos y por la mitad en los ejecutados contra las personas.

“Así –dice León Faucher–, las mujeres marchan en el crimen al mismo paso que los hombres, con el mismo atrevimiento y con idéntica brutalidad.

“Se las ve intervenir en los asesinatos, en los robos y hasta en las resistencias a la fuerza pública. Se emborrachan como los hombres, como ellos se pelean, tiñen en sangre sus manos y no tienen de mujeres más que el nombre y juntan los excesos de la fuerza a los de la debilidad...”

El infanticidio, raro en otro tiempo, se hace en la actualidad cada vez más frecuente y aumenta en la proporción de los nacimientos ilegítimos. “Las madres jóvenes –decía el *Morninng Chronique* de 2 de diciembre de 1849– son las que cometen casi la totalidad de los infanticidios. El número anual por término medio de niños sacrificados en Inglaterra es inmenso.”

¿Qué diremos del número, mucho mayor, de infanticidios que se cometen ocultamente en el misterio del hogar?

Otro delito que no castigan las leyes es el uso de los narcóticos, que emplean para adormecer a los niños las madres que tienen que trabajar. “En Ashton, 15 droguistas han vendido por término medio a la semana seis galones de estos brebajes. En Prestan, 21 droguistas han despachado 68 libras en el mismo tiempo. Los días de mercado las trabajadoras de los contornos de las ciudades manufactureras vienen a hacer la provisión de narcóticos para sus hijos.” (Arturo Hobhouse.)

Cuando los niños escapan al envenenamiento del opio y son más crecidos, van a parar a reuniones donde aprenden a ser criminales. En su consecuencia, el número de delitos perpetrados por jóvenes apenas salidos de la infancia aumenta gradualmente.

* * *

Desde 1.° de julio de 1835 a 30 de junio de 1837, el número de delincuentes menores de dieciocho años que comparecieron en Liverpool ante los Jueces de paz ha sido 924 en 1835, 1.266 en 1836 y 1.859 en 1837.

La misma progresión se nota en los delincuentes de Manchester. En Londres siguieron también esta proporción:

1837	**11,781**
1838	**14,575**
1839	**13,587**
1840	**14,031**
1845	**14,887**

Un periódico inglés ha publicado los datos siguientes respecto a la población de Glasgow:

Años	Población	Número de acusados	Número de habitantes por cada delito
1822	151.440	98	1.549
1827	177.280	170	1.041
1832	202.330	272	768
1837	233.000	391	645

Según los datos oficiales relativos a 1840, el número de individuos procesados por diferentes crímenes se elevó en Escocia a 3.872, de los cuales eran mujeres 1.000.

En 1834 no hubo más que 2.711 procesados.

XIX. CRIMINALIDAD EN DIVERSOS PAÍSES EUROPEOS

El número de criminales en Holanda va aumentando también constantemente, siguiendo la marcha progresiva de la miseria. El aumento no baja de 72 por 100 en los doce años anteriores al de 1846 por un cálculo de Mr. Suringar.

Los presos civiles y militares fueron aumentándose en el mismo período, aunque en la proporción de 34 por 100.

No se pueden recoger datos de las relaciones oficiales, porque el Gobierno holandés, que tan cuidadoso se ha manifestado haciendo estadísticas de beneficencia, no ha publicado ningún documento sobre la de los delitos. Solamente en un informe sobre las prisiones de Holanda consta que en las mayores han vivido 3.195 condenados durante el año 1836.

Sin embargo, pueblo ninguno se presta como el holandés a los cálculos fundados en buenas conjeturas.

La estadística no puede sacar sus cifras más que de hechos o instituciones permanentes y en ciertos períodos dados. En Holanda, la contabilidad moral del Estado puede encontrarse en partida doble, y la estadística por este medio puede

presentar resultados más ciertos que en parte alguna, fijándose en este pueblo silencioso, meditabundo, donde todos los habitantes, lo mismo que todos los canales, todos los caminos, todas las casas y todos los campos, parecen hechos a medida del molde nacional primitivo.

Cuando el Gobierno holandés quiera, sabrá con seguridad cuándo y por qué un hecho se ha repetido más que otro, cuándo y por qué un fenómeno económico aparece y se reproduce en una clase o en una provincia, y entonces las tablas estadísticas serán exactas y dignas de estudio.

El número de acusados en Suiza llegó a la proporción de 1 por cada 2.318 habitantes, y el de condenados a 1 por 2.884 en Ginebra.

Se cuenta 1 detenido por 894 habitantes en Berna, 1 por 956 en Ginebra y 1 por 1.870 en Lausanne.

Las faltas y los delitos se aumentan en Lausanne, en Ginebra y en Berna.

Es considerable el número de los reincidentes.

La criminalidad continúa también progresando en el Imperio austríaco.

En 1824 hubo 12.447 delitos perseguidos en las siete provincias del Imperio, no comprendidas la Hungría, Transilvania, ni el reino Lombardo–Véneto, y cuatro años después se elevó el número a 16.994. Calculando la población de las siete provincias en 15 millones de habitantes, resulta

que en la primera época hubo 1 delito por cada 1.206 habitantes, y en la segunda 1 por cada 942.

La cifra proporcional de la criminalidad en Prusia, y señaladamente en las provincias del Rhin, es considerable.

En efecto, en la circunscripción del tribunal superior de Colonia se contaron perseguidos 1 hombre por cada 11 habitantes y una mujer por cada 26; término medio 1 por 14.

Pero por muy grande que parezca esta criminalidad, mayor resulta todavía en el tribunal superior de Coblenza, donde hubo en 1839 1 individuo procesado por cada 5 habitantes.

* * *

Tanto ha ido creciendo la criminalidad en Suecia que el príncipe Oscar, con sus quejas, promovió la reforma de los establecimientos penitenciarlos en 1845. El número de presos comparados con el de la población sueca arroja el resultado siguiente:

Téngase en cuenta que la población ha aumentado 0,83 por 100 solamente.

Años	Población	Presos	Proporción
1835	3.025.439	10.368	1 por 291
1838	3.100.439	12.728	1 por 243
1848	3.345.439	20.589	1 por 162

Los presos han aumentado en proporción mayor nueve veces que los habitantes.

* * *

Aunque la cifra de la criminalidad en Francia presenta un aumento sensible, teniendo en cuenta el desarrollo de la población, resulta un statu quo notable. Por término medio hay desde hace veinte años 1 acusado por cada 4.500 a 5.000 habitantes.

El guarismo de los reincidentes ha aumentado, sin embargo más que la población. En 1828 era de 4.700, de 7.300 en 1832, de 10.600 en 1837 y de 15.000 en 1842.

Pero la suma total de delitos en cada año presenta poca diferencia, como si, habiéndolos encauzado la necesidad, no pudieran moverse más que de un lado a otro del país, donde hubiera mayor número de necesitados.

Así es que los departamentos del Norte, que contienen dos terceras partes de los indigentes de la nación entera, tienen también 1 acusado de delitos contra la propiedad por cada 4.631 individuos, y los del Mediodía 1 por cada 8.086.

El número de detenidos existentes en Francia en un día cualquiera puede fijarse por término medio de este modo:

En las prisiones departamentales	20.014
En las centrales	18.329
En los presidios	7.309
En los depósitos municipales	2.502
TOTAL	48.154

Esta cifra media se debe aumentar con el movimiento diario de entrada y salida, que asciende lo menos a 200.000 por año,

cuyos dos tercios corresponden a las prisiones departamentales.

Los jóvenes detenidos en concepto de educación correccional se elevaban en 1 de agosto de 1840 a 2.400, pero después llegaron hasta 3.000.

Los cuadros estadísticos registran cada año 9 ó 10.000 crímenes denunciados a la justicia cuyos autores quedan desconocidos. Otros muchos, naturalmente, se perpetrarán, sin duda en tanto número o mayor, sin que la justicia tenga conocimiento de ellos por no quejarse las víctimas.

Mr. Berenger evalúa en más de 40.000 el número de individuos ladrones habitantes que no son perseguidos ni descubiertos.

Muchos de éstos son presidiarios cumplidos que han estudiado habilidad en los establecimientos penales para precaverse de la justicia.

Estos presidiarios cumplidos ascenderán a unos 4.000 próximamente al año, originarlos de los establecimientos centrales, donde entran sobre unos 8.000. Los que cumplen en las prisiones departamentales serán unos 50.000 al año.

Quedan sometidos a la vigilancia de la autoridad 27.000, poco más o menos.

Estos datos son del tercer trimestre de 1843.

* * *

El ministro de Justicia publica anualmente desde 1825 en Francia un estado general de la administración de justicia criminal, del cual vamos a formar varios cuadros para presentar en un foco tan interesante materia:

NUMERO DE ACUSADOS, DETENIDOS Y REINCIDENTES

Años	ACUSADOS			DETENIDOS PREVENTIVAMENTE			REINCIDENTES	
	Varones	Hembras	Total	Varones	Hembras	Total	Delitos graves	Correccionales
1825	"	"	7.234	"	"	"	"	"
1826	5.712	1.276	6.988	126.089	33.651	159.740	756	"
1827	5.657	1.272	6.929	133.936	37.210	171.146	893	"
1828	5.970	1.426	7.396	131.922	40.378	174.300	1.182	3.578
1829	5.931	1.442	7.373	137.901	38.326	176.227	1.334	4.425
1830	5.608	1.354	6.962	162.809	47.884	210.691	1.370	4.300
1831	6.380	1.226	7.606	193.851	60.887	254.738	1.296	4.960
1832	6.236	1.329	7.565	170.509	49.226	219.735	1.429	5.915
1833	5.833	1.131	6.964	156.441	47.373	203.814	1.318	7.132
1834	5.793	1.159	6.952	136.003	36.859	172.862	1.400	7.135
1835	6.031	1.192	7.223	132.844	32.042	164.886	1.486	8.909
1836	5.893	1.339	7.232	144.896	33.677	178.573	1.486	8.196
1837	6.409	1.449	7.858	153.472	37.170	190.642	1.749	8.944
1838	6.554	1.460	8.014	154.384	37.870	192.254	1.763	10.258
1839	6.669	1.425	8.094	154.808	38.257	193.065	1.732	10.438
1840	6.815	1.411	8.226	162.282	42.119	204.401	1.903	14.077

De cada cien acusados corresponden por término medio cuarenta a las ciudades, pero como la población de éstas representa la cuarta parte de la de las aldeas y poblaciones rurales, resulta un número proporcional doble de delitos en los grandes centros industriales.

CON RELACION AL SEXO

Años	DE CADA 100 ACUSADOS SON		DE CADA 100 DETENIDOS PREVENTIVAMENTE	
	Varones	Hembras	Varones	Hembras
1826	82	18	78	22
1827	81	19	79	21
1828	81	19	76	24
1829	80	20	78	22
1830	81	19	77	23
1831	83	17	76	24
1832	82	18	77	23
1833	84	16	76	24
1834	83	17	78	22
1835	84	16	80	20
1836	82	18	81	19
1837	81	19	80	20
1838	82	18	80	20
1839	82	18	80	20
1840	84	16	78	22

DOMICILIO DE LOS ACUSADOS

Años	HABITANTES		PROPORCION POR 100	
	Campesinos	De las ciudades	Campesinos	De las ciudades
1830	3.945	2.778	60	40
1831	4.486	2.938	61	39
1832	4.729	3.305	59	41
1833	4.344	2.927	60	40
1834	4.144	2.638	61	39
1835	4.165	2.805	60	40
1836	4.073	2.830	59	41
1837	4.433	3.137	59	41
1838	4.713	2.976	61	39
1839	4.353	3.274	57	43
1840	4.860	3.040	60	40

Merecedor de atención es el cuadro que sigue, explicando la

distinta profesión de los criminales, porque prueba que la miseria es el origen de casi todos los delitos.

EDAD DE LOS ACUSADOS Y DETENIDOS

Años	ACUSADOS DE EDAD DE				DETENIDOS DE EDAD DE			
	Menores de 16 años	De 16 a 21	Más de 21	Desconocidos	Menores de 16 años	De 16 a 21	Más de 21	Desconocidos
1826	124	1.101	5.717	46	5.042	12.799	86.196	55.703
1827	136	1.022	5.747	24	5.233	13.291	73.588	79.034
1828	143	1.278	5.968	7	5.228	14.902	71.622	80.548
1829	117	1.226	6.023	7	5.306	14.431	79.438	77.052
1830	114	1.161	5.682	5	5.651	17.659	84.393	102.848
1831	127	1.121	6.356	2	2.852	6.452	47.812	4.503
1832	113	1.155	6.295	2	2.887	6.732	50.333	4.822
1833	98	1.101	5.759	6	2.722	6.712	49.679	3.566
1834	127	1.239	5.581	5	2.750	7.198	51.430	3.969
1835	94	1.142	5.981	6	2.557	7.804	53.402	4.036
1836	96	1.256	5.876	4	2.883	8.069	57.915	3.831
1837	78	1.227	6.550	3	3.534	9.421	65.940	4.989
1838	89	1.225	6.700	"	3.239	8.960	63.979	4.748
1839	113	1.663	6.313	5	3.031	8.469	59.582	4.050
1840	86	1.380	6.757	3	3.943	10.171	70.527	5.469

PROFESIONES DE LOS ACUSADOS

Años	Número total de acusados	Explotación del suelo	Industria. Artes mecánicas	Comercio	Porteadores	Taberneros. Domésticos	Profesiones liberales	Sin oficio
1829	7.373	2.453	2.512	467	289	830	449	373
1830	6.962	2.240	2.337	455	309	848	385	388
1831	7.606	2.517	2.857	425	327	920	391	469
1832	8.237	2.616	2.659	501	350	930	549	632
1833	7.315	2.354	2.314	427	317	941	493	469
1834	6.952	2.185	1.993	402	255	975	371	769
1835	7.223	2.546	2.095	473	274	614	458	763
1836	7.232	2.568	2.050	447	273	655	373	866
1837	7.858	2.761	2.656	535	342	769	440	355
1838	8.014	2.796	2.474	517	352	751	448	676
1839	8.094	2.332	2.811	541	292	692	427	999
1840	8.226	3.032	2.734	559	330	714	419	1.442

Faltan datos para apreciar la influencia de las diferentes

ocupaciones mecánicas, pero los hay para comparar el efecto de éstas con el de las que tienen por objeto la explotación del suelo.

La ocupación influye poco o nada por su naturaleza, pero mucho por las penalidades que origina al trabajador y más aún por la mayor o menor miseria en que lo tiene sumido. La regla inalterable y clara es que con la mayor miseria viene más inmoralidad y se comete mayor número de delitos contra la propiedad y contra las personas.

* * *

Como la falta de recurso priva de instrucción a los trabajadores, consecuencia son también rigurosamente de la miseria los delitos que se cometen de resultas de la mala educación. A este respecto manifestaremos la relación entre el número de criminales ignorantes y los instruidos en mayor o menor grado, para deducir las naturales consecuencias.

GRADO DE INSTRUCCION DE LOS ACUSADOS

Años	Número total	Sabiendo leer y escribir	Leyendo o escribiendo mal	Leyendo o escribiendo bien	Habiendo recibido instrucción superior
1828	6.922	4.166	1.858	780	118
1829	7.369	4.523	1.947	729	170
1830	6.962	4.319	1.826	688	129
1831	7.604	4.600	2.047	767	190
1832	7.565	4.540	2.192	682	151
1833	6.964	4.107	2.007	667	183
1834	6.952	4.080	2.061	608	203
1835	7.223	4.079	2.253	584	307
1836	7.232	4.239	2.073	665	255
1837	7.858	4.397	2.549	705	207
1838	8.014	4.469	2.567	702	276
1839	8.094	4.601	2.530	709	254
1840	8.226	4.627	2.837	605	157

En los demás países de que hay noticias más o menos completas, el influjo de la instrucción dependiente de la abundancia o de la escasez de fortuna es relativa y aproximadamente el mismo, en términos que la serie de deducciones se desprende en este sentido, derivando la ignorancia de la miseria, y de la miseria los delitos.

XX. PRISIONES Y BARBARIE CON LOS ENCARCELADOS. LOS CORRECCIONALES

De la misma manera que hemos dado a conocer el pobre hogar de los trabajadores, por ser la morada de sus sufrimientos, tendremos que hablar de las prisiones, domicilios del crimen, toda vez que, por su desventura, con frecuencia son aquéllos criminales, y en estos tristes domicilios moran; así como tendremos que hablar en su lugar oportuno de los asilos y hospitales, refugios también de la miseria.

En algunos países se ha intentado hacer de las prisiones lugares de enseñanza, al mismo tiempo que de corrección, para mantener siquiera en apariencia la lógica del castigo; pero en otros, que componen casi la totalidad, es el preso considerado como una fiera incapaz de domesticarse, y, por lo mismo, se han dispuesto las prisiones como para atormentarlo y, lo que es todavía peor, de modo que aprenden en ellas inmoralidad y atesoran odio y deseo de vengarse, que más tarde vierten sobre la sociedad, convertidos en atroces crímenes. ¡Funesto cambio de castigos que perpetúa las malas intenciones y los hechos horrorosos!

* * *

En Cerdeña, según Ducpetiaux, había en 1842 seis establecimientos centrales con 4.593 presos y 26 de seguridad y arresto, con 2.133 detenidos. Las mismas cárceles tenían, respectivamente, en 1831, 3.217 y 1.578, de manera que hubo el aumento de 30 por 100 en unas y de 26 en otras.

Como una de las instituciones benéficas podemos citar las casas de corrección por medio del trabajo establecidas en Cerdeña, donde se hace aprender al detenido un oficio u ocuparse en el que sabe, a fin de precaverlo de las tentaciones de la ociosidad.

Pero estas casas de corrección no están ni en Cerdeña mismo generalizadas, y tendremos que citar solamente la de los detenidos jóvenes de Turín y la penitenciarla de Alejandría.

En el reino de Nápoles conservaban las cárceles de antiguo un aspecto horroroso, que dio lugar a que el rey, en 11 de junio de 1831, diese un decreto mandando que se rellenaran los subterráneos secretos y que se clasificaran los presos por edades, sexo, condición y delitos, procurándoles alguna ocupación.

Se construyeron en Palermo algunas cárceles nuevas, y la reforma penitenciarla se hizo algo visible, aunque con desmayamiento.

Las prisiones belgas son verdaderas grandes fábricas, donde el salario se ha convertido en menguada gratificación y donde, a pesar del sistema de dormitorios celulares, por primera vez arreglados en Gante, la confusión completa en que los condenados viven durante el día, y día y noche con las demás

prisiones, hace que salga más corrompido que cuando entró y lleve al seno de la sociedad nuevos y más poderosos elementos de depravación y miseria.

Inútilmente el Gobierno ha recomendado, para evitar los resultados funestos de la vida en común, que se dividan los presos en tres clases: buenos, regulares y malos, tomando como base la naturaleza del delito, la pena que está sufriendo y su conducta moral; pero la mala disposición de los locales ha impedido la ejecución de estas disposiciones.

Aun en aquellos en que se han podido cumplir más o menos completamente, han sido del todo inútiles, pues continuando la vida en común, por más que para evitar las relaciones se ha impuesto lo que llaman la barrera moral del silencio, no ha podido éste evitar los gestos y otros medios de comunicación como ha podido sujetar la lengua.

* * *

Existen en Holanda siete grandes establecimientos penales que se nombran centrales, comprendido el militar que existe en Leide; 10 casas de justicia, llamadas también casas de seguridad civil y militar, situadas en las capitales de las 10 provincias; otra de la misma clase en Ámsterdam, 24 casas de arresto situadas en las poblaciones cabezas de partido y, por último, muchos depósitos o salas de arresto, situadas en las cabezas de los cantones.

Las prisiones penales están clasificadas según la condena, el sexo y la edad, y se aplica el aislamiento y no la vida en común en todos los casos, según el nuevo Código holandés.

El buen sistema penitenciario progresa en Suiza muy lentamente y con notable desigualdad, pues mientras en Friburgo las cárceles son propiamente jaulas o repugnantes cavernas, en Lausanne, cantón contiguo, tienen ya mejores condiciones, y son más adecuadas aún en Berna, población también limítrofe. Pero, de todas maneras, es lo cierto que de entre los 82 cantones solamente en cuatro se aplica más o menos completamente el sistema penitenciario, y son Ginebra, Berna, Vaud y Saint–Gall.

Otras veces los detenidos en Berna estaban empleados en barrer las calles y quitarlas el cieno; en la actualidad se ocupan con preferencia en trabajos de caminos y faenas agrícolas.

Cantones hay donde no existen establecimientos penales, reduciéndose todos los castigos al destierro, lo que a lo menos tiene la ventaja de la economía. Así, en el cantón de Schwitz, por ejemplo, se paga con 20 ó 25 francos al año a los magistrados, subalternos de justicia y el ejército, que consiste en ocho gendarmes. Sistema es éste que causa envidia a todos los que aprecian en algo la felicidad de las naciones.

En Alemania, ese país tan ponderado por su civilización, que no pasa de ser la ciencia salvaje estúpida y sin entrañas, se trata a los presos de un modo cruel.

En Munich se castiga a los pordioseros con cinco meses de prisión y diez o doce palos además en caso de reincidencia.

Los castigos corporales, que conmueven entre nosotros los sentimientos más vivos, son casi corrientes en Alemania, y el más ilustrado filósofo no se preocupa en lo más mínimo de que

a hombres, sus semejantes, se les castigue a latigazos como si fueran bestias o peor, pues ni con ellas se deben emplear tan brutales tratamientos.

El palo es un elemento de la educación, un utensilio de los ejércitos y un mueble de las prisiones, y los alemanes se resignan a él, acaso por un exceso de sabiduría, y sin él no conciben el orden ni el buen gobierno.

La prisión en Alemania, sea por delito grave o por castigo correccional, lleva consigo la cadena más o menos pesada, según el peso del delito. Se pone la cadena hasta a los meros sospechosos de delitos de alguna importancia.

Las penas disciplinarlas principales son los grillos, la mordaza y el palo. El instrumento empleado para esta última pena es un vástago de acebo como un dedo de grueso. Tiéndese al culpable sobre un banco, se le amarra con unas correas y se le apalea en la espalda desnuda. Las mujeres reciben azotes de la misma manera, aunque empleándose la vara en lugar del palo.

En cuanto a la mordaza, instrumento salvaje e impropio de este siglo, consiste en un círculo de hierro del tamaño de la cabeza, al cual se adapta una bola hueca semejante a una pera y atravesada por pequeños agujeros.

Esta bola, rellena de pimienta, se introduce por fuerza en la boca del paciente y se le fija el círculo de hierro en la cabeza. Si se calla, consiste el castigo en la dificultad fatigosa de la respiración; pero, si habla, el polvo cáustico, que obstruye al instante todos los conductos respiratorios, le hace sufrir, ahogándolo, un suplicio atroz.

Los grillos son de variadas formas, a cual más molestas y opresoras.

En Dinamarca se hacen muchas reformas en el sistema penitenciario, siguiendo las ideas del celular, y se sigue adelante en este camino.

El atrasado imperio de Rusia hace esfuerzos por ponerse a la altura de los pueblos occidentales. (No se cuenta a España.) Respecto a establecimientos penales, existe hace algunos años en Varsovia una prisión celular y otra en San Petersburgo.

La prisión se ha convertido en pena, siendo así que antes no había más que el destierro a Siberia. Un nuevo Código penal se ha publicado en 1845.

* * *

En la antigua legislación francesa no existía la prisión como pena, y las cárceles, por lo tanto, eran casas de arresto, como si dijéramos el vestíbulo del destierro, de las galeras o del cadalso: era la prisión el preliminar de la pena y no la pena misma.

La Asamblea Constituyente estableció la prisión celular, aunque sin darle en ningún caso carácter perpetuo.

Durante el imperio del primer Napoleón se consignaron algunas reglas en las leyes respecto a prisiones, pero ninguna se llevó a la práctica por falta de establecimientos acomodados, que no se construyeron.

Siguió la restauración las huellas del imperio, y no pasó de idear los fundamentos de una penitenciaría de jóvenes detenidos y de crear una sociedad real de prisiones, presidida por un príncipe de la sangre; pero, como el imperio, sostuvo la práctica del sistema de encarcelamiento común, ordenado en el Código de 1810, sustituyendo al celular, que estaba en proyecto, después de ensayado.

En uno de los considerandos de la ordenanza para la fundación de la penitenciaría de jóvenes detenidos se decía:

> "Que aspiraba el Gobierno a establecer en las prisiones un régimen propio para corregir las viciosas costumbres de los condenados y disponerlos por el orden, el trabajo y la instrucción moral y religiosa a ser ciudadanos pacíficos y útiles a la sociedad."

Las mismas palabras vanas de todos los gobiernos.

Por su parte, el duque de Angulema decía en un discurso que pronunció el 14 de julio de 1819 en la sociedad antes mencionada: "Tenemos sobre nosotros una gran mancha. No es nuestro principal trabajo mejorar el régimen actual de las prisiones; nuestros esfuerzos deben encaminarse a regenerar, si es posible, las almas degradadas por el vicio y por las pasiones funestas."

Las mismas vanas palabras de todos los príncipes.

La monarquía de julio se ocupó también de los establecimientos penales; envió una comisión al extranjero con el encargo de estudiar el régimen de las prisiones de ambos

mundos y traducir los documentos oficiales; hizo constar, mediante escrupulosa visita, el estado de las prisiones en Francia, y pidió informes a los consejos generales, a las academias, a las sociedades y a los publicistas sobre el mejor sistema penitenciario que se pudiera aplicar a los criminales, con el plan y los fundamentos que lo recomendaran.

Pero después de haber sometido la monarquía de julio su deseo a todas las experiencias y actividades, se contentó, por de pronto, con la tentativa y entregó la reforma a trámites inacabables.

Entre tanto, habían ocurrido diferentes variaciones, y aunque nunca se había llegado a un sistema general, habíanse acometido algunos ensayos.

En circular de 3 de diciembre de 1832 se recomendaban los trabajos agrícolas y la colocación individual de los penados entre los labradores.

Mas como todo el mundo tiene mala voluntad a los sentenciados, nadie quería recibirlos, y se Imaginó ensayar la instalación de algunos establecimientos penales agrícolas, lo cual era absolutamente necesario.

La primera de estas colonias fue la de Metray, cerca de Tours, y después de ella se fundaron otras cinco, haciéndose algunas modificaciones en este sentido en varios establecimientos centrales, como los de Clairveaux, Loods, Fonterrault y Gaillon.

Por último, con arreglo a los estudios detenidos que había

encargado el Gobierno, formuló tiempo adelante un proyecto, que sometió a la deliberación de las Cámaras y que no llegó a convertirse en ley.

* * *

Réstanos hablar del establecimiento correccional de Saint–Dénis.

Sirve éste de refugio momentáneo a una clase de sujetos que tiene la Administración gran interés en vigilar, a saber: los que han cumplido sus condenas y se hallan sin recursos. Estos son en París innumerables, y quedan en la casa de corrección hasta que con su trabajo reúnen un fondo con que ayudarse.

Además, están en Saint–Dénis los detenidos que después de haber cumplido alguna pena por mendicidad deben ser secuestrados si son jóvenes y útiles, según el art. 274 del Código penal, o si ya han sido procesados anteriormente por otros delitos. Estos forman la parte más turbulenta, depravada e incorregible de los vagabundos de París.

Además, Saint–Dénis recibe los sobrantes de las prisiones del departamento del Sena, y en esta virtud se convierte conjuntamente en establecimiento represivo y preventivo.

No creemos necesario, comunicar más extensas noticias sobre las prisiones. En todas partes se proyectan reformas convenientes en sentido de moralizar las costumbres de los presos, pero en pocas llegan a ejecución.

Entre tanto, las cárceles son lugares de exposición donde se

comunican los vicios y se endurecen las naturalezas preparadas al crimen por las circunstancias: son las escuelas malditas que la sociedad prepara a los que manifiestan una vez siquiera disposición hacia el delito.

* * *

Pero ya hemos hecho bastante larga la narración de las desventuras de la clase trabajadora relativas a la educación, criminalidad y prostitución, que la miseria les impone como inmerecido castigo de las culpas sociales.

Demos fin a esta larga y dolorosa enumeración después de haber evocado y hecho aparecer sucesivamente a la vista de nuestros lectores el cuadro de las miserias y de los extravíos de la clase trabajadora. Pero debemos repetir la declaración que hemos hecho mil veces.

No hemos querido de ninguna manera anatematizar condenando las costumbres de una clase a la que hemos tenido amor y respeto toda la vida, sino, por el contrario, escribir el proceso de la estúpida sociedad que la desprecia y envilece.

Si el pobre trabajador tiene sus faltas y sus vicios, los ociosos bien acomodados también tienen los suyos, pero con la diferencia notable de que los primeros deben recibir excusa, que no siempre tienen los segundos.

Las desordenadas costumbres de algunos obreros son de ordinario consecuencia de la educación o del desorden social más bien que de sus propias faltas; colocados en situación

diferente, con los recursos indispensables, estos mismos trabajadores serían, sin duda alguna, buenos y morigerados.

Pero si los vicios de la clase obrera no le pueden ser imputados como crímenes, por el contrario, sus virtudes aparecen con extraordinario esplendor, porque le pertenecen del todo y las tienen a pesar de los obstáculos de todas clases que les opone la sociedad. ¡Qué admirable es la probidad en medio de la miseria, la pureza de costumbres en el fondo de la relajación social más abominable y profunda, la resignación en medio de los sufrimientos y el amor ardiente al lado del más frío egoísmo y de la ingratitud de la humanidad!

XXI. LA RIQUEZA, LA PLUSVALÍA Y LOS SALARIOS

No pensamos discutir la organización de la sociedad en la producción y el consumo de la riqueza, sino exponerla tal cual es en realidad.

Los hombres, para vivir, necesitan asimilarse ciertos productos de la Naturaleza y modificar otros para acomodarlos a las necesidades de la vida, y tanto para recoger los frutos naturales como para alterarlos necesita trabajar.

Los productos obtenidos representan la riqueza, de modo que el trabajo es el agente único que existe para producir la riqueza.

Pero como el hombre tiene una naturaleza de relación y no se relaciona sino cuando se asocia con sus semejantes, de aquí que el desenvolvimiento del ser dependa del engrane y armonía de las facultades individuales, formando una composición social. Y como la idea de combinación lleva consigo las de orden y método, es claro que las relaciones humanas han de constituirse por necesidad dentro de un sistema.

Ahora bien: el hombre tiene que producir, si vivir quiere, y producir en relación con los demás hombres, y relacionarse dentro de un sistema, resultado de cierto orden y de un método determinado.

Pues la producción de la riqueza se verifica de presente dentro del sistema que con dos palabras nos proponemos indicar sin analizarlo, sin combatirlo formalmente, porque éste es lugar de exposición y no de controversia.

Aparece en esta sociedad entre los trabajadores, cuando de producir tratan, un elemento que se nombra empresario y que sirve de mediador entre el que produce y el que consume. Indispensable podrá ser acaso la intervención de este elemento, no lo discutimos ahora; quizá benéfico su concurso; el caso es que se considera como partícipe con el trabajador en los productos del trabajo, unas veces a título de obrero, por lo que también trabaja; otras, como dueño del trabajo acumulado, que se llama capital, o, al revés, como dueño del capital que se llama trabajo acumulado; algunas veces como inventor de la obra, y la invención es trabajo del entendimiento. En una palabra; el empresario, considerándose trabajador, siempre bajo cualquiera de los aspectos en que se le examine, se declara copartícipe del otro trabajador que se llama obrero.

A consecuencia de esta relación nace la idea de justicia, que no queremos analizar, de que los productos del trabajo se distribuyan entre el empresario y el obrero. Pero de seguida nace también el inconveniente de fijar la participación de cada uno en los frutos de la sociedad.

Pues este inconveniente lo han allanado los autores del orden actual con hacer al empresario dueño del producto, corriendo los azares de las ganancias y pérdidas, y con entregar al obrero la participación que le corresponde en forma de jornal, satisfecho a medida que se va elaborando el producto.

El jornal, pues, es lo que el obrero saca de su trabajo, y con él tiene que atender a todas sus necesidades.

Mas como la incertidumbre del éxito de la obra en el momento en que la participación–jornal se satisface llama a su disminución y por separado el interés del empresario hace fuerzas en el mismo sentido, es claro que el jornal ha de ser y es reducido en lo posible, y lo posible no tiene medida cuando está de por medio la urgente necesidad del trabajador.

Aquí tenemos ya el motivo de la miseria de las clases trabajadoras. La participación que se le reconoce en el trabajo no es suficiente para satisfacer sus necesidades, y, por lo tanto, de todo carecen, y no pueden aprender, porque el salario no les alcanza, y tienen hambre, porque el salario es pequeño, y se desesperan, porque tienen hambre, y se desmoralizar), porque se desesperan, y cometen delitos, porque se desmoralizan, y encerrados en un círculo de males y desventuras, nacen, viven y mueren, dejando a sus hijos la horrible herencia de su desgracia.

Puesto que el salario es uno de los principales agentes de la producción y a la vez de la miseria de las clases trabajadoras, menester es dar una idea de su cuantía y circunstancias en los principales pueblos productores.

No hay que decir que la materia es abundante, sabiéndose que los salarlos varían según los oficios, los pueblos, las épocas y las circunstancias; pero con el objeto de no recargar nuestra obra con datos curiosos sin duda alguna, mas no precisos absolutamente, nos reduciremos a presentar no más que los que consideramos bastantes a explicar la situación de los trabajadores en lo relativo al jornal que ganan con su trabajo.

Y aun debemos advertir que por ahora presentaremos las cifras generales de los salarios, sin hacer mérito de algunas modificaciones que han resultado en ciertos países a consecuencia del movimiento cooperativo, y de que hablaremos, cuando de esto se trate, en capítulos siguientes.

Comencemos por la Bélgica.

En el mayor número de comunes rurales el precio medio del jornal de los trabajadores es de 60 céntimos de franco por día. Algunos labradores dan a sus jornaleros café, pan y manteca por la mañana, y otros, cerveza durante el día; puede elevarse el jornal a 70 céntimos. Las mujeres y los niños ganan menos todavía.

Durante la estación de invierno se encuentran en Flandes trabajadores hasta por 20 céntimos. (No llegando el franco a cuatro reales, los 20 céntimos importan seis cuartos a poca diferencia.)

El precio medio del jornal del artesano en las ciudades es un franco y 30 céntimos, y de aquí abajo. Rara vez excede de 75 céntimos el de las mujeres y de 40 a 50 el de los niños.

El alimento más ordinario cuesta 50 ó 60 céntimos por día, y el indispensable vestido, 60.

En los hilados de lino y algodón los jóvenes de ocho a diez años ganan 30 céntimos al día, y los más hábiles, 45 ó 50. Los de doce a quince, de 75 a 90 céntimos, y las niñas, 30 ó 40.

En las fábricas de paños y cobertores el salario de los niños varía de 50 céntimos a un franco. En las de juguetes es de 50 céntimos.

En las fábricas de alfileres es solamente de 30 céntimos para los pequeños; de 50, para los medianos y de un franco 70 céntimos, para los mayores.

* * *

Por último, pondremos aquí la cifra media del jornal semanal de los jóvenes en varios establecimientos según datos de los mismos fabricantes:

TALLERES	Edad	VARONES — Frs. cs.	HEMBRAS — Frs. cs.
Fábrica de paños de Lieja	9 a 10	3,00	2,50
	10 a 12	3,25	2,75
	12 a 14	3,50	3,00
	14 a 16	3,75	3,50
Lavadero cerca de Amberes	12 a 18	5,80	3,50
Carbón mineral cerca de Mons.	10 a 12	4,80	3,00
	12 a 14	8,40	6,00
Fábrica de algodón cerca de Bruselas	10 a 14	2 a 4 frs.	
Idem, íd., en Verviers	10 a 14	3 a 4	
	14 a 16	4 a 5	
Fábrica de sombreros en Enghien	14 a 16	4,50	
Idem de papel cerca de Bruselas.	14 a 16	3,25	
Imprentas en Bruselas	9 a 10	2,50	
	10 a 12	3,00	
	12 a 14	6,00	

Las cifras que hemos calculado exceden, según nuestra opinión, a las que se ganan realmente. Sin embargo, como aproximadas, pueden servir para apreciar los salarios que gana la clase obrera en sus trabajos prematuros.

* * *

Se ve, por consecuencia, que los pobres niños, en el período de la vida en que hay más ardimiento para el trabajo, reciben una recompensa mezquina, aunque estén dedicados a faenas en que su concurso es sumamente eficaz y fructuoso. Algunos hay que por una larga tarea apenas si alcanzan un real al día, cuando necesitan casi tanto para reparar los destrozos de su mal parada vestimenta.

De esta suerte la dolorosa compresión de la fábrica, junta a la recompensa escasa, prepara en ellos repugnancia habitual al trabajo, que los convierte después en holgazanes endurecidos.

Pero pasemos a estudiar la materia del salario en Inglaterra, país eminentemente industrial, donde las clases trabajadoras vegetan miserablemente al lado de la soberbia aristocracia territorial y la no menos vanidosa de los grandes capitalistas industriales.

XXII. LOS JORNALES EN EUROPA

Según los datos recogidos por Mr. Corvell, uno de los emisarios encargados de dar informe sobre trabajadores y jornales en Inglaterra, el total de salarios en todas las fábricas de algodón (no comprendiéndose Escocia ni Irlanda) llegó el año 1833 a 5.777.454 libras esterlinas (cerca de 600 millones de reales), y siendo en aquella época el número de obreros 212.800, la parte de cada uno, suponiendo una distribución igual, importaba 27 libras y dos chelines anuales; poco más o menos, 10 chelines (50 reales) por semana de sesenta y nueve horas de trabajo.

Pero el jornal de los niños dista mucho de esta cuantía, pues los más pequeños no reciben más que un penique por semana, y los que tienen siete y ocho años, un chelín (poco menos de cinco reales).

Hacia la mitad del siglo XVIII percibía el obrero por la hechura de un par de medias cuatro chelines y algunos céntimos, y podía fabricar nueve pares por semana. Al presente la remuneración de un obrero de medias es de cuatro a siete chelines semanales, y el mayor número no llega al término medio de esta cifra.

* * *

Pero no sólo gana menos, sino que trabaja un día más por semana y tres o cuatro horas más cada día. Los efectos de este cambio son deplorables. Las fuerzas físicas de estos trabajadores están deterioradas; sus facultades intelectuales, abatidas, y desordenada su moralidad. Con poca ropa, mala habitación y la fisonomía descompuesta, ofrecen un aspecto desagradable de necesidad y miseria.

Lo mismo puede decirse de los trabajadores de encajes.

El bordado en tul es otro trabajo particular que se recompensa miserablemente. Ciento cincuenta mil obreras trabajando en sus casas ganan su subsistencia en esta ocupación, y todas se quejan de que, aun trabajando asiduamente y con el resultado de enfermar y morir jóvenes, apenas sacan para subsistir pobremente.

La situación del tejedor de lienzos de algodón no es más envidiable, pues su salario ha venido disminuyendo constantemente, sin que le hayan aprovechado en lo más mínimo los adelantos conseguidos en la fabricación. En 1795 el trabajo de una pieza de calicot de 6/7 de ancho valía 39 chelines; en 1800 no valía ya más que 15; en 1820, 8, y en 1830, solamente 5.

El mayor número de tejedores a la mano es de irlandeses, y su jornal no excede de seis a siete chelines por semana. Verdad que huelgan uno o dos días y que su trabajo semanal no pasa de cincuenta y ocho horas, mientras el de los hiladores llega a sesenta y nueve.

Los salarios de otros trabajadores han sufrido la misma reducción.

Los fundidores ganan cinco chelines por el mismo trabajo que antes les producía 15.

En las fábricas de armas el término medio del salario era de 25 chelines por semana, y hoy no pasa de 5 1/2.

Los aserradores y torneros en madera perciben tres chelines por la misma obra que antes valía 10.

Los sastres ganan menos en la misma proporción.

Los herreros ganan la mitad, poco más o menos, que otras veces, y en algunas localidades, la tercera parte.

* * *

Según los estudios de León Faucher, los trabajos de costura están tan mal retribuidos en Inglaterra, que las infelices jóvenes que a ellos se dedican a duras penas pueden ganar tres o cuatro chelines por semana, trabajando penosamente de dieciséis a dieciocho horas al día.

El salario de una bordadora por la labor de un día interminable rara vez excede de medio chelín.

El de una costurera de blanco, generalmente la tercera parte de un chelín por hacer una camisa y la cuarta parte por unos calzoncillos.

Nada más angustioso se puede imaginar que la existencia de estas desgraciadas víctimas del trabajo. Y cuando en medio de su miseria y de sus amarguras viene a solicitarlas y a seducirlas el espléndido aspecto de las mujeres de mundo, vestidas de oro y seda, adornadas de preciosas joyas, alegres, bellas por la virtud de los aderezos; cuando desde el abismo pestilente de su pobreza distinguen la engañosa y resplandeciente vida de las mujeres deshonradas, a quienes la sociedad rinde mayor deferencia y atenciones, a pesar de sus vicios, y no les pide el trabajo fatigoso, inaguantable, de las horas largas del día y las eternas de la noche, entonces estas pobres niñas sienten vértigos, y el despecho, y la miseria, y el falso esplendor del vicio, y la felicidad fingida, las arrastra a otro abismo, si no más profundo y tenebroso, más relleno de enfermedades y vergüenzas.

* * *

Y puesto que hablamos de la remuneración que obtienen las pobres obreras por su trabajo y hablamos también de las no menos desgraciadas prostitutas, no está fuera de nuestro propósito indicar las utilidades que estas últimas obtienen en Inglaterra, según Ryan, aunque la materia nos cause vergonzosa repugnancia.

Dice el autor citado:

> “Muchas mujeres públicas de Londres ganan de 20 a 30 libras por semana, y algunas, más. El mayor número de las que frecuentan ciertos cafés, los teatros, etc., reciben de 10 a 12 libras.

"Las de rango inferior, solamente cuatro o cinco; algunas, no más que una, y no pocas, la mitad.

"Si fijamos el término medio de todas ellas en 100 libras al año, se forma un total de 8.000.000 de libras. Ahora, si calculamos que las empresarias las remuneren también por término medio con 20 libras a cada una, tendremos 1.600.000, deducidas las cuales de los beneficios brutos queda una ganancia para las empresarias de libras, que, distribuidas entre las 5.000 que se supone en Londres, dan a cada una un producto anual de 1.000 libras, suma enorme si se compara con la recompensa que consigue el trabajo de las personas honradas."

* * *

Según datos del doctor Mitchell, los salarios medios semanales que ganan los niños empleados en las fábricas de lana de Inglaterra son los siguientes:

DISTRITOS	NIÑOS DE EDAD DE		NIÑAS DE EDAD DE	
	Menores de 11 años	De 11 a 16 años	Menores de 11 años	De 11 a 16 años
Leeds	2,0	4,04 1/4	2,5	4,06 3/4
Gloucester	1,8 1/4	3,01 1/4	1,7	2,07 1/4
Somerset	2,1 1/2	3,05 1/2	2,0	2,10 3/4
Wilts	1,9	2,10 3/4	2,3	2,09 1/4
Aberdeen	2,6	4,11	3,4 1/2	3,07

En las fábricas de seda el salario de los niños es el siguiente:

DISTRITOS	Menores de 11 años	De 11 a 16 años
Derby	1,11	3,6 1/2
Nolfolk	1,50	2,7
Somerset	0,10	2,6
Paisley	2,30 1/4	3,8

En las fábricas de algodón el término medio del salario de los mismos trabajadores es el siguiente:

DISTRITOS	VARONES DE		HEMBRAS DE	
	Menos de 11 años	De 11 a 16 años	Menos de 11 años	De 11 a 16 años
Lancashire	2,30 1/2	4,1 3/4	2,40 3/4	4,3
Glasgow	1,11 3/4	4,7	1,10 1/4	3,8 3/4
Aberdeen	”	4,1	1,90 1/2	3,2
Belfast	1,90	3,1 1/2	1,60 1/2	2,4 1/4

Ahora bien: calculando que el número de niños empleados en las manufacturas de algodón, seda y lana asciende a 55.000; admitiendo que cada uno de ellos recibe por término medio un salario semanal de dos chelines y medio o seis libras por año lo cual es mucho, tendremos un total de 330.000 libras, poco más o menos la renta de un solo mortal que se llama marqués de Westminster o duque Stherland.

* * *

Si de los módicos salarios que hemos dicho se deduce el precio del alquiler de la casa, que no baja de dos chelines semanales, se puede calcular lo que resta para la alimentación y demás atenciones de un obrero, las más veces recargado con una familia numerosa.

Y a lo menos su situación sería soportable si este salario, por pequeño que fuese, no le faltase, asegurándole siquiera un pedazo de pan cada día; pero, desgraciadamente, no es seguro, y mil accidentes le ocasionan paradas y con ellas el extremo rigor de la necesidad.

Repetiremos las tristes palabras de lord Bronghan pronunciadas en la Cámara el 14 de julio de 1842:

> "Todos los salarios han disminuido, y millares de obreros vigorosos y llenos de salud o que lo estaban otras veces han sido despedidos de las fábricas. Los salarios han descendido en ciertas circunstancias a un penique por día. Así se ha visto que muchas personas han estado un día entero, ¡qué digo!, muchos días, sin poder procurarse un bocado de pan. Hay casos de individuos que han estado durante dos días tendidos sobre la paja sin moverse, en la inteligencia de que estando acostados se hacía sentir menos el hambre..."

En otra sesión el doctor Bowring dijo que en Bolton los salarios habían descendido 5.000.000 de francos, mientras el precio del pan había subido 2.950.000. El importe del salario de una semana era menor que el de un día otras veces, y 5.500 obreros no tenían entre todos más que 1.533 camas.

* * *

En las poblaciones industriales de Holanda el precio medio de los salarios rara vez excede de un franco, o sea 365 al año, al paso que el gasto mínimo de un pobre, estimando escaseces, no baja de 485 francos al año.

Pero al mismo tiempo que los salarios disminuyen aumentan los precios de los artículos de primera necesidad a consecuencia de los impuestos que los sobrecargan para pagar los intereses de la Deuda nacional, que se eleva a razón de 1.000 francos aproximadamente por cada habitante.

Y esto de la Deuda nacional y de pagar los pobres sus intereses nos inspira una reconvención. Estos pobres vienen al mundo sin poseer cosa alguna, en la sociedad ingresan sin haber recibido de ella el favor más insignificante; se encuentran con un organismo que si algo ha hecho, ha sido arrebatarles por vía de despojo su participación en los bienes naturales existentes en la tierra para satisfacer las necesidades de la especie humana; pero, sin embargo de que vienen desnudos, traen contra sí una deuda, la Deuda nacional, que tienen que pagar, aparte de los gastos corrientes de la asociación. Esto significa lo mismo que aprisionar un ser en el momento de venir a la vida y ponerle en cuenta, como obligación a pagar, lo que han costado las cadenas.

* * *

En Suecia el precio medio del jornal de los artesanos llega a un franco escasamente; el de los trabajadores del campo, cuando son hábiles, no pasa de 80 céntimos, y si no son

bastante entendidos varía de 30 a 40 céntimos.

La cifra del gasto de un pobre ha sido calculada por M. Liddel, cónsul inglés en Gothembourg, en 272 francos al año. Las familias campesinas consumen poco más de las dos terceras partes de esta cantidad.

En Noruega el jornal de los obreros en las ciudades cambia de 6,75 a 8,85 francos por semana. Los trabajadores del campo ganan de 30 a 35 céntimos por día. Estos son mantenidos y alojados por las personas que los ocupan; pero aquellos tienen que costearse la manutención, pagar la casa y adquirir las herramientas que emplean en el trabajo.

Una familia compuesta de padres y cuatro hijos, trabajando activamente en Dinamarca, gana 15 francos por término medio por semana, pero la alimentación es económica y pueden vivir con cierto desahogo. En cambio, los jornaleros están sometidos también al impuesto para la beneficencia, a la que contribuyen con una parte de su salario.

En las provincias alemanas próximas al Rhin, según datos de Mr. Loude, los operarios de las fábricas disfrutan jornales relativos a las faenas, pues los que las afilan, más comprometidos en su salud, ganan cinco francos al día, mientras los que las taladran apenas perciben 1,25.

Comunicaremos aquí algunas noticias sobre los jornales de los trabajadores mineros de carbón de piedra.

En las cercanías de Mans (Bélgica), el salario es de 50 céntimos para los niños, hasta cinco francos para los adultos,

pero no pasa de dos francos el que reciben las mujeres. Esto sucedía en el año de 1838, época en que las minas daban grandes productos, pero habiéndose éstas reducido, se han reducido también los salarios sensiblemente.

Aunque la escala de los salarios de los trabajadores de minas en Inglaterra varía según las localidades, se ha formado un término medio con los de diferentes distritos, dando el resultado de que ganan según las edades que expresa el cuadro siguiente:

TRABAJADORES	SALARIOS SEMANALES	
	En Bradford y Leeds — Frs. cs.	En Osdham — Frs. cs.
De 5 a 6 años ...	3	”
De 6 a 7	3	”
De 7 a 8	3,20	4,40
De 8 a 9	3,60	5,10
De 9 a 10	4,10	5,70
De 10 a 11	4,80	6,30
De 11 a 12	5,50	7,40
De 12 a 13	6,50	9,40
De 13 a 14	7,60	9,80
De 14 a 15	8,60	12,50
De 15 a 16	9,40	13,80
De 16 a 17	10,30	15,00
De 17 arriba	12,30	17,20

Estos salarios se pagan generalmente el sábado de cada semana, aunque en algunas minas no se liquidan cuentas sino cada quince días o cada mes.

De ordinario se paga en efectivo, pero en algunos distritos muy pobres se dan géneros y efectos de consumo en pago del trabajo.

* * *

Por la breve reseña que hemos hecho de los jornales que perciben los obreros en los principales centros productores se viene en conocimiento de que no tienen bastante con ellos para subvenir las necesidades más imperiosas de la vida. Que la parte que se les asigna en el valor de los productos es pequeña y bastante mayor la del empresario, artificioso trabajador que se le asocia para vivir, y vivir holgadamente, a sus expensas; que por otra parte, la determinación de una parte fija, sea más o menos considerable, les quita el interés en el mejor éxito de la obra que ejecutan. Y por último, que todo esto y mucho más que agregarse pudiera da el resultado de que la producción es anárquica, reducida, y que el trabajo está recompensado con la miseria.

Sin embargo, como antes dejamos advertido, la cuantía del salario y las horas de faena han experimentado variación en algunos países y en beneficio de profesiones determinadas a consecuencia de las asociaciones cooperativas, de ahorros y de producción y en virtud de las huelgas.

De estas variaciones hablaremos en la parte de nuestra obra en que se trate de los resultados que han conseguid las clases trabajadoras en su perpetua lucha con las acomodadas por medio de las asociaciones.

XXIII. SISTEMA DE TRABAJO Y APRENDIZAJE DE LOS NIÑOS

Si es interesante la Investigación del estado de los obreros adultos en nuestros días, lo es mucho más conocer la situación de los niños a quienes la necesidad obliga a trabajar desde edad temprana.

El obrero adulto representa el tiempo que acaba; el niño trabajador representa la esperanza, el porvenir. Doloroso es que el primero consuma entre amarguras y fatigas los restos de su existencia, pero es aún más doloroso que el pobre niño salga a la vida prensado en la máquina del trabajo, que lo deforma y desmoraliza.

¡Cuál será el porvenir de las venideras generaciones formadas con esos niños que vemos en los talleres raquíticos, escuálidos, amarillentos y con señales de una existencia corta y llena de penalidades!

Por lo común, los niños empiezan a trabajar antes de tiempo, y lo que es peor todavía, en ocupación ingrata que no los distrae ni origina placer de ninguna especie.

* * *

Sometidos al jugo del aprendizaje que los retiene en sujeción durante horas continuas, ven contrariadas duramente las tendencias de su naturaleza hacia la libertad, el movimiento y la alternativa desordenada, alegre y bulliciosa.

Por otra parte, ni siquiera reciben metódicamente la enseñanza de su oficio, sino por impresión del tiempo y de la costumbre. Ni una lección les instruye, ni les guía un consejo: colocados cerca de la máquina o a la vista de las faenas, los hechos, los trabajos mismos, van impresionando lentamente su movediza atención, y así que por el transcurso de largos años su cuerpo se ha ajustado materialmente a los movimientos de la máquina y sus manos han tomado la costumbre de formar instintivamente parte de las herramientas, se hallan, casi sin saberlo, convertidos en operarios capaces de ganar el jornal para entrar en una senda diferente de la fatigada peregrinación de su existencia.

Nos proponemos investigar el estado del niño trabajador, particularmente en su carácter de obrero y en relación con las ocupaciones a que de ordinario se aplica; y al hacer nuestras observaciones, no podremos prescindir de dibujar un cuadro sombrío con tristes colores, por más que lleve al alma horror y desaliento. Sin embargo, procuraremos levantar lo menos posible el velo que oculta tantas miserias, a fin de no sobreexcitar la compasión de las almas sensibles.

Los niños comenzaron a tomar una parte principal en los trabajos de las fábricas en Inglaterra en los distritos manufactureros de Derby, Nottingham y Lancaster. Con el desenvolvimiento de la industria vino la conveniencia de

recoger aprendices en las grandes poblaciones desde la edad de siete años a la de catorce. Para tenerlos en gran escala se hacían requisas y contratos con sus parientes y con los directores de los establecimientos de beneficencia. Un solo hecho comprobará la inmoralidad de estas transacciones. En un contrato hecho entre una parroquia de Londres y un fabricante de Lancashire se estipuló que estaba éste obligado a llevarse un idiota por cada veinte niños útiles que recibiera.

Acerca de la situación de estos niños en la fábricas dice el doctor Aikin en su descripción de la ciudad de Manchester: “En nuestras fábricas de algodón se emplean niños principalmente, traídos como rebaños de los establecimientos de caridad. Nadie los conoce ni por ellos tiene el menor interés.

“Encerrados en departamentos reducidos donde es pestilente el aire por las emanaciones grasientas de las luces y máquinas, los aplican a un trabajo que dura todo el día y que muchas veces se prolonga hasta muy avanzada la noche. Estas circunstancias, el desaseo y los cambios frecuentes de temperaturas que experimentan al entrar y salir son origen de una multitud de enfermedades y particularmente de las afecciones nerviosas tan comunes en estos talleres.

“Cuando terminan su aprendizaje quedan por lo general endebles e inútiles para los trabajos fatigosos y sostenidos; las niñas no saben coser y carecen de los conocimientos y cualidades a propósito para ser buenas madres de familia.”

A consecuencia de las enfermedades epidémicas que se desarrollaron en muchas fábricas vino a detenerse por fin la

atención pública en la condición de estos miserables trabajadores, y sir Roberto Peel hizo adoptar en la Cámara de los Lores una ley limitando a once las horas de trabajo de los niños de nueve a dieciséis años; pero en la Cámara de los Comunes, ¡parece increíble!, se agregó una más, lo que prueba la bárbara inmunidad del mercantilismo.

Cuando se dictó esta ley, había en las fábricas niños hasta de cinco años, que asistían a las faenas mientras las máquinas estaban en movimiento, sin poder separarse de éstas ni sentarse. Inútilmente al fin del día lloraban de cansancio y de dolores, porque los vigilantes los restituían a golpes las fuerzas. Debilitadas sus piernas, no podían sostenerlos absolutamente; pero el genio de los fabricantes inventó un aparato, especie de andamiada, para sostenerlos en pie. ¡Qué horror!

En las fábricas de algodón se les hacía limpiar las máquinas a la hora de comer; así es que no disfrutaban ningún descanso y comían los alimentos fríos y cubiertos de polvo y pelusas de algodón.

En 1825 el trabajo de los niños se redujo a sesenta y nueve horas por semana, y en 1831 se prohibió que trabajasen de noche, pero sin que estas reglas fueran obligatorias en las fábricas de algodón.

En 1832 se generalizaron las medidas de 1831 en ordenanzas que aún están en vigor, agregándose la prohibición de hacer trabajar a los niños menores de nueve años, como no fuera en las fábricas de seda, reduciendo a nueve las horas de trabajo de los menores de once, doce y trece años y mandando que se

les dejara descansar el día de Navidad, el Viernes Santo y por lo menos ocho medios días al año.

Esta ordenanza contiene también algunas medidas higiénicas y correccionales.

En 10 de agosto de 1842 se dictó otra ordenanza prohibiendo servirse en las minas de niños menores de diez años, como no fueran de carbón mineral, donde podían entrar desde los nueve.

Siguiendo la misma marcha que Inglaterra, los Estados del continente se apresuraron a valerse de los niños para conseguir economías en la producción, separándolos de sus juegos, de las escuelas y del seno de sus madres, y sometiéndolos a un trabajo duro durante el día y frecuentemente durante la noche.

Mr. Villerme, en su obra sobre el estado de los obreros en Francia, dice: “Por triste que sea la condición de los obreros adultos, da compasión sobre todo la de los niños empleados en muchas de nuestras fábricas, los cuales, como víctimas de las faltas de sus familias, no merecen el infortunio que los abruma.

“En Alsacia muchos de estos infortunados pertenecen a familias alemanas y suizas arruinadas, a quienes la esperanza de fortuna mejor trae a hacer concurrencia a los habitantes del país.

“Su primer cuidado después de haber buscado colocación Es proporcionarse alojamiento, y como los alquileres son caros, tienen que tomarlo a una legua o legua y media de las fábricas,

y por consecuencia los niños, muchos de los cuales no llegan a siete años, quitan al descanso y al sueño todo el tiempo que emplean en ir y venir...

“Preciso es ver a esta multitud de niños pálidos, demacrados, cubiertos de harapos, descalzos sobre el lodo, a la inclemencia de las nieves y lluvias, llevando en la mano o debajo de su vestido impermeable con la grasa, el pedazo de pan que ha de servirles de alimento hasta la vuelta.”

* * *

En 22 de marzo de 1821 se dictó una ley por el Gobierno de Luis Felipe para reglamentar en Francia el trabajo de los niños, por la que se dispuso, entre otras cosas, que no entrasen en las fábricas niños menores de ocho años, desde cuya edad hasta la de doce no se les hiciera trabajar más de ocho horas y doce horas desde dicha edad hasta la de dieciséis años.

Este trabajo tendría precisamente lugar desde las cinco de la mañana a las nueve de la noche. A otras horas no debían trabajar si no tenían trece años.

Los menores de dieciséis años descansarían los domingos y días de fiesta. La situación de los niños en el taller es desconsoladora. Mr. Villerme lo explica elocuentemente, y en la actualidad no hay más diferencia que la del tiempo a resultas de la ley anteriormente citada, pero que tampoco se cumple con el debido rigor.

“Los niños permanecen dieciséis y diecisiete horas en pie cada día, y de ellas trece a lo menos en una pieza cerrada y casi

sin variar de posición. Esto no es un trabajo, sino un tormento con que se maltrata a niños de seis u ocho años, mal alimentados, mal vestidos, obligados a recorrer a las cinco de la mañana la distancia enorme que hay desde sus casas a la fábrica y lo mismo a la noche.

"¿Cómo han de resistir tanta miseria y fatiga estos infortunados, pudiendo disfrutar apenas algunos instantes de sueño?

"Este diario suplicio prolongado les quita la salud, principalmente en las fábricas de algodón de Mulhousse y Thann, por las condiciones especiales con que viven."

* * *

En Alemania, sin embargo de que las leyes hacen obligatoria la instrucción primaria de los niños, el espíritu de especulación las ha quebrantado. Monsieur Bodelschwringh, presidente de las provincias del Rhin (Prusia), ha dicho en un informe: "Las familias más pobres son las que mandan los niños a las fábricas. Cuando éstos faltan a la escuela, ningún castigo puede imponérseles a los padres, porque no tienen para pagar las multas, y prendiéndolos habría que mantener sus familias."

En 20 de julio de 1837 los Estados de las mismas provincias suplicaron al rey que dictara una ley protectora de los niños trabajadores. "Los Estados de V. M. –decían– han fijado su atención sobre la suerte de los niños empleados en las fábricas y han visto que estos desgraciados son sometidos al trabajo en edad muy tierna, y por lo general trabajan demasiado (trece horas por día) y de un modo continuo, que no permite que

adquieran la instrucción necesaria. No debe llamar la atención, por lo tanto, que se críen raquíticos moral y físicamente.”

Un decreto expedido por el rey de Prusia en 6 de abril de 1833 dispone: “1.° Que ningún niño menor de nueve años trabaje en las minas ni en las fábricas. 2.° Que no sea admitido el que tenga más de dieciséis como no haya estado tres años en la escuela. 3° Que no trabajen más de diez horas por día los que no tengan dieciséis años. 4.° Que entre estas horas de trabajo se les dé un cuarto de hora de reposo por la mañana, otro tanto por la tarde y una hora de juego al mediodía.”

En el preámbulo de esta ley se dice: “En Berlín se cuentan niños de ambos sexos, de edad de ocho a diez años, ocupados en las fábricas de once a catorce horas sin interrupción, y este abuso es más grande en las provincias del Rhin. Este Estado impide los ejercicios al aire libre y produce males y accidentes debidos a la posición de estos jóvenes mientras trabajan, unas veces sentados, doblados otras y poniendo en ejercicio una parte del cuerpo solamente. Están encerrados casi siempre en talleres en extremo caldeados y cuya atmósfera está impregnada de partículas de las materias que se elaboran, las cuales se introducen en sus pulmones y perjudican esencialmente su salud...

“En algunas manufacturas trabajan los niños toda la noche.”

* * *

En las fábricas de Sajonia se encuentran niños desde la edad

de seis años, y su trabajo dura de trece a quince horas, interrumpido durante una después de mediodía para ir a la escuela.

En Austria, al lado de algunas fábricas donde tratan bien a los niños, hay otras donde viven agobiados de fatiga, desorden y miseria. Gran número de ellos, menores de doce años, porque son frecuentes las declaraciones de edad falsa, trabajan desde las cuatro de la mañana en verano y las cinco o las seis en invierno hasta las ocho de la noche. Entonces van a la escuela, donde se duermen de cansancio en lugar de atender a la lección.

En los últimos años se ha dado un reglamento para proteger de cierta manera a estos niños infortunados, pero ideado, a no dudar, por gente católica, por cuanto sin cuidarse mucho de las penalidades del cuerpo, dispone que se atienda al espíritu por medio de una educación religiosa.

En el gran ducado de Baden se limita el cuidado oficial a la obligación de recibir la instrucción primaria; pero en Baviera no solamente está prohibido el trabajo en las fábricas a los menores de nueve años y la ocupación por más de diez horas, sino que se necesita un certificado facultativo que exprese tener el niño aptitud corporal para el género de trabajo a que haya de dedicarse.

XXIV. LOS NIÑOS TRABAJADORES EN DISTINTOS PAÍSES Y SU CUADRO DE SALUD

Estados sardos.

Sobre el número de jóvenes que se emplean en las grandes fábricas no existen datos precisos, pero hay algunos pocos oficiales y varios debidos a la investigación particular, que son los siguientes:

ESTADO DE LOS NIÑOS TRABAJADORES DE DIFERENTES INDUSTRIAS EN GRANDES FABRICAS DE INGLATERRA

	AÑO 1835		
	De 8 a 12 años	De 12 a 13 años	De 13 a 18 años
Lana	4.764	8.558	21.250
Algodón	8.197	20.574	65.486
Seda	6.411	2.663	9.451
Hilo	1.216	4.072	12.021
	20.588	35.867	108.208

No están contados aquí más que los que trabajan dentro de las fábricas, pero no los que lo hacen fuera de ellas.

***

En los Estados Unidos el año de 1831 habiendo 18.000 obreros varones y 39.000 hembras, no existían más que 4.700 niños, lo que da próximamente la proporción de 7 por 100.

En el año de 1840 había en el que fue reino de Cerdeña los niños obreros que contiene el siguiente cuadro:

Manufacturas de	Niños	Niñas	TOTAL	Proporción sobre cada 100 obreros de adultos
Seda	881	1.838	2.719	18,24
Lana	689	495	1.184	21,95
Algodón	1.500	1.792	3.292	19,42
	3.070	4.125	7.195	19,31

El número total de trabajadores de todas edades era 37.207. Las fábricas de seda eran 25; las de lana, 86,y las de algodón, 54.

No están comprendidos más operarios que los que asistían a las fábricas.

Hablando Mr. Burggraeve del estado de los niños trabajadores en Bélgica, dice que se ocupan en número considerable en las fábricas de algodón desde la edad de seis años.

En las otras industrias toman participación semejante. En la

minas de la provincia de Lieg representan la sexta parte del número total de trabajadores; en algunas, la cuarta; pero no se le admite hasta que tienen diez años.

“En una fábrica de alfileres –dice el estadista citado–, donde se empleaba hilo de latón para hacer el cuerpo de aquéllos y plomo fundido para las cabezas, trabajaban continuamente sentados unos 40 niños, el mayor número de edad de catorce a quince años

“En una fábrica de máquinas y limas, entre 300 ó 400 trabajadores había muchos niños de ambos sexos.

“En una fábrica de hilo que ocupaba 900 obreros, las dos terceras partes eran jóvenes de ocho años a dieciocho.”

En las fábricas de paños y cobertores la proporción entre los niños y los adultos era de una sexta o séptima parte.

La duración del trabajo de los niños en Bélgica es la misma que la del trabajo de los adultos. Esto mismo sucede en los demás países, con las únicas excepciones que hemos dicho de Inglaterra, Francia, Prusia y algunos otros Estados de Alemania.

En una fábrica de cristales de 150 obreros eran niños 30.

* * *

En cuanto al tratamiento que reciben en las fábricas estos pequeños productores, varía según los países y las personas. En

Inglaterra no es malo; peor es en Escocia; en Bélgica, bueno, y en el mayor número de los centros productores de Francia, detestable.

El Industrial de la Campaña, periódico publicado en Reims, dice que los golpes y malos tratamientos a los aprendices son corrientes y constantes en las fábricas y agrega: “En algunos establecimientos de Normandía el nervio de buey figura en el taller entre los útiles del trabajo. El hecho –agrega el diario– lo atestiguan muchos fabricantes y sus esposas conmovidas. Una de éstas dice que en los días de prensado, cuando los obreros pasan la noche trabajando, tienen los niños que velar también y trabajar; mas como algunas veces sucumben al sueño y al cansancio, se les despabila por todos los medios imaginables, comprendido el nervio de buey.”

Según El Monitor del Comercio, existía en las fábricas de algodón de Rusia la habitual creencia bárbara de considerarse los obreros autorizados para azotar a los aprendices.

* * *

Hasta aquí hemos considerado la suerte de los niños trabajadores en las grandes fábricas, donde pasan una existencia sometida a reglas penosas y constantes.

No es su estado mejor en las industrias pequeñas, donde si bien alguna vez llevan una vida soportable, otras son en extremo desgraciados, por hallarse más cerca del que tiene el medio, el deseo y aun la necesidad de explotarlos y exprimirlos.

Un diario de París, refiriendo un caso bárbaro de Mr. G., ha publicado lo siguiente:

> "El régimen del obrador era éste: los niños aprendices, después de haber pasado la noche, lo mismo en invierno que en verano, sobre los ladrillos sueltos de un granero que tenía por algunas partes restos de paja convertidos en estiércol por el uso y la suciedad, empezaban el trabajo a las cinco de la mañana y lo continuaban hasta las once de la noche, arreados incesantemente por las amenazas y golpes del maestro, de su mujer y de su asociado. Se les daba solamente media hora de descanso y para comer escaso pan negro con algunas legumbres podridas.
>
> "Por la más leve falta eran tratados con las últimas brutalidades: y la fiereza de los golpes que les daban con un palo o una correa era tal que el doctor Labom, que reconoció sus cuerpos, los halló surcados de cicatrices."

Podríamos multiplicar los casos, pero no lo hacemos por no contristar el ánimo de nuestros lectores.

* * *

En 1832 se nombró en Inglaterra una comisión parlamentaria con el objeto de examinar la condición de los niños empleados en las fábricas, y en el informe que presentó se dice:

> "El grado de fatiga a que están expuestos los niños en el trabajo ordinario puede ser apreciado por sus mismas declaraciones, por las de sus familias, las de los otros obreros, etc."

Llama la atención la unanimidad de la respuesta que dan a la pregunta de si experimentan fatigas a consecuencia de su trabajo.

Todos, ya estuvieran en grandes fábricas, ya en pequeñas, mejor o peor administradas, en las grandes poblaciones o en los campos, contestaban variando solamente las palabras:

–Estoy mortalmente fatigado, sobre todo durante las noches.

–Tan fatigado que cuando llego a mi casa no tengo fuerzas más que para dejarme caer en el suelo.

–Estoy tan mal cuando salgo de la fábrica que hasta pierdo las ganas de comer.

Dos jóvenes que cuando niñas habían estado trabajando en una fábrica han dicho:

–Con frecuencia estaba tan entorpecida que me era imposible desnudarme por la noche y vestirme por la mañana –decía una–. Mi madre se ponía furiosa conmigo porque no podía ayudarla en los trabajos de la casa.

–Yo considero –decía la otra– las horas interminables que pasé en la fábrica como una dura y triste esclavitud.

–¿Se van a disminuir las horas de trabajo? –preguntaba con ansiedad una infeliz niña al comisario que la interrogaba.

En el mismo sentido que los operarios niños declararon los adultos y aun los mismos fabricantes de casi todas las

comarcas manufactureras, de modo que resultó claro y evidente el malestar insufrible de estos débiles trabajadores.

* * *

Para averiguar los efectos de esta vida fatigosa, el doctor Hawkins comparó el estado de salud de los niños trabajadores con el de otros que vivieran, aunque pobres, en condiciones normales.

A este fin reconoció 350 niños de una clase y otros tantos de otra en una escuela dominical de Manchester y obtuvo el siguiente resultado:

ESTADO DE SALUD DE LOS 350 NIÑOS TRABAJADORES		ESTADO DE SALUD DE LOS 350 NIÑOS LIBRES	
Mala salud	73	Mala salud	21
Salud regular	134	Salud regular	88
Buena salud	143	Buena salud	241
	350		350

De manera que encontró que de los niños libres tenían mala salud solamente 21, mientras que estaban en mal estado 73 de los trabajadores; que tenían de los primeros salud regular 88, y 134 de los segundos, y finalmente que estaban perfectamente buenos 241 niños libres y que de los trabajadores había únicamente en este estado 143.

Repitiendo su investigación sobre 100 niños en idénticas condiciones, pero de otra escuela dominical, obtuvo el resultado que sigue:

DE 50 NIÑOS TRABAJADORES TENIAN		DE 50 NIÑOS LIBRES TENIAN	
Mala salud	13	Mala salud	1
Salud regular	19	Salud regular	18
Salud buena	18	Salud buena	31
	50		50

Lo que da un resultado de la misma significación. Mr. Hawkins comprobó, además, el hecho con otras experiencias semejantes.

* * *

El conde Petitti ha publicado sus observaciones respecto a las consecuencias del trabajo de los niños en las fábricas de Cerdeña y resulta que padecen muchas enfermedades de resultas de su miserable condición, como se ve en el cuadro siguiente:

MANUFACTURAS	*Niños ocupados en ellas*			*Enfermedades que han padecido puramente a consecuencia del trabajo*		
	Varones	Hembras	Total	Varones	Hembras	Total
Seda	881	1.838	2.719	193	371	564
Lana	680	495	1.175	41	61	102
Algodón	1.500	1.792	3.292	56	107	163
	3.061	4.125	7.186	290	539	829

Estas observaciones suministran también el hecho de que las

niñas padecen más enfermedades a consecuencia del trabajo, lo que se comprende con facilidad y viene a robustecer la idea de la triste situación de estas infelices, pues siendo más débiles, experimentan mayores trastornos a consecuencia de las privaciones y más aún a consecuencia de las fatigas.

XXV. SITUACIÓN DE MUJERES Y NIÑOS EN LAS MINAS

El estado de los niños trabajadores es más deplorable todavía en las minas de carbón.

Sobre él dice el informe de una comisión nombrada para estudiarlo en Inglaterra:

"En el distrito de Hafilax las capas de carbón en muchas minas no tienen más que 14 pulgadas de espesor y pocas veces pasan de 30, y en su consecuencia, no pudiendo trabajar en ellas los obreros adultos, aunque se inclinen, tienen que hacer los niños el trabajo casi tendidos en el suelo y con la cabeza apoyada en una plancha. Cuando tienen un espacio un poco mayor, se ponen sobre una rodilla, con la otra desplegada para poder balancear el cuerpo. Durante todo el tiempo que permanecen en estas oscuras rendijas sin aire y encendidos por el calor, están completamente desnudos.

> "No olvidaré jamás –agrega uno de los comisarios del informe– la impresión que experimenté a la vista de la primera criatura infortunada que encontré de esta manera. Era un niño como de ocho años que me miró al pasar con una expresión de idiotismo que me heló el corazón. Era una

especie de espectro que no podía vivir más que en este lugar de desolación. Cuando me acercaba a él para hablarle, se escondió en un rincón, temblando de pies a cabeza, temiendo quizá que lo maltratase, y ni promesas ni amenazas bastaron para que saliera del escondite, que sin duda consideraba seguro.”

* * *

“En el mismo distrito se sirven para los arrastres de vagones pequeños que cargan de 2 a 5 quintales. Los niños son los que tiran de ellos, pasando a rastras por galerías que no tienen de elevación a veces más que 15 ó 20 pulgadas, valiéndose de una cadena que enganchan a la cintura en un cinto de cuero.

“Cuando llegan a galerías más espaciosas, sueltan la cadena y, cambiando de posición, empujan la carga ayudándose con la cabeza.”

En el distrito oriental de Escocia se ocupan por lo general mujeres y niños en los transportes de carbón dentro de las galerías.

Este trabajo Insoportable suele, además de sus consecuencias lentamente destructoras, traer otras muchas Instantáneas, como lesiones y aun muertes, de resultas de accidentes distintos y usuales.

La comisión de que se ha hablado antes da cuenta de las muertes violentas que han ocurrido en las minas de carbón existentes en 55 distritos, las cuales llegan a 351, que se reparten entre niños y adultos del modo siguiente:

Están en el cuadro incluidos tan sólo los accidentes mortales ocurridos en Escocia y en el País de Gales.

CAUSAS DEL SINIESTRO	EN TRABAJADORES DE			TOTAL
	Menos de 13 años	De 15 a 18	De 18 en adelante	
Caídas en las zanjas subiendo o bajando	16	16	37	69
Rotura de cuerdas	1	"	2	3
Caídas de piedras	1	"	3	4
Invasión de aguas	3	4	15	22
Caídas de carbón en el interior de las minas	14	15	70	99
Explosiones	13	18	49	80
Asfixias	"	2	6	8
Explosiones de pólvora	"	1	3	4
Atropellados por los vagones.	4	5	12	21
Accidentes varios	6	3	32	41
	58	64	229	351

Al referir las circunstancias que Influyen más o menos directamente en la naturaleza del trabajo que hacen los niños en las minas de carbón nos hemos referido a las que se explotan en la parte septentrional de Inglaterra, en el oeste de Escocia y en el norte del País de Gales.

En el Derbyshire, donde se hace el trabajo subterráneo durante catorce o dieciséis horas al día y donde la ventilación y desecación son en extremo defectuosas, todos convienen en que los niños trabajadores están extenuados de fatiga, se caen de sueño en medio de sus ocupaciones, cuando llegan a sus casas quieren a veces acostarse sin comer, hasta tal punto están rendidos; algunos se quedan en cama el domingo entero y se duermen también cuando están en la escuela, sin que los golpes los puedan despertar.

Mr. Austin, después de haber trazado el cuadro deplorable de la condición de niños en las minas del norte de Lancashire, que tienen bajas las galerías, concluye citando las palabras de los padres de estos desgraciados: “Yo desearía –decía uno de ellos– que usted lo viese entrar en casa después del trabajo. Está tan decaído que se tira a tierra como si fuera un perro, y muchas veces no podemos conseguir siquiera que se meta en la cama.”

* * *

Concluyamos de alguna manera esta triste relación de desventuras que para ser completa sería interminable.

Si habla en contra de la civilización actual el estado en absoluto de la clase trabajadora, derrama oprobio y vergüenza sobre la sociedad del siglo XIX la situación triste, aniquiladora de esos pobres niños que ven la Providencia solamente en forma de infortunio.

Y se aniquila de esta manera la generación del porvenir por aumentar en algunos reales la utilidad de los empresarios.

¡El empresario, el empresario por todas partes hiriendo de muerte la conciencia y la vida de los hombres!

¡Y hay quien sostenga que la humanidad camina por las vías anchas del progresó y de la justicia practicando la libertad, la igualdad y la fraternidad!

* * *

Como particular que se relaciona íntimamente con el trabajo de los niños en la grande y en la pequeña industria, tenemos que dar una idea del aprendizaje no ya como hecho resultante del trabajo, sino como relación legal establecida entre el aprendizaje y el maestro a consecuencia de un contrato.

Mientras los hijos estuvieron sometidos a la potestad paterna tan absolutamente que nada significaban, y los padres eran para ellos señores con todos los atributos de la soberanía, incluso el derecho de vida y muerte, tenían naturalmente facultades los padres para colocarlos bajo el dominio de la persona que les había de enseñar el oficio, trasladando a ella sus absolutos derechos. Entonces el aprendiz era como una bestia que se daba en explotación en cambió de la enseñanza, y no hay que decir que su suerte tenía necesariamente que ser desgraciada de resultas particularmente de los malos tratamientos de que era víctima.

Debilitada por las leyes modernas la patria potestad, la situación de los hijos es indecisa en el derecho, así como otras diferentes relaciones de la familia, y el aprendizaje se verifica por tácitas conveniencias con éxito variado para los niños.

En pocos países se han ocupado las leyes de regularizar claramente las condiciones del aprendizaje.

Sin embargo, una ley del 22 germinal, año XI de la gran República, contiene en su título tercero muchas disposiciones a él relativas, que han estado en vigor hasta que se promulgó la de 22 de enero de 1851.

La ley de germinal declara válidos y obligatorios todos los

contratos de aprendizaje hechos por mayores de edad o por menores asistidos de aquellos en cuya potestad se encuentren. Reconoce y establece, sin embargo, casos de rescisión: 1.° Falta de cumplimiento por alguna de las partes a las condiciones estipuladas; 2.° Malos tratamientos de parte del maestro; 3.° Mala conducta del aprendiz, y 4.° Cuando el aprendiz, para obtener la enseñanza gratis, se haya comprometido a trabajar por un tiempo cuyo valor exceda al precio corriente del aprendizaje.

Concluido el tiempo estipulado no podía el maestro detener al aprendiz de ninguna manera.

* * *

No más que estas prevenciones había sobre la materia, y es de creer que los abusos serían considerables, siempre en daño de los pobres niños, cuando el diputado Boissel decía en la sesión de 27 de julio de 1847: “Tiempo es ya de corregir los vicios del aprendizaje que degrada la población de nuestras grandes ciudades, y es una de las lepras de nuestra industria. Tiempo es de que el aprendiz deje de ser vendido en cuerpo y alma al maestro que le explota y no procura más que hacerle producir cuanto es posible mientras lo tiene en su poder, sin cuidarse de lo que ha de sobrevenir más adelante.”

Probablemente, multiplicándose las quejas y abusos, se pensó en dar reglas precisas para el contrato de aprendizaje, y al intento se redactó la ley de 1851 que hemos mencionado durante la segunda República y presidencia de Luis Napoleón.

Sin duda alguna esta ley prevé la forma del contrato de

aprendizaje, y sus disposiciones pueden limitar Ciertos abusos; pero lo cierto es que conserva el hecho repugnante de que pueda mediante contrato obligatorio disponerse durante cierto tiempo de la existencia y trabajo de un pobre niño, lo cual es inmoral, contra la naturaleza y contra los principios de la libertad, que previenen el respeto a la personalidad humana.

Por otra parte esta ley no hizo más que desenvolver y regularizar las mismas prácticas que existían, con la única innovación notablemente protectora que contiene el art. 74, sección IV del título 1.°, que dice así:

> "Los dos primeros meses del aprendizaje se consideran como un tiempo de ensayo, durante el cual el contrato puede ser anulado por la sola voluntad de una de las partes; en cuyo caso no tendrá lugar ninguna indemnización en favor de uno ni de otro, a menos que hubiese habido expresa estipulación."

En Francia particularmente se han establecido varias sociedades para la colocación de aprendices y para vigilar sobre su suerte; lo que prueba que, a pesar de la protección de la ley, continúan siendo víctimas de la explotación de los maestros.

Ellos son los débiles, y sus amos tienen interés en sacar partido de su trabajo, y constituyéndose las relaciones, con estos elementos no hay que averiguar cuál será generalmente el resultado.

El niño no debe ser objeto de una explotación, que más bien que desenvolverlo lo esteriliza y pervierte. La enseñanza del

oficio debe ser tan libre como las demás, quedando a voluntad del maestro y del alumno separarse con motivo o sin él cuando lo tenga por conveniente.

* * *

Ligeramente dejamos bosquejada la situación de los niños trabajadores en la grande y en la pequeña industria. La reforma en este punto es más necesaria que en otro cualquiera, tanto para que sean menores los sufrimientos de estos desgraciados, como para que la atracción sea el agente de la actividad infantil que forme operarios hábiles y agentes afortunados de la producción.

XVI. LA FALTA DE TRABAJO. CÓMO REMEDIA LA SOCIEDAD LA MISERIA

El dolor, la inmoralidad y la depravación que existen en las clases trabajadoras dimanan, en su mayor parte, de las miserias que padecen. Miserables están no sólo porque la recompensa de su diario trabajo es insuficiente para cubrir sus necesidades, sino porque este mismo trabajo, mal retribuido, les falta frecuentemente.

He aquí que uno de los extremos del problema social consiste en resolver la categoría y cualidades del derecho al trabajo, el cual, como los demás derechos del hombre, ha experimentado las mismas vicisitudes que las ideas políticas, que han venido prevaleciendo en las sociedades humanas.

Fue el derecho al trabajo uno de los señoriales en tiempo del feudalismo; trasladóse a la personalidad llamada gremio, que se figuró para alimentar las fuerzas individuales por medio de su agrupación; apoderóse de él la monarquía cuando este poder se hizo preponderante (edicto de Enrique III en Francia, 1583), pero mezclando las tendencias adversarias con la protección de los gremios, y la enajenación accidental de la soberanía a favor de personas determinadas.

La revolución creó con la libertad el derecho nuevo, abolió las hermandades y declaró que la sociedad no solamente tenía el deber de proporcionar trabajo a los que no lo tuvieran, sino que reconoció el socorro público como una deuda social.

Pero ofuscada la revolución por el resplandor engañoso de la libertad, distinguió peligros para ella donde quiera que aparecían grupos engendrando relaciones, y se propuso diluir hasta el absoluto individualismo las fuerzas sociales. Para ello la Asamblea constituyente dictó su famoso decreto de junio de 1891 “prohibiendo restablecer de hecho bajo ningún pretexto ni con forma alguna, las corporaciones de ciudadanos de la misma profesión, pues que su desaparición era una de las bases fundamentales de la Constitución francesa, y declarando que los Ciudadanos industriales o negociantes no podían reunirse para nombrar presidentes, ni síndicos, ni secretarios, ni tener registros, ni reglamentos, ni deliberar sobre sus pretendidos intereses comunes”.

En esta virtud, la base fundamental del trabajo fue el aislamiento individualista, y la representación primera de la libertad el que los ciudadanos no pudieran usar de ella.

De las prácticas antiguas borradas por la revolución y del individualismo egoísta establecido por ésta, se ha derivado la confesión presente, en que se ha revuelto de lo uno y de lo otro, puede ser que para contentar ambas exigencias o por no saber qué hacerse los encargados del poder.

* * *

Tiene el hombre la obligación de sostener la vida, y con ella el

derecho correlativo de disponer de los recursos indispensables para la subsistencia. Y como estos recursos no se pueden conseguir sino por medio del trabajo, tiene por consecuencia el hombre el derecho de poder trabajar para subsistir. Esto es evidente.

Por otra parte, el derecho al trabajo parece que implica cierta intervención del poder social, muy peligrosa pues que todos los poderes se encaminan al abuso, al predominio, o la tiranía. Por consiguiente, el derecho al trabajo en los individuos y la obligación de proporcionarlo en el gobierno, vienen a constituir un rebajamiento de la libertad del hombre, que es sagrada y superior a los pactos sociales. Esto también es evidente.

Y tenemos aquí las dos tendencias contrarias, partiendo de derechos naturales, claros e inalterables que en adelante no sea osado a entremeterse en las relaciones humanas que están fuera de su potestad.

Y he aquí el punto de conjunción de ambas teorías, que hasta hoy no han podido o no han querido ver los contendientes.

Derecho al trabajo, ¿cómo no ha de tenerlo el hombre, si del trabajo necesita para vivir, y tiene la obligación de sostener la vida?

Intervención del gobierno para suministrar el trabajo. De ninguna manera; pues que seguramente abusaría de su intervención en perjuicio de la libertad.

Pero como antes de ahora ha intervenido, y al presente sustenta un orden de cosas absurdo, tiene que desbaratar su

obra, restituir al hombre el pleno dominio de sus facultades y los elementos de producción, y luego encerrarse en el circulo de sus funciones dejando a la libertad individual el encargo de su propio desenvolvimiento.

Esta es la parte que debe tomar el gobierno en la solución del problema, y tomándola y no excediéndose, obra sin contrariar los propósitos y doctrinas de las opuestas parcialidades.

* * *

La teoría del derecho de asistencia legal es otra de las que también han venido debatiéndose bajo la cuestión de si el indigente tiene derecho a los socorros de la sociedad.

Unos, en presencia de la miseria destructora de la vida, han sostenido que el hombre tiene a exigir auxilios sociales un derecho derivado del derecho de vivir.

Otros, sin determinarse a negar en absoluto el derecho a la asistencia, porque en efecto les intimidaba la realidad de que la existencia está en peligro muchas veces por falta de recursos, han defendido que el derecho de asistencia está subordinado a un deber correlativo y anterior. Para tener el derecho de vivir de los recursos sociales, es preciso haber cumplido con el deber de subsistir con los propios recursos.

En esta virtud establecen tres grados de deberes:

1º. Vivir del producto del trabajo personal.

2º. Vivir de los recursos de la familia.

3º. Subsistir con los de la Beneficencia voluntaria.

Y cuando estos deberes están cumplidos y el hombre no tiene medios de subsistir, entonces es cuando tiene el derecho de acercarse a pedirlos a la caridad social.

Pero como a primera vista se conoce, esto es complicar la cuestión en vez de resolverla.

Lo cierto es que en ella, como en la que anteriormente hemos indicado, no hay más que una confusión de principios.

El hombre, en verdad, tiene el derecho de vivir; pero como lo puede hacer sin la asistencia del gobierno, y sólo con que éste desbarate el absurdo mecanismo que ha formado para la producción de la riqueza pública, resulta que el problema de la asistencia social no es cuestión que por si existe, sino que se resuelve con la principal y exclusiva cuestión del trabajo.

* * *

Dejando las consideraciones generales sobre el derecho al trabajo y a la asistencia legal que como incidentes se ocurren siempre que de la miseria se trata y de la situación de las clases trabajadoras, volvamos a nuestro objeto de historiar las vicisitudes de éstas y su presente estado.

El hecho es que la miseria existe y que la sociedad hace esfuerzos por remediarla.

Demos noticias de estos esfuerzos por más que sean insuficientes y mal encaminados.

XXVII. LA CARIDAD PRIVADA. LA BENEFICENCIA: HOSPITALES, HOSPICIOS Y ASILOS

CARIDAD PRIVADA

El primer remedio y el más general que la sociedad aplica es la caridad privada. Realmente en todos los pueblos se establecen infinitas asociaciones particulares con el objeto de atender al auxilio de los necesitados. No interesa averiguar si los particulares hacen esto por amor a sus hermanos o por evitar la repugnante vista de la miseria que aparece a cada momento y amarga sus alegrías, porque de todas maneras el hecho existe.

Acaso por el segundo motivo abunde esta clase de Beneficencia en Roma, donde la indigencia es horrible y el sibaritismo clerical es más vidrioso y delicado.

En Cerdeña las congregaciones particulares de Beneficencia están sometidas a la vigilancia del Estado y reducidas a una organización local. Los asilos se multiplican en Lombardía sostenidos por subscripciones voluntarias, y sirven especialmente para los niños.

En Portugal la caridad privada es bastante para remediar en lo posible la miseria. Las subvenciones comunales, los legados piadosos y las limosnas particulares son abundantes y se distribuyen de diferentes maneras entre los necesitados.

Por otra parte, los lazos de la familia son más estrechos que en otros países y la solidaridad de la asistencia auxilia muchas necesidades.

En Bélgica, hasta la Beneficencia privada ha tomado un carácter conventual, pues existen numerosas fundaciones de esta índole que se sostienen con regalos particulares y limosnas.

La caridad individual se estimula en la Gran Bretaña por manifestaciones expresivas.

De resultas de una enfermedad epidémica que sobrevino en Dublín en 1817, el Comité de Socorros dispuso y organizó una procesión para dar una cencerrada a los ricos que no habían tomado parte en la subscripción que se había abierto.

Tan eficaz fue esta manifestación, que se reunieron 9.500 libras de donativos, con las que pudieron auxiliarse los manifestantes durante seis meses.

Este sistema de subscripción se fue empleando en otras poblaciones de Irlanda, y por este medio, por el de publicar los nombres de los bien acomodados que no toman parte en la subscripción, y hasta por las amenazas de toda clase, las sociedades particulares de socorro consiguen reunir los fondos que necesitan.

La Beneficencia privada tiene en Inglaterra un carácter particular, como lo tienen casi todas las instituciones del pueblo inglés.

La caridad privada tiene sus pobres, como tiene los suyos la pública, y son diferentes los unos de los otros. Los pobres de la caridad legal forman el proletariado de la miseria, y los de la privada la aristocracia. Las distinciones aristocráticas que aparecen en todos los grados de la escala social de Inglaterra se mantienen aún en la superficie misma de la indigencia, hasta el punto que si un individuo de clase media se inscribiese como pobre en los registros parroquiales, seria declarado indigno y borrado de todas las asociaciones de caridad.

Las sociedades y establecimientos de Beneficencia son innumerables, y abarcan casi todas las relaciones de la vida: hospitales, hospicios, dispensarios, asilos, refugios, etc.

Hay establecimientos y sociedades para los enfermos, sordomudos, ciegos, locos, mujeres encintas, convalecientes; los hay para los expósitos, huérfanos e hijos de aristócratas pobres; las hay para los viejos, para los inválidos, y para los trabajadores y para los domésticos; y, en una palabra, para católicos protestantes, Judíos, francmasones, nacionales, extranjeros, etc.

* * *

En Londres solamente la caridad privada costea trece hospitales generales que asisten a 29.620 enfermos en el

interior, y a 254.769 fuera. Hay, además, un gran número de hospitales y dispensarios especiales para la curación de dolencias determinadas como la tisis, sífilis, oftalmía, etc.

Los hospicios de dementes encierran por término medio cerca de 4.000 albergados. Las mujeres encintas son asistidas en establecimientos especiales o en sus domicilios; la sociedad de maternidad ha auxiliado, desde su fundación hasta 1845, cerca de 400.000.

Hay además en Londres más de veinte asilos generales para los huérfanos de ambos sexos pertenecientes a la secta anglicana, diez especiales para los hijos de personas de ciertas profesiones y para los demás cultos. Hasta la aristocracia tiene su establecimiento particular con el nombre de Hospital del Cristo, que es más bien un hospicio–colegio.

Habiendo resultado, por la información que se hizo en 1843, que en muchas parroquias de Londres la mitad de los habitantes, y, a veces las dos terceras partes, estaban en la miseria, y que entre todas las parroquias de la metrópoli reunían 530.000 individuos reducidos a vivir de la caridad, el obispo de Londres convocó en 16 de diciembre de 1843 una asamblea de eclesiásticos y legos con el objeto de constituir una sociedad particular para socorrer a los pobres por el sistema de visitas parroquiales.

Organizóse, en su consecuencia, una comisión en cada parroquia, que ya en el primer año recaudó y distribuyó más de dos millones de reales.

Separadamente se formaron otras sociedades para

establecer asilos de noche para los pobres que no tuvieran morada. En 1846 había ya en Londres ocho asilos de esta clase, recogiendo diariamente cada uno de 300 a 400 pobres de ambos sexos y de todas edades. Cuando un asilo no tiene donde albergar a sus demandantes, les da una papeleta que le sirve para recogerse en otro contiguo.

* * *

Otra sociedad se ocupa especialmente en proporcionar a las clases pobres habitaciones más sanas que en las que viven. Para ello construye en distintos barrios casas, donde alquila habitaciones de tres piezas por un precio que varía desde 15 a 25 reales a la semana. Ha construido, además, una de 30 alojamientos, que alquila a las viudas pobres a razón de seis o siete reales la semana, y otras donde se duerme de noche por menos de medio real.

La primera casa modelo que la sociedad edificó fue en San Giles, costándole cerca de medio millón de reales, pero en la que se albergan cómodamente 104 personas. A un capital total de dos millones le sacó el interés de 10 por 100, por cuya razón tomó alientos y construyó otras varias para familias con el mismo buen resultado.

En 1828 se calculaba que los ingresos de las fundaciones particulares de beneficencia importaban cerca de 100 millones de reales, producto de rentas, aparte de los donativos. Mr. Gerando estima en más de 400 millones los que anualmente se distribuyen en la beneficencia organizada en Inglaterra con el nombre de Charitus. Por estos guarismos puede formarse idea

de la situación de la clase obrera, que es la que forma las legiones de necesitados y pordioseros y vagabundos.

* * *

Todo esto aparte de las limosnas aisladas que entran diariamente en los cepillos insaciables del pauperismo y de las que reparten los ricos en ciertos días del año.

Al hacer William Stone una reseña de los establecimientos de beneficencia particular consigna una crítica picante refiriendo la historia de un obrero pobre que desde que nació hasta que falleció había encontrado siempre una sociedad que atendía a su subsistencia de tal modo, dice, “que nació de balde, de balde tuvo nodriza, fue criado, instruido y vestido sin que le costara el dinero; de la misma manera tomó estado y tuvo hijos, que vinieron al mundo y vivieron como su padre; ha estado enfermo y ha tenido asistencia de balde, y por último, al morir, le han regalado el sudario y la sepultura”.

Sin embargo de tantas sociedades filantrópicas de la caridad particular, de los socorros públicos, de las manifestaciones, de la enorme riqueza que tiene el país, los trabajadores desfallecen de necesidad por todas partes y están sometidos a las más duras privaciones. Esta es una prueba concluyente de que así como no es bastante para corregir la miseria el que exista una gran masa de riqueza, tampoco lo es el que se repartan muchos socorros, pues el único remedio eficaz consiste en prevenir los males por medio de reformas positivas en el mecanismo social, en sentido de constituir en el trabajo relaciones armónicas y fecundas.

Las sociedades filantrópicas para la protección de los intereses benéficos y para moralizar las costumbres son también numerosísimas, y, sin embargo, las costumbres van de mal en peor, siguiendo el desarrollo mismo de la miseria.

El principio no sufre alteración.

* * *

La beneficencia legal y la privada se confunden en Holanda, pues que la primera sostiene la alta dirección y vigilancia general y la segunda suministra casi todos los caudales que en ella se invierten y los funcionarios que intervienen y que sirven sus cargos sin percibir emolumentos.

Todas las instituciones benéficas de Holanda nacen de la caridad privada; el Estado interviene a título de protector o auxiliar.

Sin embargo, la asistencia de los pobres está declarada por la ley fundamental deuda de los comunes, peto a condición de que no alcancen los fondos particulares a cubrir las atenciones. En esta virtud, la caridad legal contribuye muy poco para el sostenimiento de la beneficencia en general. Uno de los presupuestos generales de los años anteriores importaba la cantidad de ocho millones y medio de florines, y de éstos sólo dos procedían de los comunes y del Estado. El Estado, como hemos dicho, se reserva la dirección y vigilancia de la beneficencia.

Había el año 1838 en Holanda 3.400 instituciones de caridad. En 1847 había 3.186 sociedades encargadas de distribuir

socorros a domicilio, más de 90 comisiones que daban el socorro en alimentos y combustibles, y otras diferentes congregaciones piadosas, entre las cuales varias sostenían casas de trabajo y colonias agrícolas, de que en otro lugar hablaremos.

Al contrario de lo que sucede en Holanda, la beneficencia en Suiza es puramente oficial, y de ella hablaremos también más adelante.

* * *

Habiendo estado hasta hoy muy divididos los pueblos alemanes, han tenido procedimientos de beneficencia del todo distintos, pues en Hamburgo, Francfort, Nasau, Baden, Gotha y una gran parte de Austria contribuye el Estado con un impuesto que se llama de socorro suplementario.

En otras naciones alemanas al impuesto suplementario se agrega otro especial, y en algunas existe para la beneficencia el que se llama medio voluntario.

Por último, la ley no admite absolutamente en Prusia el principio del derecho a la asistencia ni hay impuesto especial con este objeto. Mas cuando los recursos de la caridad individual son insuficientes para socorrer las necesidades en una población, la caja pública del común y la del Estado Intervienen para cubrir el déficit.

En algunas ciudades de Prusia, particularmente, existen sociedades benéficas que se ocupan en suministrar a los asociados los artículos de primera necesidad a precios en 100

por 100 reducidos; algunas hacen el bien vendiendo al costo estos mismos artículos.

* * *

La beneficencia ha estado reglamentada constantemente en Francia y en manos del Gobierno. Aunque, además de los fondos del Estado, se invierten sumas cuantiosas de origen particular en atender a diferentes objetos benéficos, como quiera que el Estado las administra e ingresan en el fondo general del ramo, puede decirse que en Francia todos los auxilios son legales, menos los muy individuales que salen de la mano del particular caritativo para caer directamente en la del menesteroso.

Poco, por consecuencia, hay que decir de la beneficencia privada en este país; mas como al cabo ella existe, si bien sometida a unas disposiciones que la ponen en la corriente de la legal, debemos decir algunas palabras.

Por otra parte, se han formado también algunas asociaciones privadas que funcionan aisladamente, aunque en corto espacio y sometidas a la inspección del Gobierno.

Los donativos hechos a los hospitales y hospicios durante el periodo de cuarenta y seis años transcurrido desde 1800 a 1846, ascendieron a la suma de 122.504.450, en esta forma:

PRIMER PERIODO.–CONSULADO E IMPERIO. –1800 A 1814

A los hospitales y hospicios	8.979.438 frs.
A las oficinas de beneficencia en general	5.942.265
Total	14.921.703

SEGUNDO PERIODO.–RESTAURACION.–1815 A 1829

A los hospitales y hospicios	32.358.105
A las oficinas de beneficencia en general	18.662.668
Total	51.020.773

TERCER PERIODO.–MONARQUIA DE 1830.–1830 A 1846

A los hospitales y hospicios	31.255.815
A la beneficencia en general	25.306.156
Total	56.561.971

No están comprendidos en estos cálculos los donativos menores de 300 francos ni los hechos directamente o, Como se dice, a la mano, durante el invierno y en las crisis calamitosas.

Girardin calcula que en Francia, lo mismo que en Inglaterra,

los sacrificios que se impone la caridad privada importan tanto como los de la caridad pública; es decir, que ascienden, poco más o menos, a unos 120.000.000 al año.

Componen estos sacrificios las cuantiosas sumas que los particulares entregan voluntariamente a las corporaciones del Gobierno y lo que se gasta en el mantenimiento de un gran número de asilos que sirven para remediar las necesidades con el carácter simple y modesto de asistencia.

En París solamente existen más de 150 asociaciones y más de 60 establecimientos particulares de beneficencia, cuyo presupuesto asciende a sumas considerables.

XXVIII. CARIDAD LEGAL: LA MISERIA AUMENTA CON LOS SOCORROS LEGALES

CARIDAD LEGAL

Ni la caridad individual ni la privada han podido ser bastantes a remediar el desorden de la miseria en ninguna nación, y el Estado se ha visto en la necesidad de contribuir al remedio con los recursos de la beneficencia legal.

Allí donde los sacrificios han sido mayores y se han aplicado recursos más abundantes para establecer casas de beneficencia, no se ha conseguido otra cosa que remediar los desórdenes más visibles, pero continuando abiertos los insondables abismos de la miseria.

Y se han establecido con suntuosidad y boato soberbios hospitales, extensos hospicios, casas de expósitos y otras residencias del extremo infortunio, pero la sociedad ha proseguido vomitando miserias que parecían fecundizarse con el socorro.

* * *

En Roma, donde se conserva desgarrada más que en ninguna

otra parte la herida del pauperismo, abundan, también acaso más que en parte alguna, las instituciones legales de beneficencia.

Aparte de muchos hospitales de fundación particular, hay ocho públicos en la ciudad pontificia, de los cuales dos están destinados a las dolencias medicinales, tres a las quirúrgicas, uno a la asistencia de las mujeres encintas, otro al albergue y curación de los locos y otro, en fin, al cuidado de los convalecientes.

Estos ocho hospitales públicos contienen, por término medio, mil cuatrocientos albergados constantemente.

Además de los hospitales, existen en la misma ciudad multitud de instituciones distintas, buscando las diferentes manifestaciones de la miseria. Hay hospicios para los ancianos, para los huérfanos, para los expósitos; los hay para las viudas pobres, para las mujeres relajadas y arrepentidas, y, por último, existe considerable número de asilos, donde hallan momentáneo albergue los que se encuentran sin hogar y sin familia.

Especial mención debe hacerse de las casas para las jóvenes desvalidas. Existen en número de 14, sin contar el hospicio de la Madona des Aujes ni el hospital central de San Miquel.

El presupuesto público aplicado a la beneficencia en los que fueron Estados sardos fue en 1839 de 7.892.966 francos, no comprendiéndose los gastos de las casas o secciones de dementes ni los fondos de los Montes de Piedad e instrucción pública.

Los establecimientos principales de beneficencia suben a 40, a saber: 10 para enfermos, 10 para ancianos, igual número para refugio y otros tantos para huérfanos.

Turín es la ciudad donde existen los mejores en localidad y asistencia. El de San Lázaro tiene el singular destino de albergar a la gente acomodada y mantiene un empleado por cada dos enfermos.

Las escuelas de sordomudos son establecimientos de los más notables del Piamonte. Varían los datos respecto al número de estos infelices socorridos, pues mientras unos dicen haber de 800 a 900, otros calculan, creemos que exageradamente, más de 4.000. Lo que si resulta acreditado por las estadísticas oficiales es que los sordomudos pertenecen proporcionalmente en mayor número a la clase indigente que a las otras más acomodadas de la sociedad.

En el reino Lombardo Véneto tienen Milán, Trieste y Venecia tanta ostentación y suntuosidad como Roma y Turín en los establecimientos de beneficencia. Frecuente es hallar en el frontis de los edificios más suntuosos de Italia estas palabras, escritas con letras de oro: Palacio de los Pobres.

Además de muchos hospitales, Milán contiene varios hospicios y casas de expósitos, y no menos Venecia y Trieste, aunque casi todos se sostienen con sus propios caudales.

* * *

Las inspiraciones de la caridad son las mismas en Toscana que en Roma, Cerdeña y Lombardía. En todas partes, el mismo

mérito de intención y el mismo defecto de sistema. Establecimientos para todos los infortunios, y los infortunios multiplicándose por todas partes.

Muchos son en Toscana los asilos de caridad: hospitales, hospicios, casas de maternidad, inclusas, refugios de jóvenes en desgracia, hospicios de huérfanos, asilos de ciegos, sordomudos y dementes.

En la capital, Florencia, hay cinco hospitales para enfermos de ambos sexos y muchos hospicios. Los más notables son el Real de los Inocentes y el llamado Bigallo de los huérfanos. En uno y otro establecimiento se ha adoptado el sistema de acomodar los niños con familias pobres, campesinas generalmente, a las que pagan una módica pensión mientras no esté el albergado en disposición de trabajar.

Si el padre o la madre desconocidos quieren recogerlo, lo pueden hacer en todo tiempo no más que con reembolsar los gastos que haya ocasionado.

Los establecimientos de beneficencia han adquirido un gran incremento en Nápoles desde el reinado de Carlos, tercer rey de España de este nombre, el cual fundó el asilo llamado Albergue de los Pobres con los bienes de once conventos de Agustinos que suprimió de acuerdo con el Pontífice.

Después de la muerte de Francisco I, acaecida en 1830, su sucesor, Fernando II, nombró una comisión central de caridad que se comunicase con las de provincia, y gracias a sus esfuerzos se abrió el Asilo Infantil y se crearon otros establecimientos.

Desde 1840 el Gobierno ha fundado un número considerable de depósitos de mendicidad y de refugios para los indigentes.

Pero entre todos los establecimientos de beneficencia continúa ocupando el principal puesto el gran Albergue de los Pobres, que ya hemos nombrado, y que encierra cerca de 3.000 individuos de ambos sexos.

En él se han dispuesto trabajos diferentes y se fabrican tejidos de algodón y seda, se hacen bordados, se trabaja en pasamanería y se labran corales. A mayor abundamiento, hay escuelas de música, dibujo y cálculo, una institución de sordomudos, una fundición de caracteres, imprenta y litografía. De esta manera hay ocupación para todas las edades, escuelas para varios oficios e instrucción para todas las capacidades.

Para remediar en lo posible la enorme miseria que aflige a Irlanda, se han establecido muchas casas de beneficencia con nombre y para necesidades distintas, como hospitales de condado, dispensarios, hospicios de dementes, inclusas y depósitos de mendicidad. Las principales están en Dublín.

Existen en Bélgica 318 hospitales y hospicios de todas clases para enfermos, dementes, expósitos, ciegos, sordomudos y huérfanos.

En muchas comarcas rurales, cuando un anciano inútil para el trabajo por la edad o por alguna dolencia crónica se encuentra sin familia, la beneficencia le busca una que lo admita mediante el pago de una corta pensión que se abona de los fondos reunidos al efecto. El anciano experimenta el gran consuelo de no verse encerrado en los depósitos de

mendicidad y de poder concluir su vida en los lugares donde ha nacido.

De la misma manera en algunos comunes rurales ponen a los huérfanos pobres en pensión con particulares honrados y laboriosos.

* * *

Casi todo el mundo ha oído hablar de la aldea de Gheel, en la provincia de Amberes, y de los locos que allí viven con los labriegos.

Cuéntase de una santa que tenía la habilidad de volver la razón a los locos, cuya santa se murió y como si fuera una persona cualquiera fue enterrada en Gheel. Desde entonces esta aldea heredó la virtud curativa, y por ella acaso se ha hecho el centro de la demencia del país.

Lo cierto es que muchos habitantes reciben de la beneficencia de uno a cinco pensionistas dementes, nunca más, y los cuidan y tratan con gran esmero.

Los locos, hombres y mujeres, transitan por las calles con toda libertad y a nadie incomodan ni por nadie son molestados.

Las mujeres se inclinan al recogimiento y pasean rara vez.

Los furiosos van, por precaución, con ligaduras en los pies y en las manos, que les permiten los precisos movimientos.

Muchos varones toman parte en los trabajos agrícolas, otros cantan el domingo en el coro, y casi todas las hembras se ocupan en hilar, hacer encajes y en otras operaciones caseras.

Se les llama por medio de campana a las horas de comer y a la caída de la tarde.

Los habitantes de Gheel tratan a estos pobres insensatos con una familiaridad que cautiva su confianza. Adivinan sus malos pensamientos, soportan sus caprichos y los dirigen con facilidad.

Generalmente, con una palabra, con un solo gesto, conjuran las mayores tormentas.

Llama la atención ver a los pobres dementes con un aire de salud perfecta y tan sostenida, que muchos llegan a edad muy avanzada.

En ninguna parte se albergan estos enfermos con más economía que en Gheel, donde la pensión es de 160 a 200 francos por año. En su consecuencia, no sólo se reúnen allí casi todos los dementes de Bélgica, sino también muchos extranjeros.

En 1838 había de 400 a 500, distribuidos en la población y en las granjas vecinas, bajo la vigilancia de un empleado superior de los hospicios de Bruselas.

XXIX. LA REINA DE INGLATERRA Y EL SOCORRO DE LOS NECESITADOS. LAS WORKHOUSES O CASAS DEL TRABAJO

La reina Isabel de Inglaterra había dado en 1601 un reglamento para el socorro de los necesitados, dividiéndolos en tres clases: 1º. Indigentes útiles. 2º Indigentes inútiles. 3º Niños pobres.

Favorecíase a los primeros con trabajos a domicilio, que distribuían ciertos inspectores elegidos por los jueces de paz. Para subvenir a los gastos de esta institución se impuso una contribución especial a cada habitante eclesiástico o seglar que poseyese tierras, casas o censos, minas de carbón, bosques, etc., bastante a cubrir la suma necesaria para comprar las primeras materias.

Para el socorro de los indigentes inútiles se impuso otra contribución parroquial, pero mandándose que si tenían padre, madre, hijos o abuelos, tuvieran obligación de cuidarles y mantenerles.

Y, por último, se ordenó que el mismo impuesto personal se aplicase a pagar los gastos de aprendizaje a los niños pobres y a proporcionar trabajo a aquellos cuyos padres no pudieran sostenerlos.

* * *

Bien pronto fueron adulterados en la práctica los estatutos de la reina Isabel. En lugar del trabajo a domicilio, se estableció otro circulante, haciendo que los particulares dieran ocupación a los pobres útiles que les presentaran un billete de los inspectores y compensándoseles el jornal con el importe del impuesto.

Las parroquias, por otra parte, establecieron una especie de taller de trabajo y casas de caridad para los mismos indigentes útiles, contra el pensamiento de los estatutos, que no los creaban más que para los inválidos.

Agregóse el procedimiento de pagar de los fondos de la beneficencia un suplemento de jornal a los trabajadores cuyo salario no les permitiese cubrir las atenciones de la vida.

La mala administración, la diversidad de procedimientos, variados también de unas a otras parroquias, y los abusos crecientes cada día, llevaron el desconcierto al más alto punto.

Muchas poblaciones no podían soportar el impuesto para la Beneficencia, pues eran casi en mayor número los que cobraban que los que tenían que pagar. Así, en la pequeña población de Salisburg había en 1808 2.778 pobres socorridos con 6.000 libras anuales pagadas por 878 contribuyentes, lo que hacía que tuviera que dar siete libras cada uno de éstos. El impuesto de Beneficencia se elevó en 1809 a cuatro millones de libras esterlinas, subió aún a seis en 1815, a siete en 1832 y a 7 1/2 en 1833, que componen sobre 800 millones de reales.

El término medio anual desde 1816 a 1825 fue de 788 millones de reales, los cuales se distribuyeron en esta forma:

A las tierras	541.000.000
A las casas	208.000.000
A las granjas y huertos	29.000.000
A las fábricas	10.000.000
Total	788.000.000

* * *

A consecuencia de un informe publicado en 1833 en el que se decía que para seguir el camino adoptado era menester aumentar más aún el presupuesto de los 800 millones, los hombres de Estado decidieron evitar los abusos cortando de raíz el procedimiento, y dictaron la ley de 4 de agosto de 1834, ley de reacción desmedida como todas las que se confeccionan bajo la presión de activos temores.

Mantúvose el impuesto para los pobres, pero quedó abolido todo lo demás, estableciéndose la caridad conventual y el trabajo forzado.

A fin de que esto pudiera funcionar regularmente, fueron las parroquias autorizadas para ponerse en relación con el nombre de Uniones y para formar un solo centro administrativo. Y con el objeto de que estas uniones se relacionaran, se estableció una Comilón Central, especie de Ministerio de Miseria Pública,

que, teniendo en su mano el motor supremo, dirigiera el nuevo mecanismo de la caridad legal.

Esta ley tiránica fue dulcificada en la práctica, y después de muchos obstáculos vencidos vino a quedar en vigor el año 1837, quedando constituidas 587 uniones, compuestas de 13.641 parroquias con 11.751.345 habitantes y un presupuesto de 553 millones de francos. Una red de Workhouses, así se llaman los establecimientos, quedó formada en el país.

* * *

Expliquemos lo que es el sistema de Workhouses, base de la beneficencia británica.

Para que funcione según el pensamiento de la ley es menester que sea el espanto y no el consuelo de los menesterosos, y para que uno de éstos se decida a aceptar el refugio es menester que absolutamente no tenga otro recurso con que remediarse.

¡Cómo serán estas mansiones de los pobres cuando el terror aleja de ellas a los desgraciados hambrientos!

La Workhouse tiene murallas hechas de ladrillo o piedra; su exterior es bello; su situación, campestre; su aspecto, atractivo y más semejante a una elegante morada que a una triste prisión. Y, sin embargo, no es más que una prisión grandiosa con galenas, pabellones y estancias ventiladas: una prisión con carcelero y carcelera, con la diferencia única de que el preso se puede ir cuando lo tenga por conveniente.

Cada Workhouse de nueva planta está destinada a recibir de 500 a 800 habitantes, y se asemeja en mucho al arca de Noé. Todas las variedades de la especie se encuentran allí agrupadas y clasificadas en departamentos separados; de esta manera los ancianos, los incurables, los enfermos, los huérfanos, los idiotas, los dementes, los vagabundos y los pobres útiles, hombres, mujeres y niños, se encuentran reunidos, pero sin confusión.

Como hospicio, es la Workhouse para los ancianos y achacosos un asilo tan espléndido como lo puede crear la caridad cristiana.

Como depósito de mendicidad y casa de trabajo para el menesteroso útil, es el refugio más penoso que puede ofrecer la caridad legal.

En primer término, el alimento es muy inferior en cantidad y calidad al que consumen los trabajadores del distrito respectivo, pues se compone de una sopa de harina de avena, legumbres y agua; solamente dos días en semana se da carne de cerdo.

El indigente útil recibe por consecuencia lo puramente necesario para no morir de hambre.

En segundo lugar, se le dedica a un trabajo angustioso, puramente mecánico, que consiste en el tormento de mover un molino con las manos o con los pies.

En tercer lugar, tiene necesariamente que dar el adiós a su familia, aunque tenga mujer e hijos, pues en los

establecimientos, como sucede en las prisiones, están las personas rigurosamente separadas por edades y sexo.

Sobre este punto es tan inexorable la administración, que declara perdidos todos los derechos a la menor falta que comete un auxiliado cualquiera.

Por último, los albergados en la Workhouse deben, como los presos, vestir uniforme, y están sometidos a prácticas penales.

Así es que si bien la hospitalidad en estas tristes moradas a nadie se niega, se le impone al que la acepte por el hambre y la desesperación la pena de romper, mientras habite en su sombrío recinto, todas las afecciones de familia y todos los lazos que le ligan en la tierra. La miseria lo sepulta estando vivo todavía, y la desgracia le depara una suerte más terrible que la que suele deparar al crimen.

* * *

La idea principal de la nueva ley era, por otra parte, muy clara. La facilidad que proporcionaba la anterior para que los auxiliados aumentasen en número era menester que desapareciese por medio de rigores que hicieran odioso e inaceptable el auxilio. Por lo tanto, preciso era limitarlo a los casos de necesidad probada y ofrecerlo en un lugar que el terror del pueblo hacía odioso y cuya puerta no pudiera traspasarse sin abdicar la libertad por completo.

En esta virtud, el doble objeto de la creación de estos asilos, sustituyéndolos absolutamente a todos los que antes se prestaban bajo diferentes formas, fue quitar de Inglaterra el

pauperismo, haciendo que los pobres mismos rehusaran el socorro, y librar al país del impuesto de la caridad, suprimiendo la demanda.

Pero ¿consiguieron su objeto los autores de la ley?

Lo que aconteció de seguro fue que en menos de tres años se produjo en las clases pobres un cambio repentino de costumbres: desde luego, pareció que el pobre desaparecía como por encanto, pero lo que hacía era huir para salvarse a la vista del asilo o aceptar, cuando no se marchaba, el mezquino jornal que en otro tiempo no admitía.

En su consecuencia, el presupuesto de Beneficencia descendió en 1813 de 7.870.000 libras esterlinas a cinco millones y medio; en 1836 había bajado un millón más; medio, en 1837; de forma que en este año era ya más reducido que en el de 1803, y de 13 chelines, término medio de la contribución en 1808, descendió a cinco, lo cual representa una enorme economía. Si, en efecto, el propósito era rebajar el presupuesto y disminuir el número de los auxiliados, no podía desearse éxito más feliz. Pero si separando la vista de esto se consideraba el estado de los trabajadores y se quería averiguar la cantidad de miseria que existía, la opinión tenía que deducir necesariamente ideas desconsoladoras.

En efecto, rechazada durante tres años la miseria sobre sí misma, y arrojada de uno a otro lado siempre en aumento, concluyó por desbordarse y reclamar nuevamente su lista civil con intereses acumulados, aun pasando por los asilos, menos destructores, después de todo, que el frío, la sed y el hambre.

Y con más razón cuando estos Workhouses tan inaccesibles se iban franqueando con los ataques de la filantropía y el periodismo, que de común acuerdo acometieron la tarea de exagerar sus rigores. En 1847 el periódico *The Times* provocó una investigación sobre la Unión de Andover, que dio por resultado descubrirse que el alimento que se daba en su Workhouse era tan malo, que los albergados chupaban ávidamente los huesos que tenían encargo de moler.

En otra casa donde se albergaban mujeres de mala conducta se vio el caso de que una joven se suicidase por no volver a ella. En otras se encontraron los panes faltos de una tercera parte del peso que debían tener. En otra, 23 pobres no tenían para lavarse más que el albercón del pozo y un trapo, y a este tenor en muchas más.

A mayor abundamiento, los años desde 1836 a 1838 fueron tan calamitosos, que los rigores de la beneficencia tuvieron que ceder ante las crisis industriales y la prolongada inclemencia del invierno.

* * *

En su consecuencia, atacada la organización en su base, en su disciplina, combatida en sus últimas trincheras por el hambre, tuvo que ceder y convertirse en institución de caridad y no presentar tan gran resistencia al oleaje del pauperismo.

Modificóse, pues, insensiblemente la organización de las Workhouses, y en el mayor número de ellas encontraron ya los pobres una buena casa, un buen alimento, una buena lumbre y trabajo fácil y cómodo. En esta virtud, los establecimientos se

llenaron, y no habiendo bastante capacidad para todas las necesidades, como al fin la ley reaccionaria no se cumplía, se volvió a las anteriores prácticas del socorro a domicilio.

En Escocia la beneficencia legal ha sufrido las mismas alteraciones, vicisitudes y resultados que en Inglaterra.

XXX. LA CARIDAD LEGAL EN EUROPA

Como hemos dicho hablando de la caridad privada, en Holanda se confunde ésta en su administración tanto con la pública, que es suficiente para hacerse cargo de la situación de una y otra lo que en otro lugar dejamos consignado.

Respecto a Suiza, diremos que la beneficencia se practica en casi todos los cantones con los fondos públicos que se reúnen, como en Inglaterra, por medio de un impuesto especial sobre los bienes tanto muebles como inmuebles, que suele ascender del 1 al 5 por 1.000 del capital.

* * *

Este impuesto importa en distintos cantones las cantidades de francos siguientes:

Berna	480.500
Lucerna	180.000
Vaud	152.250
Saint–Gall	70.700

Argovie	67.500
Zurich	63.500
Thurgovie	4.145
Total	1.018.595

Estos cantones tienen próximamente 1.600.000 habitantes, que pagan, en consecuencia, una contribución para los pobres a razón de más de 610 francos por cada 100 almas de población, o tres francos por cada familia no indigente.

Los consejos comunales recaudan el impuesto y lo administran distribuyéndolo a su voluntad en metálico o en especies a domicilio o en las casas de beneficencia.

La ley determina en algunos cantones las circunstancias en que hay derecho a reclamar el socorro. En Berna no lo pueden demandar más que los pobres que nada poseen, tienen algún defecto corporal o no encuentran trabajo absolutamente. En Lucerna no se auxilia más que a los enfermos, inútiles, ancianos y huérfanos. En Friburgo las personas útiles que no tienen más de dos hijos no tienen derecho al socorro legal.

En varios cantones se aplica una buena parte del impuesto a favorecer la emigración.

Por lo demás, el impuesto va siempre aumentando.

En Ginebra, de 3.652 francos que importaba en 1824, ha llegado a 12.923 en 1834.

En Berna ha importado 1.442.922 francos en los años 1827 y 1828 reunidos.

El aumento en los comunes es desigual, pero en todos constante y sucesivo.

* * *

El medio más activo que se ha empleado siempre en muchos estados de Alemania para remediar la miseria es la caridad legal, con los recursos que proporciona el impuesto para los pobres, muy semejante al de Inglaterra y Suiza.

Este impuesto existe más constantemente en el Mecklemburgo, Wurtemberg, ducado de Wesina y Baviera. En algunos estados se imponen otros suplementarios.

El municipio es el que tiene en primer término la obligación de costear la beneficencia, y cuando sus recursos no alcanzan, vienen en su ayuda los del Estado.

También se aplica en muchos pueblos de Wurtemberg el sistema del reparto de indigentes entre las personas acomodadas.

Así es que a consecuencia de la diversidad de gobiernos y de necesidades se practican en Alemania los procedimientos de todos, y hay casas de socorro, depósitos de mendicidad, hospitales, hospicios, asilos de dementes y en algunas partes casas de expósitos. En Prusia no existen establecimientos de esta última clase, y los niños todos se albergan en los hospicios de huérfanos a expensas del municipio hasta que tienen

catorce años. En los pequeños estados de Alemania los hijos ilegítimos, cuyos padres son desconocidos o indigentes, están a cargo del pueblo, que los pone en pensión con familias pobres o en las casas de los artesanos para que les enseñen oficio. En Austria se sigue el sistema católico de recibir a los niños en establecimientos especiales anexos a los hospicios de mujeres encintas.

En Suecia se manifiesta menos que en otros países la necesidad, según dicen algunos viajeros, de resultas de la buena organización de los establecimientos públicos de beneficencia.

Ocurren al gasto que ellos ocasionan con lo que producen las fundaciones que le son anejas, con el importe de las multas y con lo que suministran impuestos especiales sobre las tierras, casas y utilidades de todo género.

El impuesto es local, y el municipio resuelve sobre su inversión. No existe lazo de unión entre los diferentes municipios.

En Noruega predomina el método de repartir los necesitados entre los habitantes.

Dinamarca tiene impuestos para los pobres, y además en muchas localidades se reparten los necesitados. El impuesto, que produjo en 1825 243.600 francos, se elevó en 1829 a 473.200, y desde entonces ha ido aumentando.

* * *

Hemos dicho que la beneficencia ha tenido y tiene en Francia una organización legal, sin embargo de que a su mantenimiento contribuyen los particulares espontáneamente con cuantiosos donativos.

La Asamblea Legislativa había declarado que la asistencia de los pobres era una carga nacional, y en su virtud había dispuesto que se establecieran enfermerías y hospitales en todos los departamentos, inclusas, hospicios y casas de socorro. La caída del trono en el 10 de agosto implicaba la transformación de las enormes fortunas individuales, y en esta virtud, quince o veinte diputados, los más encendidos de la montaña, lucharon durante mucho tiempo contra las tendencias egoístas de la clase media.

La Convención adoptó el plan de Beneficencia de la Asamblea Legislativa, que, lo mismo que todas las medidas que adoptaron los revolucionarios, partía de la existencia del derecho y, por lo tanto, se encaminaba a buscar al necesitado y a pagarle la deuda dondequiera que se encontrase. Pero así que la reacción se manifestó en la esfera política, influyó naturalmente en el plan de Beneficencia y se volvió al sistema antiguo de los establecimientos públicos, donde la mantuvo el primer imperio, si bien negando, como hemos dicho, que fuese una obligación nacional en absoluto la asistencia de los menesterosos.

Sin embargo, el imperio reconoció que debía socorrerse a todos aquellos a quienes las circunstancias imposibilitaran absolutamente de atender a las necesidades más perentorias.

Con arreglo a este principio, debían otorgarse recursos hospitalarios a los infelices que fueran clasificados como enfermos o abandonados, pero procurando, si era posible, que permanecieran en su casa los primeros.

Una circular del Gobierno decía así:

“El primer cuidado de la Administración después de haber hecho constar el estado de enfermedad debe ser el inquirir si el enfermo puede ser asistido en su casa...

“Cuando el padre de familia esté enfermo, se consideran dichosos la mujer y los hijos con poderlo asistir, y aquél experimenta un gran consuelo cuando se mira en su propio lecho y rodeado de las personas que le son amadas.”

Respecto a los seres abandonados en medio de la sociedad, era preciso darles albergue y alimentación en los hospicios, pero sin confundir los niños con los ancianos.

“Estos últimos –decía la misma circular– necesitan principalmente reposo, y no se trata más que de proporcionarles una habitación sana y espaciosa, donde terminen su laboriosa existencia en una tranquilidad feliz. Los niños, por consecuencia, deben estar separados de ellos y recibir una educación que les haga útiles en su día a la sociedad que los adopte. Se debe procurar que adquieran la costumbre del trabajo, de modo que cada hospicio sea una escuela de buenas costumbres y un plantel de ciudadanos útiles.”

Por otra parte, el Gobierno, por decreto de 5 de julio de 1808, dispuso la creación en cada departamento de un

depósito de mendicidad. Por desgracia, no correspondieron éstos al propósito que los había creado.

También en otro lugar hemos dicho que la restauración siguió los pasos del imperio en materia de beneficencia, y aunque no se propuso hacer ninguna reforma radical, se aplicó a metodizar el sistema que estaba vigente.

En esta virtud, comunicó a la administración de socorros públicos una marcha más regular y segura, regularizó la contabilidad y organizó una inspección permanente de los establecimientos. Para tener derecho a los socorros públicos en una población era menester haber adquirido lo que se llamaba domicilio de socorro, el cual estaba hasta los veintiún años en el lugar del nacimiento, y después en el pueblo donde se residiera durante un año por lo menos.

Los ancianos, los inválidos y los enfermos estaban considerados respecto al domicilio de socorro en una categoría privilegiado y tenían derecho a la asistencia aunque no hubieran adquirido domicilio en ningún pueblo. Los dementes, sordomudos, ciegos y expósitos fueron objeto de las atenciones del Gobierno de la Restauración y los últimos con preferencia.

* * *

Aunque la revolución de 1830 fue resultado de los desaciertos políticos más que de los económicos, éstos también contribuyeron en buena parte a provocarla. Así es que el nuevo Gobierno se ocupó o aparentó ocuparse privilegiadamente del alivio de la miseria.

Decimos que aparentó ocuparse, porque la época entera de la dominación del rey ciudadano se pasó en estudios, informes y proyectos, sin venir jamás a la práctica de un sistema que aliviase directamente a las clases trabajadoras. El rey ciudadano lo fue de la clase media y solamente los intereses de ésta protegía. Respecto al pueblo, manifestaba la misma hipócrita solicitud que todos los fingidos revolucionarios, pero no se preocupaba de su suerte en lo más mínimo. ¡Repetida enseñanza que tantas veces el pueblo ha recibido sin aprender la ciencia de las revoluciones!

Mr. de Watteville da noticias del presupuesto de la caridad legal en Francia para el año de 1844.

Existían los establecimientos siguientes:

		Francos
1.388	Hospitales y hospicios, cuyos ingresos ascendían a	53.622.972
1	Hospicio para los ciegos, íd.	322.492
7.599	Sucursales de beneficencia, íd.	13.557.836
46	Montes de Piedad	42.220.684
39	Instituciones de sordomudos	255.503
1	Id. de ciegos jóvenes	156.699
144	Casas de expósitos, cuya renta figura en la cifra puesta a los hospitales	
73	Asilos de dementes	4.826.168
1	Casa de salud para éstos en Charenton	459.857
9.242	Establecimientos diferentes que gastaron en el año	115.441.231
	A esta suma hay que agregar auxilios votados por la Cámara y puestos a disposición de los ministros del Interior y de Comercio	4.000.000
	TOTAL	119.441.231

***

La caridad legal se aplicaba en Francia de dos modos: en los hospitales y hospicios para los enfermos, ancianos y niños

huérfanos o abandonados, y en las oficinas o centros de beneficencia por medio de socorros a domicilio a los que accidentalmente carecían de recursos para subsistir.

1.329 hospitales y hospicios socorrían a 425.000 indigentes, y 6.275 centros de beneficencia a 700.000 cuando tuvo lugar la revolución de Julio. El Gobierno de Luis Felipe no procuró aumentar su número, a pesar de ser insuficientes, ni a reconstituirles sobre nuevas bases, sin embargo de sus vicios fundamentales. Únicamente se dedicó a perfeccionar el aparato administrativo y a aumentar el número de socorridos a expensas de la eficacia del socorro.

En efecto, aunque, como se ha visto en el estado anterior, era mayor el número de casas de beneficencia en 1844, es lo cierto que bien fuese porque el dato equivocado o porque se suprimieran más adelante algunos establecimientos, no había en 1849 más que 1.270 hospitales y hospicios, pues que en un informe al ministro, impreso en 1851, se dice que 1.133 administraciones de beneficencia, establecidas en 1.130, comunes dirigían 337 hospitales,

199 hospicios y 734 hospitales–hospicios; total, 1.270 establecimientos.

Estas 1.133 administraciones estaban distribuidas del modo siguiente: 87 en capitales de departamentos, 255 en poblaciones cabezas de distrito, 597 en poblaciones cabezas de cantón y 194 en los comunes rurales. A consecuencia de esta distribución resultaba que en, algunos departamentos las casas de beneficencia eran quizá muy numerosas, al paso que en

otros eran escasísimas, con el principal perjuicio de que los pobres campesinos estaban casi imposibilitados de aprovecharse de los socorros hospitalarios en casos de enfermedad.

XXXI. SOCORROS A DOMICILIO. SUBASTA DE NIÑOS Y ANCIANOS

Como el sistema de la Restauración quedó permanente, se sostuvo la preferencia que venían teniendo los asilos de dementes, ciegos y sordomudos en la distribución de la beneficencia. La ley de 30 de junio de 1838 organizó el servicio de los dementes pobres, cuyo número era en 1848 de 12.286, a cargo de los departamentos, de los cuales había en el del Sena 2.536, como para demostrar la influencia fatal de las grandes poblaciones.

La mayor parte de los habitantes del país, la nación agrícola, apenas participaba, como hemos indicado, de los auxilios de la beneficencia legal. Solamente las ciudades de más de cinco mil almas tenían hospitales y hospicios que se llenaban con los indigentes de la localidad y de las cercanías. Y como estas poblaciones reunidas no suman en Francia más que cinco millones poco más o menos de habitantes, aunque se agreguen algunos de los contornos, resulta siempre que tan sólo una cuarta parte de los ciudadanos menesterosos disfrutaban de la beneficencia legal. Las tres cuartas partes padecían y morían en sus miserables casas sin participar de ninguna suerte del beneficio de la caridad del Gobierno.

* * *

En 1833, 72 ciudades, cuya población era de tres millones de habitantes, tenían 184 hospitales y consumieron más de dos tercios de lo que gastaron todos los demás pueblos reunidos.

En resumen, la población de las prisiones, presidios y colonias penitenciarias, las de las casas de educación correccional, la de los criminales que escapan a la acción de la justicia, la de los mendigos, rateros, vagabundos y licenciados de los establecimientos penales, la de los hospitales y hospicios, la de los indigentes auxiliados en los centros de beneficencia y por la caridad particular, la de los dementes, ciegos y sordomudos, expósitos, huérfanos, etc., la de los proletarios de la propiedad a quienes ésta no da lo suficiente para vivir, ni aun beneficiándola con su trabajo, y por último la de los proletarios del trabajo componen una inmensa población de desgraciados que no tienen pan, vestido ni habitación suficientes, de desgraciados sumidos en una vida de privaciones y sufrimientos que causan entre ellos muertes anticipadas, población que sube lo menos a seis millones de habitantes, de los cuales cuando menos dos están en un estado de miseria reconocido oficialmente, lo que prueba que la caridad es impotente para luchar con la miseria por grande que sea la cantidad que se aplique a remediarla.

¿Y qué hemos de decir de ciertos accidentes inhumanos que en algunos países tienen lugar para la aplicación de la beneficencia pública?

En Flandes, por ejemplo, se colocan los niños inválidos y ancianos a pensión en la casa de quien los quiera tomar.

No hay que decir que el Estado tiene interés en que la pensión sea tan económica como sea posible, aunque naturalmente haya de redundar la economía en escasez y mal trato de los socorridos. Pues bien, para conseguir grandes economías se han hecho subastas públicas a la baja, dándose lugar a escenas y resultados escandalosos.

La adjudicación tenía lugar, poco más o menos, como si se tratara de un mueble o de un animal doméstico. Los pobres que debían ponerse en pensión estaban expuestos a una exhibición pública, pues que los postores tenían que soportar la carga de su inutilidad y aprovechar las pocas fuerzas que aún quedaban a cada desgraciado. De ordinario la subasta tenía lugar sazonada con alegres observaciones, y la adjudicación se solemnizaba con placeres y chanzonetas.

* * *

La misma costumbre había en Suiza, donde la subasta se hacía de diferentes maneras, bien adjudicando uno a uno los indigentes o un grupo de ellos.

La adjudicación en masa era más usual en el cantón de Apensel. Todos los indigentes del común se adjudican a un empresario, y éste les hace trabajar por su cuenta.

El sistema de adjudicación uno a uno es más corriente en Berna y en Vaud y da lugar a escenas repugnantes.

Mr. Naville dice sobre ellas:

“Todos los años en un día fijo los indigentes socorridos se reúnen en la sala del Consejo municipal y allí se les pregona. De ordinario los toman los individuos más pobres y los que viven en las habitaciones más malas, pues que son los que los pueden mantener a su estilo por menos precio. Los ancianos y los inválidos van de este modo a enterrar su miseria y sus dolores en sitios ignorados, donde nadie les consuela, y al lado de personas que, como ellos, carecen de pan.

“La suerte de los niños particularmente da compasión. Estos pobrecitos, adornados como para una fiesta, son colocados en bancos que están en medio de la sala, y desde allí se les suele separar del patrón con quien vivían contentos, de cuyos brazos hay que arrancarles deshechos en lágrimas para entregarlos a un amo desconocido que ha hecho mejor postura. Muchas veces este nuevo dueño especula haciéndoles mendigar para él, y siempre los tiene sumidos en la estupidez de la ignorancia, a fin de conservarles en su dependencia.”

* * *

Uno de los medios usuales de practicar la beneficencia es el socorro a domicilio, del cual hablaremos brevemente.

En Roma se distribuyen con el nombre de limosna apostólica y con otras varias denominaciones.

En los Estados sardos se suministran con preferencia a otros procedimientos.

Se adoptaron en Nápoles para los enfermos desde que se trasladaron a este país algunas hermanas de la caridad, que en 1844 asistieron ya en sus casas 16.897 enfermos, número que llama seguramente la atención por lo elevado.

En Bélgica los socorros a domicilio han alcanzado anualmente a 650.000 personas por 5.500.000 francos. Consideradas en junto estas cifras, parecen enormes, pero el hecho es que el socorro se divide en pequeñas porciones y que los socorridos lo son por pocos días y en circunstancias extraordinarias de falta de trabajo momentáneo, crisis, etc. En Inglaterra una buena parte de los fondos de beneficencia privada y legal se invierte en los socorros a domicilio, dados de maneras distintas: bien en metálico o en especies, como harina, pan, vestidos, zapatos, medicamentos, combustibles, y con mucha frecuencia pagando a los necesitados la vivienda en todo o en parte, como ayuda.

Presentaremos un estado que contiene el número de pobres auxiliados en Inglaterra a domicilio en los años que se anotarán con una casilla donde constan los socorridos en las Workhouses para que se puedan comparar los unos con los otros:

En Holanda había el año de 1835 2.884 sociedades de socorro a domicilio que auxiliaron a 237.766 indigentes. En 1847 se elevaba el número de ellas a 3.186, que auxiliaban a 473.109 indigentes, y se crearon más de 90 comisiones para dar socorros en alimento y combustible.

En esta clase de socorros se emplea la principal parte del impuesto para los pobres en Suiza.

El centro superior de beneficencia en Ginebra distribuye anualmente más de 100.000 francos a los indigentes de los comunes. De esta suma, 70.000 francos se reparten en efectivo, 10.000 en pan, combustible, etc., 10.000 a los indigentes transeúntes y otros 10.000 a los pastores de la campiña.

AÑOS	Población	Pobres socorridos en Workhouses	Proporción decimal	Pobres socorridos a domicilio	Proporción decimal	TOTAL	Proporción centesimal de los socorridos en la población
1840	15.562.000	169.232	14	1.030.297	66	1.199.527	7,7
1841	15.770.000	192.106	15	1.106.912	85	1.299.048	8,2
1842	15.981.000	222.642	16	1.204.515	81	1.427.187	8,9
1843	16.195.000	238.570	15	1.300.930	85	1.539.490	9,5
1844	16.410.000	230.818	16	1.249.743	84	1.477.561	9,0
1845	16.629.000	215.325	15	1.255.645	85	1.476.970	8,8
1846	16.831.000	200.270	15	1.131.819	85	1.332.989	7,9
1847	17.076.000	265.037	15	1.456.313	85	1.721.359	10,1
1848	17.301.000	305.959	16	1.570.585	84	1.876.541	10,8

XXXII. SOCORROS A DOMICILIO. LAS CASAS DE TRABAJO EN BÉLGICA E INGLATERRA

En Francia durante el Primer Imperio se proyectó distribuir como socorro a domicilio primeras materias para que los pobres trabajasen en sus casas.

Durante la monarquía estudiosa y proyectista de julio se aplicó escasa parte del presupuesto a esta clase de socorros. En 1833 de los 58 millones invertidos en beneficencia pública se emplearon únicamente nueve en socorros a domicilio.

En la misma proporción aparecen en 1844, sin embargo de que Mr. Thiers ha dicho con mucha razón: “Un pequeño socorro a domicilio es más agradable y útil al necesitado que una cama en el hospital donde sea más esmerada la asistencia.”

El socorro a domicilio, más sencillo y discreto, se presta al aumento, a la disminución, según las circunstancias variables. El socorro a domicilio estrecha los lazos entre el favorecido y el favorecedor, porque proporciona el establecimiento de unas relaciones que pueden engendrar el cariño. El socorro a domicilio, por último, es el que puede ayudar al necesitado sin la cruel determinación de arrebatarle a la familia que ama y de quien es amado.

* * *

A pesar de todo, nosotros opinamos que este benéfico socorro, aunque no tiene tantos defectos como los demás que se practican, no está destituido del principal, común a todos, que consiste en que representa la reparación incompleta de una injusticia social, la deseada enmienda de un defecto constitutivo, y que sería más acertado ir a la senda de la justicia inquebrantable y a la corrección originaria del defecto. En una palabra, que por medio de un orden armónico se hiciera desaparecer la miseria para no tener que remediarla.

Acaso este deseo no sea agradable a ciertos corazones magnánimos que se deleitan profundamente con la consideración del cristianísimo sentimiento de la caridad y con la práctica de las buenas obras.

Pero nosotros tenemos por más bueno y más humanitario hacer que no existan los males, aunque el espíritu pierda el estático arrobamiento que proporcionan las acciones caritativas. Queremos, en una palabra, que no exista la caridad, que se olvide hasta la memoria de esta virtud, que su huella no se perciba en el corazón de las generaciones venideras, que la caridad desaparezca, que desaparezca, sí, para siempre, porque no existan desgraciados que mueran de hambre.

La virtud que para existir ha de traer el mal encarnado en ella como precursor es, bajo cierto punto de vista, una virtud abominable.

* * *

Aunque los esfuerzos principales de los poderes públicos para remediar la miseria se han dirigido a organizar y aumentar los socorros privados y legales, ha habido, sin embargo, en muchos Gobiernos una especie de conocimiento de que el origen de la extrema necesidad estaba en el trabajo, y en éste han puesto su consideración.

Solamente que se han detenido a mirar la superficie del enigma y, por lo tanto, han discurrido no más que proyectos superficiales en orden al socorro por medio de la organización del trabajo.

Sin embargo, reseñaremos algunas noticias, no todas, sobre este punto.

En 1837 se contaban en Bélgica seis casas de caridad establecidas con el pensamiento de organizar en ellas el trabajo de los indigentes recogidos. Entre todas contenían 2.200 necesitados útiles. Las mejor montadas estaban en Amberes y en Gante. La última entretenía 800 personas en invierno y de 400 a 500 en verano, de las cuales eran mujeres poco más o menos la mitad.

Sin embargo, ni aun las mejor organizadas podían subsistir sin subvención de los fondos públicos.

En Inglaterra se han hecho también varios ensayos, entre los que citaremos el de la sociedad para el mejoramiento de la clase obrera, que en 1848 compró 113 acres de tierra, que dividió entre 550 personas con un pequeño arrendamiento en beneficio de la colectividad. Esta distribución de pequeños lotes de tierra se hace especialmente entre los obreros

industriales, a fin de que puedan trabajar en el campo los días de fiesta.

La sociedad titulada Amiga de los Labradores hace lo mismo respecto a los trabajadores del campo.

En Holanda había en el año de 1835 nueve colonias agrícolas establecidas por la beneficencia, donde trabajaban 6.000 socorridos.

En cuanto a los talleres de caridad en este mismo país, su número asciende a 30 y trabajaban en ellos 5.905 pobres.

* * *

Larga tarea sería explicar la organización de las colonias agrícolas holandesas, y fuera de propósito de esta obra, donde nos proponemos presentar únicamente datos históricos relativos al progreso de las clases trabajadoras. Sin embargo, habremos de indicar breves noticias que den a conocer la índole de estos establecimientos de beneficencia.

Existen en Holanda cinco clases de colonias:

Colonias libres, en número de tres, para las familias necesitadas que se establecen en ellas voluntariamente. Su población media es de 2.350 individuos y están situadas en las campiñas llamadas Fredericks Oord, en la provincia de Dreuthe.

Colonias de forzados en Ommerschans, territorio de L´Over–Issel, para los mendigos de ambos sexos. Población media de 850 albergados.

Colonias mixtas en número de tres, conteniendo la primera 1.250 huérfanos y expósitos, 30 mendigos y 250 colonos voluntarios; la segunda, 1.250 mendigos y 850 colonos libres; la tercera, 770 huérfanos y expósitos, 80 mendigos y 390 colonos libres y veteranos. Todas están situadas en los campos Veenhulsen, en Frisia.

La colonia penal anexa a Ommerschans, con 80 habitantes.

Y por último, la colonia de enseñanza agrícola en Wateren, anexa a Weenhuisen, conteniendo de 70 a 80 huérfanos y expósitos.

Todos estos establecimientos contienen una población media de 8.000 individuos, aparte del personal administrativo, que se compone de 400 ó 500.

Las tierras cultivadas presentan una superficie de más de 1.500 hectáreas, sin contar numerosos prados. Hace algún tiempo había en ellas 555 edificios, a saber: 4 iglesias, 5 grandes establecimientos, 115 más pequeños, 6 escuelas, 39 grandes granjas, 374 pequeñas y 12 fábricas.

Se ve por la naturaleza de los edificios que los trabajos industriales están unidos a los agrícolas. Por desgracia, los resultados materiales de estas industrias no corresponden a los morales y sanitarios, pero esto sucede por causas que nada prueban contra la excelencia de la institución.

Hemos indicado ya que una sociedad de beneficencia creada por el general Van–deu–Bosch en 1818 ha establecido vastas colonias agrícolas, invirtiendo en ellas la suma de 31 millones de florines y teniendo aún un descubierto a consecuencia de los gastos de instalación de ocho millones de francos.

* * *

En cuanto a los talleres de caridad o casas de trabajo, la opinión de las clases acomodadas censura su establecimiento.

Un informe oficial de 1847 dice: “Estas casas alimentan la ociosidad de una multitud de individuos que encuentran muy cómodo buscar en ellas una morada segura y un alimento suficiente en cambio de un trabajo fácil y ligero”.

Los Estados provinciales de la Frisia han dicho en otro documento: “Por otra parte, las producciones de estas casas hacen una concurrencia perjudicial a las particulares, y es muy frecuente ver que los artesanos vecinos sucumben por grados a consecuencia de ella y tienen que entrar, por último, en las mismas casas como indigentes”.

He aquí el dolor de la clase media protestando contra el bienestar de los pobres.

Ello es, sin embargo, verdad, que ni los trabajos regidos por el Gobierno y suministrados como don de la beneficencia, ni los demás remedios empíricos que se aplican al pauperismo, pueden curarlo radicalmente. Lo único que consiguen es remover la miseria y llevarla de un punto a otro sin disminuirla.

Desde tiempos distantes se viene pensando en Francia en los talleres de caridad.

Ya en el reinado de Francisco I, en 1545, se registró en el Parlamento una declaración real que ordenaba al preboste de París establecer talleres de caridad para los mendigos útiles, sin distinción de sexo. Al mismo tiempo se condenaba al destierro a los que, pudiendo trabajar, se negaran a hacerlo.

Siguiendo el camino de Francisco I, Enrique II arregló trabajos públicos para los que lo necesitaran, pero prohibiendo severamente la mendicidad pública, bajo pena de azotes y destierro a las mujeres y de galeras a los hombres.

También Luis XIV ordenó el establecimiento de los talleres de caridad en las diferentes provincias del reino por medio de su edicto de 1662 y las aclaraciones de 13 de abril de 1685 y 10 de febrero de 1699.

Estas determinaciones quedaron en proyecto, y las que se iniciaron fueron de poca duración y enteramente ineficaces.

XXXIII. TALLERES DE CARIDAD EN FRANCIA. EL SOCIALISMO DEL SEGUNDO IMPERIO

Llegado el período revolucionario, la Asamblea Constituyente se encontró con el gran problema del trabajo ante la vista y, no comprendiendo su solución, se redujo a consignar como un deber la intervención del Estado en procurar obra a los indigentes útiles y en intentar algo más que los Gobiernos anteriores en el camino de la ejecución.

El Comité de Mendicidad nombrado propuso que una parte de los fondos destinados a auxilios se aplicara al establecimiento de talleres de caridad, que debían organizarse de manera que se prestaran al trabajo de las mujeres, ancianos y niños. El producto del trabajo se aplicaría a la alimentación de los albergados y el sobrante se dividiría en dos partes, una para entregársela semanalmente y otra para formarles un fondo de economías.

En el presupuesto se consignaron cinco millones de francos para atender a estos talleres públicos.

Por decretos de 30 de mayo y 13 de junio de 1790, al mismo tiempo que la Asamblea declaraba suprimidas las Ordenes

mendicantes y ordenaba la expulsión de París de los vagabundos que se habían venido reuniendo durante dos años, dispuso fundar en la capital y en las cercanías, además de los talleres ya abiertos, otros de socorro, donde los hombres trabajaran en la tierra y las mujeres y los niños en hilados.

Asimismo se aplicó a cada departamento una suma de 30.000 libras para proporcionar a los pobres trabajos útiles.

Los reglamentos adoptados para el régimen de estos talleres permitían dos clases de trabajo. Uno por tareas o a destajo y otro a jornal para los obreros débiles. El precio para uno y otro debía ser inferior al corriente en la localidad. (Decretos de 31 de agosto y 10 de septiembre de 1790.)

A pesar de estas medidas y de haber votado una gruesa suma para trabajos de utilidad pública, la miseria no se remedió.

Los talleres de París, en particular, engendraron tantos abusos como males remediaban, abusos que fueron denunciados a la Asamblea en el mes de mayo de 1790. Pero los políticos de la clase media que la componían no se preocuparon lo más mínimo de la mala organización, como no se preocupaban de cosa alguna que se relacionara con la suerte de la clase trabajadora.

Necesitaban en aquellos momentos del pueblo para combatir y vencer a la aristocracia y a la monarquía y fundar sólidamente su predominio y alagaban al pueblo a costa de inútiles sacrificios que no servían para su verdadera regeneración.

* * *

Pero la indiferencia de la clase media se convirtió en actividad desde el instante en que los talleres se hicieron foco de movimientos políticos. Así es que habiendo estallado un alboroto en cierto taller de Montmartre, Lafayette fue allá a reprimirlo con la fuerza, y desde aquel momento la Asamblea se dedicó a hacer serias reflexiones que antes no se le habían ocurrido, sin embargo de que el mal estaba a la vista.

Con la hipocresía y el recelo disfrazado que ha empleado siempre la clase media, los Comités de Hacienda, Comercio, Agricultura y Mendicidad presentaron un informe en junio de 1791, que, entre otras cosas, decía lo siguiente:

"Vosotros no ignoráis los inconvenientes de los grandes talleres abiertos con la sola intención de presentar cierta apariencia de trabajo, aunque éste sea sin utilidad. Vosotros no ignoráis que cuando el mismo obrero reconoce la inutilidad de la ocupación a que se le aplica trabaja sin ardor y bien pronto contrae el hábito de la pereza.

"Vosotros no ignoráis que este inconveniente, unido a todo trabajo que manifiestamente no tiene objeto, se aumenta en sus resultados por la reunión de un gran número de personas que, mal dirigidas por maestros e inspectores que ningún interés tienen en que la obra adelante, trabajan menos a medida que son más.

"Sabéis que los obreros malos seducen a los buenos, y los extravían, y hasta con amenazas les obligan a no trabajar para que su pereza quede oculta en el general abandono. Que así se disipa el patrimonio de los pobres sin fruto por personas

laboriosas antes, pero que en la inteligencia de que el jornal que se les da significa el pago de una deuda sin la obligación de producir no se preocupan del interés público.

“Vosotros no ignoráis que aun los mismos talleres útiles abiertos con la única intención de proporcionar obra a los trabajadores tiene el inconveniente de sostener en éstos la funesta opinión de que el Gobierno tiene que ocuparse constantemente de su fortuna. Por otra parte, había necesidad de asegurar la subsistencia a un gran número de obreros sin trabajo en esta época en que no hay que hacer en el campo y cuando la incertidumbre de cada cual respecto a su suerte o el influjo de generales conmociones paralizan la industria, ya desmayada en la capital y en las provincias.

“Los abusos se aumentan en los talleres y amenazan ser mayores. El gasto, enorme ya, se eleva considerablemente; el número de personas ocupadas a expensas del Tesoro sube a 31.000 y lo que consumen a 900.000 libras mensuales, sin contar 50.000 que reciben 1.400 obreros empleados en el canal de Borgoña.

“Sin duda vosotros habréis querido para ordenar la clausura de estos talleres inmorales y ruinosos esperar a que el trabajo fuese abundante. Ninguna circunstancia puede ser más favorable que la presente, cuando se van a aplicar muchos millones a emprender grandes trabajos útiles en los departamentos. Así, cerrando esos talleres de caridad, los obreros que sean buenos trabajadores tienen la seguridad de hallar ocupación, y no con apariencia de trabajo y realidad de limosna, sino con trabajo positivo, necesario, tan útil a la

prosperidad nacional como a las costumbres de los obreros, a quienes el fingido trabajo desmoraliza y destruye.”

* * *

La Asamblea Constituyente, en vista de este informe, decretó la disolución de los talleres de socorro, podando el árbol de la miseria para que retoñase con más vigor y pujanza. La clase media ha procedido siempre del mismo modo. Enemiga en realidad de los trabajadores, ha querido encubrir su mala voluntad con sofismas de protección y liberalismo. Cuando no podía negar la mala situación de los obreros en medio de la crisis económica que atravesaba la Francia, fingía un porvenir lisonjero y feliz en que el trabajo seria abundante de resultas de las obras públicas en proyecto, a fin de ocultar la inhumanidad de la determinación que meditaba.

Pero los talleres de socorro se cerraron, las obras públicas no se emprendieron o fueron insuficientes y la miseria se diseminó desoladora por todos los ámbitos de la nación. Más adelante el Comité de Socorros nombrado por la Asamblea Legislativa presentó a ésta una moción, que, entre varias declaraciones relativas a derechos del hombre, habla de los indigentes útiles y dice: “Que los socorros deben repartirse a éstos en trabajo, y el trabajo en la forma de talleres cantonales exclusivamente aplicados a la conservación de los caminos, a las desecaciones de lagunas y pantanos, al encauzamiento de los ríos y torrentes y otros objetos de utilidad local”; pero la Asamblea no tomó acuerdo alguno definitivo, no sabiendo acaso cómo abordar la solución del problema.

Reunióse la Convención algún tiempo después y, en medio de las tormentas que agitaban la Francia y la Europa, adoptó por un decreto de 1 de marzo de 1793 el plan de organización de socorros y trabajos que habían proyectado los dos Comités de las anteriores Asambleas, casi sin cambiarles una palabra.

***

Con la muerte de Robespierre y la posterior inútil tentativa de los defensores de la igualdad, la clase media quedó árbitra del Gobierno y se precipitó por las vías de su conveniencia, siempre reaccionaria.

El Directorio abandonó toda idea de trabajo mejor o peor organizado en establecimientos de la nación y se redujo meramente, en cuanto a beneficencia, a los hospitales y hospicios.

El Imperio apenas pensó en otra cosa que en la guerra y, por consiguiente, no se ocupó de los talleres de socorro; pero la Restauración hizo empeño en distribuir los socorros públicos en forma de trabajo, aunque sin recaudar el derecho.

“La administración –dice Mr. Lainé– no debe, cuando la falten medios, procurar trabajo a los que no lo tienen; esto sería quitar a las clases, laboriosas la inquietud saludable que las impulsa a buscar la ocupación que les sea más agradable y provechosa y, por otra parte, dar a los fondos que administra el Gobierno un empleo necesario, menos ventajoso para la industria que el que tendrían siguiendo la dirección del interés particular.

“Mas hay circunstancia en que el Gobierno debe prestar concurso y asistencia. Si de resultas del mal tiempo o malas cosechas, por disminución del comercio o de la industria, la población de un cantón o de un departamento padece una gran necesidad; si al mismo tiempo la subsistencia es más costosa y los medios de procurársela son más difíciles, entonces la humanidad y la prudencia aconsejan los socorros y hacen que sea su deber dárselos a esta población hasta que se restablezca el equilibrio entre los recursos y las necesidades. Pero los recursos más eficaces, útiles y propios para acelerar el restablecimiento de este equilibrio consisten en los trabajos.”

* * *

Tales fueron los principios que guiaron las medidas tomadas para socorrer la clase indigente en las tristes circunstancias en que se encontró la Francia después de las escasas recolecciones de 1816.

Los talleres de caridad se organizaron en un gran número de departamentos, y las vías públicas ganaron en ello tanto como los pobres.

La orden ministerial de 19 de julio de 1816 relativa a los centros de beneficencia de París dice: “Los centros procurarán multiplicar los recursos en trabajo, bien poniéndose en relación con los fabricantes o maestros de oficio a los cuales puedan enviar los indigentes sin trabajo o ya estableciendo talleres de caridad.”

La Instrucción de 8 de febrero de 1823 dice en el mismo sentido:

> “Se tendrá particular cuidado en que la localidad logre procurar trabajo a los indigentes útiles. A falta de fabricantes y maestros de oficio que quieran proporcionarlo, se podrá proponer el establecimiento de talleres de caridad.”

Asimismo se recomendó abrir esta clase de asilos para los trabajadores en las carreteras y demás vías públicas.

Ya hemos dicho que el Gobierno de la revolución de Julio se limitó, en cuanto a trabajos y demás elementos de beneficencia, a estudiar las cuestiones sin precisar ninguna solución ni menos acometerla.

Hemos dicho también que el Segundo Imperio dirigió sus esfuerzos a extraviar el criterio de los trabajadores y a perturbar su conciencia procurándoles ocupación y que merced a esta conducta consiguió rodearse durante algún tiempo de una aureola de voluntades que lo sostenían.

Muchas obras emprendió el Segundo Imperio, en París principalmente, y aunque no abrió talleres nacionales, quiso que cada calle de la capital fuera un taller.

En otro lugar hemos dicho:

“París representó durante muchos años una ciudad en ruinas que brotaba palacios de los escombros. Anchos bulevares corrían derechos por donde apenas anteriormente podía pasar un transeúnte oculto en retorcidas callejuelas, y todo esto se hacía para desvanecer a los proletarios con el narcótico de una abundancia engañosa y una felicidad fingida.”

* * *

Tal fue la obra del Imperio de Napoleón el Chico, traidor en diciembre a la República y traidor en septiembre a la patria que lo había encumbrado, y que pagó con una gran catástrofe su insensatez suprema.

¡Elocuente lección para los pueblos!

No deben creer nunca que su felicidad puede consistir en los cuidados de un hombre.

XXXIV. EL PAUPERISMO. CRUELES MEDIDAS CONTRA LOS MENDIGOS

La demostración ha sido constante respecto al hecho de que la sociedad andando por mal camino no ha podido en ningún tiempo detener los progresos crecientes de la miseria.

Y no podía suceder de otra manera. La mayor parte de la especie humana, las clases trabajadoras, con el nombre de proletariado, se encuentran sin recursos suficientes para vivir y tienen una existencia de privaciones y amarguras que frecuentemente traspasa los límites de la ordinaria resignación. Y cuando estas críticas situaciones, harto frecuentes, llegan, el pauperismo cubre a la sociedad como una llaga y sale a la superficie a reclamar remedio.

* * *

Pero como el desorden social es permanente, aun fuera de las grandes crisis que encona la herida, el pobre obrero, unas veces por necesidad y por desesperación otras, se decide a implorar la caridad pública demandando limosna, y cuando al llegar más de una vez a tan duro trance conoce que su dignidad se ha maltratado y perdido, y la repetición de la vergüenza

empaña la brillantez de su legítimo orgullo y aun la quebranta para siempre, no tiene dificultad en seguir pordioseando y viene a tomar puesto en la falange de sus hermanos los mendigos, que se vengan de la sociedad levantando en las alturas de la miseria el testimonio de su degradación.

Pero la sociedad se siente afrentada con el espectáculo de la mendicidad, y cuando no procura el trabajo para suprimirla radicalmente, intenta, sí, quitarla de la vista para continuar creyendo que marcha derechamente a la realización de su destino.

No bastan los remedios preventivos ni los sanitarios que imaginan, y entonces se les ocurren los represivos.

Si hay pobres hambrientos, que los haya y que mueran de necesidad, pero que mueran escondidos, en el silencio de su infortunio, en la oscuridad de su miseria, y no a la luz del día, en medio de la sociedad resplandeciente, bulliciosa y afortunada. Que mueran si tal es su destino, pero que devoren sus ayes y no se atrevan a presentarse con sus harapos donde viven los demás hombres, como una reconvención o una prueba. Que mueran, pero que no pidan a nadie socorro.

Para conseguirlo, los poderes han dictado muchas medidas crueles contra los mendigos, que al tener que darlas aquí a conocer tendríamos que llenar numerosas páginas.

Pensamos no hacer más que algunas indicaciones.

Los humanistas han escrito largas disertaciones probando que es preciso para impedir la mendicidad poner a los

mendigos en condiciones de ganar la subsistencia; pero al mismo tiempo los legisladores han esgrimido la cuchilla de ley para cortar la cabeza del monstruo, y el monstruo ha presentado poco después cien cabezas como retoño de su sangre.

* * *

Herencia de clase ha sido la crueldad en los Pontífices. Sixto V, llamado Grande, dictó leyes severas contra los pobres que no se prestaran a permanecer en las prisiones de los asilos.

León XII, otro de los Grandes de la Iglesia, dispuso la reclusión de los mendigos en las termas de Diocleciano y condenó a los reincidentes a trabajos forzados. Los Pontífices más benignos se han contentado con establecer penitenciarías, especies de encarcelamientos benéficos donde los pobres perdían completamente su libertad.

En Bélgica, país celebrado por sus instituciones–modelos en materia de libertad, se persigue a los mendigos como si no fueran ciudadanos y se les encierra en los depósitos de mendicidad, de donde salen más pervertidos y llenos de odio hacia la sociedad que los maltrata.

La legislación inglesa sobre mendicidad fue bárbara en extremo. Una ley de Enrique VIII disponía que el mendigo fuese azotado “hasta que corriese la sangre”. Si reincidía en pedir socorro, se le cortaba la oreja derecha, y si aun desorejado tenía hambre y reclamaba auxilio, se le condenaba a muerte “como enemigo de la sociedad”.

Una ley de Eduardo VI ordenaba que el hombre o mujer que estuviese tres días sin trabajar fuese señalado en el pecho con un hierro encendido y entregado después como esclavo al denunciador durante dos años.

Y agregaba: “Si el trabajador se ausenta por doce días, será esclavo toda su vida, marcándole la frente con un hierro rojo. Y si se deserta segunda vez, será condenado a muerte.”

No queremos citar otras muchas leyes inglesas no menos bárbaras.

Si la antigua legislación era muy severa, las nuevas prácticas son también rigurosas; pues si bien el mendigo no tiene pena por serlo, hacen los jueces tales interpretaciones que al cabo la sufren de mucha consideración. Y con las calificaciones de pícaros, malos hombres, gente perjudicial, los mendigos caen en manos de los jueces de paz y de la Policía, que tienen atribuciones discrecionales y les imponen correcciones duras y arbitrarias. Sobre todo sirve para perseguirlos la ley que se llama de sospechosos, que deja a disposición del juez: “Todo individuo reputado de ratero a quien se halle frecuentemente en canal, dique, ribera, muelle, puente, calle o plaza o lugar análogo con intención de cometer una felonía”

La miseria se traduce diariamente ante los tribunales por felonía, y los pobres son condenados a prisión, destierro, azotes, etc. Los azotados se elevan a más de 700 por año.

* * *

En Holanda se reprime la mendicidad en las colonias de

forzados, y aunque gradualmente los mendigos van desapareciendo de la vía pública, en la misma proporción aparecen y se aumentan los confinamientos.

Las penas que señalan en Suiza las leyes a los mendigos son duras y variadas: pérdida de los derechos civiles, ídem del derecho de asistencia, prisión, alistamiento forzoso, azotes, reducción del alimento a pan y agua, marca, trabajos forzados, etc.

En Alemania no son mejor tratados los mendigos. En Baviera se les condena por primera vez a dos o tres, meses de prisión, y reincidiendo, a seis y diez o doce palos.

En el Mecklemburgo se castiga a los mendigos también con prisión y azotes.

En el pueblo más benigno de Alemania se castiga el hecho simple de pedir limosna con una multa y prisión subsidiaria.

En Insbruck se considera mendigo, aunque no demande socorro, al que sale a la calle en un estado propio para inspirar compasión.

En Baden, Gotha e Insbruck se encierra a los pordioseros en casas de trabajo forzoso. En el último punto se agrega el ayuno y los palos, y en el primero no sólo se castiga al mendigo, sino también a su inocente familia.

En Dinamarca hay más humanidad y no se hace más que detener en arresto a los pordioseros.

* * *

Tan bárbaros fueron los antiguos reyes de Francia como los de Inglaterra tocante a la mendicidad.

Una ordenanza de Juan II castigaba a los mendigos poniéndolos en prisión a pan y agua, en la picota si reincidían y marcándoles en la frente con un hierro enrojecido si mendigaban tercera vez.

El magnánimo monarca Luis XIV no se contentó con castigar a los mendigos, sino también a las personas que los socorrían. Prohibió dar limosna bajo pena, sin que de excusa sirviese la compasión ni el conocimiento de la necesidad. Prohibió bajo pena a los propietarios alquilar vivienda a los mendigos y darles albergue por caridad, declarando en comiso la cama donde hubiesen descansado. Ordenaba que los prendiese cualquiera y agregaba otras muchas disposiciones brutales e inhumanas.

Durante la Revolución fue también perseguida la mendicidad, aunque con más templanza en la esencia. Es decir, que reconociéndose los derechos del hombre, se consideró un delito preferir la ociosidad al trabajo y se penó la ociosidad voluntaria con prisión y destierro.

* * *

La Revolución francesa quiso sostener un principio de justicia, estableciendo talleres para todos los trabajadores útiles y socorros suficientes para los inválidos.

El Comité de Socorros decía:

“Sería injusto e inhumano prohibir que por la mendicidad procure su subsistencia el que no tiene otro recurso. Solamente a condición de preparar trabajo para todos se puede encerrar a los mendigos en las casas de corrección, y aun allí el trabajo es el único castigo que se puede imponer razonablemente a la pereza.”

Para llevar a efecto esta doctrina dispuso la Convención que se reputase mendigo a todo el que pidiera pan o dinero en las vías públicas. Debía ser inmediatamente arrestado por la Guardia Nacional o la Gendarmería, comparecido ante un juez de paz y enviado al pueblo de su domicilio. Si por cualquier causa la traslación era imposible, se le encerraba en un establecimiento de corrección.

En ella permanecía durante uno o dos años, según era o no reincidente, y trabajaba a medida de su edad y fuerza, mediante salario, del cual se aplicaban dos terceras partes a su sostenimiento y la otra tercera quedaba formando un capital de su pertenencia.

Cuando por tercera vez reincidía era condenado a la relegación en el fuerte Delfín o en Madagascar durante ocho años por lo menos

En verdad que los equitativos sentimientos de los revolucionarios no eran mejores respecto a los mendigos que los que habían manifestado los tiránicos poderes que destruían.

* * *

El Imperio escribió también en su Código penal severas represiones contra los mendigos, que fueron adoptadas por la Restauración.

Consecuente la revolución de Julio con su sistema de estudiar a fondo la cuestión del pauperismo y nada hacer en la práctica, abandonó los asilos de mendicidad que existían y declaró que su sostenimiento no era carga obligatoria. Resultado de esto fue que desaparecieran todas las disposiciones penales anteriormente aplicables a los mendigos.

Pero el Segundo Imperio las restableció, adoptando la conducta del primero y sus prevenciones.

Verdad es que al mismo tiempo la emperatriz, que derrochaba millones arrancados al pueblo por la fuerza y que acumulaba su inmensa fortuna, de las mayores que se han visto, se convirtió en madre de los pobres, como correspondía a una emperatriz de Francia, fundando asilos y otras instituciones, visitando hospicios y dando limosnas, con lo cual, si no extinguía el pauperismo, objeto de una célebre obra socialista de su marido, se popularizaba entre la gran masa de tontos que compone la sociedad.

Pero todas estas apariencias humanitarias, hechas con el fin de aclimatar la dinastía, no lograron su objeto: el pauperismo sigue royendo las entrañas de la sociedad, y los Bonapartes y su emperatriz cayeron estrepitosamente del trono.

XXXV. MONTES DE PIEDAD Y SU INSUFICIENCIA PARA REMEDIAR LA MISERIA DE LA CLASE OBRERA

Habiéndose reconocido los Gobiernos impotentes para prevenir la miseria y para reprimirla, como al cabo ésta representaba un mal visible de consecuencias en extremo perniciosas, lo quisieron combatir indirectamente, organizando instituciones protectoras de la economía y auxilios que pudieran buscar y prepararse los mismos desgraciados.

Con este pensamiento se fundaron las cajas de ahorro, los Montes de Piedad, los pósitos y algunas otras instituciones legales. Con este pensamiento asimismo el interés particular, la granjería, el mercantilismo ideó también variadas combinaciones, con las cuales el ahorro se podía convertir en capital crecido mediante asociaciones de supervivencia, y cosas a este tenor que han tenido por objeto asegurar recursos para vivir en los años más peligrosos de la existencia, que son los tristes y enfermizos de la débil ancianidad.

Esto ha sido, sencillamente, dejar a cada individuo el cuidado de su salvación, y si bien en sentido de libertad no es sensible ni reprobable el objeto, debe reconocerse su aplicación ineficaz, porque siendo evidente que los trabajadores que mejor se hallan no ganan todavía lo bastante para cubrir sus

atenciones más perentorias, y que por consecuencia rara vez tienen para conseguir algún placer, sin embargo de que ésta es la aspiración perpetua de la vida, es casi inútil demostrarles que aun del salario insuficiente todavía debe escatimar una suma para el ahorro con el objeto de proporcionarse algún descanso si llegan a la vejez.

Los pobres no pueden ahorrar sino imponiéndose dobladas privaciones, y en esta virtud, la economía que tanto se recomienda como eficaz y salvadora viene a ser no más que una permuta de dolores entre dos épocas de la existencia, quitarse hoy el pan de la boca para comerlo mañana: el hambre presente formando una esperanza para impedir la del porvenir.

* * *

Ello es cierto y hay que manifestarlo, que partiendo de que la miseria no tenga remedio y de que de todas maneras el pobre trabajador está condenado a una serie de inevitables privaciones, siempre es conveniente el ahorro en el concepto de que significa la traslación de la penalidad del periodo más aflictivo de la vida a otro de mayor resistencia: de la vejez a la edad robusta.

Pero querer demostrar que, dadas las condiciones de miseria, pueda de ninguna suerte generalizarse el ahorro contra las exigentes reclamaciones de la naturaleza; sostener que con el mismo ahorro, y aceptada su imposible generalización, puedan las clases trabajadoras redimirse a perpetuidad, sostener esto, decimos, es soñar a sabiendas,

hablar de imposibles, entretenerse con delirantes esperanzas mil veces más utópicas que los proyectos que la gente de orden llama quimeras del socialismo.

El ochavo del trabajador, acumulado aisladamente, no puede convertirse jamás en el millón del gran capitalista. No valen ejemplos engañosos. Si por acaso sucede alguna vez que una individualidad aislada se enriquece saliendo del grupo de los trabajadores, deberá no al mísero ahorro, sino a otras circunstancias bienhechoras. Decidnos un caso, y os prometemos la demostración de que es imposible hacerse rico guardando la miga diaria de pan. Decidnos un caso, y con él a la vista, y penetrando en el misterio de esa fortuna, os probaremos que no la ha labrado el ahorro, sino quizá la protección de un rico, que hoy vale dinero; acaso la ayuda de la suerte entrándose sola por las puertas, y aun puede ser que la haya labrado la maldad al acecho de uno de los infinitos desórdenes sociales, pero el ahorro nunca; no nos cansaremos de repetirlo.

Con todo, repetiremos también que los pobres deben pensar en el ahorro y practicarlo mientras exista el orden social presente, el antagonismo y aislamiento, si no como un medio seguro de salvación, como una esperanza de mejoramiento.

* * *

Antes de hablar de las cajas de ahorros, institución previsora de economías, nos ocuparemos de los Montes de Piedad, establecimientos de préstamo que facilitan recursos a los necesitados.

Por de pronto, y como es natural que suceda fundándose las relaciones económicas de la sociedad en la desconfianza y el engaño, los Montes de Piedad no prestan a quien no da garantía suficiente, ¡y aquí empieza el privilegio y se muestra la necesidad más desamparada! El que no tiene algún valor que entregar en prenda no recibe un solo céntimo del Monte de Piedad. Arranque ha sido su creación del deseo de socorrer a los menesterosos, y se da el caso de que alguno demuestre que lo es tanto que ni siquiera posee el objeto más despreciable, se muere de necesidad a la puerta del establecimiento de socorro sin recibir lo más insignificante. ¡Elocuente, demostración del desordenado mecanismo de todas las instituciones llamadas progresivas, civilizadas y benéficas!

* * *

El Monte de Piedad existe en Roma desde 1539. La cuantía de cada préstamo estaba limitada al principio a un escudo; desde 1814 se ha elevado a 10 primero, a 20 después, y más tarde a 50, sin fijar límites al número de prendas.

De 13 escudos abajo, los préstamos son gratuitos, y ambos devengan el interés de 5 por 100. Los préstamos diarios ascienden a dos o tres mil escudos, y el capital en circulación monta a doscientos treinta mil.

Son de dos clases los Montes de Piedad en el Piamonte: las casas de préstamos en efectivo y las que prestan en especie, es decir, en trigo y otros granos.

Las de la primera clase son 53, y las de la segunda, 80: total, 133.

Muchos de los Montes de Piedad que prestan en efectivo lo hacen gratuitamente, pero el mayor número impone un interés que por término medio llega al 5 por 100.

A ninguno de los que prestan en especie deja de percibir interés, ya en efectivo, ya en cierta cantidad de la especie misma, pero limitada al 4 por 100.

Como recomendable excepción hay algunos de la última clase que prestan sin exigir prenda, aunque sí tomando ciertas garantías de precaución.

La isla de Cerdeña tiene mayor número de casas de préstamo en granos que en el Piamonte, y se proponen el mismo objeto que los Bancos agrícolas de Prusia y otros estados de Alemania.

Venecia posee un Monte de Piedad que presta al 6 por 100.

En Bélgica existen 22 Montes de Piedad. Sus capitales corresponden generalmente a los hospicios, centros de beneficencia y municipios, los cuales se reparten las utilidades proporcionalmente.

La cuantía del interés varía según el importe de la suma prestada en sentido de pagar, menos las cantidades más considerables.

En Gante el préstamo que no pase de 12 francos está exento de interés.

El interés es de 12 a 15 en Bruselas, y de 10 a 12 en Namur.

El número de prendas depositadas fue en 1839 1.360.640 en todo el reino, y las recogidas, 1.242.968. La totalidad de la suma prestada, 8.810.704 francos, y la de las devueltas, 8.266.840.

En Holanda existen 23 Montes de Piedad, pero no tenemos noticias sobre sus operaciones.

Desde muy antiguo han existido en Francia Montes de Piedad, si bien diversos accidentes políticos han perturbado su existencia.

El año XII de la república se dio una ley para su restablecimiento y reorganización.

La restauración se dedicó a fecundizar y multiplicar estos establecimientos, abriendo 12 de nueva creación desde 1815 a 1830, en lo cual, como en otras muchas determinaciones, siguió los pasos del imperio, que había creado 16.

Pero verdaderamente los Montes de Piedad eran establecimientos en cuyo organismo para nada entraba la caridad legal.

En el momento de la revolución de febrero de 1848 existían en Francia 46 Montes de Piedad, de los cuales habían sido creados 17 durante la monarquía de julio.

Estos 46 establecimientos disponían de un capital de 36.544.012 francos, con los cuales se habían prestado 42.220.614 francos sobre 3.072.765 prendas.

El término medio de cada préstamo era de 13 francos 75 céntimos.

Cinco Montes de Piedad prestan sin interés, y los demás con el de 2 a 15 por 100. ¿Son por ventura los últimos establecimientos de beneficencia?

El sistema de préstamos gratuitos puesto en práctica en algunas localidades de Francia ha dado muy buenos resultados. Muchas asociaciones han fundado establecimientos con este objeto. En los períodos difíciles prestan sin interés sumas más o menos considerables a los obreros cuya conducta les ofrece garantía.

Este sistema abarca préstamos en granos hechos en el otoño y en el invierno para la siembra o la alimentación a los labradores pobres, que lo devuelven después en la misma especie cuando llega la recolección próxima.

* * *

Hablemos de las cajas de ahorros.

En Roma existe una, pero con la circunstancia de que en vez de estar unida, como en otras partes, al Monte de Piedad, lo está a la lotería.

Ya que con este motivo se habla de esto, conviene decir que en Roma no sirve para aumentar los ingresos del Tesoro, sino para reunir ingresos a la Beneficencia, y así se explica que forme un todo con la Caja de Economías.

En Venecia la Caja de Ahorros retribuye la inscripción con el interés de 4 por 100.

Bélgica tenía establecidas en 1843 treinta cajas de ahorros, y los depósitos hechos hasta fin del año anterior importaban de 64 a 68 millones. Pero preciso es observar que justamente en las cajas de ahorros depositan las provincias, los municipios, la Beneficencia y todos los establecimientos públicos todos sus fondos disponibles.

El número de cajas de ahorros es considerable en Inglaterra. En 1837 se contaban 400 con 936.000 libretas o talones de depósito por importe de 500 millones de francos.

Las cajas de ahorros en Inglaterra conceden la facilidad de obtener, mediante una imposición hecha en una o más veces, una anualidad de cuatro libras lo menos y 20 lo más.

En esta virtud, las sociedades de socorros mutuos, los domésticos y los empleados son los principales y más numerosos imponentes.

En Holanda existen 40 cajas de ahorros con imposiciones de 8.506 personas.

Tanto en Prusia como en los demás estados de Alemania existen muchas asociaciones económicas como instituciones particulares, que tienen por objeto fomentar el ahorro. Todas se proponen recibir las economías de los jornales de los trabajadores, depositarlos semanalmente en una caja de ahorros y comprar al por mayor trigo, combustibles, patatas y de todo aquello que hace absolutamente falta para vivir.

A fines del año 1846 existían en Berlín 29 de estas sociedades de ahorros con 5.400 asociados padres de familia, que representaban la octava parte de la población.

El establecimiento de las cajas de ahorros no tuvo lugar en Francia hasta el año 1818. Catorce solamente se fundaron durante la restauración; pero se acreditaron tanto, que en los primeros años posteriores a la revolución de julio se establecieron 150, donde depositaron las clases laboriosas 62 millones de economías.

En 1845 existían ya hasta 347. Hasta entonces habían ingresado desde su instalación 1.200 millones de economías en todas las cajas, de los cuales se habían retirado 800 y quedaban 400 representando todos los tesoros del pueblo trabajador.

* * *

Basta con lo dicho para formarse una idea de la inutilidad de tales instituciones en orden a resolver el problema del pauperismo.

Los Montes de Piedad son exposiciones de la miseria de las clases trabajadoras hechas por medio de sus andrajos.

Las cajas de ahorros, receptáculos que representan las privaciones y escaseces de las familias pobres.

Ni una ni otra institución pueden cambiar la constitución económica de los pueblos ni constituir la concordia entre los intereses sociales. En este sentido son inútiles para resolver el problema.

Bendigamos, con todo, su creación, por cuanto enjuga algunas lágrimas y sirve para el bien, aunque de un modo imperfecto y accidental.

XXXVI. CAUSAS DE LA FALTA DE INSTRUCCIÓN DE LOS TRABAJADORES

Se ha dicho: “Puesto que los obreros, sobre ser pobres, son ignorantes. démosles instrucción, y así les habremos libertado de la miseria.”

Este es un raciocinio semejante a la torpe ilusión del desconsolado que tiene necesidad de explicarse de alguna manera la desconocida causa de la desgracia que lo aflige.

Cierto es que los trabajadores viven en la miseria; indudable es también, por desgracia, que carecen de ilustración; verosímil es el enlace entre estos dos estados compañeros; pero es puramente arbitraria la suposición de que la miseria sea un defecto de la ignorancia, cuando es todo lo contrario.

No engendra la sabiduría bienestar: el bienestar sí que es agente de la sabiduría. El trabajador se cría, cuando niño, rodeado de tinieblas, porque la instrucción no solamente reclama precio, sino que impone una compostura que No puede lucir el hijo del pobre. Muchos no pueden ir a la escuela por no exhibir sus harapos o su desnudez.

Además, el estudio consume tiempo, y el tiempo falta en el hogar del pobre, aun al niño que tiene que ir acomodando sus movimientos a los de la máquina de que debe formar parte toda su vida, sin contar con que el mal estado de los suyos reclama el concurso de sus débiles fuerzas y tiene que trabajar en edad temprana.

Por otra parte, la tenacidad de la desventura hace que los padres se postren en un profundo abatimiento y vean inútil la instrucción para la mecánica operación a que están dedicados.

¡Qué les importa que sus hijos sean ignorantes, cuando al instruirlos tienen que conocer lo primero que son desgraciados!

En contraposición a esta consecuencia forzosa, se ve que cuando algún individuo consigue salir del abismo de la pobreza, de seguida procura adquirir conocimientos, aunque no sea más que por satisfacer su vanidad, y procura adquirirlos aunque haya pasado de la edad en que el ser los recibe más fácilmente. Sobre todo, lo que jamás olvida el pobre rehabilitado es instruir a sus hijos, y su orgullo mayor consiste en hacerlos sabios e inteligentes.

No puede quedar la menor duda acerca de que sea la ignorancia un efecto más bien que causa de la miseria de los trabajadores.

Sin embargo, nosotros deseamos la instrucción del pueblo, cualquiera que sea su situación social, porque con ella adquirirá conocimiento claro del ultraje que se está causando a la dignidad de su naturaleza y a sus derechos, y tomando

fuerzas, aunque sea de la desesperación, romperá de una vez las pesadas cadenas que le oprimen.

* * *

Las clases medias han procurado desarrollar, aunque lentamente, la instrucción pública, más bien por egoísmo que por rectitud de miras. Teniendo necesidad, de todas maneras, de estar en contacto con los pobres, les han mortificado los ásperos rozamientos de relación y han querido suavizarlos por su conveniencia propia. Pero en todos los reglamentos de instrucción pública han procurado atender con preferencia a los altos conocimientos que exclusivamente monopolizan, y no sólo desarrollarlos mucho más que la instrucción primaria destinada al pueblo, sino constituirlos sobre la base del privilegio, del diploma que se adquiere a fuerza de oro y tiempo.

El plan de la clase media ha sido y es apoderarse del privilegio del saber como su feudo, a fin de perpetuar con las fuerzas que comunica el despotismo que ejerce sobre los trabajadores en los dominios del capital.

Otra tendencia no puede tener las limitaciones y dificultades que se ponen a la ciencia en todas las leyes de instrucción pública dictadas por la clase media.

No basta para ser médico saber medicina, ni leyes para ser abogado; puede muy bien cualquiera demostrar cumplidamente que tiene gran riqueza de estos conocimientos, y, sin embargo, será perseguido, castigado como criminal si practica algún acto de competencia.

Para ser abogado o médico no se necesita más que tener un diploma privilegiado como los de la nobleza caída, y los méritos que se exigen para adquirirlo no se tienen más que con la riqueza, pues consisten en el tiempo y el dinero.

¡Qué ceguedad! ¡Qué barbarie!

Cuando se leen las leyes de instrucción pública hechas por la clase media, se conoce a la primera ojeada que se han redactado principalmente con el objeto de dificultar la instrucción.

Pero veamos el estado en que la instrucción se encuentra en distintos países.

Los recursos para la instrucción pública en Roma son más considerables que en ningún país del mundo y está tan generalizada como en el que más.

Se extiende hasta las más pequeñas poblaciones de los Estados Pontificios, y en la capital solamente existen más de trescientas escuelas, el mayor número gratuitas, para 150.000 habitantes. El número de alumnos asciende a 14.000, lo que representa uno por cada once habitantes, proporción igual a la de Inglaterra y doble que la de Francia, donde no hace aún muchos años era de uno por cada veinte.

Por desgracia, en Roma la calidad de la instrucción no corre parejas con la cantidad.

En Roma asisten muchos niños a la escuela, pero ¿qué instrucción reciben en ella?

La más a propósito para menguar sus facultades, cohibir su espíritu y anular su personalidad. Centro y corazón del catolicismo, quiere hacer de sus habitantes los mejores católicos del mundo.

El pobre niño, que desde que viene a la vida se va acostumbrando a ver en los escombros de la ciudad de los Césares la demostración de los grandes cataclismos sociales, recibe en la escuela una enseñanza levítica, que no le habla más que de los cataclismos de la conciencia y de los atroces infortunios de la otra vida.

Por todas partes le presentan una imagen falsa, pero terrible, de Dios, como autor de castigos y de venganzas.

El ser humano es un átomo insignificante de la Naturaleza, que nada vale ni puede nada.

El pecado es el eterno agente de las acciones. Satanás, el tentador implacable, siempre seduciendo, siempre sobre su presa, que es el hombre.

Sobre todo, este mundo es un tristísimo lugar de desventuras, por donde pasamos rápidamente sólo para probar nuestras virtudes, lugar que acrisola, pero que atormenta, como el fuego purifica quemando.

Nada tenemos que hacer en la tierra más que sufrir y esperar. Nuestro destino no está aquí. ¿A qué hemos de arrancar el abrojo de una senda que atravesamos rápidamente y para no transitar nunca por ella en adelante?

Estas ideas, arrojadas en los débiles entendimientos de los niños, constituyen una instrucción degradada. La personalidad se achica, las facultades quedan en la inacción, el hombre no se mueve, porque nada tiene que hacer más que rezar tristes oraciones: se humilla ante la divinidad, pero mutilando sus facultades; tiembla si el huracán ruge, le estremece si ruge la tormenta; por todas partes ve peligros, y para conjurar los más pequeños considérase impotente; y así espera azorado su última hora sin haber cumplido absolutamente los deberes que le impuso la naturaleza al presentarlo en el mundo.

Así se concibe que, recogiendo Roma ricos dones de todo el universo, sea la ciudad más pobre de él, la más miserable; los romanos todo lo esperan de Dios, pero todo lo piden y lo toman a los hombres.

Un prelado, piadoso y recto en lo posible, ha dicho que para disminuir en Roma las necesidades era menester dar otra educación al pueblo.

En Bélgica el número de alumnos que asistía a las escuelas de instrucción primaria era de uno por cada trece habitantes en 1830, y uno por nueve en 1840. Sin embargo, de este número tan considerable, cerca de una tercera parte de ellos, según Ducpetiaux, continúa sumido en la ignorancia.

Hay también escuelas dominicales en muchas ciudades y comunes rurales. La Flandes oriental solamente tenía 160, a las que asistían 55.000 alumnos.

* * *

Atribuíanse en Inglaterra, como en otros muchos países, los crímenes y la miseria a la Ignorancia de las masas, y, por lo tanto, la atención del Gobierno se ha aplicado a proporcionar instrucción al pueblo. En esta virtud, se han abierto muchas escuelas gratuitas y medio gratuitas en toda la extensión de la Gran Bretaña, y se aplican, desde 1833 particularmente, gruesas subvenciones pecuniarias a propagar la instrucción popular, la cual, como lo demás de la Beneficencia, está entregada a la iniciativa y al cuidado individual.

La instrucción primaria se comunica en Inglaterra por muchos y diferentes caminos, y son numerosísimas las asociaciones establecidas para fomentarlas.

Hay escuelas destinadas solamente a los pobres niños albergados en las Workhouses, y otras de la industria y la agricultura, donde ingresan los niños de los trabajadores de la ciudad y del campo.

Además de estas escuelas agrícolas e industriales para los niños, hay otras para los adultos. Hace ya algunos años se contaban en Inglaterra más de cuarenta Institutos de obreros en las poblaciones de más de 10.000 habitantes, y más de sesenta en las de menor vecindario, sin hacer mérito de otro gran número de establecimientos análogos creados con el fin de instruir y moralizar a la clase trabajadora y de corregir los defectos que tiene por la falta de la primera educación.

XXXVII. INFLUENCIA DE LA INSTRUCCIÓN PARA REMEDIAR LA MISERIA DE LOS TRABAJADORES

Rica es la Holanda en establecimientos de instrucción para los obreros, pues que antes de 1840, y sin contar con los posteriores incrementos, contaba con

2.038	escuelas gratuitas, que suministraban la instrucción a	83.862 alumnos.
6	industriales, con	920
1	de sordomudos	161
1	de ciegos	30
	TOTAL	84.973

De todas estas escuelas merecen consideración particular las gratuitas y las industriales.

Las primeras, por su gran número, que hace extensiva la enseñanza a un individuo por cada ocho habitantes y porque además están preparadas no solamente para la instrucción, sino también para la educación por medio de una colección de textos con los que gana el corazón tanto como el entendimiento.

Las escuelas profesionales, por su parte, ofrecen en su organización la particularidad de que deduciendo de los gastos

que proporcionan los 920 alumnos, que contienen, el producto del trabajo que prestan no cuesta a la Beneficencia pública cada uno más que dos florines al año, y con esta módica cantidad se enriquece a ciertos pobres con una profesión útil y honrada y se aligera a las familias del peso de una embarazosa vigilancia.

En 1847 era ya mucho mayor el número de escuelas y alumnos que el que se ha consignado arriba. Había las siguientes:

2.272 escuelas diarias con	128.327	alumnos.
69 de domingo, frecuentadas por niños.	2.991	
y adultos	2.533	
48 de párvulos, con	3.627	
TOTAL	137.378	

No están comprendidas en esta última nota las escuelas especiales ni tampoco las profesionales. Estas últimas solamente tenían 1.586 alumnos.

De las 2.272 escuelas diarias que existían en 1847, eran 2.040 fundadas por los municipios, 153 por el Gobierno central o los estados provinciales y 79 por particulares.

* * *

Los cantones suizos protestantes siguen las huellas de Holanda en lo relativo a instrucción, mientras que los católicos siguen las de Roma y ni siquiera en lo relativo al número de escuelas.

La relación de los alumnos con los habitantes es en los primeros de 1 a 5, y, en los segundos, de 1 a 8.

El padre Girard fue autor de un método admirable de enseñanza que instruye el espíritu y al mismo tiempo forma el corazón. Por desgracia, las bárbaras persecuciones de que fue objeto por espíritu de secta le impidieron desenvolver enteramente su pensamiento. De todas maneras, en Suiza se hermanan y caminan al mismo tiempo la educación y la instrucción en provechoso equilibrio

La instrucción es obligatoria en los principales cantones suizos, y lace poco tiempo se ha dictado en el de Vaud una ley sobre las escuelas de instrucción primaria, que puede servir de modelo a los países más adelantados.

Entre los instructores del pueblo más recomendables se daba cita a monsieur Kauper por haber establecido en los cantones latinos la institución del Canto nacional.

“Donde esta institución se ha aclimatado –dice un escritor suizo– están las tabernas menos frecuentadas, han desaparecido casi completamente los excesos del juego, los himnos patrióticos han reemplazado en el hogar doméstico, en las fiestas, en los talleres y hasta en las plazas públicas a las canciones báquicas y licenciosas; los jóvenes han cambiado sus groseros y perjudiciales placeres por el placer noble de cantar los encantos de la Naturaleza, las dulzuras «del país natal y las excelencias de la virtud. Si el egoísmo no mata esta obra, inspiración del genio de la humanidad y de la armonía, contribuirá, sin duda alguna, a mejorar las costumbres y, por

consiguiente, a disminuir las amarguras de la indigencia o quizá a detener sus progresos.”

Esperanzas son las últimas formadas sobre el aire, aunque hijas de un buen deseo.

El cantón de Berna, esencialmente agrícola, ha procurado dar a los hijos del pueblo una instrucción análoga a las ocupaciones que han de tener. Con este objeto Mr. Fellemberg fundó en 1789 su célebre instituto de Hofwill.

Este admirable establecimiento, a estilo de las colonias holandesas, necesitaría muchas páginas para darle a conocer, por cuya razón nos limitaremos a breves indicaciones.

Mr. Fellemberg ha querido que ingresasen en su escuela las tres clases que componen la sociedad, y la ha dividido en tres escuelas distintas: superior, intermedia e inferior, cada una de las cuales da una instrucción acomodada al destino de los alumnos, aunque bajo una misma dirección y cultivando el mismo terreno.

Las relaciones de las tres clases están organizadas paternalmente.

El método de enseñanza es recomendable, aunque no la división de alumnos, pues ésta, aunque sea contra la voluntad del fundador, tiende a sostener las jerarquías originarias, siempre injustas y perturbadoras.

De Hofwill han salido los gérmenes de otras muchas colonias que han inundado no sólo el cantón de Berna, sino los otros

cantones suizos, si bien no han obtenido los resultados pecuniarios que muchos aspiraban.

* * *

El sistema de educación es muy superior en los estados alemanes al que se aplica en los demás países de Europa.

En todos ellos la instrucción es obligatoria. La religión propiamente dicha no interviene en la enseñanza de las escuelas; se deja encomendada al clero y a la familia. De este modo los niños protestantes, católicos y judíos se sientan en. un mismo banco y viven en la más completa armonía.

La relación entre los alumnos y la población es:

1 de 8 en Baviera.

1 de 7 en Wutemberg.

1 de 6 en Baden.

1 de 5 1/2 en Sajonia.

* * *

Aunque en Austria es asimismo obligatoria la instrucción primaria, asiste menos número de niños a la escuela. La proporción es la siguiente:

1 de 9 en el Austria inferior.

1 de 10 en la superior.

1 de 13 en todo el imperio.

No se comprende la Hungría.

Más completo que ningún otro estado de Alemania es el sistema de instrucción primaria en Prusia. Cuéntase en este país un alumno por cada cinco habitantes.

Sin embargo, debe observarse que la instrucción es más general en las pequeñas poblaciones rurales que en los grandes centros, sin duda alguna porque el estado más miserable de los obreros de las industrias hace que dediquen prematuramente sus hijos a los talleres y a las fábricas, con lo que es más difícil puedan asistir a las escuelas.

También la Alemania ha asociado la educación a la instrucción de los alumnos; pero, no pareciéndole esto bastante todavía, ha creado muchas escuelas industriales que son para las clases trabajadoras lo que para las clases medias los colegios y ateneos y para las superiores las escuelas de ingenieros, politécnicos y las demás especiales.

Existen estas escuelas industriales en Austria, Baviera, Hannover, Hesse, Wutemberg, Baden, etc. En Prusia solamente existen 23, una en cada departamento.

* * *

Tenemos que insistir en lo que en otro lugar hemos dicho. No nos seduce ni nos extravía el progreso en conjunto del pueblo alemán. La verdadera ciencia se ha de trasladar a la política, a las costumbres y, en una palabra, a todas las manifestaciones y

relaciones del ser, fijando un progreso en su estado. Lo demás es imperfecto y a más pernicioso en casos dados. El alemán llena de ideas su entendimiento, y continúa tan sabio como él siendo político y económico de los poderes gubernamentales y sociales. Parece como que la instrucción no va al ciudadano, sino a esa personalidad metafísica del no yo que han descubierto.

El hombre instruido se marcha al espacio o se encierra en el libro. En la sociedad permanece el hombre sin derechos, y en el taller, el hombre máquina muy arreglado en sus movimientos, pero sin dignidad y sin conciencia.

Faltando al ser el animado equilibrio del movimiento, deja de funcionar como hombre completo y ciudadano libre.

Otra prueba de que la instrucción no basta para que desaparezca la miseria, ni aun para moralizar las costumbres, es que en Suecia la embriaguez, vicio perjudicial, se extiende constantemente, y la criminalidad se aumenta, y la miseria es mayor cada día, a pesar de que la instrucción primaria está más generalizada que en país alguno, y que esto es así se sabe por varios testimonios autorizados; lord Brougham decía hace algunos años en el Parlamento inglés que apenas había entre cada mil habitantes de Suecia uno que no supiera leer.

Esta instrucción se extiende por todos los ámbitos del país; y, según asegura el pastor Felmann, no había en las dos parroquias que dirigía en la Laponia siquiera un solo individuo que no supiera leer y escribir.

País atrasado la Rusia con relación a los occidentales de

Europa, prospera, sin embargo, relativamente más que éstos, de manera que en un siglo ha pasado del estado salvaje a una civilización centrional, mezcla de la de las clases elevadas, que viven como las más civilizadas de Europa, y de las inferiores o serviles, que se hallan, poco más o menos, como las populares de los países de Occidente al salir de la Edad Media y recibir la civilización de los tiempos modernos.

En 1804 había en Rusia 627 escuelas dependientes del Ministerio de Instrucción Pública, casi eclesiásticas, como militares y especiales.

Contábanse ya 2.117 en 1824 y 4.156 en 1835, las dos terceras partes a cargo del Estado.

El número de alumnos era de	109.256 en 1704.
	262.220 en 1824.
	460.095 en 1835.

252.311 pensionados.

Agregando a este número los que se instruyen en casa de sus padres, se puede calcular que ascendía en 1835 el número de jóvenes que recibía instrucción a un millón, o sea el 1 por 50 de la población.

Poco es esto, en verdad, pero mucho relativamente al estado de barbarie primitivo en que se encontraba el pueblo ruso hace pocos años.

Desde 1835 se ha desarrollado considerablemente la instrucción, aunque nos faltan datos precisos, que se han abierto varias escuelas rurales y granjas agrícolas modelos.

XXXVIII. INSTRUCCIÓN PRIMARIA. ESCUELA DE ADULTOS. BIBLIOTECAS

La instrucción primaria experimentó en Francia muchas vicisitudes, según las épocas y los gobiernos.

Sin entrar a decir cómo estuvo organizada en los tiempos anteriores a la revolución, si los progresos que hizo durante ésta, declarándola obligatoria por el decreto del 24 brumario del año II; sin ocuparnos tampoco del tiempo del imperio, que no atendía más que a la instrucción guerrera, llegaremos al tiempo de la restauración.

En 29 de febrero y 18 de marzo de 1816 se publicaron dos ordenanzas sobre la materia creando una comisión gratuita para la vigilancia y desarrollo de la instrucción primaria, y en ellas se decía que una de las ventajas mayores que se podían proporcionar al país era procurarle una instrucción racional conveniente.

Se contaban en 1820 más de 24.000 escuelas de instrucción primaria y más de 1.000.000 de alumnos varones.

En 1833 el número de escuelas se elevaba a 33.600 y los alumnos pasaban de 1.650.000.

Las salas de asilo, especie de escuelas pequeñas de párvulos, entraron, por decreto de 27 de diciembre de 1837, bajo la dirección de la Universidad, considerándose como establecimientos de instrucción pública.

La primera sala de asilo había sido fundada en París por Mr. Cochin en 1828. En 1846 había en la misma capital 28 con 200 ó 300 niños de tres a siete años cada una. En toda Francia había en 31 de diciembre de 1843.

En 1840 las escuelas primarias elementales eran en Francia 55.342, dirigidas por 62.859 maestros y maestras, de las cuales eran seglares 50.352 y eclesiásticas 12.507.

El número de alumnos era de 2.881.679, y de ellos 1.240.272 niñas. La población general ascendía a 34.500.000 habitantes.

El número de niños de seis a doce años ascendía a 4.000.000, según las tablas de Duvillard.

De manera que, aun contando que alguno recibiera en su casa la instrucción, resulta siempre que había 1.000.000 de niños en Francia que no la reciben absolutamente.

En el mismo año 1840 las escuelas para adultos eran 3.400, frecuentadas por 68.500 alumnos.

* * *

Desde la revolución de 1848, no sólo en Francia, sino en todas las naciones, la instrucción primaria ha adquirido extraordinario desarrollo, siquiera como la calidad, como por la cantidad esté lejos todavía de llegar a la realización del ideal a que en esta materia deben llegar las sociedades modernas. Pero como desde la fecha citada puede decirse que la sociedad moderna ha entrado en una nueva faz política y económica, empezando las clases trabajadoras a dar por Su propia cuenta los primeros pasos eficaces para salir de la objeción en que han vivido, nueva faz de su historia que constituirá la cuarta de la que escribimos, dejaremos todos los nuevos progresos políticos, económicos y sociales, desde entonces realizados, para esta última parte de nuestra obra.

Gracias al método de Wilkem el estudio del canto está en vigor en todas las escuelas primarias de París. El modesto diapasón es el instrumento único que se emplea. No son algunos grupos de niños los que se acercan a tomar el tono en el diapasón, sino la masa entera de los jóvenes alumnos.

Por separado, muchos hombres formales, obreros, padres de familia, han querido participar del aprendizaje, y entre todos han organizado monstruosos conciertos en los salones de la Sorbona, en el circo de los Campos Elíseos y en otras partes. El número de los adultos ha llegado a veces a 1.200, distribuidos en 11 patios. En esta época se han escrito importantes consideraciones sobre la influencia del canto por los discípulos de Fourier y San. Simón.

Además de las escuelas de instrucción primaria, hay otras en París especiales para ciertos ramos de instrucción de la clase

trabajadora, como la institución Grigvson, Instituto Agrícola de Roville, otro y escuela primaria de agricultura en Grand–Touan, la Escuela Central de Artes y Manufacturas de París, la de Comercio y Artes Industriales, la especial de Comercio, el Conservatorio de Artes y Oficios de París, las escuelas, también de artes y oficios, de Chalons y Augers; la de Lyon, las gratuitas de Dibujo, de Escultura, de Arquitectura y Matemáticas, etc.

* * *

Hemos hecho una relación sucinta de los elementos de instrucción que existen en los países de Europa, creados por los Gobiernos para contener la irrupción de la miseria, creciente cada día. Sobre este punto hemos manifestado francamente nuestro parecer, reducido a declarar buena y provechosa la instrucción pública, cualquiera que sea el estado de la sociedad, pero ineficaz absolutamente para remediar la miseria de los trabajadores, por la razón concluyente de que la ignorancia no es el origen, sino uno de los efectos de la miseria.

Para terminar el punto de enseñanza popular en el periodo histórico del proletariado, diremos algo sobre las bibliotecas.

El niño recoge en la escuela las primeras nociones, y recibe con la enseñanza de la lectura y de la escritura los sentimientos para agrandar su instrucción. Ya hombre, sus circunstancias particulares, su aptitud y su destino lo inclinan a extender sus conocimientos; pero como el trabajo le ocupa el tiempo que necesitaría para asistir a las escuelas superiores, aun suponiendo que las haya en el lugar de su domicilio, resulta que está imposibilitado de aprender en ellas.

Entonces el libro hace las veces de maestro; pero para que su enseñanza sea provechosa, menester es que esté escrito con tanta claridad que no reclame las ampliaciones orales del profesor y que contenga no sólo las ideas fundamentales de las ciencias, sino también las que se relacionan más directamente con las necesidades y ocupaciones de los obreros.

Pero no tienen éstos bastante con que haya libros acomodados, toda vez que por ser muy pobres no los pueden adquirir ni escoger, por ser ignorantes. Preciso es que el Estado, a lo menos por ahora, venga en su auxilio y cree y organice bibliotecas populares formadas con las obras que necesitan leer los obreros.

Muchas, aunque modestas, hay en Inglaterra, Francia, Escocia, Alemania y Suiza puestas a la mano de las clases trabajadoras.

Para aumentar el número de libros de cada biblioteca y variar la lectura se ha adoptado en Escocia el medio de cambiarlos periódicamente de unas bibliotecas a otras o de un depósito central a todos los de un cantón o distrito, por grande que sea.

En algunas localidades, los pocos libros que hay en las bibliotecas populares se dividen todavía en varias secciones, a fin de que puedan aprovechar su lectura los encarcelados, los marineros, las mujeres, etc.

En Inglaterra, Escocia y Alemania, además de estas bibliotecas populares establecidas por el Gobierno y los municipios, hay muchas creadas por asociaciones. Los socios reciben los libros, y así que todos se han aprovechado de su

lectura, la asociación los vende, y con su importe y un pequeño aumento compran otros que circulan de la misma manera.

Mr. Comercin ha propuesto un medio parecido para propagar las bibliotecas en el campo.

Propone que cada cantón compre 150 volúmenes, los cuales se depositen entre las aldeas del cantón. Que el preceptor anuncie los libros que tiene y los dé a quien se los pida, con obligación de devolverlos en día determinado. Que el día 1.° de noviembre, por ejemplo, se haga la entrega y el 1.° de julio la devolución.

Pasando entonces los libros de una a otra aldea, calcula Mr. Comercin que en seis años habrán recorrido todo el cantón los 150 volúmenes.

Este sistema es en extremo barato y conveniente y de aplicación más fácil aun en poblaciones más considerables.

* * *

No debemos fiscalizar la materia relativa a los esfuerzos que hacen los Gobiernos para aliviar las penalidades de los jornaleros sin decir algo sobre la benéfica institución de los asilos llamados *creches* en Francia. La creche ayuda a las madres de familia trabajadoras que tienen que salir de su domicilio por la mañana para no volver en el resto del día, las cuales, mediante una pequeña retribución de 30 céntimos (en París), dejan en el establecimiento sus hijos menores de dos años.

La primera creche fue fundada en París por Mr. Marbeau en 14 de noviembre de 1844, y después se han abierto otras 16 en varios cuarteles de la ciudad a expensas de una asociación particular de beneficencia, formada con este objeto.

En 1848 se albergaron más de 8.000 niños en los establecimientos, sin que los fondos municipales contribuyeran más que con 7.5000 francos de subvención anual. Como benéfica idea y de grande utilidad, se ha propagado rápidamente por los departamentos, donde se contaban más de 400 creches de esta clase en 1848.

* * *

No han faltado con todo opositores a estos asilos; Mr. Carnot, ministro de Instrucción Pública, las critica en el preámbulo de un documento ministerial publicado en mayo de 1848, diciendo que las madres de familia por la facilidad de ganar un salario fuera de su casa se despegan de las ocupaciones domésticas; y Mr. Lepelletier, a nombre del Consejo de Vigilancia de Asistencia Pública en París, hace en 1849 una crítica aún más severa y amarga de estas benéficas instituciones. Pero ni uno ni otro se ocupan más que de inquirir y exponer los inconvenientes de la institución, que los tiene como todas las que se acomodan de algún modo a conservar el desorden existente, aunque sea a título de caritativa protección; mas no consideran que no por capricho abandonan su hogar las madres de familia, sino por la necesidad imperiosa de buscar trabajo, y que de seguro se les desgarra el corazón al tener que dejar sus hijos en extrañas manos, aunque sean caritativas.

Puede suceder que el alejamiento engendre a lo largo la indiferencia y el abandono de la casa; pero cúlpese de esto a la sociedad y no a las creches, pues mil veces peor sería comprimir a la familia en las paredes del hogar para que murieran todos sus miembros de hambre, entregados a los más patéticos transportes del sentimentalismo.

* * *

Las creches han pasado al extranjero.

En 15 de junio de 1850 se fundó la primera en Milán. En Bélgica se fundaron cuatro en poco tiempo, dos en la ciudad de Bruselas, una en Lieja y otra en Verviers.

En 1850, mistress Hollesud importó esta institución en Inglaterra, así como Mad. Millet había llevado de este país a Francia la de las salas de asilo. En la parroquia de Mary–le–Bone, de Londres, se abrió la primera en el mes de marzo del citado año, y poco después otras en Manchester, Kensington y otras ciudades del Reino Unido.

De la misma manera se han establecido rápidamente en casi todas las demás naciones de Europa, lo que prueba su grande importancia y utilidad reconocida. La filantropía, desenvolviéndose paralelamente al pauperismo, ha realizado maravillas, pero sin grandes resultados, como sucede a todos los remedios empíricos.

XXXIX. LOS OBREROS EN ESPAÑA. VAGABUNDOS, POBRES Y PARÁSITOS

Aunque genéricamente las condiciones y trámites porque han pasado las clases trabajadoras en España no difieran de las de las otras naciones referidas en los anteriores capítulos, hay, sin embargo, diferencias importantes, hijas de nuestro carácter y costumbres, al mismo tiempo que de la circunstancia de haber sido durante muchos años, y de ser aún, nuestra producción más agrícola que industrial.

Rivalizando y aun sobrepujando a Italia en la Edad Media y en los primeros años del siglo XVI, España, como nación industrial, estaba a la cabeza del progreso, siendo sus productos exportados a todos los países y estando a la moda en todas las cortes de las naciones más adelantadas sus sedas, sus paños, sus guantes, tafiletes y muchos otros géneros manufacturados. Entonces pululaban en grandes masas las clases trabajadoras industriales en Segovia, Sevilla, Burgos, Toledo, Valencia, Medina del Campo y muchas otras ciudades, a la sazón populosas, ricas y célebres por sus manufacturas; y dada la organización gremial y la importancia que en aquellas épocas ejercía la mano de obra por lo insuficiente de la maquinaria y lo rudimentario de los útiles de que los trabajadores se servían, la

suerte de éstos, era relativamente buena comparada con la a que se han visto reducidos en los tiempos modernos los de todas las otras naciones.

Pero la intolerancia religiosa, que en el espacio de dos siglos expulsó de España, despojándolos de cuanto tenían, a millones de trabajadores, so pretexto de ser judíos o moriscos, dejó los talleres abandonados, los pueblos desiertos, convertidos en despoblados, y la generalidad de los españoles convertidos en mendigos, con hábitos de frailes unos, que pedían limosna, y de andrajos otros, que procuraban participar de las limosnas que los frailes recogían.

El predominio del espíritu católico contribuyó eficazmente a la vagancia, a la miseria, a enaltecer la mendicidad en la conciencia pública, a pesar de que en muchas épocas los reyes creyeron poder extirpar una y otra con severas leyes.

* * *

Así vemos, por ejemplo, que ya en 1351 don Pedro de Castilla mandaba a los ayuntamientos que dieran trabajo a los mendigos, condenando a éstos a la pena de azotes si no querían trabajar. Rasgos curioso que indica la repugnancia del mendigo al trabajo forzado y la facilidad relativa de vivir mendigando, al mismo tiempo que la tendencia socialista que implicaba el que el Estado diera trabajo a los que de él carecían. No debió surtir efecto la ordenanza del famoso don Pedro de Castilla, porque en 1387 otra real ordenanza dispuso que los vagabundos quedaran a disposición de los ciudadanos, que podrían imponerles un mes de trabajo.

La vagancia y la mendicidad persistían, a pesar de todo, puesto que en 1400 vemos al Ayuntamiento de Toledo mandar que se cortasen las orejas a los mendigos y que se les matase si se resistían. Pero resistieron sin duda, porque la mendicidad era, sin duda, oficio lucrativo y garantía de libertad para los que la ejercían.

Las Cortes de los siglos XV y XVI renovaron muchas veces las ordenanzas contra los mendigos.

Pero ¿cómo había de concluirse con la vagancia, cuando por todas partes se multiplicaban los asilos de beneficencia para los pobres, la sopa de los conventos, las limosnas y los socorros de todos géneros? El clero explotaba a los ricos, pidiéndoles para los pobres, y repartía a éstos, para justificar sus demandas, parte de lo que para ellos recibía.

En el siglo XVI, sólo en Sevilla, las corporaciones llamadas piadosas daban a los pobres siete millones de reales al año, que, dada la diferencia del valor de la moneda, representa más de treinta del actual.

Los establecimientos piadosos de Madrid, Salamanca, Granada y Galicia repartían también por valor de más de doce millones anuales.

Campomanes aseguraba en 1788 que cada pobre costaba al Estado 300 reales al año; y, en efecto, en 1797 había 7.347 casas de pobres, sin contar hospicios, asilos y otras denominaciones destinadas a los pobres, que no contenían menos de 350.000.

La miseria del país en general, y de las clases trabajadoras en particular, era tan extremada que Ustáriz, Campomanes y Moncada decían, alguno de ellos a mediados del último siglo, que tres millones de españoles no llevaban camisa porque no tenían con qué comprarla.

Ortiz indagó cuántas clases de vagamundos había en España y los clasificó en 40 clases.

Según el último censo de la población hecho el siglo XIX, había entonces 140.000 vagamundos y 36.000 pobres mendigantes, sin contar los recogidos en toda clase de asilos de beneficencia.

Si a éstos se agregan los pobres que en lugar de pedir limosna o de someterse a la vida de los asilos y hospicios preferían robar en los caminos y encrucijadas y los muchos centenares de miles de individuos pertenecientes a clases improductivas, que viven del trabajo ajeno, como la nobleza, el clero, los frailes, las monjas, los funcionarios públicos de todas clases, los logreros, los militares, los abogados, procuradores y notarios y otros muchos no puede uno menos de preguntar: ¿y quién trabajaba en España? ¿Quién producía lo necesario para alimentar tanta langosta? Las cifras de la estadística oficial de 1797 nos ofrecen tales datos sobre todas estas categorías de parásitos que no podemos menos de reproducirlas aquí:

CUADRO DE LOS PARASITOS QUE HABÍA EN ESPAÑA EN 1797

Clero catedral y parroquial	86.546
Oficiales de la Inquisición y de la Cruzada	8.659

Religiosos	69.664
Religiosas	38.429
Sacristanes, cantores, cantoras, mandaderos, legos y dependientes de iglesias y conventos	45.000
Total de gente de Iglesia y sus dependientes...	284.298
Personas pertenecientes a la nobleza	1.440.000
Empleados civiles y militares	343.017
Abogados, notarios y estudiantes	199.566
Administración, ejército y marina	590.000
Criados	840.276
Total	3.661.157

Si a estos parásitos se agregan los presidiarios, que pasaban de 20.000; los contrabandistas, que no bajaban de 100.000, y los centenares de miles de mendigos vagamundos y pobres recogidos en miles de asilos de diferentes denominaciones, se verá que apenas quedaba en España quien trabajase y que la suerte de los trabajadores debía ser la más deplorable, puesto que del producto de sus faenas debían salir los medios de subsistencia propios y ajenos.

* * *

Debe tenerse en cuenta que las cifras anteriores, como las

siguientes, comprenden no sólo las personas que tenían un oficio, profesión o estado, sino todos los individuos de sus familias.

Hemos visto que entre empleados civiles y militares, administración, ejército y armada había 933.017 individuos; pues bien, ahora veremos que no había más que 812.967 artesanos y que es necesario para llegar a la suma de aquellas categorías oficiales agregar los 119.250 fabricantes que había en aquel tiempo y que, junto a los artesanos, hacen poco más de 930.000 individuos.

Tres millones seiscientos sesenta y un mil ciento cincuenta y siete personas improductivas había en España, mientras el número de labradores no pasaba de 2.721.291.

Los jornaleros, clase esencialmente proletaria y productora, ascendían a 2.893.713, de manera que, agregándoles los artesanos y labradores, tendremos que la clase verdaderamente trabajadora y productora no pasaba de 6.400.000 individuos en una población de 10.700.000 almas; pero si la población se divide por familias a razón de 4 1/2 individuos por cada una, resultará que no llegaban a 1.300.000 los trabajadores propiamente dichos, y éstos, además de trabajar para sí y para sus familias, producían con qué viviera el resto de la nación.

* * *

Gracias a la bondad del clima en unas provincias, a la sobriedad proverbial de los españoles, a la fertilidad de nuestra parte de territorio y a la constante emigración a América

durante todo el último siglo pudieron las clases trabajadoras arrastrar una vida miserable, sin esperanza de mejora y como adormecidas, en un letargo de atraso y de rutina, del que casi no tenían otra distracción que las fiestas religiosas con que el clero explotador las entretenía.

Las tierras eran en gran parte comunes, y la costumbre permitía que antes de coger nobles y sacerdotes sus cosechas los pobres cogieran las suyas; las tierras estaban abiertas, y todo el mundo tenía el derecho de cazar. Miles de conventos ofrecían cotidianamente sopa a los pobres. Más de 2.000. hospitales los recibían si estaban enfermos; 30.000 iglesias estaban siempre abiertas para ellos, y frailes y curas les repetían en ellas a todas horas que la pobreza y la mendicidad son virtudes, que los más miserables y los últimos en la tierra serán los más felices y los primeros en el cielo, y les presentaban como modelos de cristianos a San Francisco de Asís, que pasó la vida pidiendo limosna, y a tantos otros centenares de miles de santos que hicieron de la pobreza profesión, renunciando a todos los bienes de la tierra.

* * *

Las clases elevadas e instruidas quisieron en la segunda mitad del último siglo sacar de este profundo letargo y estado de abyección en que estaban sumidas las clases proletarias españolas, siquiera fuese por el propio interés e impulsadas también, preciso es reconocerlo, por el bien público y el engrandecimiento de la patria; pero hasta tal punto había llegado el abandono del trabajo que nadie sabía hacer ni aun las cosas más sencillas.

Para establecer fábricas de paños en Guadalajara y, ¡quién lo diría!, en Segovia, el antiguo emporio de esta clase de manufacturas, fue necesario al ministro Ripalda traer trabajadores de Alemania; y como se rompiesen las máquinas de la fábrica de Guadalajara, no encontró en toda España quien supiera componerlas.

Las Sociedades de Amigos del País tuvieron que ofrecer premios a los que aprendieran a hacer sillas con asientos de paja, y para explotar las minas de Almadén fue necesario traer trabajadores extranjeros; pero, como veremos en los siguientes capítulos, aquellos primeros pasos no fueron estériles.

XL. HOSPITALES EN ESPAÑA. RIQUEZAS DEL CLERO EN 1776

La España católica ha sido el país de la mendicidad y de la caridad. La mendicidad y la vagancia eran de derecho divino; el pobre pordiosero ostentaba sus llagas y su desnudez a las puertas de los templos y de los palacios, sin que nadie se atreviese a expulsarlos para borrar el contraste de la opulencia y de la miseria, y en lugar de ser rechazados y despreciados, vagabundos y mendigos eran mirados con respeto y hasta con veneración en muchos casos, pareciendo como que honraban a quien pedían por hacerlo en nombre de Dios. La mendicidad no degradaba; el espíritu de la fraternidad, aliado al de la caridad, ha predominado de tal manera que puede asegurarse que en ningún país se ha dado más a los pobres ni se han fundado más obras piadosas.

A fines del último siglo había en España, establecidos casi todos por la caridad privada en beneficio de los pobres, 2.231 hospitales, 106 hospicios, 82 casas de reclusión, 67 de expósitos y 7.347 casas llamadas de pobres, lo que hace un total de 9.833 establecimientos de beneficencia.

Poblaciones había, como Córdoba, donde pasaban de 30 los hospitales, y si se agregan a éstos 3.196 conventos, que

pueden también calificarse de establecimientos de beneficencia por los socorros que de ellos recibían los pobres, resultará que éstos tenían repartidos en toda España más de 13.000 establecimientos protectores de su miseria.

Este estado de cosas, que podríamos llamar predominio de la pobreza e imperio de la miseria, era el resultado de la fe católica y de la preponderancia del clero, verdadero señor y dueño del país. El era quien preconizaba la humildad y la pobreza como una virtud, inspiraba repugnancia al trabajo y, haciendo brillar, como deslumbradora fantasmagoría ante las imaginaciones exaltadas por el fanatismo, los goces inefables y las riquezas espirituales de la bienaventuranza, inspiraba a los españoles desprecio de los bienes de la tierra y se los apropiaba, ofreciendo en cambio los del cielo.

A esto llamaba la gente de Iglesia trabajar en la viña del Señor, que era en realidad la única que se cultivaba en España y que daba a los cultivadores óptimo fruto.

Por eso, en lugar de trabajar en campos y talleres los españoles, procuraban formar parte de la Iglesia, administradora de los bienes de los pobres y que guardaba para sí la mejor tajada.

* * *

No podemos resistir al deseo de condensar aquí algunas cifras, más elocuentes que cien discursos, en apoyo de nuestras afirmaciones.

CLASES DE RIQUEZA	*Rs. vn.*
Patrimonio	46.960.000
Casas	14.952.000
Tierras	263.488.000
Caballerías	21.940.000
Salarios fijos	2.320.000
TOTAL	349.660.000

Proporcionalmente a la extensión del territorio y a la población de las demás provincias se deduce de esta renta que el clero de toda la nación recibía 600 millones de reales anuales sólo de los recursos que acabamos de indicar, inducción confirmada por los datos que siguen.

La Comisión de Contribuciones en 1809 manifestó que el valor total del capital territorial de España ascendía 50 millones de reales. Según Cabarrús, que examinó los catastros, el clero poseía un cuarto de este capital, o sea 12 millones y medio de reales.

El producto a 470 da 500 millones por la propiedad inmueble, y añadiendo a esta suma la de 82 millones, producto de las caballerías y las casas de las poblaciones, forman casi la cifra encontrada en otras bases de cálculo.

* * *

Además de los bienes raíces, poseía el clero diferentes ramos de renta, cuya evaluación, según Gray y otros economistas, era la que sigue:

1.º	*Diezmos.*—700 millones de reales, reducidos a 463.600.000 por los gastos de per epción, suma que se repartía de la siguiente manera:	
	Diezmos de la Corona	130.600.000
	Diezmos del clero	333.000.000
	Total de diezmos	463.600.000
2.º	*Misas.*—60.000 diarias, o sea 21 millones por año; deducida la mitad por ser establecidas por fundaciones, restan 30.000 diarias, que a 4 reales cada una producen	43.800.000
3.º	*Sermones.*—410.000 a 20 reales uno	8.200.000
4.º	*Rosarios, votos y exorcismos*	2.000.000
5.º	*Derechos de estola*	30.000.000
6.º	*Imágenes y alforja o limosnas*	34.000.000
	TOTAL GENERAL	951.400.000

Por enorme que esta suma parezca, todavía está lejos de la realidad. Algunos años después, en el primer cuarto de este siglo, los datos sobre el personal y las riquezas del clero en España daban los extraordinarios resultados que copiamos a continuación:

CUADRO DE TODAS LAS CLASES DE PRODUCTOS QUE OBTENIA EL CLERO ESPAÑOL A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

	Rs. vn.
Producto de la renta anual de las fincas rústicas y urbanas del clero secular	200.000.000
Diezmo eclesiástico y primicias	643.800.000
Misas	53.732.744
Bautizos	4.200.000
Matrimonios	2.800.000
Entierros	16.800.000
Mortajas	6.000.000
Cofradías	7.791.906
Festividades	28.779.000
Cuaresma	9.500.000
Funciones de santos patrones	6.787.200
Idem de ídem particular devoción	20.361.600
Hermandades y cofradías	12.569.694
Sermones	16.400.000
Rosarios, votos y exorcismos	2.160.000
Total de rentas del clero secular	1.031.682.144
Producto anual de predios rústicos y urbanos de los cleros regular, monacal, mendicante y mixto	200.000.000
Donativos voluntarios para la subsistencia del clero regular mendicante	250.000.000
Total de rentas del clero regular	450.000.000
Voto de Santiago, Cruzada, expolios, bulas y Santos Lugares	56.200.000
TOTAL GENERAL	1.537.882.144

* * *

El número de personas eclesiásticas ascendía a 266.000, cuya nomenclatura y número valen la pena de ser recordados.

He aquí su clasificación:

CUADRO DE TODAS LAS CATEGORIAS DEL CLERO Y DE SUS SIRVIENTES A PRINCIPIOS DEL SIGLO XIX

Curas párrocos	16.689
Beneficiados	23.698
Sacristanes	10.876
Acólitos	5.533
Tenientes de curas	5.771
Capellanes patrimoniales	13.244
Ordenados de menores	10.774
Demandantes	7.033
Dependientes de Cruzada	1.846
Estudiantes, teólogos y canonistas	6.000
Ermitaños en poblado	1.000
Santeros en despoblado	1.200
Arzobispos, obispos, abades, canónigos deanes, arcedianos, vicarios, canónigos racioneros, capellanes de coro, capellanes de altar, maestreescuelas curiales, familiares de oficio, teólogos, abogados de cámara, mayordomos, tesoreros, sacristanes de catedrales y colegiatas, pertigueros, chantres, cantores, músicos y danzantes	20.000
Criados de curas, beneficiados y tenientes	46.158
Religiosos profesos	37.365
Novicios	2.290
Legos	7.872
Donados	4.225
Criados de religiosos	7.926
Niños sirvientes de religiosos	1.952
Sacerdotes congregantes	161
Criados de éstos	119
Ermitaños regulares	352
Monjas profesas	23.552
Novicias	1.005
Señoras regulares enclaustradas	778
Niñas regulares enclaustradas	638
Criadas de monjas	4.495
Donados de monjas	425
Criados de monjas	1.605
Beatas	1.130
TOTAL	266.000

Repartidos entre estos 266.000 individuos de todos sexos y edad, los 1.537.882.144 de reales de las rentas y obtenciones eclesiásticas corresponden a un término medio de 5.781 reales.

Mas no se crea que este término medio se aproximaba a la realidad en la distribución de tan enorme riqueza.

Párroco había que no tenía 1.273 reales al año, cuando había arzobispos, como el de Toledo, que los tenía cada hora del día, puesto que su renta ascendía a más de 11 millones al año.

* * *

Desde aquella época hasta hoy ha triplicado el valor de la riqueza, y los 1.537 millones de entonces representarían hoy más de 4.500.

Pero es digno de notarse que cuando el clero disfrutaba tan enormes rentas, todas las contribuciones que pagaban los pueblos al Estado no pasaban de 650 millones de reales anuales;

No es menos notable la riqueza que representaban las órdenes religiosas bajo otro punto de vista consideradas.

En los primeros doce siglos del cristianismo apenas hubo conventos; la manía de fundarlos y de entrar en ellos no se desarrolló generalmente hasta fines de la Edad Media; pero he aquí un estado de lo que han costado la construcción de los conventos y la manutención de sus habitantes durante los siglos XVII y XVIII.

CUADRO DEL COSTE DE 320 CONVENTOS DE MONACALES Y DE 2.806 DE MENDICANTES

MONACALES.—320				Rs. vn.
1	El Escorial		70.000.000	640.000.000
53	conventos	a 4.000.000	212.000.000	
53	ídem	a 25.000.000	159.000.000	
53	ídem	a 2.000.000	106.000.000	
53	ídem	a 1.000.000	53.000.000	
53	ídem	a 500.000	26.500.000	
54	ídem	a 250.000	13.500.000	
320				
467	conventos	a 3.000.000 uno	1.401.000.000	3.503.700.000
467	ídem	a 2.000.000	934.000.000	
467	ídem	a 1.000.000	467.000.000	
467	ídem	a 700.000	326.900.000	
467	ídem	a 500.000	233.500.000	
471	ídem	a 300.000	141.300.000	
3.126	TOTALES			4.143.700.000
Por la conservación de estos 3.126 conventos, a razón de 2.000 reales anuales cada uno en el espacio de los indicados 200 años				1.250.400.000
	TOTAL			5.394.100.000

Veamos ahora lo que costaban los que vivían en los conventos:

La manutención y subsistencia de 95.878 frailes y monjas y de sus sirvientes, de ración, vestido y demás necesario a la vida a razón de 8 reales diarios cada uno en el indicado espacio de 200 años	55.992.000.000
Por la reedificación extraordinaria y gastos, recomposición de los conventos destruidos y estropeados durante las guerra civiles y extranjeras ocurridas en los 200 años	500.000.000
Por gastos del culto en las iglesias de los 3.126 conventos durante los indicados 200 años, a 1.000 reales al año por iglesia	625.200.000
Riqueza que han dejado de producir durante los 200 años los 95.878 frailes y monjas a razón de 8 reales diarios	55.992.000.000
Intereses que corresponden durante los 200 años a los capitales empleados en la construcción, conservación y reconstrucción de los 3.126 conventos al 5 por 100 al año	60.000.000.000
Suma de la pérdida de riqueza que han costado a España en los siglos XVII y XVIII los 95.878 frailes y monjas	178.503.300.000

Suma enorme que representa una pérdida nada menos que de 8.925.165.000 cada año, y cuenta que no puede apreciarse para sumarse con esta enorme pérdida la mengua de la población que resulta del celibato de cerca de 100.000 personas, y que los estadistas aprecian en más de 8.000.000 de aumento de población de menos cada siglo.

Si los conventos de frailes y de monjas no hubieran existido en España, nuestra población se aproximaría a 40 millones de habitantes, y la cantidad y el valor de la producción agrícola e industrial sería ocho veces mayor que es hoy, según los cálculos más moderados.

¡He aquí parte de los grandes males que España debe al catolicismo, y ojalá que pudiéramos decir que habían concluido para siempre; pero, por desgracia, todavía pesa esa verdadera calamidad pública sobre la infeliz España!

XLI. EL PRIMER MONTE DE PIEDAD DE ESPAÑA. LAS CAJAS DE AHORRO

Viendo los Felipes de la casa de Austria y Carlos II que los campos se despoblaban como los talleres y no queriendo ver la causa de la despoblación donde realmente estaba, concedieron a los trabajadores ciertas preeminencias banales que a nada conducían, y lo mismo hicieron los primeros reyes de la casa de Borbón. Carlos ni, por ejemplo, concedió a los impresores el derecho de llevar uniforme y de ceñir espada, como si no hubiera sido mucho más provechoso para ellos el que suprimiera la censura civil y la eclesiástica que, cohibiendo al escritor, paralizaba el trabajo de la imprenta y todos los a él anejos, declarando libre el oficio de impresor, sujeto aún, como todos, al monopolio gremial.

En Carlos III, sin embargo, es preciso reconocer el buen deseo de estimular a los trabajadores, a pesar de que no siempre acertara en los medios. En su tiempo también las ideas filantrópicas comenzaron a producir sus efectos. En 1702 se fundó en España el primer Monte de Piedad, que por cierto aún existe, siendo el fundador don Francisco Piquer, capellán del monasterio de las Descalzas Reales de la corte.

En 1.° de diciembre de 1702 mandó hacer una cajita de madera, y el 3 puso en ella un real de plata como base del capital de su fundación. En un mes reunió 4.000 reales, y con esta suma empezó a prestar el padre Piquer sobre prenda pretoria en enero de 1703.

Los préstamos no se hacían a interés fijo; el padre Piquer se contentaba con una limosna voluntaria que daban al desempeñar los objetos y con la cual decía misas por las almas del Purgatorio.

De esta manera los pobres se libraban de la Usura, remediando su necesidad, y el padre Piquer tenía muchas misas que decir.

En 1711 el Monte de Piedad contaba ya con un capital de reales, producto de donativos de las almas piadosas que querían contribuir a aliviar las miserias de los vivos y a salvar las almas de los muertos.

A mediados del último siglo los préstamos pasaban de 5.000 cada año por una suma de 1.500.000 reales, y en la segunda mitad el término medio anual fue de 10.000 y de 2.500.000 reales su importe, y durante todo él el término medio anual de limosnas consagradas para misas fue de 15.000 reales anuales, lo que hace cerca de 1.500.000 reales.

Desde 1800 a 1838 disminuyó el deseo de sacar almas del Purgatorio en la proporción de 15.000 a 6.000 reales anuales; pero, según el Anuario estadístico de 1860, el padre Piquer y sus sucesores dijeron 600.000 misas hasta la citada fecha de 1838.

Esta primera época del Monte de Piedad de Madrid, que comprende ciento treinta y seis años, puede llamarse la Católica, en la cual el capellán fundador y sus sucesores supieron prestar a los pobres, sacar almas del Purgatorio y recibir ellos más de reales.

* * *

Los utilitarios constitucionales, dueños del Poder en el segundo tercio de este siglo, convirtieron el Monte de Piedad en un establecimiento industrial de otra especie, creando la Caja de Ahorros, que recibía los capitales de los trabajadores, pagándoles un interés del 4 por 100, empleando su dinero en prestarles al 6.

Desde aquella época el Monte de Piedad aumentó su importancia, pues vemos que en 1839 los préstamos se elevaron a 18.000 por un valor de 5.000.000 de reales. Desde 1840 a 1858 subió el término medio anual de préstamos a 40.000 por valor de 11.000.000 de reales, y desde 1859 a 1868 han subido a más de 70.000 los préstamos y a cerca de 30.000.000 de reales su importe.

La clase media, directora y explotadora de las revoluciones políticas modernas, transformó el Monte de Piedad, establecido en beneficio de las clases trabajadoras, en ventaja propia, mandando que pudiera prestar sobre papel del Estado, lo cual ha hecho por sumas considerables, que no bajan de 100 millones en pocos años, y como esto se ha hecho con el dinero que los pobres depositan en la Caja de Ahorros, y del que el Monte de Piedad se sirve para sus operaciones, resulta que son

los pobres los que prestan a los ricos, siguiendo aquéllos, a pesar del Monte de Piedad, sujetos a la usura, lo mismo que antes que se estableciera, porque el Monte, que admite el papel del Estado, se niega a recibir muchos de los efectos que los pobres llevan a empeñar y sobre los cuales, no obstante, los usureros les prestan dinero.

* * *

La Caja de Ahorros de Madrid, fundada también en beneficio de las clases trabajadoras, prosperó rápidamente, puesto que la hemos visto elevar el número de sus imponentes y los capitales impuestos desde 1.801 de aquéllos y 1.256.000 reales de éstos, que tenía en 1839, a 14.000 imponentes y 25.000.000 de reales de capital al concluir el reinado del último Borbón; pero, como el Monte de Piedad, fundado para los trabajadores, ha servido la Caja de Ahorros poco para ellos, puesto que de cerca de 15.000 imponentes sólo vemos 5.000 entre trabajadores y criados, los demás son empleados, militares, médicos, abogados y otras clases semejantes, que, aunque pobres, no pertenecen a las clases trabajadoras propiamente dichas.

Lo mismo ha sucedido con una docena de Cajas de Ahorros fundadas en las provincias, a imitación de la de Madrid, en las que apenas llega a la mitad del número de los imponentes los trabajadores.

Fuera de la de Madrid, las pocas Cajas de Ahorros fundadas en las provincias no han hecho más que vegetar.

* * *

Desde 1839, en que se organizó la primera Caja de Ahorros, hasta 1867, último de que tenemos datos oficiales, fueron los imponentes 159.439, lo que da un término medio anual de 5.498; siendo 315.136.193 los reales impuestos, lo que da un término medio anual de 10.866.765 reales; habiéndose devuelto en el mismo período a 125.646 imponentes 281.781.572 reales, o sea un término medio anual de 971.661 reales.

Sólo 16 de estas Cajas han llegado a fundarse en España, cuando en las otras naciones se cuentan por centenares y miles.

¿Qué más demostración se necesita para comprender que esta institución organizada por la clase media para inducir a los trabajadores a economizar, no ha dado los resultados que esperaban?

Al concluir el año de 1867 no pasaban los imponentes en las 15 Cajas hasta entonces organizadas en España de 33.700 y las cantidades existentes de 59.217.132.

He aquí ahora la clasificación de los 8.281 nuevos imponentes en dichas cajas durante el año de 1867:

Menores de edad	1.105
Mujeres	2.067
Domésticos	1.471
Jornaleros	1.969

Empleados	406
Militares	216
Abogados, médicos y otras clases sociales	1.047
Total	8.281

En el mismo año fueron reintegrados 8.624 imponentes, de manera que más fueron los que sacaron que los que impusieron sus ahorros en la Caja en dicho año.

Este remedio, aplicado por los filántropos a la mejora de las clases trabajadoras, no ha dado los resultados que se apetecían, y en ningún caso ha sido aplicado a la gran masa de trabajadores agrícolas.

* * *

Por la misma razón del atraso de la industria en España, las clases trabajadoras de nuestro país han sufrido mucho menos del establecimiento de la maquinaria moderna que las de los países más adelantados. Aquí era necesario crearlo todo nuevo.

Los gremios de artes y oficios habían perdido entre las clases trabajadoras su prestigio antes que la revolución de 1820 los aboliera, declarando libre el trabajo, pudiendo decirse que éste ha empezado a prosperar produciendo más y mejor, tanto para el consumo nacional como para la exportación, desde que desaparecieron los monopolios de los gremios, y que pudo dedicarse cada ciudadano al trabajo que más le convenía.

No con repugnancia, como en otras ocasiones, sino con júbilo, recibieron los trabajadores la abolición de los gremios, que habiendo caído en manos del clero católico desde su origen los había amortiguado en lo que tenían de bueno, y potenciado en lo que de malo tenían, hasta convertirlos en dóciles instrumentos suyos. La decadencia de los gremios fue en gran parte la obra de la teocracia romana, que envenena y mata cuanto quiere o pretende proteger.

XLII. REPARTOS DE TIERRAS A LOS TRABAJADORES. EL VALOR DEL SALARIO EN 1861

En España, lo mismo que en otras naciones en que las revoluciones han emancipado al trabajador, la clase media se ha apropiado exclusivamente de los despojos de las clases privilegiadas vencidas. En Inglaterra fueron la aristocracia y el rey quienes se apropiaron los inmensos bienes del clero católico. Al proscribir esta religión en el siglo XVI en Francia, en Italia y en España, ha sido la clase media la que en los últimos años del siglo XVIII, y en lo que va de éste, ha despojado, en beneficio propio, a la Iglesia católica y a parte de la aristocracia y de las familias reales, y en España, no contenta con esto la clase media, se ha apropiado también los bienes comunales de los pueblos, que en parte usufructuaban los trabajadores del campo, que tenían derecho a cultivarlos y que, en efecto, los cultivaban en muchas provincias.

Las leyes de desamortización se han llevado a cabo de tal manera, que las clases trabajadoras no han podido convertirse en propietarias, como debieran y tenían derecho, perdiendo el usufructo de los Inmensos bienes comunales, que han pasado a manos de los engrandecidos caciques de los pueblos por sumas insignificantes.

* * *

En algunas épocas los gobiernos revolucionarios han hecho repartos de tierras a los trabajadores del campo, pero tan empíricamente, que a la mayor parte de ellos no les ha aprovechado, y los malos resultados obtenidos han desacreditado el sistema de los repartos, pero no para que se buscara otro mejor, sino para abandonar completamente a las clases trabajadoras, tratando de justificar el egoísmo de la clase media, que se lo ha apropiado todo.

La movilización de la propiedad por la supresión de manos muertas, la transformación de los 400.000 poseedores usufructuarios, indolentes y arruinados, que disfrutaban la propiedad a principios de este siglo, en millón y medio de propietarios libres, activos y deseosos de sacar de su propiedad todo el fruto posible, ha sido una verdadera revolución económica y social, que ha colocado a España en las vías de su regeneración e indirectamente ha servido a las clases trabajadoras por el aumento de trabajo, por la mayor demanda de brazos, que ha hecho subir los jornales, creando industrias nuevas y dando gran importancia a muchas antiguas. Así vemos el gran aumento del personal de las clases trabajadoras con relación a las otras clases cada vez que se lleva a cabo un censo o estadística de la población.

Por más que sean incompletos los datos estadísticos referentes al trabajo y a los trabajadores españoles, vamos a insertar aquí uno referente a catorce industrias, siquiera procedan estos datos de documentos particulares y no de la estadística oficial. Tales como son, bastan, a nuestro juicio,

para dar una idea del estado de las clases trabajadoras industriales en España y de la relación de sus haberes con la riqueza que producen; he aquí ahora los cuadros a que nos referimos:

CUADRO COMPARATIVO DEL VALOR DE LAS FABRICAS, MOLINOS Y TALLERES DE CATORCE INDUSTRIAS Y DEL NUMERO DE TRABAJADORES QUE EMPLEABAN EN 1861

INDUSTRIAS	Número de trabajadores	Capital en rs. vn.	Valor de la producción en rs. vn.
Harinera	22.107	368.382.672	2.172.986.000
Aceitera	19.939	175.393.046	1.433.996.000
Algodonera	52.859	677.239.144	1.237.586.452
Lanera	25.185	210.642.529	427.395.100
Sedera	8.709	44.713.000	275.640.400
Jabonera	2.745	23.516.140	193.650.000
Fabricación de aguardiente.	4.377	37.596.990	148.325.700
Cañamera y linera	6.401	17.880.940	106.607.600
Fabricación de metales ...	11.092	296.497.856	"
Fundición de metales	10.873	"	243.555.091
Papelera	5.824	97.807.300	74.833.000
De tejidos mezclados	5.936	8.140.780	74.320.000
De curtidos	7.060	75.751.130	48.545.200
De tapones de corcho	4.727	1.656.100	48.300.000
TOTALES	187.834	2.037.317.627	6.484.740.543

Este cuadro necesita explicación.

El capital a que el cuadro se refiere es el de los artefactos, máquinas, edificios o capital fijo, y no al capital circulante empleado en primeras materias y jornales.

El valor producido es el valor bruto de los productos; pero como no sabemos de los gastos de la producción más que el de los jornales, no puede deducirse el beneficio del capital empleado. De todos modos, como el crédito en la compra y venta de primeras materias y de productos es la regla en la industria y en el comercio, puede decirse que el verdadero

capital desembolsado por los industriales es el de los edificios, artefactos, máquinas, etc.

Repartido este capital entre los 187.834 trabajadores que lo hacen productivo, les correspondería por término medio a 11.373 reales.

Suponiendo, según los principios económicos en vigor, que este capital debía ganar el 6 por 100 de interés al año, éste subiría a poco más de 670 reales, y admitiendo, según las ideas económicas modernas, que el salario es el interés del capital trabajo, y calculando éste por el valor del salario a razón también del 6 por 100, resultará que el trabajador que gana por término medio 2.463 reales al año, concurre a la producción con un capital de 41.000 reales próximamente, o sea cerca de tres veces más que la parte con que a ella concurre al capital–dinero.

* * *

En el siguiente cuadro se demuestra el valor total y los términos medios anual y diario de los jornales, así como el término medio del valor producido por cada trabajador, debiendo tenerse en cuenta que el término medio diario no es lo que gana cada día de trabajo, sino lo que gana en los días de trabajo repartido entre todos los del año. Algunas industrias hay, como la aceitera, que es sólo de estación, lo que explica que ganen al año 600 reales por término medio los trabajadores de los lagares.

El término medio del haber diario de los trabajadores de las industrias de que nos ocupamos es de 6 reales 75 céntimos;

pero si los 2.463 reales que por término medio ganan al año se reparten no entre todos los días de éste, sino entre los en que trabajan, calculando éstos, descontados días festivos, enfermedades y paradas, a doscientos cuarenta, obtendremos un salario o jornal de 10 reales 25 céntimos.

A primera vista, comparado con el jornal de los trabajadores agrícolas, el de estos industriales parece grande. ¡Tan pequeño es el de sus hermanos del campo! Pero ¡si se tiene en cuenta que los 6 reales 75 céntimos representan, no el haber de un hombre, sino el de toda una familia, se comprenderá cuán miserable es la suerte de los productores de la riqueza, cuán desigualmente se reparten los beneficios de ésta!

Veamos ahora el cuadro a que se refieren estas observaciones:

CUADRO DEL VALOR DE LOS SALARIOS, SU TERMINO MEDIO Y DEL VALOR PRODUCIDO POR CADA TRABAJADOR EN 1861

INDUSTRIAS	Número de trabajadores	Valor total de sus salarios	Término medio del salario anual de cada año	Término medio del salario de cada día	Término medio del valor producido por cada trabajador
Algodonera	52.859	122.532.880	2.320	6,30	23.412
Lanera	25.185	75.555.000	3.000	8,00	16.980
Harinera	22.107	68.531.700	3.100	8,49	64.437
Aceitera	19.939	11.903.400	600	1,64	47.200
De fundición de metales	10.873	17.282.500	2.500	6,84	22.308
Fabricación de metales	11.092	45.754.400	4.125	11,00	"
Sedera	8.709	15.676.200	1.800	4,93	31.650
De curtidos	7.060	20.557.660	2.900	7,94	6.876
Cáñamos y linos	6.401	14.082.200	2.200	6,00	16.655
De tejidos mezclados	5.936	16.620.800	2.800	7,67	12.520
Papeleras	5.824	11.648.000	2.000	5,47	12.848
De tapones de corcho	4.727	20.561.450	4.350	11,91	102.179
De aguardiente	4.377	13.131.000	3.000	8,00	33.887
De jabón	2.745	8.827.920	5.200	8,76	70.546
Total y términos medios ...	187.834	462.665.110	2.463		

La situación económica de los artesanos, albañiles, vidrieros, carpinteros, hojalateros, zapateros, cordoneros, pintores, doradores, tallistas, encuadernadores, albardoneros, sombrereros, impresores, cerrajeros y demás artes y oficios mecánicos es en España análoga a la de los jornaleros de las industrias citadas en los dos cuadros anteriores. Pero sólo aproximadamente podemos decirlo, porque no hay documentos de carácter general y auténtico.

El resultado de tal condición económica es la miseria, la carencia de lo necesario, la desnudez y abandono de la infancia, la suciedad en las casas y en las personas, la grosería en las costumbres, males to que sólo la abundancia puede curar.

XLIII. HOSPITALES, INCLUSAS Y HOSPICIOS. ESTADO MORAL DE LAS CLASES TRABAJADORAS EN ESPAÑA

Ya hemos visto bajo sus diferentes fases la beneficencia que podríamos llamar católica, y ahora debemos consagrar algunos párrafos a la puramente civil, que la ha reemplazado desde la fundación del régimen constitucional, estableciendo una Dirección General en el Ministerio de la Gobernación.

En 1866 se contaban en España 1.074 hospitales civiles, siete de los cuales dependían directamente del Gobierno, 92 de las Diputaciones provinciales, 765 de los Ayuntamientos y 210 de fundación particular.

En dicho año fueron asistidos en ellos 223.301 enfermos, lo que representa uno por cada 70 habitantes, número que en el año siguiente de 1867 se elevó a 243.329, o sea uno por 68 habitantes.

Además de estos establecimientos caritativos al servicio de los pobres, había en 1864 102 hospicios y 141 inclusas, casas de expósitos y desamparados, conteniendo los primeros 25.106 acogidos, que costaron 20.458.779 reales, o sea 602,60 reales por individuo, y los 43.855 individuos, cuya asistencia

costó 18.039.030 reales, o sea 299,18 reales por individuo. Pero ¡júzguese cuál sería esta asistencia cuando de los documentos oficiales resulta la muerte de 20 por 100 al año!

El total de los establecimientos de Beneficencia que había en el mencionado año fue de 1.317, conteniendo entre todos 292.262 Individuos, con un coste de 67.209.478 reales.

Lo exiguo de los salarios de que hemos hecho mención en los capítulos precedentes, explica el que tantos centenares de miles de desgraciados tengan que buscar amparo en los establecimientos de Beneficencia. Y si dirigimos una ojeada a las cárceles y establecimientos penales, veremos también el gran número de trabajadores que las pueblan, número que tiende más bien a aumentar que a disminuir.

Las nueve décimas partes de los condenados a presidio pertenecen a las clases trabajadoras, y, según los datos estadísticos, vemos que en 1856, entre presidiarios y reclusos en las galeras, había 20.086; en 1857, 21.537; en 1861, 22.120, y en 1866, 22.331.

De esta gran cantidad de penados, más de 10.000 procedían del trabajo agrícola y más de 7.000 de profesiones industriales; pero, teniendo en cuenta el gran número de agricultores y el exiguo de trabajadores industriales, resulta que apenas había un agricultor condenado por cada 880, mientras había un industrial por cada 65.

* * *

Difícilmente en las naciones civilizadas se encontrará una en

que la justicia criminal esté peor organizada y la represión del crimen sea más arbitraría que en España; baste decir que los agentes del poder civil arrestan todos los años de 40 a 50.000 personas por sospechas de criminalidad, de las cuales alrededor de 30.000 son, después de sufrir vejámenes y perjuicios, puestas en libertad como inocentes. ¿Cómo han de ser representantes e intérpretes fieles de la justicia los que tales injusticias cometen? ¿Y qué justicia es esta que atropella y maltrata, perjudicándoles en sus intereses y personas, a dos inocentes por cada culpable?

De todo esto resulta el descrédito de la justicia y de sus sentencias, cuya influencia moral es menor que en ningún otro país, pues en ninguno ejercen los veredictos de los tribunales deshonra menor para el que condenan a presidio que en España.

Digno es de notarse también que, según los documentos oficiales, la gran mayoría de los condenados no saben leer ni escribir.

Condenando al pueblo a la miseria y a la ignorancia, hay que gastar en jueces, carceleros, verdugos, cárceles y presidios, ejércitos y Policía de todos colores y cataduras, para que obliguen a obedecer las leyes a las grandes masas productoras y para que castiguen a los que las infringen, y esta fuerza brutal de que disponen influye en que se hagan leyes injustas, que pesan casi exclusivamente sobre las clases trabajadoras.

* * *

Verdad es que, pretendiendo moralizar a las clases

trabajadoras los llamados conservadores españoles, importaron del extranjero hace algunos años los premios o recompensas pecuniarias a las acciones virtuosas. ¡Manera extraña de moralizar la de recompensar los actos virtuosos con dinero!

De los documentos referentes a este flamante método de moralizar resulta que el número de premiados desde 1856 a 1867 ascendió a 1.030, y que recibieron por premio, además de 24 medallas de honor y de 184 recompensas cuya calidad ignoramos, la suma en metálico de 1.126.596 reales 84 céntimos.

Laudable es, sin duda, la idea de moralizar premiando las acciones virtuosas, pero parécenos que se rebaja la virtud tasándola, y que en lugar de despertar en el alma los nobles y elevados sentimientos, se la corrompe, dejando ver en perspectiva algunas pesetas como recompensa de sacrificios que llevan su verdadero premio en la satisfacción de haberlos hecho.

La clase media, inventora de estos premios, ha creído dar satisfacción a la virtud con las cosas que ella aprecia más: el dinero y las condecoraciones, es decir, lo que da pábulo y desarrolla el egoísmo y la vanidad.

La virtud es innata en el corazón humano; las clases trabajadoras especialmente, sólo a fuerza de virtud, viven sometiéndose a las iniquidades de una sociedad madrastra, y parece que hay algo de mofa sangrienta en ofrecer a algunos individuos mezquinas sumas y ridículas condecoraciones por

actos que la inmensa masa ejecuta cotidianamente sin apercibirse siquiera de los grados de moralidad y de virtud que revelan.

* * *

Tomadas en su conjunto, las clases trabajadoras de España pueden considerarse como las más morales y animadas por un espíritu de justicia superior al de las de otras naciones de Europa.

Figura entre sus virtudes la sobriedad, que forma contraste tan extraordinario con el vicio de la embriaguez, que predomina entre los trabajadores de los otros países, que no hay extranjero que venga a España a quien este contraste no sorprenda.

El sentimiento de la dignidad personal es otro de los rasgos característicos del pueblo español, y gracias a ese sentimiento los principios y las instituciones democráticas tienen más razón de ser y más probabilidades de arraigarse en España, porque la dignidad personal es la primera condición de la igualdad política. De aquí que el trabajador en España, menos que en ningún otro país, no se haya considerado como un ser inferior, servilmente dependiente de su amo. La independencia de su carácter le ha hecho preferir el hambre a la humillación, la rebelión a la cadena, y esta energía de carácter, unida a su natural inteligencia, han hecho que en todas las épocas en que la libertad ha brillado, siquiera sea fugazmente, hayan recurrido a la asociación para mejorar su suerte y asegurar su independencia.

Su falta de instrucción y la carencia de libertad política, cosas que en gran parte los trabajadores de otras naciones, aunque por causas ajenas a su voluntad, han adquirido mucho antes que los españoles, han determinado el atraso de éstos, que llegan los últimos, por decirlo así, a tomar parte en la gran evolución social que debe emanciparlos de la opresión de todos géneros que sobre ellos pesa. Pero, como tendremos ocasión de ver más adelante, en cuanto han tenido libertad han procurado rescatar el tiempo perdido para instruirse y asociarse, para ponerse al nivel de los trabajadores extranjeros, que les llevaban gran delantera. Y las cualidades que despliegan pueden considerarse ya como una garantía de éxito en la noble empresa que han acometido.

En la sesión de las Cortes Constituyentes de 12 de julio de 1869 referimos algunos rasgos característicos que revelaban el estado moral, al mismo tiempo que la capacidad intelectual de los trabajadores de varios puntos de España, y vamos a reproducirlos aquí para concluir este capítulo, último de los que consagramos al estado de las clases trabajadoras en España.

* * *

“Siempre se ha dicho hasta ahora, y se ha repetido hasta la saciedad, que las clases trabajadoras españolas estaban atrasadas y embrutecidas, y que si llegaba el día en que se les concedieran inopinadamente los derechos que las clases medias han venido ejerciendo, podrían producir un cataclismo, porque las suponían tan fanáticas, atrasadas y envilecidas, que no podrían menos de dar por resultado sus votos a unas Cortes

retrógradas que sirvieran para restablecer las instituciones de los tiempos pasados y no las que están en consonancia con la época en que vivimos.

“Sin embargo, no ha sucedido así: las clases trabajadoras han usado de sus derechos, han practicado el sufragio universal y han dado por resultado, no una Asamblea fanática y carlista, sino liberal. Este ha sido el primer paso dado por esas clases hacia la regeneración de nuestro país. Lo mismo ha sucedido con todos los demás actos políticos y públicos en que las clases trabajadoras han tomado parte después de la revolución de septiembre, y es indudable que en el ejercicio de los derechos individuales nuestras clases trabajadoras están dando un ejemplo que puede presentarse como modelo a las de otras naciones, acostumbradas hace años y aun siglos a la práctica de esos derechos. Las clases trabajadoras han fundado asociaciones políticas, han establecido asociaciones cooperativas, han fundado escuelas de instrucción primaria y otras para niños y adultos, dando también a las clases trabajadoras de otras naciones una prueba de que comprenden sus intereses y los de la patria.

“Voy, señores diputados, a llamar vuestra atención sobre algunos fenómenos sociales verdaderamente extraordinarios, que estoy seguro han de producir una favorable impresión en vuestro ánimo, porque revelan de una manera palpable cuáles son los propósitos y condiciones morales de las clases trabajadoras españolas, que son por ellos merecedoras de toda nuestra consideración.

“Desde los primeros días de la revolución de septiembre he

tenido ocasión de recorrer una porción de provincias, donde he visitado ciudades, pueblos y aldeas, y en todas partes he encontrado aplicado el principio de asociación; pero ¿cómo está puesto en práctica? Puesto en práctica secretamente desde los tiempos de las administraciones pasadas, durante el reinado de la última Borbón, por las clases trabajadoras, que corrían el peligro de ser tratadas como delincuentes, de aparecer como perpetradoras de un gran crimen para aquellos gobiernos, al fundar esas asociaciones de crédito y de consumos, esas escuelas que pudieran aliviar su suerte e ilustrarles y mejorar su condición social para poder un día salir a la luz del sol a ejercer dignamente los derechos políticos y sociales que la revolución ha venido después a concederles. Yo quisiera citar algunos hechos, porque estoy seguro que ha de ganar la Cámara y el país en conocerlos.

"Hace ya bastantes años, encontrándome en Cataluña, fui. invitado a concurrir a una reunión secreta que se celebraba en la industriosa y liberal ciudad de Reus. Asistí, en efecto, a la reunión, donde había algunos centenares de jóvenes que formaban aquella asociación, en la cual hubiera podido cualquiera hallar un carácter político, y, sin embargo, realmente no era otra cosa que una escuela secreta (porque el Gobierno de entonces no la habría permitido, so pretexto de ser hombres liberales de ideas peligrosas, como llaman siempre los reaccionarios a las ideas de progreso); en cuya escuela se reunían para aprender a leer y escribir, francés, aritmética y otros conocimientos más de 900 jóvenes pertenecientes a las clases industriales y proletarias de Reus. Cuando yo asistí a aquella escuela hacía más de nueve meses que existía. Habían alquilado al efecto dos casas que daban a

distintas calles y que se comunicaban entre sí, para entrar todas las noches en número de 200 ó 300, sin que la Policía se apercibiese de ello, y no se reunían para conspirar, sino para instruirse. He dicho que no se reunían para conspirar; pero debería haber dicho que sí, porque realmente aquello era una conspiración contra la ignorancia y el fanatismo del país, y una de las conspiraciones más eficaces, y el germen de progreso de las clases trabajadoras, tan dignas de que miremos por ellas más que por ninguna otra, porque tantas pruebas están dando de su deseo de salir del estado de miseria y abyección en que vivían para elevarse y poder intervenir en la dirección de los negocios públicos.

"Citaré otro hecho no menos elocuente. Después de la revolución he tenido ocasión de asistir a una asociación de consumos existente en Palafrugell, pueblo de la provincia de Gerona, que había vivido secretamente, durante tres años, bajo el régimen de los Gobiernos moderados de Isabel de Borbón, porque tampoco pudo darse a luz, pues seguramente la habrían disuelto, suponiendo que era republicana, socialista, anarquista, etc. Pues esa sociedad, a fuerza de economías, y gracias al principio de asociación, que habían planteado bien, había logrado reunir un fondo de más de 50.000 reales para atender a las necesidades de sus individuos cuando, por causa de enfermedad o de otra clase, carecían de trabajo, y al propio tiempo para instruirse, a cuyo efecto tenían una escuela con el fin de salir de la ignorancia, de ilustrarse y de elevarse moralmente al nivel de las clases más adelantadas de la sociedad. Pero no es sólo en Reus, en Palafrugell, en Barcelona y en otras ciudades de Cataluña, que no cito por no ser prolijo, donde he hallado asociaciones formadas de esa manera por las

clases trabajadoras con objeto de adelantar y de reunir capitales para socorrerse en épocas de apuro, no obstante el absolutismo y la tiranía que durante muchos años han pesado sobre ellas, lo cual prueba la constancia y las nobles cualidades morales de esas mismas clases. En mi última excursión a Andalucía, durante mi permanencia en Jerez, unos trabajadores vinieron a buscarme porque deseaban que concurriera a una sociedad que tenían formada. Fui, en efecto, en compañía de algunos periodistas extranjeros, conducido a un barrio apartado e introducido en una especie de portal que servía de sala, donde había 30 ó 40 trabajadores reunidos y por todo ajuar una mesa, un velón y unos cuantos libros. El presidente era un joven, cuyo nombre siento no recordar en este momento, que había aprendido a leer y a escribir y aritmética a fin de poder enseñar a los demás miembros de la sociedad.

"Pero lo más notable de todo es que esta sociedad, fundada hacía cuatro o cinco años, había empezado por comprar algunas tierras incultas, y sus individuos en los días de fiesta, en lugar de irse a la taberna o a otras diversiones, se dedicaban al cultivo de aquellas tierras, en las cuales habían plantado seis mil cepas, cuya primera cosecha recogieron el año pasado; por cierto que me dieron a probar un excelente vino blanco procedente de sus viñas, que les habrán de producir hasta una docena de botas de 30 arrobas cada una: de modo que tienen ya una propiedad cuyo valor no bajará de 60.000 reales, y esperan con ese sistema mejorarla y desarrollarla hasta formar un capital, común o social, considerable. En sus libros llevan a cada socio su cuenta como accionista o capitalista y como trabajador.

“No quiero concluir esta rápida reseña que voy haciendo de los fenómenos sociales producidos por la elevación de miras, por la sensatez y virtudes de las clases trabajadoras de España, sin citar un hecho ocurrido recientemente con uno de nuestros compañeros de diputación, el señor Paúl y Angulo.

“Todo el mundo sabe la manera con que el señor Paúl ha comprometido su persona y sus bienes en favor de la revolución, y la fe y el entusiasmo con que desinteresadamente ha trabajado por llevar adelante la revolución en beneficio de las clases proletarias. Pues bien: las clases proletarias de Jerez, inspirándose en un alto sentimiento de patriotismo, que les honra sobremanera, al ver ocupado al señor Paúl en las tareas legislativas y periodísticas, procurando el afianzamiento de la revolución de septiembre, y al considerar que, dedicado a estos trabajos, no podía ocuparse lo bastante de sus negocios particulares, sabiendo que una hacienda que tiene unas cuarenta aranzadas necesitaba una labor que precisamente había de darse en esta época, han ido espontáneamente en número de más de ciento y han ejecutado esa labor en pocos días, y cuando la señora madre de Paúl les ha querido hacer un agasajo, no han querido recibir ni siquiera cigarros, diciendo que ellos no quieren repartirse la propiedad de los ricos; que son comunistas del trabajo y quieren trabajar gratuitamente en favor de aquellos ricos que a su vez trabajan generosamente por el bien del pueblo y por la causa de la libertad.

“Yo creo que, aunque estos hechos sean parciales, son dignos de ser sabidos, porque representan las nobles aspiraciones de las clases proletarias de España; y concluyo esta incorrecta peroración suplicando a las Cortes que, tomando en

consideración la proposición, se sirvan nombrar una comisión de personas competentes que, mientras estén en suspenso las sesiones, visiten las provincias, se enteren del estado de las clases proletarias y recojan todos los datos y noticias a ellas referentes, para que en su vista nos puedan presentar la información que habremos de tener presente cuando dictemos leyes que hagan referencia más o menos directamente a las clases trabajadoras.”

* * *

Las Cortes Constituyentes nombraron la comisión, pero ésta no hizo nada so pretexto de que no se habían votado fondos al efecto por las Cortes; el pretexto no podía ser más ridículo en un país donde, sin que las Cortes votasen fondos, se gastaban once millones en adornar el edificio del Ministerio de la Guerra.

A propuesta nuestra, el Congreso ha dispuesto de nuevo, en junio de 1871, que la información se haga, y ha nombrado al efecto una comisión de 21 miembros. Veremos si esta vez nuestro pensamiento se realiza, aunque dudamos que dé los resultados apetecidos.

XLIV. INFORMACIÓN PARLAMENTARIA SOBRE EL ESTADO DE LAS CLASES TRABAJADORAS EN ESPAÑA.

Hemos concluido el capítulo anterior diciendo que si esta vez llega a realizarse nuestro pensamiento respecto a la información parlamentaria sobre el estado de las clases trabajadoras en España, dudamos que dé el resultado apetecido, resultado que, como decía nuestra primitiva proposición, debía ser el que las Cortes, dentro de sus atribuciones, hicieran cuanto fuera dable para sacar a las clases trabajadoras de la abyección en que se encuentran, y he aquí por qué para la gran mayoría de las Cortes, y por consiguiente de los individuos que componen la comisión informadora, el estado de las clases referidas en España, como fuera de ella, no es abyecto, triste, miserable y degradado: esas clases no necesitan emanciparse de nada ni de nadie, porque, según ellos, nada ni nadie las oprime; la revolución social está hecha en España, la desamortización civil y eclesiástica ha puesto la propiedad al alcance de todo hombre trabajador y activo, las escuelas aumentan cada día, la instrucción se difunde en las masas, éstas tienen más derechos políticos que las de cualquier otra nación de Europa y, por lo tanto, en concepto de estos tales, la información parlamentaria no tiene objeto.

En realidad, para los que esto digan, la información, que no por su gusto se ha propuesto, se convertirá en un arma puramente de partido. Los neocatólicos querrán demostrar que con la revolución social, económica y política que España ha realizado en nuestro siglo XIX, las clases trabajadoras han perdido en bienestar y en moralidad: que con la bazofia material y espiritual que en los conventos recibían los pobres en sermones y restos de la pitanza frailuna, han perdido los trabajadores españoles más bienestar y más instrucción que pudieran darles todas las revoluciones posibles, si es que éstas pudieran dar nunca nada bueno a los trabajadores.

En aquellos tiempos en que predominaba el Papa y el rey así en los cuerpos como en las almas, dirán: “No se conocía en España el proletariado, porque todos los pobres de los pueblos tenían tierras de frailes, de curas, de obras pías, de bienes comunales y de nobles que cultivar, casi sin pagar nada, habiendo nacido el proletariado y la cuestión social de las revoluciones modernas, que han desquiciado la sociedad.”

* * *

Los moderados o alfonsinos, por su parte, querrán demostrar, con motivo de la información, que las clases trabajadoras han sido regeneradas por el doctrinarismo imperante en los últimos treinta años, que ha convertido a más de un millón de proletarios en propietarios, acrecentando al mismo tiempo el trabajo de tal manera, que los jornales han subido y los brazos escasean, lo que prueba el bienestar relativo de las clases trabajadoras; y los monárquico–progresista–democráticos, sostenedores de la flamante

dinastía saboyana, dirán a voz en grito que la revolución de septiembre que ellos hicieron y que oficialmente representan, dando a las clases trabajadoras la libertad de reunión y de asociación, suprimiendo el depósito para los periódicos y, sobre todo, concediéndoles el sufragio universal y haciendo a los obreros electores y elegibles, ha hecho por ellos cuanto era posible hacer; que, realmente, hoy están emancipadas esas clases, que, convertidas en administradoras de los públicos intereses y en legisladoras de su patria, si no han nombrado los ayuntamientos y diputaciones provinciales de toda ella, y los diputados de la nación de individuos de su seno, de artesanos y de jornaleros, es porque no han querido, que, a quererlo, dado que son en todas partes la mayoría, nadie podría impedírselo. Lo que prueba que ellas mismas reconocen su inferior capacidad y aptitud administrativa y que están contentas y satisfechas con su estado, puesto que, pudiendo mejorarlo por medio de las leyes, desdeñan el hacerlo.

* * *

Por su parte, los economistas, que no faltan en la comisión, partidarios del dejar hacer, dejar pasar, cuando no se trata de los intereses de su secta, en cuyo caso saben muy bien los hombres de esta escuela, enemigos de la protección del Estado, buscar en éste, aun a trueque de ponerse en contradicción con sus doctrinas, la propia conveniencia, dirán que, lejos de ser el trabajador explotado por el capital, éste ha llegado a ser hoy explotado por aquél, imponiéndole condiciones a veces las más duras, gracias a la libertad omnímoda que los trabajadores deben a la propaganda de los verdaderos principios económicos, y que si algo necesitan para

acabar de regenerarse las clases trabajadoras, no es más que la completa desaparición de las trabas fiscales, de las Aduanas, que dificultan la libertad y la normalidad de los cambios. Pero también hay protectores del trabajo nacional en la comisión, y es bien seguro que a su turno dirán que a la falta de protección al trabajo nacional se debe el malestar de las clases trabajadoras; compararán los jornales, las producciones de hoy y sus precios con los de épocas en que predominaba más exclusivamente que ahora el sistema restrictivo y protector en nuestras leyes arancelarias, con lo que no les faltarán argumentos para deducir que entonces los trabajadores ganaban más y gastaban menos y estaban, naturalmente, mejor.

Estadistas hay también en la comisión que acusarán del malestar, del atraso y de la miseria en que viven las clases trabajadoras a la holgazanería de éstas, a sus vicios, a la facilidad con que en España se vive sin trabajar por la bondad del clima y por la sobriedad de los habitantes; mas, de todos modos, estamos seguros de que la mayoría de la comisión, como la de las Cortes que representa, estará convencida de que es cosa fatal, irremediable y hasta natural que el trabajador sea pobre y que tenga necesidad de buscar un amo cada mañana, so pena de perecer de hambre, creyendo no solamente que es locura pensar que esto no sea así, sino que, si no fuera, no podría existir la sociedad. Y es que la noción de la justicia social no ha penetrado todavía en los cerebros de las clases gobernantes, que sólo excepcionalmente puede encontrarse hasta en sus hombres más ilustrados el sano criterio necesario para juzgar el problema social tal como la historia lo ha planteado en nuestros días en las naciones

civilizadas: gracias si los más avisados son capaces de elevarse hasta un criterio puramente humanitario, y esto sólo desde el punto de vista del sentimiento, no sé si digamos de fraternidad o de caridad.

* * *

Toda la importancia de esta información está en el criterio que se aplique a las cuestiones que de ella naturalmente surgirán, y creemos que este criterio sólo podría manifestarse, dados sus antecedentes, por un obrero, miembro de la Sociedad Internacional de Trabajadores, que forma parte de la comisión.

¿Qué podemos esperar que resulte de afirmativo, de aplicable e inmediatamente útil de la justa posición de tan encontrados elementos? Eliminaciones de principios, de ideas, descartes recíprocos de las apreciaciones particulares que debían producir el armónico conjunto apetecido, el criterio común base de la información, negaciones, en fin, y nulidad de resultados por consecuencia. Ojalá nos equivoquemos, pero tal pensamos que será el resultado de esta idea que hace tres años quisimos llevar a cabo y que nuestros adversarios políticos impidieron, desorganizando la primitiva comisión, cuya mayoría estaba identificada con nuestro pensamiento.

El único beneficio real que de todas maneras habrá producido esta información será el haber puesto sobre el tapete parlamentario la cuestión social bajo una forma amplia, al mismo tiempo que concreta y tal como hasta ahora no se había intentado nunca.

Tampoco creemos que bajo forma tan general la magna cuestión social se haya presentado todavía ante ningún Parlamento de Europa ni de América, y por exiguos que pudieran ser los resultados, nunca podrá quitársenos esta satisfacción a los legisladores españoles de ser los primeros en abordarla.

El problema social se presenta cada día bajo nuevas fases, dando pasos gigantescos, cuya importancia sólo puede apreciarse volviendo la vista atrás para comparar cada diez años los pasos dados en las vías del progreso social.

Cuando consideramos que hace justamente veintiún años escandalizó de tal manera la publicación de un folleto nuestro titulado *Defensa del socialismo*, que creyeron los hombres del poder llamados conservadores necesario para salvar la sociedad de un cataclismo prohibir la circulación del folleto, recoger los ejemplares, condenarnos a 54.000 reales de multa y hacemos pasar un año en la cárcel, y ahora vemos, no sólo realizadas las ideas contenidas en aquella publicación por que entonces fuimos condenados y perseguidos, sino aplaudida esta realización y celebrados sus benéficos resultados por los mismos periódicos conservadores que entonces las miraban con horror, anatematizándolas con tanta energía y no mayor justicia como la que hoy emplean contra las ideas y los actos de la Sociedad Internacional de Trabajadores y otras manifestaciones del adelanto intelectual y moral de las clases trabajadoras, no podemos menos de estar seguros de la realización en períodos sucesivos, no muy largos, de progresos tales que, comparados con ellos las utopías o doctrinas así llamadas de los reformadores modernos, serán cosa corriente y

tan común como lo son ya los adelantos materiales considerados también utópicos hace menos de un siglo debidos a la aplicación de la electricidad y del vapor, a las vías de comunicación, a la transmisión del pensamiento y a tantas otras maravillas industriales.

Las ideas una vez emitidas hacen su camino, y por el andado en los últimos cincuenta años podríamos hasta matemáticamente calcular el que andarán en los próximos cincuenta todas las ideas de progreso social, intelectual y moral, de posesión, dominio y uso de la materia por la humanidad, que vemos irse elaborando y produciendo en más dilatada esfera cada día, a pesar de todos los obstáculos que, siquiera sea batiéndose en retirada, siguen oponiéndoles tenazmente las rancias ideas religiosas que durante tantos siglos predominaron en las almas y dominaron la sociedad, sustentando toda clase de tiranías y de crímenes sociales y políticos.

XLV. EXTRAORDINARIO AUMENTO DEL TRABAJO EN ESPAÑA, TANTO INDUSTRIAL COMO AGRÍCOLA

Desde que las revoluciones de fines del último siglo y de los dos primeros tercios del presente rompieron las trabas de todos géneros que se oponían así al trabajo intelectual como al material, y desamortizando en muchas naciones la tierra antes entregada a manos muertas, puede decirse que la cantidad de trabajo hecho en todas las esferas de la humana actividad sobrepuja en cantidad y calidad a cuanto en muchos siglos realizaron los hombres sometidos a las dominaciones teocráticas y guerreras de las naciones llamadas cristianas y mahometanas. El trabajador ha cambiado de dueño; ha pasado de la férula del fraile, del señor feudal, civil o eclesiástico, a las del empresario de la clase media, del capitalista especulador; pero como la fortuna de éste no está vinculada, no es inamovible, necesita sacar de ella todo el partido posible, aumentarla, mejorarla; la libre concurrencia, convirtiéndose en derecho, legitimando la lucha de los intereses, ha despertado la emulación, el espíritu de empresa. Individuos y Gobiernos a porfía han consagrado sus esfuerzos a la realización de grandes obras de utilidad privada y pública. El ingeniero director e inventor ha sido elevado a la más alta consideración social, se le ha deificado, y bajo su inspiración los trabajadores han

hecho en nuestro siglo XIX y están haciendo lo imposible, lo que se hubiera creído absurdo si, calculándolo de antemano y apreciando sus consecuencias, se hubiese predicho por algún hombre de genio.

No es posible, en efecto, pensar sin asombro en el aumento del trabajo de todos géneros hecho y que cotidianamente se hace en las naciones civilizadas, comparado con el que se hacía antes de las revoluciones emancipadoras del trabajo.

España es una de las naciones más atrasadas, de las que más tarde han entrado en el gran movimiento regenerador y emprendedor que caracteriza a nuestro siglo XIX, y, sin embargo, lo que los trabajadores han hecho en los últimos setenta años hubiera parecido una utopía si se hubiese dicho antes que lo hicieran.

No es posible extendemos en una obra de la índole de ésta y reducidos como estamos a un número fijo de páginas, pero vamos a poner a la vista del lector algunos datos curiosos que servirán de comprobantes sobre lo que dejamos dicho: los progresos del trabajo desde que las revoluciones políticas destruyeron los obstáculos que la organización teocrática y nobiliaria se oponían a su desarrollo.

* * *

Por más que los creamos inferiores a la verdad, no podemos menos de tomar cómo base de nuestros datos estadísticos, respecto al aumento de trabajo realizado en España en el actual siglo XIX, los emanados de las oficinas del Gobierno y publicados en los anuarios estadísticos en estos últimos años,

aunque procurando corregirlos con datos nuestros deducidos de la comparación de los datos oficiales antiguos y modernos, a fin de aproximamos lo más posible a la verdad que buscamos. Y como prueba fehaciente de la falsedad, hija de la incuria y de la mala fe de los datos oficiales modernos, vamos a dar aquí documentos que los prueban.

Fije su atención el lector en los siguientes cuadros estadísticos referentes a la riqueza pecuaria de España, tal como la presentan los datos oficiales en varias épocas comprendidas entre 1797 y 1865, y verá que en la primera de estas fechas, según los datos del Gobierno, había en España 19.370.000 reses de todas clases, cuya renta declarada era de 384 millones, y un valor total de 2.341 millones de reales, lo que daba un valor medio a cada res de 120 reales 87 céntimos, y una renta media también de cada res de 19 reales 82 céntimos, o sea poco más del 10 por 100. Pues bien: en 1861 el Gobierno, para el reparto de la contribución sobre la riqueza pecuaria, declara que hay en España 26.014.329 reses, olvidándose que en 1826 se había hecho un recuento que dio por resultado muy cerca de 25 millones, y que, dado el considerable aumento de la población y del trabajo agrícola desde 1826 a 1861, era imposible que los ganados de todos géneros no hubiesen aumentado en más de un millón, o sea escasamente un 5 por 100 en treinta y cinco años. Pero no es esto lo más grave, sino que al declarar que no había más que 26 millones de reses, les supone la administración como renta 239.732.000 reales, resultando que mientras en 1797, 19.370.000 reses producían una renta de 384 millones, 26 millones en 1861 sólo la producían de 238.732.000, de lo que resultaría, si fuera cierto, una disminución de valor de más del

60 por 100, cuando es de notoriedad pública y se demuestra también con documentos fehacientes que, lejos de haber disminuido de valor este género de riqueza en los últimos sesenta años, ha aumentado por lo menos un 50 por 100.

Pero he aquí que cuatro años después, en 1865, la Junta General de Estadística descubre la falsedad de los datos de la Administración de Hacienda, procediendo al recuento de las reses, que dio por resultado 36.622.313, o sea más de diez millones y medio de aumento en cuatro años, declarando además que sus datos eran incompletos y que pasaba, en realidad, de dicho número el total de las reses que había en España. Por eso, al hacer nosotros el cálculo del número de reses que probablemente debe haber en 1871, lo apreciamos en 40 millones.

No ha habido hasta ahora Junta de Estadística que descubra la ocultación del valor, ya que lo está la del número; pero no creo pueda tacharse de exageración el siguiente cálculo:

Suponiendo que el valor de cada res haya seguido siendo el mismo, basta, para saber la verdadera renta de la riqueza pecuaria en nuestros días, con hacer la siguiente regla de proporción: Si el término medio del valor de cada res en 1797 era de 120 reales 87 céntimos y había 19.370.000 reses, que valían en conjunto 2.341 millones, las 24.984.000 reses que había en 1826 valdrían al mismo precio medio 3.020 millones, y las 26.014.000 reses declaradas en 1861 valdrían 3.104 millones, y 4.426 millones las 36.622.313 reses contadas en 1865 por los empleados de la Estadística.

Siguiendo la misma regla de proporción, y siendo la renta declarada 384 millones en 1797, en que había 19.370.000 reses; en 1861, en que había, según la Administración, 26.014.000 de éstas, la renta debió ser de 490.131.000 reales y no de 238.732.000, que la Administración de Hacienda declaró como base imponible; y por la misma razón, en 1865 la riqueza imponible o renta de la ganadería debió ser de 725.854.000 reales y no de 261.700.000 reales que asignó la Hacienda. Todo esto en el concepto de que las reses hayan conservado el mismo valor y el mismo tipo de renta que a fines del último siglo, que, si como creemos, su valor ha aumentado en 50 por 100 y la renta en la misma proporción, entonces pasará de 1.000 millones la renta de la riqueza pecuaria. Para creerlo así hay, además, entre otras razones, la de que el aumento mayor ha sido en los ganados vacuno, mular y caballar, que son los de más precio.

Creemos que bastan y sobran los datos que preceden para convencer al lector de que la cantidad de riqueza creada en España en el siglo presente es mucho mayor que la que nos presentan las declaraciones de sus poseedores y de la Administración pública.

Pero veamos otros datos no menos concluyentes:

Como es la agricultura la madre de todas las industrias, y sobre todo en España, empezamos por un cuadro curioso e inédito, que muestra los progresos y aumentos del trabajo agrícola en España en el actual siglo XIX:

CUADRO COMPARATIVO DE LA POBLACION Y DEL TERRITORIO CULTIVADO DE CEREALES Y DE SU PRODUCTO Y VALOR EN VARIAS EPOCAS, DESDE 1797 A 1871

	Datos oficiales de 1797	Datos de Moreau de Jonés de 1833	Datos oficiales de 1857	Cálculo aproximado de Garrido de 1871	Aumento total	Aumento medio anual
Hectáreas cultivadas de cereales	5.800.000	10.274.000	15.938.411	23.000.000	17.200.000	235.616
Producto medio de cada hectárea en hectolitros	6	6	6	6		
Hectolitros de cereales producidos	34.800.000	61.644.000	95.630.646	138.000.000	103.200.000	1.413.685
Precio medio del hectolitro de cereales	60	70	80	85	25	0,30
Valor total de los cereales producido	2.088.000.000	4.315.080.000	7.650.451.680	11.730.000.000	9.642.000.000	13.195.205
Población de España ...	10.400.000	13.000.000	15.700.000	17.200.000	6.800.000	93.150
Término medio de las hectáreas cultivadas que corresponden a cada habitante	0,55	0,79	1,15	1,33		
Término medio de los hectolitros de cereales que corresponden a cada habitante	3,3,46	4,7,41	6,0,91	8,0,23		

Este cuadro necesita algunas explicaciones, que vamos a dar.

Las cifras referentes a 1797 y 1857 proceden de documentos oficiales; los referentes a 1871 son un cálculo aproximado hecho por nosotros, pero que estamos seguros se aproxima mucho más a la verdad que los datos oficiales referentes a 1857. Estos proceden de la Administración de Contribuciones Directas o, lo que es lo mismo, de las declaraciones hechas por los propietarios y aceptadas, por la Administración. Pero ¿quién ignora las ocultaciones escandalosas con que defraudan a la Hacienda propietarios y administradores? El mismo ministro de Hacienda ha tenido que confesar en las Cortes que las tierras cultivadas ocultas a la Administración pasaban de 22 millones de hectáreas. Más de 50 millones de hectáreas componen el territorio español, y, según los datos del Gobierno a que nos referimos, no llegaban a 20 millones las consagradas a toda clase de cultivo. De éstas, 15.900.000 se consagraban al cultivo de cereales en 1857; pero nosotros, por los datos recogidos en muchas provincias, estamos convencidos de que

en dicha fecha pasaban de 20 millones de hectáreas la tierra cultivada de cereales, y que hoy, al cabo de catorce años, llegan a 23 millones de hectáreas las tierras consagradas al cultivo de cereales. Lo que decimos de la cantidad de tierra cultivada lo repetimos respecto a la población, que creemos apreciar sin exageración, a mediados de 1871, en 17.200.000 almas, a pesar de que los incompletos datos oficiales dan cerca de 400.000 almas menos. En un país en que todos los Gobiernos carecen de crédito y de autoridad moral, y donde los ministros tienen que confesar en pleno Parlamento la existencia de medio millón de casas que la Administración no puede descubrir para imponerles contribución, y de miles de millones de hectáreas de tierras que están en el mismo caso, ¿cómo es posible que deje de suceder ío mismo con los habitantes, que no están siempre fijos, como sucede a casas y haciendas? Con relación al número de habitantes, la producción de cereales ha aumentado próximamente un 250 por 100, resultando que en un año común no sólo produce España todos los granos necesarios para el consumo de su población y de sus ganados, conservando lo necesario para las sementeras y reserva para algunos meses, sino que exporta una cantidad respetable así en granos como en harina.

He aquí ahora otro cuadro no menos interesante de los progresos del cultivo de la viña: Respecto al aumento del cultivo en su conjunto desde 1797 hasta hoy, no tenemos datos completos; los más aproximados no llegan más que hasta 1857, pero los referentes a cereales y a la viña, que el lector ha visto, bastan para apreciar en toda su importancia el progreso de la producción agrícola en España, que es lo que nos proponemos. No obstante, he aquí los datos más completos

referentes a la agricultura, considerada ya su relación con los habitantes:

CUADRO COMPARATIVO DEL CULTIVO DE LA VIÑA Y DE SUS PRODUCTOS EN 1797, 1857 Y 1871

	DATOS OFICIALES			CALCULO APROXIMADO DE GARRIDO	
	1797	1857	AUMENTO	1871	AUMENTO
Hectáreas cultivadas	400.000	1.492.925	1.092.925	2.000.000	1.600.000
Hectolitros de vino producidos.	7.600.000	28.365.000	20.765.000		
Hectolitros correspondientes a cada hectárea	19	19	"	19	"
Precio medio del hectolitro en reales vellón	37	60	23	60	23
Valor total del vino producido.	281.200.000	1.701.900.000	1.420.700.000	2.280.000.000	1.998.800.000
Precio medio del litro en cuartos	3	5	2	5	2
Término medio de litros correspondiente a cada español	60	189	129	223	163
Valor del vino correspondiente a cada español	23	114	91	134,14	111,14
Valor en reales del vino producido por cada hectárea	720	1.140	420	1.140	420
Consumo medio de cada español en litros	50	100	50	100	50
Consumo total de la población en hectolitros	5.125.500	15.450.000	10.324.500	17.200.000	12.074.500
Sobrante para la exportación y la conversión en aguardiente y vinagre	2.474.500	13.085.000	10.610.500	20.800.000	18.325.500
Hectolitros de vino exportado	740.000	1.212.120	472.120	1.850.000	1.110.000
Valor del vino exportado	81.400.000	286.640.000	205.240.000	500.000.000	418.600.000
Término medio del valor del hectolitro exportado	110	182	72	274	164
Hectolitros de vino restantes comprendidos los que se convierten en aguardiente y vinagre	1.735.500	11.702.880	9.967.380	18.950.000	17.214.500

CUADRO COMPARATIVO DE LA POBLACIÓN TOTAL Y DE LA AGRÍCOLA DE ESPAÑA, DE LAS TIERRAS CULTIVADAS Y DE SUS PRODUCTOS CON RELACIÓN A LA POBLACIÓN

	DATOS OFICIALES				CALCULO APROXIMADO DE GARRIDO		
	Año de 1797	Año de 1857	AUMENTO TOTAL	AUMENTO MEDIO	Año de 1871	AUMENTO TOTAL	AUMENTO MEDIO
Población total.	10.300.000	15.600.000	5.300.000	88.333	17.200.000	6.900.000	94.520
Idem agrícola	5.615.004	9.323.964	3.708.960	61.816	11.273.857	4.658.853	63.819
Hectáreas cultivadas	8.512.000	19.154.606	10.642.606	177.376	31.309.000	22.797.000	312.287
Areas cultivadas correspondientes a cada agricultor	151	205	54	0,9	266	115	1,57
Valor en reales del producto bruto de la agricultura	5.073.000.000	19.991.000.000	14.918.000.000	248.633.333	34.272.823.000	29.198.823.000	399.883.876
Gastos de producción	3.147.032.000	11.767.000.000	8.619.961.000	143.666.133	20.277.700.000	17.130.668.000	234.666.684
Producto neto o renta líquida	1.925.968.000	8.228.000.000	6.302.032.000	105.033.866	13.995.123.000	12.069.155.000	165.330.890
Producto bruto por hectárea cultivada	591	1.043	452	7,53	1.063	472	6,40
Gastos de producción por hectárea	368	614	246	4,10	616	248	3,36
Producto líquido por hectárea	223	429	206	3,43	447	224	3,06
Valor medio de los productos agrícolas correspondientes a cada habitante	451	1.290	839	13,98	1.992	1.541	21,10

Si se tiene en cuenta que el aumento de la población no ha sido tan rápido como el de la producción, resulta que la cantidad media de trabajo ha aumentado para cada trabajador.

En 1797 la población agrícola era de	5.615.004
En 1871 es de	11.273.857
Aumento	5.658.853
Aumento por 100	100
Las tierras cultivadas en 1797 eran hectáreas	8.512.000
En 1871 son hectáreas	31.309.000
Aumento total	22.797.000
Aumento por 100	250

Luego la población agrícola sólo ha aumentado en este periodo un 100 por 100, mientras la cantidad de tierras cultivadas ha aumentado en un 250 por 100.

XLVI. LA CONSTRUCCIÓN. LAS INDUSTRIAS MINERA Y NAVIERA. LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Veamos ahora el aumento del trabajo hecho y de la riqueza, por lo tanto, en esferas distintas de la agrícola:

AÑOS	Edificios
En 1797 había	1.949.577
En 1857	3.376.000
En 1867	4.072.781
Aumento en 70 años	2.123.204

El número de edificios ha más que doblado, cuando en el mismo período la población sólo ha aumentado en un 60 por 100.

Si se tiene en cuenta la ventaja que llevan las casas nuevas a las antiguas en el mayor número de pisos, el progreso será mayor.

Notables son también los progresos de la industria minera, abandonada hasta el siglo pasado, en que los reyes empezaron a explotarla y en que, por falta de operarios diestros en España, tuvieron que recurrir a los extranjeros.

Esta industria, aunque en parte dirigida por extranjeros, la hacen hoy productiva los mineros españoles.

Sólo 132 minas se explotaban en España en 1825, y sus productos eran insignificantes.

En 1859 las minas explotadas eran 4.477.

Las minas denunciadas pasaban de 7.000. En las 4.477 no estaban comprendidas más que las que pagaban contribución y estaban explotadas.

Desde 1860 a 1869 las minas productivas han aumentado de la siguiente manera:

AÑOS	Minas	Operarios	Máquinas de vapor
1860	1.988	28.000	41
1868	3.225	41.600	119
Aumento en ocho años	1.237	13.600	88

***

PROGRESOS DE LA MARINA MERCANTE DE VAPOR DESDE 1843 A 1867, AMBOS INCLUSIVE

AÑOS	Buques	Caballos de vapor	Toneladas
1843	7	320	900
1848	22	1.910	2.917
1853	39	3.998	6.500
1858	65	7.322	13.399
1860	80	8.599	15.444
1863	127	13.526	39.060
1867	151	22.619	45.484
Aumento desde 1843 a 1867 ...	144	22.299	44.584

Los buques de altura y cabotaje, así de vela como de vapor, eran:

En 1843	2.700
En 1853	4.516
En 1863	4.859
En 1867	4.514

En 1843 no llegaban a 90.000 las toneladas, y en 1867 pasan de 290.670.

Verdad es que en varios años Intermedios ha sido casi doble el número de toneladas de la marina mercante, debiéndose en parte, respecto a la de cabotaje, esta decadencia al establecimiento de los ferrocarriles y a la mayor rapidez en los viajes de los buques de vapor; éstos transportan más en menos tiempo.

La falta de datos circunstanciados respecto a las diferentes categorías de buques impide que se puedan formar estados completos. De todos modos, según los oficiales, comprendiendo los buques de altura, cabotaje, pesca y tráfico de puertos, en 1853 se contaban 16.391, con 255.980 toneladas, y en 1863, 21.552, con 461.864.

El personal de la marina mercante, que en 1848 era de 69.210 hombres, ascendía en 1863 a 91.602.

* * *

Uno de los datos más fehacientes del gran adelanto del trabajo o, lo que es lo mismo, de riqueza, realizado en España en el actual siglo XIX, es el aumento de los productos de ese mismo trabajo exportados fuera de la Península.

He aquí un cuadro que nos demuestra este aumento:

CUADRO COMPARATIVO DE LOS VALORES DEL COMERCIO EXTERIOR DE IMPORTACION Y EXPORTACION DESDE 1789 A 1868, AMBOS INCLUSIVE

AÑOS	Importación en millones de reales	Exportación en millones de reales	TOTAL
1789	220	120 (a)	340
1827	381	288	669
1849	587	478	1.065
1855	1.024	1.259	2.285
1860	1.483	1.098	2.581
1862	1.679	1.110	2.789
1865	1.626	1.286	2.912
1868	2.295	1.110	3.405
Aumento en 79 años	2.075	990	3.065

(a) En las cifras de este cuadro están sólo comprendidos los valores de la exportación de productos nacionales.

El término medio del valor del comercio exterior correspondiente a cada español en 1789 era de 33 reales; de 53, en 1829; de 76, en 1849; de 174, en 1862, y de 200, en 1868.

Diez millones de habitantes tenía España en 1789, y sólo exportaba por valor de 120 millones de productos del trabajo nacional. Diecisiete millones contaba en 1868, y exportaba por valor de más de 1.110 millones.

En la primera época correspondían por término medio a cada

español del valor de los productos exportados 12 reales, y en 1868, 65 reales.

Sólo calculando que el bienestar personal o consumo de cada español haya aumentado por término medio desde 1789 en un 50 por 100, resultará que la producción ha sextuplicado en setenta y nueve años.

* * *

Al aumento de la producción y del comercio ha correspondido, y no podía ser menos, el de las obras de utilidad pública, sobre todo las que se refieren a las vías de comunicación, como puentes, faros, caminos ordinarios y vías férreas, telégrafos, puertos y muelles. Desde la muerte de Fernando VII hasta hoy pasan de 18.000 millones de reales lo gastado en toda clase de obras públicas.

A la muerte de este señor no había en España más que 676 kilómetros de carreteras, y éstas en tan mal estado, que en muchos meses del año no diremos que sillas de posta, pero ni siquiera caballos podían andar por ellos. Las diligencias necesitaban ocho días para ir de Madrid a Barcelona o Sevilla, y la corte pasaba generalmente en los inviernos meses enteros incomunicada con Galicia y Asturias.

Desde 1840 hasta hoy se han abierto cerca de 400 kilómetros de carreteras por término medio al año, siendo de unos 55.000 el término medio del gasto de construcción por kilómetro.

A continuación insertamos un resumen de lo gastado en carreteras durante el siglo XIX:

	Reales
Desde 1808 a 1834	329.000.000
Término medio anual	9.676.470
Desde 1835 a 1840 (período de la guerra civil)	48.000.000
Término medio anual	8.000.000
Desde 1841 a 1846	93.901.711
Término medio anual	15.650.285
Desde 1847 a 1854	355.107.261
Término medio anual	44.390.567
Desde 1855 a 1871	2.900.000.000
Término medio anual	181.000.000
Total gastado en carreteras en el siglo actual	3.726.008.972

No hay siglo, comprendiendo los de la dominación romana, que dejó a España con 11.000 kilómetros de vías o caminos, en que se haya gastado suma igual en su construcción y conservación. Pero ¿qué decimos siglo, si nos atreveríamos a afirmar que desde la fundación de la monarquía española hasta el reinado de Carlos III no se gastó tanto en objeto de pública utilidad como desde el advenimiento de este rey hasta ahora?

***

A oscuras estaban las costas de España hace cuarenta años; apenas si en ellas lucían, ara guiar a los navegantes, dos o tres faros; pero desde 1839 hasta 1869 se han construido y se encienden diariamente 162, quedando sólo por concluir 18, que formarán un total de 180, que se ha supuesto bastan para alumbrar las costas de la Península e islas adyacentes.

Abandonados también estaban los puertos, a pesar de contar nuestras costas con 112 naturales, pero en todos se han hecho estudios para añadir las obras del arte a las de la Naturaleza, y de ellos hay ya 26, cuyas obras están terminadas, y 22 en

construcción, habiéndose gastado entre todos ya más de 161 millones de reales. También se han construido hasta 1869 126 boyas y balizas para las costas.

El aumento de la producción del comercio y de las comunicaciones y medios de transporte ha producido, naturalmente, la mejora en el servicio de correos, que ha llegado a hacerse diario en casi todas las provincias, y el aumento en la correspondencia pública.

La primera estadística referente a este ramo data de 1846, llegando la última a 1869. He aquí algunas cifras elocuentes respecto a los adelantos que revelan en la civilización española:

	Cartas
En 1846 la correspondencia que fue de España a Ultramar y que de Ultramar vino a España, ascendió a... ...	51.164
En 1852	178.336
En 1859	1.342.786
En 1863	2.450.078
En 1867	2.838.033
En 1846 se cambiaron con el extranjero	534.303
En 1857	1.925.636
En 1861	2.974.881
En 1867	3.519.216
En el reino circularon en 1846, comprendiendo las de Ultramar y del extranjero	19.044.958
En 1854	25.235.889
En 1858	42.594.733
En 1862	63.459.883
En 1865	70.351.862
En 1869	73.426.458

El aumento en veinticuatro años asciende a 54.381.500 cartas.

En 1846 apenas circulaba carta y media al año por cada español, y en 1869 han circulado a razón de más de cuatro.

La transformación social que nos revelan las cifras contenidas en este y otros precedentes capítulos respecto al aumento de la producción y al desarrollo de todas las ramas de la riqueza pública no están en relación con el aumento del bienestar de las clases trabajadoras. Estas, que tanto han contribuido a la creación de toda esta riqueza, sin cuyo concurso hubiera sido imposible dar a la propiedad el inmenso aumento de valor adquirido en este siglo, son las que menos han sacado de esta gran revolución económica. La propiedad se ha desamortizado, pero en tesis general no ha llegado a manos de los trabajadores. Estos, al cambiar de amo, han aumentado de jornal, pero también de trabajo, y el aumento de salario no ha estado en relación con el de los objetos de consumo

Sin duda, centenares de miles de trabajadores, sobre todo de la clase de artesanos y de cultivadores, de los que, además de su trabajo personal, tenían algunas economías o crédito, han pasado a la categoría de propietarios; pero con relación a la inmensa masa de trabajadores esto ha sido excepcional, pudiendo decirse que las clases media y acomodada son las que han sacado en España, como fuera de ella, las ventajas directas y personales de las revoluciones económicas y políticas de nuestro siglo XIX.

XLVII. LA RIQUEZA EN LOS PRINCIPALES PAÍSES DEL MUNDO

Si España, que es una de las naciones más atrasadas de Europa, una de las que han comenzado más tarde a entrar en las vías del progreso, y sin embargo, durante el actual siglo XIX, gracias a las revoluciones políticas, ha logrado aumentar el trabajo, ensanchar el gran taller social, multiplicando considerablemente su riqueza, ¿qué no sucederá a las naciones europeas y americanas, que desde hacía ya mucho más tiempo venían marchando a la cabeza del progreso político, y social?

Por más que sea rápidamente, en esta obra consagrada a la historia de las clases trabajadoras, no es posible dejar de dar algunas cifras por las que pueda el lector formar, idea de las inmensas riquezas creadas por los trabajadores de las naciones civilizadas en el actual siglo XIX.

	Habitantes
Empezando por nuestra vecina la Francia, que en 1700 sólo contaba una población de	19.669.320
La vemos llegar en 1821 a	30.461.875
En 1856 a	36.039.346
En 1866 a	38.192.064

Pero durante el mismo período de más de ciento sesenta años, en que su población ha doblado, su riqueza ha más que decuplado. Sus recursos parecen inagotables, y es bien seguro que si antes de la desastrosa guerra en que la envolvió el tiranuelo Bonaparte en 1870 hubiera cualquiera predicho que derrotada, humillada, vencida y sometida, además de perder en los desastres de la guerra más de 20.000 millones de reales, tendría que pagar otros 20.000 a los vencedores, y que, sin embargo, su crédito, después de pérdidas tan inmensas, estaría a la altura en que se halla, encontrando sumas fabulosas a más bajo precio que las naciones que prosperan disfrutando las ventajas de la paz, no más caro, en fin, que sus mismos vencedores, nadie lo hubiera creído.

Pero ¿qué tiene esto de extraño, si se consideran el número y las calidades de las clases trabajadoras de Francia?

Veamos los progresos de la agricultura:

	Hectolitros
La producción de trigo que en 1815 no era más que de	39.460.000
En 1835 ascendía ya a	71.697.000
En 1860 era de	101.386.000
En 1863 de	116.781.000
Aumento en sesenta años ... ... Más del 250 por 100.	87.321.000
La producción del vino que en 1788 era de	25.000.000
Ascendía en 1849 a	35.555.000
En 1868 a	50.000.000
Aumento en ochenta años	25.000.000

Es decir, que en el mismo período en que la población

aumentó un 35 por 100, la producción del trigo casi triplicó y dobló la del vino.

Las otras producciones agrícolas, cual más, cual menos, han aumentado en el mismo período tanto como la del trigo.

***

Desde 1850 a 1868 se construyeron en Francia:

Kilómetros de líneas telegráficas	38.124
Idem de líneas electro–semafóricas	1.423
Idem de cables telegráficos submarinos...	571
Total	40.118

Las oficinas telegráficas en 1868 eran 1.701.

En el mismo año el número de telegramas ascendió a 3.503.182. Los productos fueron de reales vellón 33.068.160.

He aquí ahora algunas cifras referentes al aumento de la correspondencia y de la circulación de impresos por el correo:

En 1847 circularon cartas	126.480.000
En 1852	181.000.000
En 1862	283.000.000
En 1865	313.506.000

En 1868	475.185.000

En el primer año, o sea en 1847, el producto

de Correos fue de rs. vn.	180.192.480
En 1859,	208.071.048
En 1865,	260.385.604
En 1868,	359.606.000

En 1847 circularon por el Correo paquetes de papel impreso	90.275.466
En 1854	115.774.433
En 1862	202.000.000
En 1868	330.552.000

En 1868 había en Francia 5.169 Administraciones de Correos. Sin remontar más allá de 1932 para apreciar el aumento de la producción por el del comercio, vamos a ver el inmenso desarrollo que éste ha obtenido en Francia desde dicho año.

VALOR DEL COMERCIO DE IMPORTACION Y EXPORTACION EN FRANCIA EN VARIOS AÑOS, DESDE 1832 A 1869

	Rs. vs.
1832	5.400.000.000

1845	9.708.000.000
1854	13.988.000.000
1859	19.616.000.000
1863	24.572.000.000
1867	36.268.000.000

Aumento desde 1832, 30.868.000.000 de reales, que hacen cerca de 500 por 100 en treinta y cinco años. Y como el comercio es el resultado de la producción, esto debe bastar para comprender que en estos treinta y cinco años ha quintuplicado la producción de la riqueza en Francia.

* * *

Veamos ahora el aumento de riqueza que la Gran Bretaña debe en el actual siglo XIX a sus clases laboriosas, y empezaremos por donde hemos concluido en Francia, por los valores del comercio de importación y exportación.

	Rs. vs.
En 1817 los valores de la exportación e importación reunidas en la Gran Bretaña ascendieron a	7.700.000.000
En 1831 a	10.688.000.000
En 1854 a	26.821.014.500
En 1860 a	37.505.222.400
En 1864 a	48.752.046.600
En 1868 a	57.017.000.000
Aumento desde 1817 a 1868	49.317.000.000

Si del valor del comercio de importación y exportación, que parece en realidad fabuloso y que demuestra ser la Gran

Bretaña el principal taller de la producción de la riqueza, pasamos a otras manifestaciones de ésta, veremos que el progreso no es menos sorprendente.

En 1833 el valor de los productos de la industria inglesa era de rs. vn.	14.900.000.000
En 1867 ascendía a	96.000.000.000
En 1820 había en Inglaterra buques de vapor ...	17
En 1868 ascendían a	3.333
Toneladas que medían en 1868	1.220.000

Los progresos de la marina de vapor no han impedido los de la de vela, que en el mismo periodo de 1833 a 1868 pasó de 9.600 a buques, que median 4.878.000 toneladas.

Por el extraordinario aumento del comercio extranjero puede calcularse el que habrá tenido la entrada y salida de buques en los puertos de Inglaterra; baste decir que en 1868 entraron y salieron por los puertos de Inglaterra 740.960.000 quintales de mercancías.

Desde 1835 a 1867 se han construido en Inglaterra 23.000 kilómetros de ferrocarril, cuyo coste ha sido de 50.200.000.000 de reales, y en 1867 produjeron 3.947.000.000.

En 1868 había en la Gran Bretaña 17.741 Administraciones de Correos, por las que circularon 808.118.000 cartas y 105.845.000 paquetes de papel impreso.

A principios de este siglo las Administraciones de Correos y la cantidad de cartas e impresos que les confiaban llegaban apenas al 5 por 100 de las cifras de 1868.

A pesar de un aumento de riqueza tan inmensa y de una exportación de productos que pasa de 25.000 millones, las

clases trabajadoras que producen tales valores vegetan en la miseria y mueren de hambre o en los hospitales. Las fuerzas del trabajador se gastan pronto, y como la mezquindad del salario no le ha permitido reunir economías para la vejez, tiene que recurrir a la limosna de la parroquia. El Estado tiene que mantener en aquel país más de 1.000.000 de pobres, para lo que los contribuyentes pagan más de 800 millones al año. Contraste repugnante de miseria y de riqueza, que en ninguna parte es tan terrible como en aquel país, donde el rigor del clima hace más dura la pobreza por las mayores necesidades que desarrolla en los hombres. Pero como más adelante veremos, en ningún país tampoco las clases trabajadoras han hecho y hacen esfuerzos más constantes, generales y de felices resultados para emanciparse del yugo del capital que sobre ellos pesa, para regenerarse no sólo económica, sino moral e intelectualmente.

XLVIII. LA RIQUEZA EN LOS ESTADOS UNIDOS

Entre todas las naciones civilizadas sobresale por sus progresos la gran República norteamericana, que, nacida apenas a la vida, produce ya no sólo con que alimentar su población, que prodigiosamente aumenta; con que atender, por decirlo así, a su establecimiento, a la creación de sus ciudades, monumentos, escuelas, arsenales, caminos, telégrafos y a cuantas cosas constituyen la civilización y la vida de las naciones, sino que aún le queda para exportar grandes cantidades de productos, de aquellos cuya elaboración es más dificultosa aun en las naciones más adelantadas, como son buques mercantes y de guerra, máquinas y toda clase de productos de la más refinada industria. Pero dejemos hablar a la Estadística.

He aquí un cuadro de los progresos de su población:

Población en 1790	3.929.827
Idem en 1820	9.638.131
Idem en 1840	17.069.453
Idem en 1860	31.443.321
Idem en 1870	37.300.000
Aumento total en 80 años	33.370.173

Ya se comprende que, habiendo decuplado la población, no

sólo han aumentado considerablemente las ciudades y pueblos que ya existían, sino que se han creado muchos miles nuevos. Nueva York, que en 1790 contaba 33.000 almas, en 1865 tenía 1.003.250. Brooklyn, que no existía hace cuarenta años, tenía en 1870 380.000. Chicago, que no existía en 1840, tenía el año pasado de 1870 267.596 almas. San Francisco de California, que en 1847 tenía 4.500 habitantes, tenía 131.000 en 1867, y Buffálo, que tampoco existía hace cuarenta años, tenía en 1866 94.502 habitantes; y como serían necesarios muchos pliegos de papel para referir el aumento de la población en las ciudades y el aumento de éstas, dejamos al buen juicio del lector el considerar la cantidad de trabajo que tan prodigioso aumento representa.

* * *

Decimos de trabajo y debemos agregar de ciencia, y a este propósito podemos decir que ningún pueblo lee y estudia tanto como el de la gran República norteamericana; baste decir que el número de asistentes a los establecimientos públicos y particulares de instrucción superior a la primaria en 1860 era de 600.206, repartidos entre 18.476 establecimientos, en los que el gasto anual por individuo variaba de 300 a 4.000 reales, siendo el total de lo que se gastaba en estos establecimientos, así por los particulares como por los estados, 857.822.800 reales vellón, suma mayor que las que al mismo objeto consagran en Europa todas las naciones.

Veamos la instrucción primaria.

En 1860, cuando la población de los Estados Unidos era de

30.000.000 de habitantes, asistían a las escuelas de instrucción primaria 4.505.871 discípulos, debiendo tenerse en cuenta que de los estados de Tejas, Florida y Arkansas faltaban completamente los datos. Agregando a esta juventud estudiosa los 600.206 jóvenes que asistían a las escuelas de instrucción superior y especial, tendremos un total de 5.106.071 estudiantes, o sea uno por cada cinco habitantes.

En las escuelas de instrucción primaria se gastaban 286.391.180 reales, y uniendo esta respetable suma a la empleada en la instrucción de carácter superior a la primaria, obtendremos 1.144.213.980 reales.

¡Qué ejemplo para las monarquías europeas el de la gran República democrática de los Estados Unidos!

En Inglaterra, con igual población y no menos riqueza, apenas se gasta en instrucción la tercera parte que en la citada República. Menos aún se gasta en Francia, y la diferencia aumenta progresivamente para las otras naciones. ¿Qué tiene, pues, de extraño que pueblo que tanto estudia trabaje más y mejor que los otros?

* * *

He aquí los resultados del desarrollo intelectual de aquel gran pueblo improvisado, por decirlo asi, al otro lado del Atlántico.

Desde 1840 a 1870 se han construido en los Estados Unidos 101.253 kilómetros de ferrocarril, en los que gastaron 36.000 millones de reales. Casi no hay tantos en toda Europa.

En 1868 la marina mercante norteamericana contaba 25.076 buques, con 3.755.204 toneladas, y eso que a consecuencia de la guerra civil que comenzó en 1861, éstas se habían reducido en cerca de dos millones, con la circunstancia de que la tercera parte de ellas pertenecían a buques de vapor. De todos modos, puede apreciarse el desarrollo comercial sabiendo que en 1798 las toneladas de la marina mercante sólo ascendían a 898.326.

Así, al empezar aquella terrible guerra, en 1861, las importaciones y exportaciones reunidas ascendían a 16.783.262.880 reales, y apenas se había concluido cuando ya en 1866 se elevaban a 20.218 millones.

El adelanto en la correspondencia pública no podía menos de ser notable en aquel magnífico país. He aquí algunos datos referentes a 1868:

Administraciones de Correos	29.047
Cartas del interior	519.860.000
Idem del y para el extranjero	11.150.000
Idem de todos los ramos de la Administración pública	1.000.000
Total de cartas	532.010.000

En el mismo año de 1858 los kilómetros de líneas telegráficas eran 159.481.

Como uno de los principales productos de exportación de los Estados Unidos es el algodón, presentaremos aquí algunas cifras referentes al progreso de esta industria.

En 1829 la producción de balas de algodón fue 976.845

En 1839 fue de 2.177.835

En 1851 fue de	3.015.029
En 1858 fue de	3.851.481
En 1861 fue de	3.663.086

* * *

Los datos extractados en este capítulo creemos bastan para demostrar la gran capacidad productora del pueblo norteamericano. Acaso habrá quien diga que esto se debe a la inmigración constante y siempre creciente que la Europa les envía, pero el argumento sería contraproducente.

La inmensa mayoría de los europeos que huyen de Europa y van a desembarcar en los puertos de la América del Norte son pobres que buscan trabajo, y sin duda el encontrarlo allí en abundancia y bien retribuido es la atracción que durante el actual siglo XIX ha determinado a los europeos pobres a buscar refugio en aquel país. No es, pues, ni la extensión del territorio ni su fertilidad lo que produce la prosperidad sorprendente de la gran República norteamericana; son las instituciones democráticas, la sumisión de los elementos militar y teocrático al civil, la facilidad de convertirse en ciudadanos norteamericanos que tienen los inmigrantes y de ejercer, por tanto, todos los cargos públicos, menos el de presidente, son las causas principales que determinan el acrecentamiento del trabajo y la prosperidad de los norteamericanos. Baste decir que siendo la primera nación marítima del mundo por la extensión de sus costas y por el número y toneladas de sus buques, en el presupuesto de 1868 sólo se consagran a la marina de guerra 500 millones de reales, menos de la mitad

que Inglaterra, y eso en un presupuesto total de 20.400 millones de reales. Verdad es que de este presupuesto, cosa fenomenal en los anales de la hacienda de las naciones, se consignan para amortización de la Deuda pública 13.850.993.720 reales, lo que suma cerca de dos terceras partes del total de gastos.

Apenas concluida la guerra que dio por resultado la emancipación de los esclavos, disminuyó aquella República su Ejército, hasta el punto de que habiendo tenido en 1864 más de dos millones de hombres armados, en 1868 no conservaba más que 2.988 oficiales y 49.960 soldados.

Las religiones y sus cultos figuran en los presupuestos nacionales y de los estados con un cero, lo cual es muy significativo si se tiene en cuenta que pasan de 1.000 millones, como ya hemos visto, los consagrados a la instrucción de la juventud. ¿Qué tiene, pues, de extraño, teniendo en cuenta todas estas cosas, que sea aquella República federal, si no el modelo, al menos la primera de todas las naciones civilizadas?

XLIX. CUADROS ESTADÍSTICOS SOBRE LAS PRINCIPALES NACIONES DEL MUNDO

Inútil sería para nuestro objeto, y además poco menos que imposible, por falta de datos, ocuparnos con la misma extensión de los progresos del trabajo realizados en el actual siglo XIX por cada una de las naciones civilizadas. Todas, cual más, cual menos, han prosperado, multiplicando la producción más rápidamente que la población, aumentando las vías de comunicación terrestres y marítimas, y por esto nos contentaremos con dar aquí algunas cifras referentes a todas ellas.

Desgraciadamente, las cifras que podemos dar no se refieren, como quisiéramos, a la producción agrícola e industrial, al aumento de motores mecánicos, a la mayor perfección en los productos del trabajo, lo mismo que a su mayor cantidad, pues si pudiéramos dar los de algunas naciones, la mayor parte serían datos de determinado número de industrias. No pudiendo presentarlos en su conjunto, tenemos que recurrir a aquellos hechos que, como el aumento de la población, del comercio, de las vías de comunicación, de la correspondencia y otros análogos, pueden presentarse como pruebas irrecusables del aumento de la producción, así agrícola como industrial. Tales como son los datos que a continuación

insertamos, son oficiales y los más recientes que se han publicado en las naciones a que se refieren.

Comenzamos por un cuadro que nos muestra la población total y de sus capitales respectivas de 48 naciones de Europa, América y Asia, de las cuales 19 son Repúblicas unitarias o federales.

CUADRO DE LA POBLACION DE LAS PRINCIPALES NACIONES DEL MUNDO Y DE LA DE SUS RESPECTIVAS CAPITALES

Partes del mundo	NACIONES	Población	Capitales	Población
Europa	Rusia (1865)	76.497.168	San Petersburgo	539.122
	República francesa (1870)	38.192.064	París	1.825.274
	Austria (1868)	36.530.002	Viena	578.525
	Gran Bretaña (1868)	30.380.000	Londres	3.251.000
	Prusia (1867)	29.906.092	Berlín	702.417
	Italia (1870)	25.988.477	Roma	217.378
	España (1870)	17.000.000	Madrid	300.000
	Turquía	17.000.000	Constantinopla	1.100.000
	Alemania del Sur (1867)	8.603.446	"	"
	Suecia y Noruega	5.815.857	Estocolmo	133.361
	Bélgica (1869)	4.899.000	Bruselas	163.434
	Rumania (1867)	4.600.510	Bucarest	184.000
	Portugal (1868)	4.323.993	Lisboa	275.000
	Países Bajos (1867)	3.828.000	Amsterdam	267.627
	República suiza	2.510.492	Berna	29.016
	Dinamarca (1868)	1.753.787	Copenhague	155.143
	Grecia (1868)	1.348.522	Atenas	47.723
	Servia (1865)	1.222.000	Belgrado	22.300
	Montenegro	100.000	"	"
	Liechtenstein (1867)	8.320	"	"
	San Marino (1869)	7.303	"	"
	Mónaco (1865)	3.127	"	"
	Sumas	310.518.160		9.791.320
América	Estados Unidos del Norte (1869)	38.422.995	Washington	61.122
	Brasil	11.780.000	Río Janeiro	396.136
	República federal mejicana	8.287.000	Méjico	205.000
	República de Chile (1865)	2.684.945	Santiago	115.377
	República del Perú	2.500.000	Lima	80.000
	República de Bolivia	2.600.000	Sucre	19.200
	Confederación Argentina	1.800.000	Buenos Aires	350.000
	República de Venezuela	1.565.000	Caracas	50.000
	República de Guatemala	1.180.000	Guatemala	40.000
	República del Ecuador	1.040.000	Quito	60.000
	República del Paraguay	1.000.000	Asunción	48.000
	República de San Salvador	600.000	San Salvador	40.000
	República de Haití	572.000	Puerto Príncipe	30.000
	República de Nicaragua	400.000	Managua	12.000
	República del Uruguay	400.000	Montevideo	61.000
	República de Honduras	350.000	Comayagua	25.000
	República de Santo Domingo	136.000	Santo Domingo	20.000
	República de Costa Rica	135.000	San José	30.000
	Sumas	74.852.940		1.642.835
Asia	China y países adyacentes	477.500.000	Pekín	1.650.000
	Japón	35.000.000	Yedo	700.000
	Persia	8.000.000	Teherán	120.000
	Siam	6.000.000	Bankok	60.000
	Birmania	2.000.000	Amarapura	40.000
	Cochinchina	10.000.000	Hno-Fou	40.000
	Turquía asiática	16.050.000		
	Sumas	554.550.000		2.650.000

Las dependencias de nueve naciones europeas que tienen colonias en las otras partes del mundo, directamente dependientes como vasallas de dichas naciones, contienen la población que nos muestra el siguiente cuadro:

CUADRO DE LAS POSESIONES EXTERIORES DE LAS NACIONES EUROPEAS

NACIONES	Kilómetros cuadrados	Habitantes
Gran Bretaña	20.665.700	162.000.000
Turquía	4.453.600	25.600.000
Países Bajos	1.775.948	20.730.000
Rusia	15.440.000	10.000.000
España	310.139	8.600.000
Francia	1.874.965	6.600.000
Portugal	1.919.761	4.100.000
Dinamarca	104.476	110.000
Suecia	21	2.900
Total de las posesiones europeas en las otras naciones del mundo	46.544.610	237.742.900

Esta preponderancia de las razas de Europa en otras partes del mundo no es sólo obra de la conquista brutal; no bastando a su actividad productora su territorio, los europeos han descubierto y poblado lejanas comarcas, llevando a ellas su civilización y su industria. A continuación vamos a establecer la relación del aumento de los habitantes de varias naciones de Europa en el último medio siglo:

CUADRO COMPARATIVO DEL AUMENTO DE POBLACION DE 10 NACIONES EUROPEAS DESDE 1820 A 1868

NACIONES	Habitantes en 1820	Habitantes en 1820	Aumento
Francia	30.461.875	38.592.064	8.130.189
Gran Bretaña	20.983.902	30.380.000	9.396.098
Prusia	11.666.133	29.906.092	18.239.959
Bélgica	3.800.777	4.829.320	1.028.543
Suecia-Noruega	2.365.000	5.816.897	3.451.897
Países Bajos	2.613.487	3.828.000	1.214.515
Dinamarca	1.183.027	1.753.787	570.760
España	11.150.000	17.000.000	5.850.000
Suiza	1.850.000	2.510.000	660.000
Portugal	3.220.000	4.323.993	1.103.993

Según los datos estadísticos, sólo los Estados que fueron del Papa no han aumentado en su población, industria ni comercio en el actual siglo XIX, permaneciendo estacionados en medio del general adelanto.

CUADRO DE LOS FERROCARRILES DE EUROPA, AMERICA Y OTROS PAISES, DE LOS TELEGRAFOS ELECTRICOS Y DEL COMECIO DE IMPORTACION Y EXPORTACION EN 1869

NACIONES	IMPORTACION Y EXPORTACION *Reales vellón*	Kilómetros de ferrocarril en explotación	Kilómetros de telégrafo eléctrico en explotación
República Argentina	990.000.000	666	”
Austria	5.611.008.850	7.741	23.506
Baden	”	822	”
Baviera	”	4.252	”
Bélgica	4.779.600.000	3.535	4.079
Bolivia	211.400.000	”	”
Brasil	2.560.000.000	600	1.500
Chile	5.486.743.000	624	”
Columbia	2.740.000.000	75	”
Dinamarca	”	477	5.016
Ecuador	”	”	”
Egipto	”	1.062	3.200
España	2.750.000.000	5.376	11.157
Estados Unidos	14.530.306.400	68.029	150.481
Francia	25.140.000.000	16.240	38.124
Gran Bretaña	50.132.498.300	22.928	35.463
Grecia	496.720.000	10	”
Guatemala	70.000.000	”	”
Haití	394.691.148	”	”
Honduras	156.500.000	”	”
Italia	5.405.200.000	5.364	15.260
Marruecos	244.000.000	”	”
Méjico	1.080.000.000	130	”
Nicaragua	31.261.700	”	”
Países Bajos	9.655.624.520	724	2.540
Perú	1.600.000.000	89	”
Persia	628.240.000	”	”
Portugal	1.005.967.182	713	3.087
Prusia	4.819.428.320	”	”
Rusia	”	7.087	40.000
San Salvador	81.562.900	”	”
Confederación de la Alemania del Norte	”	25.103	30.646
Suecia y Noruega	1.528.210.000	2.074	3.888
Suiza	”	1.349	4.287
Túnez	138.206.000	49	”
Turquía	3.290.000.000	409	”
Servia	634.126.996	”	”
Uruguay	442.054.900	”	”
Wurtemberg	”	609	”

Las naciones alemanas comprendidas en este cuadro, cuyos datos referentes al comercio de exportación y de importación faltan, es porque están haciendo parte de la liga aduanera del Zollverein.

Veamos ahora otras manifestaciones del trabajo útil en una de sus producciones que revelan mayor actividad y adelanto científico.

CUADRO DE LA MARINA MERCANTE DE LAS PRINCIPALES NACIONES DE EUROPA Y AMERICA EN 1869

NACIONES	Número de buques	Toneladas que miden
Imperio británico	"	7.236.916
Gran Bretaña	28.159	5.713.671
Estados Unidos	26.399	3.744.319
Alemania	5.210	1.406.776
Francia	15.200	1.058.548
Noruega	6.909	948.793
Italia	17.948	882.829
Países Bajos	2.117	535.192
Suecia	3.268	447.000
España	4.514	390.700
Austria	7.858	362.965
Grecia	5.156	297.424
Dinamarca	2.946	188.300
Turquía	2.200	182.000
Rusia	2.132	180.992
Portugal	817	88.392
Chile	174	41.126
Bélgica	98	37.925
TOTALES	132.085	23.743.868

Sin duda, las cifras del cuadro anterior son inferiores a la verdad, porque en las referentes a varias naciones no están comprendidos los buques consagrados a la pesca ni los del tráfico de puertos y muelles, en tanto que lo están en otras. No creemos, pues, andar exagerados apreciando en 200.000 el número de buques y en 25 millones el de toneladas, cifra enorme que puede decirse ha sido creada desde el

establecimiento de la libertad de los mares después de la paz de 1815, y que tiende a aumentar constantemente. El total de marinos, de trabajadores heroicos, que sin duda tal calificación merecen, que pone en movimiento estos 200.000 buques, pasa de 3.000.000.

Hablándose de la marina mercante como muestra de lo que podría llamarse el trabajo científico de los tiempos modernos, no es posible dejar de consagrar algunas líneas a la marina de guerra de nuestros días, que es uno de los fenómenos más sorprendentes engendrados por las ciencias de aplicación y artes mecánicos. Condenamos su objeto bárbaro, destructor, pero no podemos menos de admirar esos monstruos marinos llamados Monitores, Numancias y Leviatanes, verdaderos portentos de la industria humana. He aquí un resumen estadístico de la marina de guerra de las principales naciones del mundo:

NACIONES	Buques blindados	Vapores sin coraza	TOTAL
Estados Unidos	54	173	232
Austria	11	33	44
Brasil	”	12	12
Dinamarca	6	25	31
España	10	114	124
Francia	63	307	370
Gran Bretaña	51	339	390
Grecia	2	10	12
Italia	22	61	83
Alemania del Norte ...	5	33	38
Países Bajos	19	55	74
Perú	6	14	20
Portugal	”	20	20
Rusia	23	214	237
Suecia	2	18	20
Noruega	3	13	16
Turquía	13	96	109
Egipto	”	41	41
TOTALES	290	1.583	1.873

Contraste singular ofrece la barbarie de los Gobiernos y de las naciones que representan, que necesitan armarse unas contra otras de medios tan formidables de ataque y de defensa, y los portentosos adelantos de las ciencias y de la industria humana de que son resultado estas terribles máquinas de destrucción, construidas todas por inventores y artífices contemporáneos nuestros, pues no hay ninguno de estos 1.873 buques de guerra que cuente treinta años de existencia. Lo menos han costado estos 1.873 buques 15.000 millones de reales.

Por incompletos que sean los datos de los cuadros que preceden, bastan para formar idea del estado a que han llegado las vías de comunicación y las relaciones comerciales en la mayor parte de las naciones civilizadas, y como uno de los caracteres, natural por lo demás, del progreso, sea la multiplicidad de las relaciones, así nacionales como internacionales, vamos a dar en el siguiente capítulo algunas cifras referentes a la correspondencia o cambio de cartas en las principales naciones.

L. EL CORREO. MÁQUINAS DE VAPOR. LUCHAS DEL CAPITAL Y DEL TRABAJO

De diecisiete naciones solamente hemos podido reunir datos sobre correos y correspondencia:

CUADRO DEL ESTADO DE LOS CORREOS Y DE LAS CARTAS E IMPRESOS POR ELLOS CONDUCIDOS EN 1868 ENTRE 17 NACIONES DE EUROPA Y UNA DE AMERICA

NACIONES		Administraciones de correos	Cartas	Paquetes de impresos y periódicos
Alemania del Norte		4.520	297.420.000	192.430.000
Alemania del Sur	Baden...	435	16.790.000	14.950.000
	Baviera	1.051	49.520.000	53.450.000
	Wurtemberg ..	435	18.240.000	18.380.000
Austria-Hungría	Países cisleithanos	3.002	114.454.000	49.970.000
	Países transleithanos ...	925	35.480.000	16.180.000
Bélgica		414	44.760.000	55.460.000
Dinamarca		"	10.280.000	9.980.000
España		2.277	73.000.000	"
Finlandia		62	1.800.000	"
Francia		5.137	465.180.000	330.550.000
Gran Bretaña		17.741	808.120.000	105.840.000
Italia		2.631	79.780.000	64.260.000
Noruega		526	4.400.000	"
Países Bajos		838	33.610.000	14.710.000
Portugal		583	"	"
Rusia		2.451	43.630.000	"
Suecia		452	11.250.000	190.000
Suiza		648	49.060.000	41.130.000
Estados Unidos		25.200	631.010.000	"
SUMAS TOTALES		69.328	2.787.484.000	967.480.000

Como complemento del cuadro que precede, he aquí la proporción del número medio de cartas por individuo que circularon en 1868 en catorce naciones, las más importantes:

NACIONES	Cartas por individuo	NACIONES	Cartas por individuo
Suiza	18	Alemania del Norte	8
Estados Unidos ..	15	Bélgica	7
Baden	10	Austria Cisleithana	5
Francia	9	España	4
Baviera	8	Italia	3
Wurtemberg	8	Austria Transleithana	2
Países Bajos	8	Rusia	0,3

***

Es digno de notarse que la pequeña República de Suiza y la gran República norteamericana sobrepujan en correspondencia particular a todas las monarquías, exceptuando Inglaterra, que no se ha incluido en este cuadro porque sus datos estadísticos presentan en globo la correspondencia particular y oficial, y sólo a la primera se refiere el cuadro anterior; a no ser así, indudablemente, Inglaterra figuraría la primera en la correspondencia particular.

Lástima grande es no poder establecer una comparación precisa entre el total y el término medio de la correspondencia actual y el que era a principios de nuestro siglo XIX, por falta de datos referentes a aquélla; pero de todos modos, y aunque no puede fijarse con precisión el aumento, es tan considerable, que no vacilamos en afirmar que el número de cartas circulantes hoy en las naciones civilizadas es, cuando menos,

15 veces mayor que hace setenta años. Y, sin embargo, el número de las que circulan hoy es tan insignificante con relación a lo que sería si todo el mundo supiera leer y escribir y si las vías de comunicación marítimas y terrestres hubieran llegado en número y calidad a la altura de que son susceptibles, que las cartas circulantes por el correo centuplicarían.

Pocos progresos de la industria moderna y de las instituciones administrativas han sido de carácter tan democrático como los que se refieren a la correspondencia pública, que antes de la invención de los sellos de franqueo no estaba en realidad, por el precio al alcance de los pobres.

No como demostración de lo que ha llegado a ser la producción en los tiempos modernos, sino como deducción, pueden apreciarse los datos estadísticos que hemos reunido en los precedentes capítulos. A pesar de sus recientes progresos, la Estadística está todavía muy atrasada, y todos nuestros esfuerzos para encontrar documentos referentes al número de máquinas de vapor y su fuerza que existen hoy en las naciones civilizadas han sido inútiles. Lo mismo nos ha sucedido con otros ramos de los más característicos de la industria moderna. Por incompletos no queremos insertar aquí los que hemos podido reunir.

Hace quince años, sólo en Inglaterra, las máquinas de vapor hacían el trabajo de 160 millones de obreros; calcúlese desde aquella fecha hasta hoy el aumento de este poderoso instrumento del trabajo en Inglaterra y en todas las naciones, y no será locura suponer que hacen las máquinas de vapor trabajos para los que no bastarían muchos miles de millones de

obreros. Y si se tiene en cuenta que estos poderosos auxiliares de la humana fuerza aumentan y multiplican constantemente, nada de utópico tendrá el creer que llegará un día, acaso no lejano, a producir la abundancia para todas las criaturas humanas.

Y, sin embargo, desde que en los primeros años de nuestro siglo XIX comenzaron las máquinas de vapor a aplicarse a la producción industrial, los trabajadores les declararon la guerra, porque este progreso, que tanto debía influir En el bienestar de la Humanidad, empezaba por perjudicarlos.

Desde entonces comenzó en las naciones industriales, empezando por Inglaterra, una lucha terrible, que aún no ha concluido, entre los trabajadores y los fabricantes. En Francia y en Inglaterra sobre todo, desde 1800, en que ya se aplicaron las máquinas de vapor, los telares mecánicos y otros instrumentos perfeccionados a la producción industrial, fueron muchas las fábricas y máquinas quemadas, los motines de trabajadores en que corrió la sangre y las persecuciones de los poderes constituidos, que apoyaban a los capitalistas contra los trabajadores, que, a pesar de una libertad aparente, quedaron en realidad convertidos en esclavos.

En las industrias de hilados y tejidos, sobre todo, que tantos brazos emplean, las máquinas produjeron una verdadera revolución social del carácter más retrógrado imaginable. Hasta entonces estas industrias habían tenido un carácter individual y contribuido a la prosperidad de las clases trabajadoras a ellas dedicadas, porque siendo de insignificante valor los instrumentos del trabajo, tales como husos, telares, batanes,

tintes y demás a ellas anejos, estaban repartidos entre una multitud de artesanos que eran a un tiempo fabricantes y trabajadores, tomando parte en la producción casi todos los individuos de sus familias y teniendo, cuando más, algunos oficiales a sus órdenes. De esta manera estas industrias, llamadas hoy manufactureras, tenían el carácter de oficios mecánicos, y los trabajadores a ellas consagrados participaban de las categorías y condiciones de los artesanos, estado medio entre el jornalero y el capitalista, y verdadero tipo del productor ciudadano. Pero la aplicación del vapor a las filaturas y tejidos, a los tintes y prensados, convirtió en lefia, útil lo para el fuego, los husos y telares antiguos, arruinando en breve espacio de tiempo no sólo a los trabajadores de los países donde la nueva maquinaria se aplicaba, sino a los de todos los otros que, a pesar de las prohibiciones y de las protectoras leyes arancelarias, no pudieron sufrir la concurrencia, encontrándose de esta manera millones de familias que vivían modestamente con el producto de su trabajo, gracias a ser dueñas de los instrumentos de éste, convertidas en proletarios, que, so pena de morir de hambre, tenían que ir a someterse por un pedazo de pan a los nuevos industriales, quienes, poseyendo los capitales necesarios para el establecimiento de las grandes fábricas, acapararon y monopolizaron la producción de toda clase de hilados y tejidos.

Así hemos visto en nuestro siglo XIX crearse la feudalidad industrial, cuyo desarrollo, prosperidad y apogeo han sido el martirologio de las clases trabajadoras, el calvario de esta multitud de abejas laboriosas, que en el espacio de medio siglo puede decirse que han vestido a la Humanidad con telas empapadas en su sangre.

* * *

La maquinaria de vapor ha sido el demonio a cuya férula el capital ha sujetado al hombre, que no ha sido ya esclavo de su semejante, sino de la máquina, a cuyos mecánicos y matemáticos movimientos ha tenido que amoldar los suyos. La máquina, instrumento del trabajo, ha convertido al trabajador en su instrumento, y aunque extenuado y reventado de fatiga, el hombre ha tenido que mover sus miembros hasta exhalar el último aliento, porque la máquina movía los suyos. Y a este martirio, sólo a los del infierno comparable, la insaciable avaricia del capitalista ha sometido, además del hombre robusto, a la mujer y al niño.

No sólo la carencia de lo necesario, sino el exceso del trabajo, ha venido diezmando a las clases trabajadoras, reduciendo el límite de su vida.

Entre mil pruebas de esta triste verdad que podríamos citar, nos contentaremos con insertar algunos datos del profesor Casper, de Berlín, cuyo resultado lleva en si la más severa condena de la organización industrial, lo que equivalé a decir del estado social que pesa sobre las naciones civilizadas.

En Manchester morían en 1850, antes de cumplir los siete años, 20.700 nlfios de obreros por cada 21.000 nacimientos, mientras que de las otras clases no proletarias la mortalidad era sólo de 7.000 por igual número de nacimientos.

De cada 1.000 capitalistas y 1.000 jornaleros viven:

A la edad de	Capitalistas	Proletarios	Mayor número de proletarios muertos
5 años	943	655	288
10 "	938	592	346
15 "	911	584	327
20 "	886	566	320
25 "	852	553	299
30 "	796	527	279
35 "	753	486	273
40 "	693	446	247
45 "	624	396	228
50 "	557	283	274
55 "	464	283	181
60 "	398	226	172
65 "	318	172	146
70 "	235	65	170
75 "	139	65	74
80 "	57	9	48
85 "	29	9	20
90 "	15	4	11
95 "	1	1	"
100 "	"	"	"

¿Qué más prueba de que el trabajo, en las condiciones en que se hace, es asesino, es contrario a la vida?

El trabajo hecho en condiciones humanas debe equilibrar las fuerzas, conservar el vigor y la salud; hecho en las condiciones a que el capitalista somete al trabajador, es inhumano, es un verdadero asesinato.

Nosotros mismos, viajando en los centros manufactureros de Inglaterra, hemos sabido, de boca de los médicos más autorizados, que cuando por las huelgas voluntarias o por falta de trabajo los jornaleros abandonaban las fábricas, disminuían las enfermedades y la mortalidad.

La avaricia del lucro, ahogando todo sentimiento humano en sus corazones, lleva la aristocracia industrial hasta un máximo de crueldad inconcebible, que sobrepuja al que en la Edad Media desplegaron con los siervos los señores feudales.

Necesario ha sido en Inglaterra hacer leyes prohibiendo que se trabajara en las fábricas más de dieciséis horas diarias ni que se hiciera trabajar a los niños más de diez... ¿Qué más trabajos forzados podrían imponerse a un criminal que obligarle a trabajar dieciséis horas diarias? ¿Qué son, en realidad, las grandes manufacturas más que presidios donde en general los trabajadores respiran una atmósfera mefítica, porque para nada se ha tenido en cuenta, al construir tales establecimientos, la salubridad, la higiene del trabajador?

No conocemos una sola fábrica donde, teniéndose en cuenta lo dañoso que es a la salud los cambios bruscos de temperatura, se hayan preparado habitaciones intermedias ni nada que al salir y al entrar modifique los efectos de la diferencia de temperatura con relación a la del exterior que hay dentro de un taller o cuadra de fábrica donde la aglomeración de personas, el ejercicio que éstas hacen y el calor que dan las máquinas producen un calor sofocante.

Pero ¿cómo se había de tener en cuenta nada beneficioso al obrero, cuando los reglamentos de las fábricas son semejantes a los de los establecimientos penales?

Nada tiene, pues, de extraño la antipatía de los trabajadores hacia los que los emplean ni las luchas terribles, las represalias, los crímenes a que ha dado lugar la tiranía del capital. Nada

tiene, pues, de extraño tampoco el que los trabajadores, en distintas ocasiones y en varios países, hayan formado sociedades secretas con objeto de resistir a la opresión y de librarse de ella, ni de que hayamos presenciado en nuestro siglo XIX, en medio de un acrecentamiento prodigioso de producción, las guerras serviles, las luchas del hambre, sostenidas al grito de “Pan o plomo”, de que han sido sangriento teatro las ciudades más populosas e industriales de Europa.

Los capitalistas, dueños de la arena industrial, lo mismo que del poder político, han tratado y considerado a los trabajadores como vencidos, y la legislación moderna de los países más adelantados nos ofrece innumerables ejemplos de leyes y reglamentos impuestos a los trabajadores contra los principios de la moral y de la justicia.

Considerándolos menores, las leyes se han opuesto, unas veces, a que puedan administrar sus intereses, encargándose los gobiernos o sus delegados de ser depositarios de los fondos de sus sociedades, determinando el número de miembros que éstas debían tener y muchas veces prohibiéndoles asociarse de la manera más absoluta; otros, que han sido los más, considerando como un crimen la huelga, es decir, el derecho de dejar de trabajar cuando les parece que así conviene a sus intereses; casi siempre, teniendo como crímenes los actos mirados como más legales para los que no son trabajadores.

LI. CAUSAS QUE PRODUJERON Y PROVOCARON LAS SANGRIENTAS ESCENAS DE LYON EN 1834.

Muchos volúmenes serian necesarios para referir las luchas terribles a que la injusticia de los Gobiernos ha conducido a las clases trabajadoras, sin ir más allá del actual siglo XIX. Gobiernos de capitalistas, éstos han sido jueces y partes en sus cuestiones con el trabajo, han hecho las leyes y las han aplicado a su antojo, y ya puede suponerse que lo habrán hecho en beneficio propio, resultando de ellas una verdadera esclavitud para los trabajadores.

Inglaterra, Francia, Alemania y Bélgica han visto en nuestros días repetirse sangrientas escenas, en las cuales los trabajadores desesperados, a los gritos de morir matando o vivir trabajando, pan o plomo y otros análogos se han lanzado a una lucha cuyo resultado no podía ser más que su derrota y exterminio; pero para no extralimitamos del cuadro que nos tenemos trazado, nos contentaremos con referir aquí sólo algunas de esas grandes catástrofes que más huella han dejado en la historia contemporánea de las clases trabajadoras.

* * *

Desde 1828 existía en Lyon una asociación de trabajadores en seda y de los jefes de taller, cuyos estatutos prohibían del modo más formal toda discusión de asuntos religiosos y políticos, habiendo tenido por primer objeto un sistema de mutua asistencia entre los trabajadores y que se dividía en logias de menos de 20 personas cada una. Once de estas logias nombraban cada una dos delegados, que formaban una logia central, y la dirección de la sociedad pertenecía a un consejo compuesto de los presidentes de las logias centrales.

El poder de estos presidentes subsistió hasta fines de 1833, en cuya época quisieron ensanchar su esfera de acción, a fin de impedir el decrecimiento de los salarios, resultado de la liga de los fabricantes.

La reducción de los salarios de los trabajadores lyoneses aumentaba los beneficios de sus amos, viéndose en el crudo invierno de 1833 y en el de 1834 el espectáculo de la mayor miseria y desnudez de miles de trabajadores y de sus familias, formando negro contraste con el lujo, el brillo y la alegría de las fiestas, saraos y bailes de los fabricantes.

Los ánimos estaban exasperados ya, cuando vino a agravar la situación de los trabajadores y su irritación una disminución de 25 céntimos en vara de ciertos tejidos que los fabricantes les impusieron. Suspendióse el trabajo en muchas fábricas, los jornaleros pidieron socorros a la Sociedad Mutualista de que hablamos más arriba, y ésta propuso la suspensión general de los telares.

* * *

“Considerada bajo el punto de vista de sus resultados materiales –dice un historiador con quien estamos de acuerdo–, era desastrosa esta medida que, apreciada en su principio moral, tenía un singular carácter de elevación. ¡Qué cuadro más patético puede, en efecto, verse que el de 50.000 trabajadores que, abandonando repentinamente los trabajos de que vivían, se resignan a las más duras privaciones por impedir que se cometa una injusticia con 1.2000 hermanos suyos de los más necesitados! Incalculables, a haberla podido sostener los trabajadores, habrían sido las consecuencias de esta determinación, que, por lo que respecta a la clase trabajadora, era la teoría de la asociación aplicada en grande escala y a costa de sacrificios que le daban un carácter más imponente, y que con respecto a la clase media, era una perentoria, si bien terrible demostración de los vicios de un régimen industrial que, fundándose, como se funda, en un incesante antagonismo, no vive más que por el perpetuo triunfo del fuerte sobre el débil y mantiene una flagrante hostilidad entre el capital y el trabajo, elementos indispensables de producción.

“Esto es lo que comprendieron perfectamente los miembros de la mayoría, como lo probaron los 1.297 votos que sobre 2.341 se pronunciaron por la suspensión de los trabajos. Luego, como había un gran número de artesanos que no formaban parte de la asociación, envió ella a los diversos barrios de la ciudad emisarios encargados de someter a todos los trabajadores de seda al nivel de una ley común y hasta se llegó a amenazar a algunos que quisieron resistir. Esta violencia de parte de los individuos de la asociación era tanto más reprensible, cuanto que daba a una causa justa los colores de la

injusticia. Comoquiera que sea, el día 12 de febrero se pronunció el entredicho, y dos días después había en Lyon 20.000 telares parados.

"¿Cómo pintar la consternación que a esta noticia se apoderó de la ciudad?

"Veíanse por doquiera inquietos y amenazadores semblantes; dirigíanse las gentes escudriñadoras miradas; sobre todos los corazones pesaba una atmósfera cargada de presagios de tempestad; la plaza de Terreaux y sus inmediaciones estaban todo el día cubiertas de grupos de aspecto siniestro, y los fabricantes emigraban a bandadas. Otros se quedaban, excitándose recíprocamente con salvaje ardor, diciendo que era ya tiempo de librarse de enemigos... y que era urgente dar a los mutualistas una vigorosa lección..."

* * *

La batalla que amenazaba ensangrentar las calles de la industriosa Lyon era deseada y provocada por el Gobierno de Luis Felipe, quien, seguro de la victoria, contaba como medio de asegurar su dinastía el presentarse como salvador de las clases conservadoras, ofreciéndole, además, esta circunstancia la ocasión de poder impunemente desacreditar y perseguir a los republicanos, atribuyéndoles aquella lucha terrible que era resultado fatal e inevitable de la absurda organización del trabajo, de la separación y de la lucha del capital y del trabajo.

Ni a los mutualistas ni a los republicanos convenía aceptar la lucha a que el Poder los provocaba; pero los primeros, que sólo deseaban se resolviese en su favor la cuestión del salario, no

comprendían la influencia que el sistema político, o el gobierno de las naciones, ejercen en la solución de los problemas económicos y sociales y la necesidad de someter todas las cuestiones locales y parciales a la cuestión general.

Por su parte, los republicanos estaban divididos. La Sociedad de los Derechos del Hombre, que era esencialmente lyonesa, quería la lucha; pero los republicanos fuera de Lyon, que veían más claro, combatían esta idea bajo el punto de vista de los intereses generales del partido. Bajo la influencia de éstos, los mutualistas hicieron proposiciones de arreglo a los fabricantes, que fueron desechadas con desdeñosa indiferencia, porque el Gobierno les había dicho: “Manténganse ustedes firmes, porque los trabajadores tendrán que someterse cuando el hambre les hostigue, y si se insurreccionan, será por última vez, pues tenemos a vuestra disposición cañones y miles de bayonetas.” Rechazados por los fabricantes, invocaron los trabajadores lar mediación de la autoridad, y el Gobierno les dijo que él no tenía por qué encargarse de intervenir en las reyertas de la clase industrial, siendo su deber dejar toda libertad a las transacciones entre el capitalista y el trabajador. Pero ¿cuál podía ser la libertad de éste, cuando el más terrible de todos los despotismos, el del hambre, le obligaba a entregarse a discreción al capitalista?

El hambre llevó a la desesperación a muchos miles de trabajadores y a sus desventuradas esposas e hijos. Unos querían someterse, y otros, más varoniles, resistían, resultando de aquí, a presencia de los mismos fabricantes vencedores, luchas desesperadas entre sus víctimas los obreros.

Por su parte, los jefes republicanos aconsejaban la sumisión y la paz; pero los agentes provocadores del Gobierno, exaltando y exasperando a los más ardientes del pueblo, hicieron los mayores esfuerzos para arrastrar a éste a la lucha. Los miembros del comité director del partido republicano se vieron acusados de traidores y con los puñales al pecho.

***

Los jesuitas habían ejercido siempre gran influencia entre las clases trabajadoras de Lyon por medio de las mujeres de los obreros, que, incautamente arrastradas por el fanatismo, se dejaban regimentar en las hermandades creadas por la célebre Compañía, que, con la refinada astucia que generalmente la caracteriza, inculcaba en ellas la idea de que los fabricantes eran tan inhumanos por ser gente liberal, partidaria del Gobierno constitucional y enemiga de la Iglesia católica. Si esto decían de los monárquicos–constitucionales, a cuyo partido generalmente pertenecían los fabricantes, calcúlese lo que a las mujeres de los trabajadores dirían los jesuitas de los republicanos. “Nada de política –las decían–; los políticos todos son unos; vuestros maridos nada tiene que esperar de la política del siglo; ocuparos sólo de vuestro trabajo, obrando según vuestros intereses.”

Mas no les aconsejaban que se sometieran a las condiciones que les imponían los fabricantes; antes bien, les excitaban a la resistencia y procuraban hacer mucho ruido en favor de sus instituciones católico–romanas con cuatro limosnas que repartían, y que respecto a la miseria de los trabajadores eran gotas de agua arrojadas al Océano.

De esta manera esa astuta policía de sotana negra, que la teocracia romana tiene repartida por el mundo, procuraba apartar de la política revolucionaria a las clases trabajadoras, precisamente para hacerla instrumento suyo, pues, defensores del absolutismo y de los Borbones fugitivos, hacían lo posible por levantar obstáculos para la consolidación de la dinastía de Orleáns, abortada por la revolución de 1830. La libertad le era perjudicial al elemento clerical, que sólo prospera a la sombra y bajo la protección del despotismo, y en cuanto estaba a su alcance se servía contra ella de los trabajadores, qué sin conciencia de lo que hacían trabajaban en favor de sus más encarnizados enemigos. Táctica maquiavélica que la Compañía de Jesús ha seguido siempre sistemáticamente, y no pocas veces con los mejores resultados.

* * *

Tan contrarios elementos y tendencias, intereses tan opuestos, no podían menos de producir un cataclismo. En tal aprieto, el comité director del partido republicano mandó un emisario a París, pidiendo que fueren inmediatamente a Lyon con instrucciones Godofredo Cavaignac y Mr. Guimard, mientras consagraban en la ciudad sus esfuerzos para impedir un conflicto.

Todos los jefes del partido republicano de París aconsejaron a los de Lyon que pasaran por todo antes de ir a la lucha, y al fin lograron obtener el que volvieran los trabajadores a sus talleres; pero entonces el Gobierno, que a todo trance quería provocar la lucha, por contar con una victoria que esperaba afirmaría su poder desarmando a los partidos republicanos,

publicó una ley contra las asociaciones de trabajadores, que equivalía a su disolución, y entonces ya fue imposible contener a éstos.

La sociedad de los mutualistas de Lyon publicó una protesta firmada por 2.540 hombres, que concluía con estas frases:

> "Los mutualistas declaran que jamás humillarán la cerviz bajo un yugo tan humillante, que no suspenderán sus sesiones y, apoyándose en el más inviolable de los derechos, cual es el de vivir trabajando, sabrán resistir con toda la energía que caracteriza a los hombres libres a cualquier tentativa brutal, sin que haya sacrificio de ningún género capaz de arredrarlos cuando se trata de defender un derecho que a ningún poder humano será dado arrebatarles."

Digna, noble y altiva era esta declaración de los trabajadores asociados en Lyon; pero, desgraciadamente para ellos, no había relación entre la justicia de su causa y los medios que tenían para sostenerla y hacerla triunfar. Además, olvidaban que todo es solidario en la sociedad, como en la Naturaleza; que todo está tan estrechamente ligado que no es posible resolver ningún problema social, parcial ni localmente; que las cuestiones económicas y sociales están tan íntimamente ligadas con las políticas que su resolución depende de ésta, como la de ésta de la de aquéllas, y que, no queriendo someter la resolución de la cuestión de una parte a la solución de la cuestión del todo, la derrota es segura, estéril la resistencia. Pero la verdad es que la organización de los trabajadores de la industria lyonesa era un verdadero progreso excepcional, muy

superior al que era capaz de realizar la mayor parte de las clases trabajadoras del resto de la Francia, y una de dos, o este foco de luz, este germen de una nueva organización de las clases trabajadoras debía tener fuerza bastante para extenderse al resto de la Francia, o los poderes reaccionarios, con cuya existencia era incompatible, habían de combinar sus esfuerzos para deshacer aquella organización y extinguir aquella luz, y esto es precisamente lo que sucedió, quedando, no obstante, el germen de la asociación de los trabajadores en las entrañas de la sociedad, para desarrollarse en la sombra y el misterio hasta salir luego a la vida diurna con tal vigor que no hay ya poder ni tiranía capaz de destruirlo.

* * *

Mientras los trabajadores no acudieron a las fábricas, las autoridades los dejaron agitarse, creyendo que iban a la lucha; pero cuando vieron que, gracias a los esfuerzos de los republicanos, volvían a sus talleres, empezaron a prenderlos. Esto aumentó la indignación popular, y 20 jefes de taller escribieron al procurador del rey o fiscal de la causa, diciéndole:

> "También nosotros somos miembros del consejo ejecutivo de la sociedad de socorros mutuos de trabajadores y pedimos que se nos haga partícipes de la suerte de nuestros compañeros."

Esta actitud y sentimiento de la responsabilidad y de la fraternidad con sus hermanos presos revela la elevación de los sentimientos de los trabajadores lyoneses.

La ley contra las asociaciones era un ataque feroz contra los derechos individuales, que la Francia había conquistado en la revolución de 1830, y las sociedades de socorros mutuos, las de sastres, zapateros, sombrereros, menestrales de todas clases, lo mismo que la sociedad política de los Derechos de Hombre, todas acordaron la resistencia y que ésta se hiciera al grito salvador de “¡Viva la República!”

Pero la descripción de aquella batalla gigantesca merece los honores de un capítulo aparte.

LII. LYON 1834. ESTRAGOS Y CRUELDADES COMETIDAS POR LAS TROPAS

El día 5 de abril se vio en el tribunal la causa de los mutualistas presos, y la plaza en que el tribunal estaba se llenó de trabajadores, contra los que el Gobierno mandó gendarmes y soldados; pero el pueblo gritó impetuosamente: “¡Abajo las bayonetas!”, y los soldados las envainaron, prorrogóse la sentencia hasta el 9, y en la noche del 8 acordó la resistencia el comité general de las sociedades de trabajadores.

El Gobierno había reunido un verdadero ejército, tan provisto de armas y pertrechos como desprovistos estaban los trabajadores.

Al amanecer el día 9 de abril la ciudad de Lyon estaba convertida en un campamento, y, faltando a todas las prescripciones legales, las tropas recibieron orden de hacer fuego desde que rompiera el día, sin intimación de ninguna clase, a todo paisano que vieran en la calle.

La noche del 8 al 9 y la madrugada del mismo día las autoridades tuvieron conocimiento de los sitios donde se reunían todos los jefes populares y de los nombres de éstos;

pudieron arrestarlos y, sin embargo, no lo hicieron, porque no querían impedir, sino reprimir.

Las tropas acampadas en la plaza de San Juan despejaron ésta de la multitud que la ocupaba en cuanto cayó el día, y mientras los jueces, aparentando una calma que no tenían, juzgaban a los mutualistas que tenían enfrente, en el banquillo de los acusados, Julio Favre hacia sus primeras armas de abogado defendiendo a los mutualistas. Resonó un tiro en el patio de la Audiencia; el orador se detuvo; jueces, acusados y defensores se pusieron en pie y fueron a las ventanas para ver entrar en el patio un hombre cubierto de sangre, conducido por los soldados, que respondían a los que les preguntaban quién era el herido: “Es un insurgente a quien acaba de herir un gendarme en el momento en que estaba levantando una barricada.”

Desabrocháronle para reconocer la herida y le encontraron la faja y medalla, distintivos de los agentes de Policía.

En efecto, la Policía comenzó las primeras barricadas, y la guerra civil se extendió por todas las calles y plazas de la gran ciudad. Infantería, caballería, artillería con metralla, balas, bayonetas, sables y lanzas cayeron cual horda de forajidos, no respetando ni hogar pacífico, ni personas indefensas, ni sexo, ni edad, sobre los infelices lyoneses.

Cortadas las comunicaciones, los trabajadores se encontraron por todas partes aislados, la confusión penetró en sus filas, muchos huyeron, casi todos los jefes se ocultaron, y, sin embargo, tales prodigios de valor hicieron en determinados

puntos, tan tenaz fue la resistencia, que lograron ganar terreno en muchas partes, sosteniendo la lucha todo el día, casi toda la noche, y renovándola con nuevo ímpetu al día siguiente, obligando a las tropas a recurrir al bombardeo y al incendio de casas y de barrios enteros.

* * *

De un imparcial historiador contemporáneo tomamos la descripción de algunas escenas de aquellas terribles jornadas:

"La única posición favorable –dice un escritor imparcial– era la plaza del Cordeliers, en el corazón de la ciudad, donde, después de apoderarse de la iglesia, habían establecido su cuartel general y circundándolo de barricadas que hacían peligroso su acceso. El aspecto que presentaba aquel templo, convertido en teatro de una desesperada insurrección, admiraba y enternecía: en una de sus espaciosas naves estaban fabricando pólvora algunos artesanos, en tanto que otros, colocados en rededor de un gran brasero, se ocupaban en fundir balas, y que otros iban y venían conduciendo heridos y depositándolos en una capilla, repentinamente transformada en hospital. A endulzar los males y a alentar las esperanzas de estos infelices habían llegado a aquel sitio piadosos clérigos, y para cuidarlos con los más solícitos desvelos, una joven, guiada en medio de aquellas escenas de luto por el más generoso de los afectos, que es el amor. Mandaba allí un hombre de alta estatura, ojos negros, faz llena de orgullo y energía; este hombre, llamado Lagrange, ejercía sobre aquellas gentes el más soberano ascendiente, y pronto a hacer frente a todos los peligros, corría de barricada en barricada, animaba a sus

compañeros con el gesto y con la voz, ponía y relevaba centinelas, enviaba refuerzos a los puntos amenazados y cubría con una protección magnánima el barrio donde le había señalado la guerra civil su puesto. Deslizase en este tiempo un agente de Policía en medio de los insurgentes, los cuales, reconociéndole, se disponen a fusilarle. Opónese a ello Lagrange y, oyendo resonar con este motivo en torno suyo palabras que envuelven sospechas, traspone por toda respuesta los límites de su campamento, sufre de parte de las tropas, ante las cuales se pone tranquilamente a pasear, una descarga que no le toca y vuelve después de haber recibido de su valor la absolución de su generosidad. Animados por el mismo espíritu, supieron Carrier y Gauthier en la Croix–Rousse, Reverchon en Vaise y Dupinasse en la Guillotiére honrar con su moderación y su humanidad la causa que con tanto riesgo y tesón defendían.

"Prolóngase la lucha, dejando indecisa la victoria y multiplicando de hora en hora los desastres; con la lucha se prolonga la interrupción de las relaciones de cada día, que agrega a la permanente penuria del pueblo nuevos motivos de inquietud, y por algunos barrios apartados van ciudadanos pidiendo para los pobres y gritando con lamentable voz: "¡Pan para los infelices trabajadores!" Mas por el resto de la ciudad, por dondequiera que se ven tropas, todo está desierto, y si cesa un instante el tiroteo, si se interrumpe el lejano redoble de las campanas, si los carros y los arcones de la artillería dejan de rodar un momento por las calles, lo que a estos ruidos de destrucción sucede es un silencio de muerte, un silencio aterrador. Ni un grito sale de lo hondo de aquellas casas, cerradas y mudas como sepulcros, pues por toda ventana que

se abre penetra la muerte; la circulación está interrumpida de una manera absoluta; violenta medida que hace de cada transeúnte un rebelde, y blanco de mil fusiles a todo aquel que traspone los umbrales de su casa. Viéronse en aquellos instantes mujeres, niños y ancianos tendidos sin vida en tierra al revolver de una calle, y un hermano cayó muerto de un balazo sobre el cadáver de su hermano que, llorando, se esforzaba por levantar. Ni era menos triste que el de afuera el aspecto que presentaba el interior de muchas casas. En unas faltaba pan; en otras se temblaba por la vida de un padre o de un esposo ausente, muerto quizá, y a quien ni siquiera había posibilidad de ir a buscar en medio de las víctimas; en otras, en fin, yacían enfermos condenados a gemir sin socorros o muertos a quienes estaba aguardando la sepultura.

"El terror era inmenso en todos los barrios, y la cólera del soldado inexorable en algunos; En esta ocasión, como en todas, se advirtió que los militares que con más ímpetu combatían contra los insurgentes eran cabalmente aquellos que hasta entonces habían estado con ellos en arriesgadas relaciones.

"Veíase, no muy lejos de la plaza de Sathoney, a la entrada de la calle de Saint Marcel, una barricada de que tenían orden de apoderarse las tropas; como al llegar allí mostrasen éstas alguna indecisión, se adelanta el coronel Munier y cae muerto. Saltando entonces los soldados por encima de la barricada, se precipitan en varias casas que se les designan y se ponen a recorrerlas llenos de insano furor. En una de ellas estaba tranquilamente sentado delante de su chimenea un pacífico ciudadano llamado Mr. José Remond, que muere a manos de los soldados. No lejos de allí penetran éstos en casa de Mr.

Baune, que, enfermo, había corrido el día antes por la ciudad y que, habiendo tenido que volverse a su casa aquejado por el exceso de las dolencias, yacía en el lecho donde lo tenía postrado una aguda perlesía, y en torno del cual se hallaban su mujer y el más joven de sus hijos cuando aparecieron los soldados. Al ver Mr. Baune a éstos que para darle muerte se acercaban hace un esfuerzo por incorporarse y les grita: "Yo soy republicano, y en calidad de tal en la plaza pública es„ donde debo morir fusilado. No, no me quitaréis la vida en presencia de mi mujer y de mi hijo." Enternecido el corazón y húmedos los ojos se avanzaba ya, en efecto, para protegerle el oficial que mandaba a aquellos hombres obcecados por un furor que con dificultad habría podido contener él, cuando felizmente para Mr. Baune, de quien se esperaba obtener importantes revelaciones, llegó orden de que se le guardase prisionero, con lo cual se limitaron los que le amenazaban a conducirle al Palacio del Ayuntamiento, llenándole de improperios, a que contestaba él con altaneras palabras o desdeñoso silencio.

"De la embriaguez que produce la sangre y de las atrocidades a que, trastornados por sus vapores, son capaces de entregarse los hombres de escasas luces se vieron espantosos ejemplos en la jornada del 10 de abril. En el puente de Tilsitt arrastraron algunos granaderos a un preso, a quien habían resuelto arrojar al Saona; mas como la víctima tuviese estrechamente asido por el cuerpo a uno de sus verdugos e hiciese esfuerzos por no soltarle, óyese un tiro y vése que rueda por el suelo. Aléjanse algunos pasos los soldados y, después de hacer fuego todos ellos sobre el que no era ya más que un cadáver, lo levantan en alto, lo bambolean con infernales carcajadas por encima del

pretil del puente, lo precipitan en el río y, habiéndose enganchado el cuerpo a unos maderos que estaban fuera del agua, continuaron los granaderos acribillándolo a balazos.

"A la verdad no todos se hicieron reos de esta execrable ferocidad. Puntos hubo donde se trató no sólo con miramiento, sino hasta con generosidad, a mujeres detenidas por las tropas que acampaban en las calles, y hasta a mujeres de insurgentes, con las cuales partieron los soldados su pan. Un insurgente que acababa de tirar a un oficial a quemarropa y no le dio se descubrió el pecho, diciéndole: "Ahora te toca a ti." "No tengo por costumbre –le dijo el oficial, cediendo a una admirable y generosa inspiración–, no tengo por costumbre tirar tan de cerca sobre un enemigo sin defensa. Márchate."

* * *

"Seguía entre tanto su curso la devastación de la ciudad, por la cual iba haciendo fuego el ejército no de otro modo que si hubiera sido cada casa una fortaleza ocupada por miles de enemigos. No llegaban empero a 300 los insurgentes que tenían armas y, convencidos de su impotencia, eran los primeros en asombrarse de que se prolongara la lucha; atraídos por la inquieta curiosidad que les causaba el proceso de los mutualistas, bajaron al interior de Lyon los más exaltados de entre los trabajadores y no pudieron volverse a sus arrabales a tiempo para dar la señal del combate. En la Croix–Rousse, consternada de su aislamiento, mandaba Mr. Carrier a muy pocos hombres; en el arrabal de Valse hizo Mr. Reverchon varios esfuerzos por reunir suficientes elementos de resistencia y se marchó esperando sublevar a los habitantes del

campo; en el arrabal de la Guillotiére se preparaba ya la insurrección a ceder a las súplicas y a las lágrimas de los habitantes; por los pueblos de las inmediaciones se habían esparcido, con el objeto de buscar fusiles, muchos de los conjurados y ni aun a fuerza de audacia habían logrado proporcionárselos; de las insurrecciones que debían estallar en Saint–Etienne, en Grenoble y en Viena po había la menor noticia; todo, en fin, todo debía perjudicar a los insurgentes, hasta su propia moderación, pues penetrando libremente en las casas habrían podido, en vez de exponerse a las negativas, exigir y obtener por la fuerza las armas que necesitaban. Además de esto, la insurrección flotaba a la ventura, habiéndose escapado su dirección de las manos de aquellos que naturalmente estaban llamados a encargarse de ella y siendo completa ya la dispersión del Comité de los Derechos del Hombre, pues los señores Hugon, Martin y Sinvancourt quedaron desde un principio aislados de los diferentes centros de acción y Mr. Baune estabá en un calabozo del Ayuntamiento, aguardando lo que acerca de su suerte pluguiese a sus enemigos decidir. En cuanto a Mr. Albey, hallándose también separado de los suyos y siendo demasiado conocido en Lyon para poderse presentar en público impunemente, buscó al pronto un refugio en casa de un amigo suyo, que era la misma en que vivía Mr. Chegaray, y, vestido luego de clérigo y con un par de pistolas debajo de su disfraz, se echó a la calle, acosado por una harto legitima inquietud.

“Así, pues, para apagar la insurrección en la noche del 10 de abril bastaba, digámoslo así, soplar sobre ella; y esto no obstante, puso en deliberación la autoridad militar y resolvió la evacuación de la ciudad. Mas la autoridad civil estaba por sus

agentes demasiado bien enterada del secreto de la situación para no hacer que se revocase la orden, que se había dado ya, de retirada, y se decidió que las tropas continuarían acampadas en las sangrientas ruinas que acababan de hacer.

* * *

“Por segunda vez, desde el principio de aquellas agitaciones, acababa de venir la noche a suspender las hostilidades. El tiempo estaba triste, y la atmósfera cargada de nieve. Los soldados velaban en torno de grandes hogueras, al reflujo de cuyas llamas se veían mil semblantes demudados por la desconfianza o alterados por la fatiga; por aquí y por allí yacían también, tendidos en la paja, niños y mujeres que habían sido detenidos por las calles y cuyo delito consistía en haber traspasado los umbrales de sus casas; Lyon, en fin, estaba sumido en un silencio sin reposo, interrumpido de cuando en cuando por el ruido de algunos lejanos tiros. Entre las tropas situadas en el barrio de Saint–Jean circuló de pronto el rumor de que se les iba a hacer pasar a la otra parte del Saona y de que los jefes juzgaban indispensable la concentración de sus fuerzas.

“De los varios empleados que vivían en el barrio de Saint–Jean era uno Mr. Duplan, hombre moderado, que había sabido, en medio de los deberes de un riguroso ministerio, granjearse el afecto hasta de sus enemigos y a quien, por esta razón sin duda, no se había iniciado tan completamente como a Mr. Chegaray, inferior suyo, en las misteriosas instrucciones recibidas de París. Al recibir aquella noche aviso de que las tropas iban a abandonar aquel barrio y de que era llegado el

momento de ponerse en salvo, corrió Mr. Duplan, más aterrado que sorprendido, al Palacio de la Prefectura, donde encontrando al general Buchet, que estaba, sin haberse desnudado, tendido sobre un colchón, le manifestó el asombro que le causaba aquella noticia. ¿Qué irreparable revés habían sufrido las tropas para que así fuese menester reconcentrarlas tan precipitadamente entre los dos ríos y abandonar a la insurrección la orilla occidental del Saona? ¿Por qué alentar con este movimiento retrógrado a los insurgentes de Saint–Just y de Saint–George? ¿Podía, sin graves peligros, permitirse a los insurgentes que se apoderasen de la catedral, que se fortificasen en ella y la convirtiesen en una ciudadela? Y una vez establecidos allí, ¿cómo echarlos sin emplear la artillería y sin arruinar completamente aquel magnifico monumento del arte católico? Mr. Duplan insistía particularmente en la necesidad de salvar los archivos de la Audiencia y como, en fin, pidiese que se le dejase avistarse con el general Aymar. “Voy a verle –le dijo el general Buchet– y a hacerle presente esas observaciones. Aguárdeme usted aquí.” Fuese, en efecto, y cuando a los pocos momentos volvió, estaba ya revocada la orden.

* * *

“Hase dicho (y esta inculpación atañe menos al general Aymar que a Mr. Gasparin) que para dar mayor importancia a su victoria prolongó la autoridad voluntariamente el combate; que con este fin renunció a posiciones que no estaban amenazadas; que, resuelto a aterrar a Lyon y a la Francia, no había impedido, pudiéndolo hacer, superfluas calamidades; y que ningún otro objeto se llevó más que el de hacer a los

republicanos odiosos a los ojos de los propietarios, declarando la guerra a las casas, abusando del incendio, imponiendo a los soldados una prudencia fecunda en desastres y dando a los medios de defensa las proporciones de su rencor, más bien que las del peligro. Por inverosímiles que su gravedad misma haga semejantes acusaciones, que rara vez es posible apoyar con datos oficiales, los hechos, fuerza es reconocerlo, están lejos de desmentirlas. Lo que hay de cierto es que en la Croix–Rousse se hubiera muy en breve concluido todo desorden, a no ser por las pérfidas excitaciones de un tal Picot, malvado que buscaba cómplices para irlos a delatar y cuya impunidad causó escándalo; asimismo es cierto que en el cuartel del Bon–Pasteur, abandonado por las tropas sin ningún motivo aparente, encontraron los insurgentes unos 50 fusiles, cuya conquista tenía todos los visos de haber sido preparada. ¡Qué más! En la noche del 10 al 11 fue evacuado, como lo había sido durante aquel día el cuartel del Bon–Pasteur, y cuando ni siquiera lo amenazaban los insurgentes, el fuerte de Saint–Irenée, donde se dejaron las tropas dos cañones tan mal clavados que a la mañana siguiente pudieron los rebeldes, después de algunos minutos de trabajo, transportarlos a Fouvieres, desde donde se pusieron a tirar a los de la plaza de Bellecour... con algunos pedazos de hierro y de pólvora secada al sol.

* * *

“Reanimóse el 11 la lucha con las mismas circunstancias y el mismo carácter que hasta entonces; mas el 12 quedó manifiestamente demostrado que, para dominar la ciudad, no tenía la tropa más que quererlo. Entonces, y sólo entonces, se

decidieron sus jefes a hacer un vigoroso esfuerzo; y en tanto que una columna ocupa el barrio de la Guillotiére, que no estaba defendido, invade otra con ímpetu el arrabal de Valse, que se hallaba casi en el mismo estado, y en el cual se cometieron actos de barbarie que se niega a pintar la pluma. Al ruido de un arma de fuego disparada en la calle Projetée, delante de un tabernero llamado Chagner, suben a ella los soldados, resueltos a quitar la vida a cuantas personas viven en ella. El primero con quien se encuentran es un anciano de setenta y cuatro años, llamado Mennier, que está en la cama: tíranle y de tan cerca que se inflaman las mantas y aún no ha exhalado el último suspiro cuando recibe un hachazo que pone fin a su agonía; Claudio Combo, que velaba a la cabecera de su hermano enfermo, se ve arrastrado hasta la calle, donde le fusilan; Juan Claudio Passinge, precipitado por la ventana y muerto en la calle a culatazos; los soldados degüellan a Prost y Lanvergnat, después de haberlos atado espalda con espalda; en seguida entran en la habitación de un hombre pacífico llamado Diendonné, que tenía en sus brazos a un hijo suyo de cinco años. A la vista de aquellos furiosos grita la infeliz criatura: “No maten ustedes a mi padre”; mas éste se ve violentamente separado de su hijo y empujado hasta el pie de la escalera. En el momento de hacer seña el oficial para que acaben con él, “déjele usted –grita un soldado–, déjele usted que viva para criar a ese inocente”, y antes de concluir el soldado de pronunciar estas palabras había sepultado el oficial su espada en el pecho del desgraciado padre de familia. Pero abreviemos esta lamentable enumeración y no agotemos el valor, que tanto hemos menester, para recorrer la ensangrentada vía que empieza en Lyon en el arrabal de Vaise y acaba en París en la calle de Transhonain. Dieciséis víctimas

hechas, 16 asesinatos consumados en el espacio de algunos minutos: he aquí los resultados de la dirección comunicada al movimiento represivo.

“Quedaba sólo que tomar el barrio del Cordeliers. Dos compañías, apoyadas con artillería, atacaron las barricadas y quedaron dueñas de ellas después de una reñida lucha y, dirigiéndose en seguida a la iglesia, golpean, conmueven y echan abajo las puertas... ¡Qué espectáculo! Un sargento, tiznado el rostro de pólvora, anima allí a los insurgentes y da la señal de fuego. A esta señal sucede una descarga, que hace resonar aquellas bóvedas, acostumbradas tan sólo a escuchar piadosos cánticos. En vano imploran merced por los vencidos los sacerdotes. A la vista de los soldados se esparcen los insurgentes; unos van a abrigarse detrás de las columnas; otros desaparecen en la oscuridad de las capillas laterales; otros, entonando himnos de libertad o fúnebres cantares, se mecen, digámoslo así, en los brazos de la muerte, y uno había que de pie en uno de los últimos escalones del altar, con los brazos cruzados sobre el pecho, encendido el semblante y dejando ver en sus ojos la angustiosa animación del delirio, exclamó: “Este es el momento de morir por la patria.” Y ya había emprendido su vueló eterno el alma de este joven cuando, herido por mil partes, cayó su cuerpo al pie del altar del sacrificio. Poco después se veían charcos de sangre en el pavimento, sobre cuyas baldosas yacían once cadáveres.

“Al día siguiente desaparecieron de las alturas los últimos restos de la insurrección. De ello y de la pacificación de Lyon enteró a sus habitantes una proclama del prefecto.”

¿No es verdad que los acontecimientos análogos al comprendido en este y en el capítulo precedente forman un género especial de la política doctrinaria moderna y que a la vez son una prueba del malestar social y de la inmoralidad y crueldad de dichos Gobiernos?

LIII. LA REVOLUCIÓN DE 1848. EL SOCIALISMO ENTRA EN LA ESFERA POLÍTICA

Sus mismos adversarios reconocieron, al mismo tiempo que el valor, la moderación en los sublevados; desgraciadamente la Historia no ha podido conceder esta última virtud a los vencedores, que después de la batalla y a sangre fría se ensañaron en sus víctimas, asesinando bárbaramente a muchas personas.

"Por doquiera –dice un historiador contemporáneo– dieron pruebas los trabajadores y los republicanos de respeto a las personas y a las propiedades; protegieron a los débiles, perdonaron a los vencidos y no recurrieron a la devastación como medio de defensa o de ataque. En el momento en que iban a incendiar el cuartel de los Mínimos se contuvieron al oír decir a un paisano que aquel edificio pertenecía a un particular, lo que no era cierto." Ya hemos visto de cuán diferente modo procedieron los llamados defensores del orden. Pero eso sí: aún no se había lavado la sangre de tantas víctimas inmoladas a los intereses dinásticos y de los acaparadores del capital, cuando ya los propietarios acudían al Gobierno pidiéndole les indemnizase los destrozos que en sus tiendas y propiedades había causado la guerra civil por ellos mismos promovida.

El Gobierno se apresuró a aceptar el principio de las indemnizaciones, y decía en una nota referente a este asunto:

> "El Gobierno no quiere que el triunfo del orden cueste lágrimas ni deje tristes recuerdos. La pérdida de las personas más caras no puede hacer olvidar las de la fortuna y las devastaciones materiales..."

Las pérdidas de los trabajadores, las familias dejadas sin amparo, toda la horrible miseria que devoraba a las clases trabajadoras de Lyon después de la sangrienta lucha, no valían la pena para los hombres de orden, mejor dicho, los propietarios, de ocuparse de ello; lo importante era que el Gobierno los indemnizara de los perjuicios que la guerra civil les había causado.

Después de la matanza de los vencidos y de los prisioneros en masa vinieron los procesos y las sentencias de los tribunales, y aunque ya no hubo ejecuciones de muerte, hubo condenas terribles. El 13 de agosto de 1835 fueron condenados en Lyon: a la deportación, Antl de Martin, Baune, Albert, Hugon, Marcos Reverchon, Lafout y Desvois; a 20 años de cárcel, Lagrange y Torres; a 15 años de cárcel, Mollard, Léfebre y Digears Desgamiers; a 10 años, Caussidiere, Laporte, Lauge, Millard, Marigné Rockzinski, Thlon, Despinas y Benoi Calin; a 7 años, Pradel, Chery, Cachot y Divier, y a cinco años, Carrier, Amau, Morell, Ville, Boyet, Chatagnier, Julleu, Mercier, Genest, Divier, Ratigné, Chamry, Chorles, Mazoyer, Blanc, Jobely, Raggio y Chagni. A penas menores fueron condenados otros cuantos.

* * *

Los sucesos de Lyon tuvieron lugar en otras poblaciones industriales, como Lille, y por todas partes la sangre corrió para dar vigor y vida a la dinastía de Orleáns, que representaba los intereses y privilegios del nuevo feudalismo industrial.

Dieciocho años de farsa electoral y parlamentaria, de predominio de la aristocracia industrial y financiera, de falsas mayorías que no representaban al país ni sus opiniones, concluyeron con la Revolución republicana, que empezando en París el 24 de febrero de 1848, se extendió en pocas semanas del Vístula al Betis, desde las bocas del Danubio a las del Rhin.

Aquella gran revolución no fue sólo un movimiento político, la caída de una dinastía, un cambio de forma de gobierno, no: la revolución del año 1848 tiene en la historia otro nombre más importante, representa el advenimiento del Cuarto Estado, del proletariado, a los derechos y a la vida política, la proclamación de los principios democráticos incompatibles con todos los privilegios de casta y de clase, de secta y de corporación, y por eso también fue aquélla una gran revolución social, así en sus principios como en sus consecuencias.

Aquella revolución fue la puerta por donde el socialismo penetró en la esfera política, desde las esferas elevadas del poder, así ejecutivo como legislativo, y por eso las reacciones pudieran matar la forma política, reemplazar la República con el Imperio o con las viejas destronadas dinastías; pero no enterrar el socialismo, que, más vivo cuanto más perseguido, se impuso a sus mismos adversarios, a los que imperaban a

título de ser sus destructores, lo mismo en el campo de la teoría que en el de los hechos, en las instituciones sociales y económicas dependientes u obras del Estado, como en las debidas a la iniciativa individual.

Los trabajadores, tomados en su inmenso conjunto, son todavía proletarios o esclavos indirectos o que no dependen por la ley de un amo como los esclavos directos; pero no pueden pasarse sin un amo, so pena de morir de hambre con sus familias; pero el germen de una nueva organización económica y social se desarrolla desde hace años en el seno de la sociedad, y cada día vemos aumentar sus características manifestaciones. El proletario, el asalariado, aspira ya a emanciparse del yugo del capital; no como en otros tiempos, revelándose con las armas en la mano, sino asociándose para todos los fines económicos y sociales y políticos, invadiendo con su actividad y sus asociaciones las esferas industriales y comerciales en que hasta ahora predominaba exclusivamente la clase media y acomodada, y lo que es más, formulando principios generales de justicia y de moral superiores a los que hasta ahora sirvieron de lema y de pantalla a las embrionales organizaciones sociales creadas y representadas por las clases privilegiadas.

El problema social está planteado, y desde ese momento debe decirse que las sociedades modernas no pueden menos de resolverlo, so pena de perecer, estancándose y convirtiéndose en momias bajo la mortaja de la fe religiosa y de la organización de la teocracia infalible, como ha sucedido a las sociedades asiáticas y musulmanas.

ACERCA DEL AUTOR

FERNANDO GARRIDO TORTOSA 1821-1883

Revolucionario español, uno de los principales propagandistas del socialismo durante el siglo XIX. Nace en Cartagena en 1821 y fallece en Córdoba en 1883. Se educa en Cádiz, donde se había establecido su familia al morir su padre, interesado al principio por la pintura, pero pronto atraído por las ideas avanzadas que fermentaban entre la juventud gaditana propagandistas como Joaquín Abreu Orta y Pedro Luis Hugarte.

A los veinticinco años se traslada a Madrid, donde junto con otros republicanos, como Sixto Cámara y Ordax Avecilla, dieron vida durante tres meses a la revista *La Atracción*. Atraído por las ideas socialistas que bullían en el París de la revolución de 1848, funda otro periódico, *La Organización del Trabajo*, defensor de las doctrinas de Fourier, que fue suprimido por Narváez.

Comienza Garrido una actividad incansable de propagador de las nuevas ideas, organizando periódicos de vida efímera (*El Eco de la Juventud, La Asociación*) y publicando folletos de propaganda de estilo claro y vehemente. Por su escrito *Defensa del socialismo* estuvo preso en Madrid bastante tiempo, saliendo de la prisión para el destierro, estableciéndose en Londres, asilo de revolucionarios europeos que no fueran incómodos a los intereses británicos representados por Su Graciosa Majestad.

Vuelve a España en 1854, donde su defensa de Espartero le vale de nuevo la cárcel, aunque fue pronto absuelto gracias a su defensor, Castelar. (Coincide en la cárcel del Saladero con el joven Gaspar Núñez de Arce, de quien hace un retrato al oleo.) Publica entonces el periódico *Las Barricadas*, del que aparecen 28 números, y un opúsculo en el que defendía la República federal, de la que vino a ser uno de sus primeros propagandistas, que le valió nuevo destierro, esta vez en Lisboa.

Vuelto a Barcelona se le atribuye una proclama contra Isabel II, por lo que tuvo que ganar de nuevo la frontera, volviendo a Londres, y permaneciendo en el extranjero hasta la revolución

de septiembre. En ese periodo de gran actividad publica *El socialismo y la democracia ante sus adversarios* (con prólogo de Mazzini), *La España contemporánea, Historia de las persecuciones políticas y religiosas, Historia de las asociaciones obreras, Historia de los crímenes del despotismo y La humanidad y sus progresos*, libro que fue condenado por el Obispo de Barcelona y que le valió a su autor la excomunión eclesiástica.

A su regreso publica El último Borbón, y dos años después, Historia de las clases trabajadoras. Cada día más radicalmente socialista, inicia la publicación en Madrid del periódico *La revolución social*, que le lleva de nuevo a la cárcel y al refugio en Lisboa. Fue diputado por Cádiz en las Cortes de 1869, por Sevilla en las de 1872, e intendente general de Filipinas en 1873, al proclamarse la República.

Exiliado con posterioridad en Lisboa y París, pudo volver a España, donde todavía publica varios libros.